

POR EL AUTOR GANADOR
DEL PREMIO NEBULA

GREGORY
BENFORD



NAVEGANTE DE
LA LUMINOSA
ETERNIDAD

CICLO DEL CENTRO GALÁCTICO

Lectulandia

Con las ingentes energías de un enorme agujero negro en el centro de la galaxia, se ha creado el «esti» («es» por espacio, «ti» por tiempo), una región de espacio-tiempo tan compacta que parece materia y donde todo resulta posible. El «esti» se ha convertido en un refugio para los humanos y las especies alienígenas amenazados por los «mecs», seres mecánicos hostiles a la vida orgánica.

Nigel Walsmley, preservado en el «esti» durante 350 siglos de historia galáctica, es el nexo de comunicación con Killen y Toby, líderes de la familia Bishop. Juntos deben realizar un último intento de defender el destino humano ante la amenaza del peligroso Mantis, el devorador de almas. Para ello deberán descubrir por qué los humanos son tan singulares (y tal vez tan necesarios) en una galaxia que dominan las inteligencias mecánicas.

Gregory Benford, conocido científico y reputado escritor, es uno de los mejores autores de la moderna ciencia ficción. Físico y astrónomo de fama internacional, es asesor de la NASA y ha publicado una docena de novelas entre las que se incluyen obras maestras como la famosa Cronopaisaje y la monumental saga del Centro Galáctico.

«El señor Benford es una rareza, un científico que escribe con energía y perspicacia no sólo acerca de los agujeros negros y las cuerdas cósmicas, sino también entorno a los temores y deseos humanos».

The New York Times Book Review

Lectulandia

Gregory Benford

Navegante de la luminosa eternidad

Ciclo del centro galáctico 06

ePub r1.0

diegoan 17.11.14

Título original: *Sailing Bright Etemity*

Gregory Benford, 1995

Traducción: Carlos Gardini

Ilustraciones: Don Dixon

Editor digital: diegoan

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



Presentación

Sin que sirva de precedente, voy a iniciar esta presentación con una extensa data de la reseña que Russell Letson escribió en LOCUS de esta maravillosa y compleja novela de Benford:

En cinco novelas publicadas durante dieciocho años, Gregory Benford ha construido una historia del futuro a gran escala, desde las extrañas odiseas de Nigel Walmsley, un astronauta del siglo xx que encuentra vanas entidades alienígenas, hasta 35 000 años más tarde con las aventuras de la familia Bishop, en su huida hacia el centro galáctico presionada por la hostilidad de las inteligencias mecánicas de la galaxia. NAVEGANTE DE LA LUMINOSA ETERNIDAD, sexto y definitivo volumen de la serie, une los dos ciclos en una compleja novela que mezcla la poética de la física especulativa, el romanticismo de las vastas extensiones del espacio y del tiempo (y del espacio-tiempo), y el escalofrío del enfrentamiento con aquellos que son radicalmente no humanos o transhumanos.

[...] Es difícil hacer justicia a un libro que nos ofrece, además de trama, personajes, temas y resonancias derivados de los cinco libros anteriores, su propia carga de maravillas y efectos especiales. Es incluso más difícil cuando ese libro incluye también reflexiones sobre temas tan tremendos como la naturaleza de la conciencia humana, su posible lugar en el plan de todas las cosas, y especulaciones sobre jerarquías de mentalidades (o transmentalidades) que se aproximan a la deidad. [...].

Hay también otros temas de escala humana (amor, lealtad, valentía, mortalidad, compasión), todo eso que Walmsley llama «convenciones de chimpancé» y que hacen que nuestras vidas tengan importancia aun cuando estemos en la parte inferior de la pirámide del intelecto cósmico. A pesar de todas las «Sorprendentes Ideas» que agitan la mente (y, créanme, van a hacer que se sorprendan), fueron la devoción de Nigel por su esposa Nikka y por sus hijos, la relación del incansable adolescente Toby con Killeen, y esas importantes respuestas las que me empujaban a leer la historia.

Por muy buenos que hayan sido el resto de libros de la serie, este es el mejor de todos, probablemente la mejor obra de Benford desde CRONOPAISAJE, y un libro que exige ser leído y releído.

Conciso y definitivo. Corrobora mi opinión de que, con obras como esta, Benford se erige ya en uno de los renovadores de esa ciencia ficción clásica que ha sabido

aunar el interés por la ciencia con la preocupación por los personajes, y todo ello servido con un alto nivel literario.

Para todos (críticos, especialistas y lectores en general), *CRONOPAISAJE* (1980, *NOVA ciencia ficción*, número 66) es una indudable obra maestra muy difícil de superar. Tal vez por ello, Benford ha abordado en los últimos años un ambicioso proyecto que toma la forma de una serie de varios libros que están llamados a dejar una profunda huella en la historia del género. Se trata de una compleja especulación sobre la evolución de la vida en la galaxia que incluye como elemento determinante la contraposición violenta entre las civilizaciones de origen orgánico y las civilizaciones de máquinas.

Se la conoce ya como la monumental serie del *Centro Galáctico*, y los comentaristas de la prestigiosa *Publishers Weekly* han saludado la última entrega de la serie con un definitivo:

Esta novela se alza como la admirable conclusión de lo que hoy debe reconocerse ya como la más importante y compleja serie de ciencia ficción hard jamás escrita.

El magno proyecto se inició hace casi veinte años con la novela *EN EL OCÉANO DE LA NOCHE* (1977, *NOVA ciencia ficción*, número 7), en la que se nos presentaba el primer contacto de la humanidad con los frutos tecnológicos de una inteligencia extraña. Junto al misterio venido del espacio, Benford reflexionaba en esa novela sobre el cambio de las condiciones sociales y ambientales en el futuro inmediato de nuestro planeta.

La serie continuó con *A TRAVÉS DEL MAR DE SOLES* (1984, *NOVA ciencia ficción*, número 10), segundo volumen de una trilogía que se unifica por el protagonismo central de un mismo personaje: Nigel Walmsley. Se trata aquí, fundamentalmente, de la especulación sobre la vida en el espacio profundo, con especial incidencia en la dificultad de la comunicación entre especies diferentes.

A la espera del tercer volumen de esta primera trilogía, *GRAN RÍO DEL ESPACIO* (1987, *NOVA ciencia ficción*, número 20) se incorpora, desde otro enfoque, a la visión de la evolución galáctica que Benford describe. Se trata esta vez de la historia de un grupo de humanos que tienen que vivir bajo la amenaza y la presencia constante de los miembros de una de esas civilizaciones de máquinas. En *GRAN RÍO DEL ESPACIO* Benford vuelve a la amena narración dominada por un hálito aventurero, siempre salpicada con interesantes reflexiones sobre la humanidad y su destino galáctico.

La nueva trilogía, protagonizada por Killeen y su hijo Toby, continúa con *MAREAS DE LUZ* (1989, *NOVA ciencia ficción*, número 43), con más aventuras de la familia Bishop comandada por Killeen, su encuentro con nuevos mecs, así como con

extraños aliados, por ejemplo, las miriapodias como Quath, con quienes los humanos deben trabajar conjuntamente para descifrar el destino de las respectivas especies y averiguar el misterioso atractivo que encierra el denso y peligroso *Centro Galáctico*.

En la segunda mitad de *ABISMO FRENÉTICO* (1994, *NOVA ciencia ficción*, número 81), la aventura de Toby en el misterioso «esti» («es» por espacio, «ti» por tiempo) se convierte en el necesario nexo de unión con *NAVEGANTE DE LA LUMINOSA ETERNIDAD* (1995, *NOVA ciencia ficción*, número 88) con la cual se cerrarían las dos trilogías (la de Walmsley y la de Killeen) y finaliza la serie ahora llamada del *Centro Galáctico*.

En carta personal, Benford me comentaba, hace ya unos años, su visión de las líneas generales del ambicioso proyecto que persigue:

Intento escribir una serie que verdaderamente se enfrente a la idea de que no somos los señores de la creación y que puede existir una inteligencia superior que no se preocupe mucho de nosotros. Deseo explorar la naturaleza de la inteligencia artificial y cómo puede diferir de nosotros. Además, en las novelas de Killeen (GRAN RIO DEL ESPACIO y las que le siguen), deseaba narrar la historia de un grupo de seres que habitan en un entorno que se parece al del mundo antiguo: poblado por figuras parecidas a dioses (dioses, en el caso de la antigua Grecia) que se preocupan muy poco de los humanos. Las historias de Killeen y de Walmsley se conectarán más tarde, y así la serie se unirá en temática y personajes. Mi objetivo es también ampliar continuamente el paisaje conceptual de las novelas y proporcionar una vasta visión de la vida y la evolución en la galaxia así como de las perspectivas a largo plazo de todo tipo de vida, con inclusión de la inteligencia artificial. Al mismo tiempo la historia de los personajes humanos debe tener sentido. Por ello me ha llevado tanto tiempo escribir estos libros, ya que las ideas son difíciles de tratar y he tenido que aprender muchas cosas para escribirlos respetando el nivel de fidelidad a los hechos que a mí me gusta.

Con toda seguridad este breve párrafo es uno de los mejores resúmenes del objetivo perseguido por la serie que hemos ofrecido completa a nuestros lectores en *NOVA ciencia ficción*. La obra, en su conjunto, se configura como un trabajo maduro, inteligente y fruto de una profunda reflexión. La especulación de tipo científico y tecnológico de que hace gala Benford se complementa con personajes atractivos y con interesantes visiones sobre la organización social en diversos ambientes y entornos: el próximo futuro de nuestro mundo (*EN EL OCÉANO DE LA NOCHE*), la sociedad cerrada de una nave que viaja por el espacio profundo (*A TRAVÉS DEL MAR DE SOLES*), el precario reducto de una humanidad perseguida (*GRAN RÍO DEL ESPACIO*), nuevas especies y poderes galácticos (*MAREAS DE LUZ*), el misterioso «esti» (*ABISMO FRENÉTICO*) y, como maravilloso colofón, una sorprendente especulación sobre el

papel de los humanos en el universo (*NAVEGANTE DE LA LUMINOSA ETERNIDAD*). En conjunto se trata de obras fundamentalmente dirigidas a la inteligencia y la sensibilidad del lector, obras que acreditan la madurez del género.

Como ya comentaba en la presentación de la anterior novela de esta serie, la convergencia, final de las dos trilogías se realiza gracias al misterioso mundo del «esti», donde todo parece posible. El concepto, presentado brevemente en *ABISMO FRENÉTICO* , se detallaba en «*Pronto llega la noche*», una novela corta ambientada en el *Centro Galáctico* que Gregory Benford presentó al *Premio UPC de ciencia ficción de 1993*. Allí quedó finalista y, más tarde, se publicó en la edición de agosto de 1994 del *Asimov's Science Fiction Magazine*. Ese texto se halla, como ya dije, inserto en la presente novela y recoge las aventuras de la familia Walmsley en lo que se ha considerado una novela corta autocontenida, escrita al estilo de las aventuras de Olaf Stapledon.

También, a juicio de Russell Letson, «*El camino del río de plata*» presenta concomitancias con el viaje por el río de Huckleberry Finn, al describirnos cómo Toby viaja corriente arriba en el río que fluye en el sentido del avance del tiempo, basta encontrarse con su padre y el peligroso Mantis, el devorador de almas.

Volviendo de nuevo a las palabras de Letson:

El largo clímax que ocupa el último cuarto del libro ofrece las respuestas a las preguntas tanto tiempo suspendidas (en particular el porqué los «mecs» perseguían tan implacablemente a los Killeen), y una última caza a lo Faulkner para vencer al Mantis, seguida de un desenlace que permite contemplar destellos de unas perspectivas mentales y cósmicas que producen vértigo, al tiempo que se nos revela que los tan prolongados esfuerzos de Walmsley llegan a su fin.

Como suele ser habitual al comentar novelas de Benford, hay muchas referencias literarias posibles que algunos comentaristas como Letson hacen explícitas al citar a Stapledon, Twain o Faulkner. Y es que la obra de Benford, que muchos han querido marginar etiquetándola de «ciencia ficción *hard*», es mucho más que eso: al respeto por los contenidos especulativos que arrancan de la ciencia y la técnica, Benford ha unido siempre un lícito interés por lo humano y por lo literario. Posiblemente la muestra de lo mejor que puede llegar a proporcionar un género como la ciencia ficción.

Leídas a lo largo de casi una veintena de años, las seis novelas de la serie del *Centro Galáctico*, en cierta forma autocontenidas e independientes, parecen exigir una sosegada lectura seguida de toda la serie. Ahora, una vez, disponible la totalidad de la saga, el lector en castellano puede abordar en su integridad la que no dejará de ser una de las más gratificantes y complejas obras de la ciencia ficción de todos los

tiempos. Yo estoy impaciente por iniciar muy pronto esa relectura ordenada de unos libros que individualmente llamaron mi atención y que, boy, vistos en su conjunto, adquieren una dimensión que no dudo en calificar de cósmica.

Grandes y sugerentes ideas, amenas aventuras, entrañables personajes y brillantez literaria constituyen los mayores atractivos de una de las más ambiciosas series de la moderna ciencia ficción. Tras la lectura de estas novelas, no sorprende en absoluto que la obra de Benford reciba todo tipo de parabienes y alabanzas. Estoy seguro de que estarán de acuerdo conmigo y con tantos otros sobre el hecho de que Benford es uno de los más sugerentes e interesantes escritores de la ciencia ficción de todos los tiempos.

Por cierto, Gregory Benford ya ha aceptado dictar la conferencia invitada en la ceremonia de entrega del *Premio UPO de ciencia ficción 1996*. Ello quiere decir que estará en España, en Barcelona más concretamente, al 18 de diciembre de 1996, fecha definitiva de dicha entrega en el Campus Norte de la Universidad Politécnica de Cataluña. Allí podremos encontrarnos los muchos admiradores que, me consta, tiene Benford en España. Más información sobre el premio y el acto se puede obtener contactando con el Consejo Social de la UPC (teléfono 93-4016343).

Y nada más, les dejo con esta indudable maravilla. Con obras como *Esta deja de ser un tópico* decir que me siento francamente orgulloso de que *NOVA ciencia ficción* haya publicado la serie del *Centro Galáctico* en su integridad. Hará historia y, dentro de muy pocos años, se hermanará con *FUNDACIÓN* y *DUNE*, en el olimpo de la ciencia ficción.

MIQUEL BARCELÓ

A Mark y Alyson y Joan,
que en las décadas que tardé en escribir esta serie de novelas crecieron y
cambiaron mucho más de lo que estas novelas podrían describir.



Prólogo

Metalóvoro

Los agujeros negros tienen su clima. De ellos brota luz. En el núcleo habita la negrura, pero la fricción calienta el gas y el polvo que caen dentro. Estos chorros rebosan de radiación forzada. Los sacuden tormentas. Tornados candentes giran y succionan.

En el inmenso agujero que está en el centro exacto de la galaxia palpita un fulgor efervescente. Empuja sin cesar las apiñadas masas que giran a su alrededor tambaleándose en órbitas condenadas. La garganta de la gravedad aplana esos chorros mientras los arrastra hacia el turbulento interior.

La presión de los fotones calientes es un viento que lo empuja todo, salvo las criaturas que pacen. Para estos fotóvoros, el gran disco crujiente es una fuente de alimento.

Capullos de fuego florecen en el disco, irradiando feroces látigos ultravioletas. Tormentas de luz.

Por encima y por debajo del disco de acreción revolotean nubes donde estos fotones reducen las moléculas a átomos, los átomos a carga desnuda, las partículas a granizo. Las nubes son residuos, polvo, gránulos. Ya están condenadas por el roce de la gravedad, como casi todo aquí.

Casi todo. Para los traslúcidos rebaños flotantes, esto es una fuente. Su fuente de vida.

Cuelgan en láminas, ondeando en los vientos electromagnéticos, disfrutando del ardor, estables.

Los fotóvoros pacen pacientemente. Algunos son infras, otros ultras, especializados en devorar ciertas tajadas del espectro electromagnético.

Cada especie tiene un brillo y una forma específicos. Cada cual trabaja según las necesidades evolutivas, desplegando grandes aletas receptoras. Cada cual tiene una canción, y la usa para mantener el ángulo y la órbita.

En medio de la colérica turbulencia, la información es al menos una defensa parcial. Una telemetría de mantenimiento de posición revolotea entre las láminas del rebaño. Cantan luminosamente en el eterno día rebosante.

Grandes alas de láminas relucientes baten bajo la presión de la luz. Torsiones magnéticas patinan en los vientos: una suma dinámica y compleja. Fuerzas imperiosas gobiernan esta danza perpetua por decreto de inteligencias apenas percibidas, de máquinas que merodean en las oscuras Vías externas.

Estas formas magistrales necesitan las energías de este horno, pero no se aventuran en su interior. Los sabios y valiosos no corren riesgos.

A veces los rebaños desfallecen. Grandes capas titilantes se desprenden. Muchos se funden con las amortajadas masas de nubes moleculares, que pronto hervirán a su vez. Otros siguen una impotente espiral de descenso. El crudo resplandor las disuelve aun antes de que puedan estrellarse contra el disco brillante. Estallan y relampaguean

con fatídica energía.

Ahora una amenaza mayor desciende con lentitud. Abandona su refugio de polvo denso y turbulento y baja hacia la masa dominante, el agujero negro. Detiene su descenso con alas de espejos extendidas que ondean con elegancia en la brisa fotónica.

Sus lentes giran buscando una presa. Más allá se amontonan fotóvoros, que no responden a su programación milenaria, tal vez atrapados en un tubo de flujo magnético. La causa no importa. El depredador desciende por el eje de la galaxia.

Aquí la navegación es simple. Más abajo, el polo rotatorio del Comilón de Todas las Cosas es un punto de negrura absoluta en el centro de un disco que gira incandescente.

Los fotóvoros apiñados detectan una presencia descendente. Sus vastos rebaños se entreabren, revelando capas más profundas de áureos buscadores de luz. Todos viven para ingerir luz y excretar haces de microondas. Su mundo interior gira en torno a la ingestión, una reflexiva digestión y una ordenada excreción.

Estos plácidos conductos huyen. Pero los que están apiñados cerca del eje tienen poco impulso angular, y no pueden girar sobre un fulcro magnético. Perciben borrosamente su destino. Sus susurrantes microondas tiemblan.

Algunos se zambullen con la esperanza de que el depredador no los siga tan cerca del Comilón. Otros se apiñan aún más, como si concentrarse representara protección. Es todo lo contrario.

El metalóvoro extiende sus alas de espejos. Rápido y anguloso, acelerando, tritura algunos fotóvoros sobre su caparazón. Los recoge con líneas de flujo. Cosechadores de metal desgarran a los fotóvoros. Los jirones se precipitan por negros túneles. Campos electrostáticos disocian elementos y aleaciones.

Llamaradas de fusión lamen los cadáveres destrozados. Allí la disociación es tan precisa que se obtienen lingotes puros de cualquier aleación. En última instancia, aquí los recursos finales son masa y luz. Los fotóvoros vivían para la luz, y ahora terminan como masa.

El lustroso metalóvoro no se digna prestar atención a las capas multitudinarias que retroceden en gigahercios de pánico. Son plancton. El depredador las ingiere sin registrar sus canciones, su dolor, su terror mortal.

Pero también el metalóvoro forma parte de un intrincado equilibrio. Si él y su especie se perdieran, la comunidad que gira en torno al Comilón se reduciría a un estado de menor diversidad, a un estado de monótona simplicidad que sería incapaz de adaptarse a los caprichos del Comilón. Se dominaría menos energía, se recobraría menos masa.

El metalóvoro poda a los fotóvoros menos eficientes. Sus antiguos códigos, perfeccionados con el correr del tiempo por la selección natural, prefieren a los débiles. Los que se han deslizado hacia órbitas improductivas son más fáciles de atrapar. También prefieren el sabor de los que han permitido que sus aletas receptoras

se estropearan con los succulentos elementos residuales que escupe el candente disco de acreción. El metalóvoro los identifica por su color manchado y crepuscular.

Con cada hirviente instante, millones de pequeñas muertes modelan la mecaesfera.

Los depredadores abundan, y también los parásitos. Hay algunas lapas en la piel bruñida del metalóvoro, terrones pardos y amarillos que se alimentan de residuos aleatorios de la presa. Pueden lamer los vientos de materia y luz. Purgan al metalóvoro de elementos indeseables, restos y polvo que con el tiempo pueden atascar aun los mecanismos más robustos.

Toda esta complejidad flota sobre la presión de los fotones. Aquí la luz es un fluido que se derrama desde las abrasadoras tormentas que rugen en el aplastante disco. Esta rica cosecha mantiene la mecaesfera que se extiende por cientos de años-luz cúbicos, con sectores y avenidas semejantes a las estructuras de una ciudad inimaginable.

Todo esto se centra en un núcleo de tenebrosa negrura, la oscura fuente de una vasta riqueza.

Dentro del borde del disco, ajena a las turbulencias, gira una extraña y abotagada distorsión en la trama del espacio y del tiempo. Algunos la llaman la Cuña, pues parece inserta en el camino. Otros la denominan el Laberinto.

Parece ser una pequeña refracción en la aullante ebullición. En el linde de la aniquilación, proclama su artificial insolencia.

Pero sobrevive. La mota gira perpetuamente junto al más espantoso abismo natural de la galaxia, el Comilón de Todas las Cosas.

Un abismo de tiempo

Estado interior: un espacio liso y despejado, borroso.

Los mecánicos convergen, Nigel.
—¿Los sientes?

Claramente. Ahora pueden manifestarse en vórtices magnéticos.

—Maldita sea. Son muy hábiles.

Los siento. Algo malo se aproxima.

—Gracias por la advertencia, amor mío. Pero debo instruir al joven Toby, y eso llevará tiempo.

De todos modos, nada podrías hacer por mí.

Él sonrió amargamente.

—Es verdad.

Te avisaré si las densidades de energía cambian para mal.

Él asintió y el espacio borroso se disipó. Estaba de vuelta en una habitación desnuda, sentado frente a un joven, tratando de delinear la inmensa historia que lo había conducido a ese momento.

Nada podrías hacer.

Recordó otro momento, mucho tiempo atrás.

Él y Carlos estaban en un risco seco de roca desnuda y miraban una planicie. Aquello no era un mundo, sino una intrincada torsión de espacio-tiempo. El cielo se curvaba hacia arriba como un cuenco de desierto. Aun así, parecía un sitio habitable. Un refugio raro construido por alienígenas. Tierra, aire, plantas extrañas pero aceptables.

Hablaban de encontrar un modo de instalarse en aquel lugar duro y seco como una roca, pero sin embargo ondulante y vivo.

Carlos acababa de hacer un chiste gracioso y Nigel reía, distendido y tranquilo, y entonces Carlos se desplomó, rozando el brazo de Nigel con el hombro; cayó echando la cabeza hacia atrás como si mirase el cielo, con una expresión insólita en la cara mientras chocaba de bruces con la tierra seca. Carlos no había adelantado las manos para frenar la caída. Movié un pie al chocar.

Todo había comenzado con un ruido espantoso. Parecía brotar del aire: un crujido blando, como el de un hacha hendiendo un tocón podrido.

Mientras Carlos caía hacia delante, algo brotó de su espalda, un geiser de piel y sangre espumosa. Le mojó la espalda mientras el cuerpo se aplastaba contra el suelo. El crujido, comprendió Nigel después, era la compacta explosión de la energía electromagnética, apuntada a pocos centímetros bajo la piel.

Agachándose para cubrirse, Nigel echó un vistazo a Carlos. Con uno fue

suficiente. Se puso a correr, a gachas, oyendo el áspero zumbido de la pulsación electromagnética que se ahusaba mientras él se refugiaba detrás de unas rocas.

Mucho espacio abierto, poca protección. Se acuclilló pero no llegó a ver qué cosa había efectuado el disparo. Carlos permanecía inmóvil. No pasó nada. No hubo más pulsaciones.

Nigel reprodujo las imágenes mientras esperaba. Un chorro de sangre rosada brotando de un círculo abierto en plena columna vertebral, a cuatro centímetros del cuello. Kilojulios de energía concentrados en un punto del tamaño de una uña.

Esa cantidad de energía apuntada con tanta precisión habría surtido el mismo efecto aunque hubiera hecho blanco en la cadera o en el vientre. Disparada con tanta puntería, había pulverizado el axis, descargando presiones masivas en el fluido espinal: una brisa repentina apagando una vela, el cerebro desconectándose en un milisegundo.

Carlos ya estaba muerto al caer. Un crujido blando y líquido, luego el silencio eterno.

Nigel alzó la mano y vio que le temblaba. Basta de espera.

Avanzó a lo largo del risco. La descarga provenía de detrás de Carlos. Nigel usó las rocas para cubrirse. Llegó junto a Carlos y estudió el rostro protegiéndose tras una roca cercana: vio la cabeza ladeada, los ojos abiertos, la boca babeando en la tierra seca. Lo peor eran los ojos, que escrutaban un infinito que nadie atisba más de una vez.

Adiós, amigo. Teníamos nuestras desavenencias, pero juntos viajamos treinta mil años luz. Y ahora nada puedo hacer por ti.

Algo se movió a su derecha. Desenfundó una pistola y disparó, pero el blanco era una traslúcida esfera de motas. Un Superior o, mejor dicho, la manifestación local de uno.

Fluctuó, giró y dijo con una voz baja y profunda:

—Lo lamentamos.

—¿Tú hiciste esto?

—No, una forma mecánica llamada Mantis.

—¿Y quién eres tú?

—Sería imposible decirlo.

—¿El Mantis también me persigue?

—Yo te protegeré.

—No has hecho gran cosa por Carlos.

—He llegado un poco tarde.

—¿Un poco?

—Debes perdonar los errores. Todos tenemos nuestros límites.

—*Muchos límites, ya lo creo.*

—El Mantis estaba cosechando a Carlos. Él se ha salvado.

—¿Quieres decir almacenado?

—Para los mecánicos es lo mismo.

—No para nosotros. Creí que estaríamos a salvo en este lugar, en esta Guarida.

—Ningún lugar es seguro. Este es más seguro que los demás.

—¿Cómo se mata a un Mantis?

—Nada podrías hacer.

Nigel Walmsley maldijo a la nube de motas, descargando su furia en palabras infructuosas.

—Nada podrías hacer —masculló.

No te entretengas tanto en el pasado.

La voz frágil de Nikka resonó en su sistema sensorial.

—El pasado me pesa.

Presta atención a este joven. Él es la clave de nuestra salvación.

Nigel suspiró. —Envejezco, envejezco...

Los pantalones arremangados... Sí, conozco el poema. Manos a la obra, Nigel^[1].

Nigel asintió y salió de aquel espacio liso y blanco. Era agradable refugiarse en esa fresca bóveda interior. Tal vez lo mejor de los aumentos que se habían hecho durante siglos: la tranquilidad de una vieja y anticuada biblioteca. Donde la mayoría de las personas eran libros.

Muy bien, pues. De vuelta a la lucha. A la realidad. Al delicioso peligro.



PRIMERA PARTE

RUINAS MARAVILLOSAS

1 - Soluciones abrumadoras

Un viejo le contaba una historia a un joven. Era una historia larga y torpe, como la vida, con sus bendiciones momentáneas y su lógica burda.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Toby—. Esta montaña.

Nigel Walmsley se recostó en una red que se adaptó a él. Iba desnudo, tenía la piel curtida. El enrejado de sus costillas daba la impresión de que el pecho le sobresalía, pero sólo se trataba de la delgadez propia de la edad.

Había llegado a aquella fase en que la vida reduce a un hombre a lo elemental. Su envoltorio: una piel que parecía papel marrón. Sus motores: músculos que formaban protuberancias sobre los huesos. Codos y rodillas nudosos, tan redondos que parecían albergar cojinetes de bolas aceitados. Huecos en hombros y caderas, un relieve bajo la tez seca y apergaminada. Ojos azules y nerviosos que chispeaban como mica en el rostro desnudo. Una mandíbula cincelada sobre un cuello raquíptico. Pómulos altos y marcados como hojas sobre labios delgados y pálidos. Una sonrisa torcida y maliciosa.

—La llaman la Montaña Magnética, aunque yo tengo un nombre más personal para designarla.

—¿Eres de un planeta cercano al Centro Verdadero?

—No, soy de la Tierra.

—¿Qué? Antes dijiste que pertenecías a la Familia Brit. Yo...

—Una broma. En mi época no había Familias en el sentido en que tú usas el término. Los Brit, los británicos, eran una nación mucho más grande.

—¿Cuánto más grande? —Toby había oído mencionar la Tierra, por supuesto pero era un nombre de la remota antigüedad. Para él no significaba nada. Tal vez sólo fuera una leyenda, como el Edén y Roma.

—Dudo que todas las Familias supervivientes del Centro Galáctico sumen un décimo de lo que eran los Brit.

—¿Tantos eran?

—Es difícil calcularlo, desde luego. En el esti abundan las capas, los pliegues y las guaridas.

—¡Los Brit deben de ser poderosos!

Walmsley frunció los labios, divertido.

—Mmm. Me temo que sólo por el poder de la palabra.

Toby ignoraba cuántos supervivientes quedaban después de todas las muertes que había presenciado. Había llegado allí tras un largo viaje, huyendo de los mecs. Durante todas sus peripecias, por todas partes, los mecs habían causado estragos entre los humanos que podían encontrar. La carnicería le recordaba la retirada de la Calamidad, la caída de la Ciudadela Bishop: un paisaje de muerte constante.

Pero ahora la matanza era mucho mayor. Era inusitado que los mecs consagraran tantas energías a cazar a los insignificantes humanos. En general no les importaban;

los humanos eran meras alimañas. Esta vez era evidente que estaban empeñados en cazar a Toby. Así que las muertes que dejaba a su paso le pesaban aún más. Poco a poco entendía el sentido de aquello. Era algo indecible que estaba más allá de las palabras y del consuelo.

—Mmm. —Walmsley entornó los ojos pensativo—. Habitualmente pensaba que había demasiado pocos Brit, y demasiados de los demás.

—La Familia Brit debía de ser enorme.

—Nos reproducíamos con bastante rapidez. No estábamos expuestos a la radiación que hay aquí.

—Mi padre me dijo que estábamos protegidos de la radiación.

—La ingeniería genética tiene sus límites. Las células orgánicas se destruyen fácilmente. En eso radica parte de su belleza. Les permite evolucionar con mayor rapidez.

—La mayor parte de nuestra Ciudadela estaba bajo tierra, para mayor seguridad.

—Una buena precaución, desde luego. Pero los abortos, las deformidades... —El rostro huesudo de Walmsley se contrajo con los recuerdos dolorosos.

—Sí, claro. Así es la vida.

—La vida en las inmediaciones de este agujero infernal, sí.

—¿El Comilón? —Toby había crecido viendo el Comilón, un ojo fulgurante rodeado por una frenética aureola roja y parda. Había sido tan brillante como el sol de Nieveclara—. Vivir en sus cercanías era bastante normal.

Walmsley soltó una carcajada, pero no con el graznido de viejo que Toby habría esperado.

—Créeme, hay vecindarios mejores.

—A mí Nieveclara me gustaba —dijo Toby a la defensiva.

—Ah sí. Recuerdo que dimos un buen mundo a las familias cuyos apellidos eran nombres de piezas de ajedrez.

—¿Disteis? ¿Quiénes?

—Soy un poco mayor de lo que crees.

—Pero no podrías...

—Podría y debo. He estirado las cosas, desde luego. Tuve que hacerlo. Terminé en el fondo de este empinado gradiente gravitatorio, a lo largo de la elástica línea temporal...

—¿El qué?

—Lo lamento. Es un antiguo modo de hablar. Quiero decir que aquí el esti es un punto estable. Estamos en una Vía inferior donde el tiempo avanza muy despacio.

—¿Despacio? —Aquello explicaba por qué Toby tenía problemas con su reloj interno. Cuando estaba cerca de la nave *Argo* sus sistemas se retrasaban respecto a los de la nave, si se internaba en la ciudad. Nunca había averiguado la causa. Lo estudió reflexivamente. Vio el paso del reloj por el rabillo del ojo izquierdo y parpadeó. Indicaba 14:27:33—. ¿En relación a qué?

—Buena observación. Medido respecto al espacio-tiempo plano del exterior, lejos del agujero negro.

—Conque este lugar es una especie de almacén de tiempo.

—En efecto. Yo mismo me he almacenado aquí, podríamos decir. Y hay otras cosas, muchas otras, en esta profundidad del esti.

—¿Cuándo lo hiciste?

Toby trataba de situar a aquel viejo reseco en el panteón de las leyendas de la Familia Bishop, pero la idea resultaba ridícula. Los próceres, hombres y mujeres, que habían fundado las Familias en el comienzo de la Agachada eran sabios y previsores. Mejores que ninguno de los que vivían hoy, era evidente. Y, desde luego, iban vestidos.

—Antes de la Agachada. Mucho antes. Pasé mucho tiempo en Vías alejadas, profundas, dejando que el tiempo transcurriese fuera.

—¿Así que no hacías nada?

—Si preguntas si salía en ocasiones, sí. Fui a los primeros Candeleros. En mi última excursión, a varios mundos.

Toby resopló con desdén.

—¿Esperas que me trague eso?

Sus Aspectos trataban de pasarle información adicional, pero él ya estaba bastante confundido.

Walmsley bostezó, pero no con la expresión de ofendido que Toby esperaba de un embustero experto.

—Poco importa que no me creas.

Toby tuvo una repentina sospecha.

—¿Estuviste en los Tiempos de Gloria?

—Así los llaman, sí. Pero no fueron tan gloriosos.

—Entonces mandábamos aquí, ¿verdad? —Así decían muchas historias que databan de tiempos de la Ciudadela Bishop. La humanidad triunfante. Después la caída, la Agachada, y después algo peor.

—Pamplinas. Ratas en la pared, aun entonces. Sólo que una clase superior de rata.

—Mi abuelo decía...

—Recuerda que las leyendas son obras de ficción.

—Pero debemos haber sido grandes, realmente grandes, para construir los Candeleros.

—Somos ratas listas, lo reconozco.

Sin disimular su incredulidad, Toby preguntó:

—¿Tú ayudaste a construirlos? Es decir, visité uno... tenía trampas. Una ruina, claro, pero hermosa, grande y...

—El trabajo más pesado fue obra de otros, gente de la Tierra.

Toby resopló incrédulo. Walmsley enarcó las cejas.

—¿Crees que te tomo el pelo?

—¿Qué significa eso?

—Que me estoy quedando contigo.

Toby frunció el ceño, tocándose el pelo.

—Que estoy bromeando —aclaró Nigel.

—Ah. Pero... la Tierra es una leyenda.

—Es cierto. Pero algunas leyendas todavía tienen peso. Estas leyendas fueron de la segunda oleada, en realidad, y nosotros pertenecíamos a la primera. Una condenada flota de naves estatocolectoras, mejores que la nave mec que habíamos capturado. Ratas inteligentes.

Toby cabeceó lentamente. ¿Por qué iba a mentirle aquel vejstorio?

Conque los terrícolas habían construido los Candeleros. Quizá los terrícolas no fueran un mito, después de todo. Quizás estuvieran al mando en los Tiempos de Gloria. Pero, por supuesto, ninguno debía ser como ese enano arrugado.

—Ajá. Conque la tecnología de los Candeleros es terrícola.

—Policultural, en realidad: mec, terrícola, muchas cosas mezcladas.

—¿Mezcladas por quién? —insistió Toby con escepticismo.

—Por nosotros. Los humanos. Los terrícolas que llegaron en la segunda oleada todavía eran, supongo, de nuestra misma raza. Pero... —Una extraña melancolía surcó el rostro de Nigel—. Diferentes. Mucho... mejores.

—¿Mejores en tecnología?

—Más que eso. Ante todo, eran más que imponentes. Obraban verdaderos milagros, manejando esa enorme cantidad de equipo que habían capturado con el transcurso de los siglos. Es decir, otros lo hacían. Yo me cansé de la tecnología hace tiempo.

Toby sorbió.

—Para los Bishop, conocer trucos tecnológicos es como respirar.

—Sin duda, en los planetas. Los «terrícolas», como tú los llamas, eran importantes, los de la segunda oleada. Mi esposa Nikka siempre decía que nuestros problemas eran abrumadores... y los terrícolas nos trajeron soluciones abrumadoras.

Toby no estaba acostumbrado a que alguien bromeara con tanta seriedad. Cuando los Bishop bromeaban, se reían a carcajadas.

—Conque eres Brit —dijo a regañadientes. No quería que un vejete se burlara de él, pero algo le inducía a creer que Walmsley decía la verdad, tal vez el hecho de que a Walmsley no parecía importarle que él le creyera.

—La segunda ola multiplicó nuestro número... aunque por supuesto los mecs se encargaban de reducirlo.

—¿Ya entonces?

—Por siempre jamás. Hubo algunas treguas de colaboración mutua, pero a lo sumo nos toleraban. Durante algún tiempo pudimos movernos con bastante libertad cerca del Centro Verdadero. Ellos nos liquidaban cuando nos veían. En ocasiones recibíamos ayuda de los Antiguos. Caprichosa, pero crucial.

—¿Antiguos?

—Una forma de inteligencia que descendía de la arcilla.

—¿Arcilla? ¿Del lodo?

—Almacenaje de energía electrostática en lechos de arcilla con soluciones salinas... de las viejas costas marinas, supongo.

Toby sintió fastidio.

—Puedo creer que seas de la Tierra... ¿pero arcilla viviente? Pensarás que...

—Fueron los primeros en llegar. Echa un vistazo.

Un diagrama tridimensional titiló en el sistema sensorial de Toby. Lo seccionó para leerlo en dos dimensiones, con lo cual reducía los matices a un solo diagrama.

—¿Complejidad?

—Los especialistas lo denominan «complejidad estructural». Las arcillas construían estructuras complejas que podían replicarse. Cosechaban corrientes piezoeléctricas, impulsadas por las presiones de los cristales. Más adelante permitieron que las algas capturasen la luz del sol. Explotaban la energía como labradores.

Toby no sabía cómo encarar todo eso.

—¿Conque los Antiguos son vida nacida de la mugre?

—Combinada con estructuras magnéticas, sí. Es difícil describir esas antiguas nupcias. Hace mucho tiempo, desde luego.

Toby miró las inmensas eras representadas por sencillas líneas, seres biológicos después de las arcillas, intersectándose con el «reino magnético», y luego líneas desconcertantes con la etiqueta «biología terrícola». No sabía nada de «memes» y «kenes». Por el eje temporal dedujo que aquello había comenzado hacía más de doce mil millones de años, cuando se inició —¿qué?— todo el universo.

Aturdido por las implicaciones de aquel diagrama tan simple, no se aventuró en las otras dimensiones que expandían esa sencilla representación bidimensional a lo largo de ejes de «aptitud», «profundidad estructural», «complejidad reticular» y otros términos que ni siquiera podía leer. Mejor volver a algo sencillo.

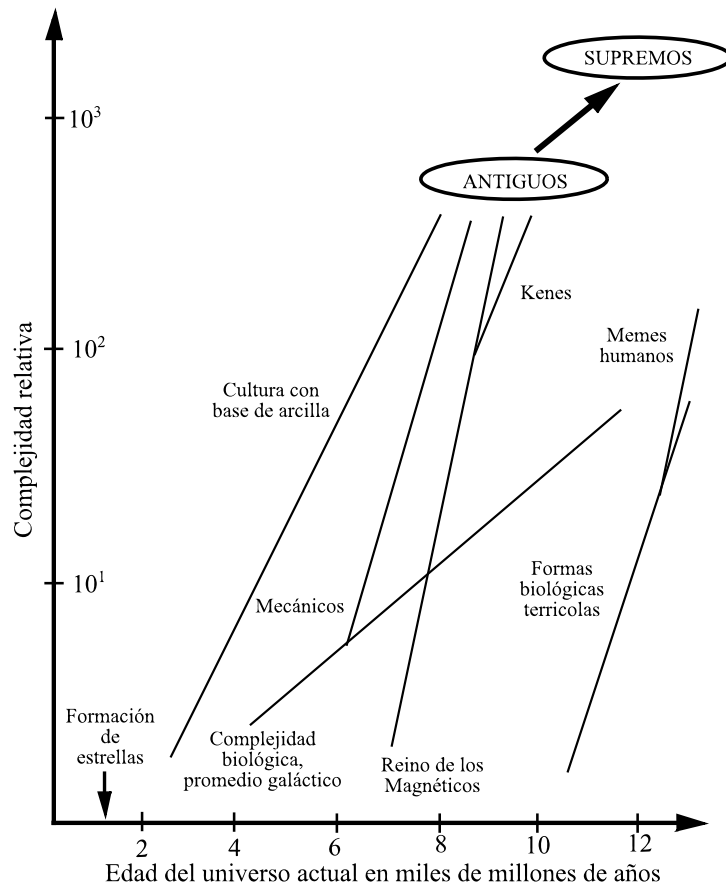
—Entonces... ¿cómo llegaste aquí, ante todo?

—Robando una nave. Un crucero rápido mec.

Toby nunca había oído mencionar que alguien hubiera realizado semejante hazaña. Para los Bishop ya había sido bastante difícil utilizar una vieja nave humana, el *Argo*.

—¿La robaste? ¿Y viniste tan campante hasta el Centro Verdadero?

—Mmm, no exactamente —dijo Walmsley con la mirada perdida—. Verás, sucedió así.



2 - La morada de los dioses iracundos

An te todo debes recordar que viajábamos en una anticuada nave mec. Mortalmente lenta, en comparación con los viajes de hoy. Una enorme nave de pala, con una cola azulada y recta, que avanzaba a trompicones por el espacio.

Mucho mejor de lo que había sido nuestra nave terrícola, aquel viejo cacharro, el *Lancer*. Tenía un nombre arrogante, pero aventurarse entre las estrellas de ese modo era como para los indios intentar explorar Europa en canoas de corteza de abedul. Un error histórico y técnico.

Verás, los mecs nos habían explorado bastante bien a nosotros. Habían estado en el sistema solar tiempo atrás, hacía millones de años. Una vida más primitiva basada en el carbono había librado una batalla cerca de la Tierra contra los mecs. Presuntamente, defendiendo la Tierra cuando los primates todavía aguzaban el intelecto, empeñados en ser *Homo sapiens*.

Dejaron una nave estelar caída en la luna. Así fue como supimos que el conflicto era muy anterior a nosotros. Mi esposa Nikka estaba enterada de ello. Yo lo supe más tarde, historia antigua.

Salimos juntos en la primera nave estelar humana, el *Lancer*. Nos atacaron los mecs. Casi no logramos sobrevivir.

Luego tuvimos un golpe de suerte y robamos una nave mec.

¡Ah! Qué parquedad tan británica. En realidad había dos especies alienígenas oprimidas agazapadas bajo el hielo de ese mundo. Seres que podían ver electromagnéticamente en la región de las microondas. Resultó ser que ellos habían abatido la nave que hallamos en nuestra luna, una nave que yo había inspeccionado, a cargo de la cual me habían puesto. Ansiaba saber qué eran, cómo pensaban.

Pero también había otros. Criaturas semejantes a cetáceos que se deslizaban serenamente en honduras turbias, entibiadas por un núcleo radiactivo que habían ensamblado en el centro de la luna.

Todos inmensamente extraños, pero todos aliados contra el mec *Observador*, que se encontraba arriba. Juntos, dos especies alienígenas y los parlanchines chimpancés, atacaron al *Observador* y lo capturaron. Ahora parece tan fácil...

¿Eh? Lo lamento, estaba distraído. ¿La nave mec?

La equipamos con nuestros instrumentos, el equipo de soporte vital, todo lo que sobrevivió después del ataque mec contra el *Lancer*. Un trabajo duro.

Bravo. ¿Y luego?

Allá estábamos, a poca distancia de nuestra estrella natal. Muchos tripulantes — mejor dicho, los pocos supervivientes— querían ir a casa.

Yo no le veía sentido. Con mis años, tenía poco que perder. Y pocas inversiones en la vieja Tierra... no tenía hijos, ni siquiera parientes cercanos.

Pero sabíamos que los mecs ya habían atacado la Tierra. Utilizaron un arma ingeniosa, unos alienígenas pisciformes que arrojaron en nuestros mares. ¿Debíamos

regresar para ayudar?

Aquello fue motivo de muchas discusiones. Yo debía admitir que los otros tenían buenas razones, salvar nuestro mundo y todo eso. Así que llegamos a una solución intermedia. Construimos una nave robot, usando piezas mecs. No fue tarea fácil. Luego la llenamos de tecnología mec. Que la Tierra aprovechara esas triquiñuelas, pensamos.

Algunos querían ir también. Un clásico gesto wagneriano... pura emoción, nada de razón. Demasiado arriesgado.

Así que la despachamos a la Tierra, lanzándola a un vigésimo de la velocidad de la luz. Me temo que no podíamos conseguir más.

A decir verdad, yo quería quedarme allí, formando una comunidad con las dos especies que todavía vivían bajo el hielo lunar. Pero estaba la otra facción.

Nikka y yo teníamos aliados en la tripulación. Odiábamos a los mecs, queríamos hacer algo. Seguir el acertijo hasta el final. Así que levamos anclas... si esa pintoresca expresión puede aplicarse a la idea de lanzarse al espacio a casi la velocidad de la luz.

Hacia el interior. Hacia el Centro.

Tardamos casi treinta mil años en llegar aquí, si lo medimos dentro del marco galáctico, lo que algunos llaman tiempo «real». Pero todos los marcos inerciales son equivalentes, como sabes. Lo demostramos. La única diferencia es que los relojes andaban despacio en nuestra nave. Además, teníamos sueñofrío.

Para mí fue como dormir varias siestas reconfortantes, despertando sólo para los chequeos médicos y para enviar algún mensaje. Mi turno de patrullar por la nave, de hacer reparaciones. Una experiencia solitaria. Mis amigos, congelados. Yo, recorriendo una máquina robada y extraña. Surcando un corredor de refracciones relativistas semejante a un túnel revestido de arcos iris. Asombroso. Apabullante, además, por mucho que entendieras los datos físicos.

Yo había armado —mejor dicho, Nikka había armado, ella era un prodigio— un transmisor infrarrojo. Enviábamos mensajes a la Tierra cada mil años luz. Poniéndolos al corriente de nuestros hallazgos con montones de datos. Más un poco de cháchara de mi cosecha. Esperaba que aún estuvieran allí. En ese momento parecía un gesto insignificante, pero mucho después comprenderíamos su importancia.

Entonces, *presto physico*... apareció el Centro, fulgurando como un burdo anuncio publicitario en la ventana. Estos ingenios mecs son muy cómodos. Uno se pregunta si sus diseñadores los valoran. Sería una pena desperdiciarlos en criaturas incapaces de saborear los deleites que pueden provocar.

¿El Centro? Bien, hoy no puedes verlo como lo veía yo. Los Antiguos ya estaban allí, y entonces eran más visibles que ahora.

Entramos junto con un flujo entrante, para aumentar aún más nuestra aceleración. El Centro era un fuego de artificios perpetuo. Sobre él, como un vasto arco de triunfo, se erguía un sinuoso río de fuego. Erizado de pinchos amarillos, anaranjados y

sulfurosos. Sobrecogedor. El potencial gravitatorio del agujero negro, expresado como un gas rojo llameante, filamentos de plasma, incandescencias de años luz de longitud.

No me pillaba desprevenido. En la Tierra, nuestros radiotelescopios habían detectado los largos arcos que cortaban el plano galáctico. Colgaban a cien años luz del Centro Verdadero. Había otros también, encajes borrosos, todos iluminados por corrientes gigantescas.

Luces de neón galácticas, sostenían los especialistas. ¿Pero por qué tan delgadas y largas? Algunas tenían varios centenares de años luz de longitud, y apenas medio año luz de anchura.

Al aproximarnos, discernimos esos filamentos, no en ondas de radio, sino en registro óptico. Deslumbrantes. Tan limpios, tan escrupulosamente ordenados. ¿Sería una colosal fuente de energía? ¿Un corredor de transporte, una inimaginable autopista? ¿Qué o quién necesitaría tanto espacio para desplazarse?

Colgaban allí como abigarrados letreros en el cielo. ¿Pero para qué? ¿Un monumento religioso? ¿Un equivalente alienígena del sacrificio, irradiando su promesa eterna a toda la galaxia?

Todos pensábamos en estas posibilidades mientras nuestra nave —un aparatoso armatoste, con muchísimo espacio en comparación con el *Lancer*— surcaba turbias nubes de polvo, regiones de formación de estrellas y mucho más, internándose deprisa, como un viejo perro regresando a casa.

Su equipo de navegación era sencillo y directo, y estaba configurado para ir al Centro Verdadero.

Piensa en ello. Este era uno de sus destinos estándar.

Retrospectivamente, es fácil entender por qué. Densidad energética. Un vendaval de luz. Una granizada de fotones. Enormes corrientes de plasma. El lugar ideal para un mec hambriento. El comedero.

Yo había pensado en el Centro Verdadero como una especie de cofre abarrotado de estrellas que relucían como esmeraldas, rubíes, zafiros calientes, todo girando en torno del agujero negro, que, por supuesto, había engullido el polvo tiempo atrás, dejando este agradable paño de encaje.

Eso creían los astrónomos, al menos. Nunca confíes en las teorías, muchacho, si son obra de sujetos que trabajan en una oficina.

¿Qué? Ah, las oficinas son cubículos donde trabaja la gente... no, no se trata de trabajos pesados, de levantar cosas, sino... Bah, no tiene importancia.

Verás, yo había olvidado que con varios millones de estrellas apiñados en pocos años luz se producen colisiones, rozaduras. Y hay muchas esquivas.

Al aproximarnos podíamos ver la refriega. Gordas y tambaleantes estrellas llameando como dioses iracundos, escupiendo lenguas rojas. Eran hijas de matrimonios espeluznantes, de dos estrellas que habían chocado y se habían fusionado enzarzándose en una enconada batalla.

Otras se disponían a participar, girando en órbitas recíprocas, arrojando rizos de gas como insultos. Vimos casos peores cuando avistamos el borde exterior del disco de acreción. Estrellas desgarradas, destripadas, derretidas. Alumbraban la oscuridad masas orbitales de escombros que parecían diminutas y rojas cabezas de cerilla ardiendo en un mugriento saco de carbón.

En medio de todo eso estaban las estrellas más extrañas. Eran rápidas. Cada cual cubierta por una máscara semiesférica. La máscara despedía emisiones infrarrojas y tardé un tiempo en deducir qué sucedía.

Verás, la máscara semiesférica colgaba a una distancia fija respecto de la estrella. Flotaba sobre la luz, y la gravedad apenas compensaba la presión de la luz.

La máscara reflejaba la mitad del flujo estelar sobre la estrella, aumentando el calor. Eso obligaba a la pobre estrella a enviar bonitos arcos y chorros de masa hacia el exterior. Lo cual quizá contribuía al propósito de todo aquello.

La luz escapaba por un lado, la máscara la retenía por el otro, y este proceso empujaba la estrella hacia la máscara. Pero la máscara estaba unida a la estrella por la gravedad. Se adaptaba, se mantenía a la distancia justa. Sin embargo, la desdichada estrella sólo podía irradiar luz en una dirección, así que retrocedía hacia el lado contrario.

Alguien conducía en manada aquellas estrellas. Las máscaras las convertían en motores de fusión fotónica. Lentos pero efectivos. Y el rebaño se encaminaba hacia el disco de acreción.

Alguien ayudaba a satisfacer el apetito del agujero negro.

¿Quién era capaz de semejante obra de ingeniería? No había tiempo para averiguarlo.

Nos estábamos acercando, recalentándonos, hacia un calor endemoniado.

Y ahora, al cabo de tantos años, teníamos mensajes en los receptores de la nave. Gorjeos, pitidos, tupidas matas de código cegadoramente rápido.

Evidentemente, señales dirigidas a los mecs que antes tripulaban la nave. ¿Qué debíamos responder?

Todavía vacilábamos cuando comprendimos una verdad elemental. La nave no sólo transportaba mecs. Era un mec.

Había transportado mecs de nivel superior, por supuesto. Pero todavía era un miembro de la tribu, como quien dice.

Al aproximarnos, el curso que habíamos seleccionado tocaba a su fin. Desacelerábamos deprisa. La garganta magnética por donde caía nuestra insignificante nave se comprimía. Luego el torrente de plasma nos embistió en ángulo. La nave entera giró, y nunca he oído una maniobra tan crujiente y aullante. Evidentemente, los mecs no tenían sensibilidad acústica.

Por poco ensordecimos. Duró una semana.

Pero dio resultado. Hizo girar la nave, de tal modo que el propulsor de fusión quedó a proa. Su chorro nos protegía de la chatarra sólida que obstruía el camino,

incinerándola, convirtiéndola en iones para el motor.

Ahora la garganta estaba a popa, pero las líneas de los campos magnéticos recobraban parte de los escombros y los arrojaban a las fauces de la rechoncha y enorme nave. Los quemadores de fusión hacían rechinar los paneles, calentaban el aire... pero nuestro equipo de soporte resistía.

Un milagro, de hecho. Había energía de sobra, así que perfeccionamos el sistema de aire acondicionado. No fue tarea fácil con aquel calor tan sofocante. El problema era dónde arrojar el calor sobrante. Los refrigeradores no anulan el calor, sólo lo desplazan.

Al fin decidimos usar armas mecs. Eran láseres, pero parecían monstruosas tuberías de cloaca. Eran artilugios inmensos, muy voluminosos.

La gracia de los láseres es que irradian mejor que cualquier fuente natural. Poseen una mayor temperatura de brillo, en la jerga. Para que tu entorno pierda energía, necesitas algo más caliente. Los láseres podían hacerlo. Así que arrojamos el calor sobrante de la desaceleración a unos conversores, y luego a los motores de los láseres. La nave comenzó a emitir haces de luz cortante, despidiendo energía.

Aquello nos volvía aún más risibles. Y nos aterraba. ¿Nuestra nave informaba a sus superiores de que llevaba alimañas a bordo? Nosotros, los aventureros, nos sentíamos condenadamente pequeños.

Nuestra velocidad se redujo a una gravedad y media. Aplastante. Era como ser obeso sin haber experimentado los placeres de la gula. Preparamos cubas de provisiones y estanques de agua. Flotábamos allí durante días, simplemente para escapar del peso.

Al fin la visión se despejó. El motor de fusión alcanzó energías mayores mientras desacelerábamos. Se volvió transparente en la región óptica, de modo que podíamos ver a través del penacho. Primero los rojos... qué visión tan extraña.

Distinguíamos claramente la muerte, una gran muralla de muerte abalanzándose hacia nosotros.

En cuanto a su forma...

3 - Ratonés

—**E**s como tratar de beber un trago de una manguera de bombero —dijo Nigel.
—¿A qué te refieres? —Nikka seguía estando pálida y delgada, pero sus ojos negros relucían como canicas vivientes, con una mirada divertida e inteligente.

—A procesar estos malditos datos.

Nigel irguió el cuello para ver toda la pared. Sus chispeantes superficies de mica formaban ángulos desconcertantes, al estilo mec.

En las superficies titilaban las diferentes vistas que rodeaban la nave. Vistosos chorros de gas ionizado. Nubes moleculares, negras en el núcleo, con llamas ondulantes en su piel desgarrada. Estrellas rebosantes, incinerando las ondas de gas furibundo que las sofocaban.

Y más adelante, una muralla frenética rodando desde el Centro Verdadero de la galaxia. Abalanzándose sobre ellos.

—Como un resto de supernova —dijo Nikka desde su consola.

No descansaba un instante. Debido a su origen japonés, decía ella para explicar su adicción al trabajo. Cuando amas a una mujer, comprendió Nigel, aceptas sus obsesiones junto con lo demás. Tal como ella hacía con él. Y a juicio de Nigel, ella se había llevado la peor parte. Nigel era cada vez más insoportable.

Frunció el ceño.

—Parece la mano de Dios dispuesta a aplastar una mosca.

—Vaya, no se me había ocurrido esa teoría.

—Parece probable. Esa cosa se acerca a bastante velocidad.

—Los dopplers muestran mucho hidrógeno desplazándose a cuatrocientos veinte kilómetros por segundo —leyó ella.

—Me cuesta entender por qué Dios se molestaría en aplastarnos.

Las ondas de choque formaban filigranas doradas en la superficie de la muralla. Nikka rio entre dientes.

—Te tomas hasta la astrofísica como algo personal.

—¿Por qué no? Así es más fácil recordar su jerga.

—¿Egocentrismo, tal vez?

—Tal vez. De todos modos, aquí Dios tiene muchas diversiones. Nosotros somos aburridos en comparación.

—El elefante rodando en sueños, pues.

La lacónica lógica de Nikka divertía a Nigel. ¿Cómo podía no estar enamorado de una mujer capaz de ser más aguda e incisiva que él?

—¿Mmm?

—En los viejos días de Kioto, mi padre nos contaba una historia acerca de un hombre que pensó que se salvaría de la tormenta si dormía junto a un elefante. Para refugiarse.

—Entiendo. Sólo porque los grandes sobreviven...

—Aguarda, aquí están las lecturas de paralaje —exclamó Nikka, toda ella actividad.

Nigel estudió las extrañas facetas sesgadas de la muralla. Nunca había entendido esos ángulos. Espejos de Fresnel, recordó. Un viejo experimento de laboratorio que él había realizado una fría mañana de invierno en Cambridge. Un equipo rechinante, antiguas grapas y lentes del siglo XIX. Lo había hecho en un santiamén, luego se había ido a beber té y jugar al billar.

Pero aún recordaba cómo funcionaba. Los planos levemente al sesgo, para que la luz se reflejara en ambos sentidos. Así se creaban cuñas de interferencia. Se retenía la información de fase en las ondas de luz. Astuto. Los mecs habían refinado ese efecto clásico para lograr un deslumbrante *smorgasbord* óptico.

Y en uno de los paneles oblongos ahora veía un nódulo que se hinchaba, negro y abultado. Un fulgor rojo bailaba detrás.

—Ese frente está más cerca de lo que pensaba —dijo Nikka—. A pocas horas.

—Nos destrozará, no cabe duda.

Nikka cabeceó.

—No podemos alejarnos a esa velocidad. Acabamos de bajar al cero local.

En los altos potenciales de las inmediaciones del Centro Verdadero, las masas que seguían la danza de la gravedad giraban a velocidades enormes. «Cero local» sólo significaba la velocidad orbital de la región.

Era más seguro, pensaban, mantenerse cerca de esa velocidad mientras trataban de entender los fuegos de artificio. Los ratones se aventuran bajo la mesa a su propio riesgo, sobre todo si los comensales usan botas claveteadas.

—No podemos huir —dijo Nigel, mirando los paneles—. Así que nos esconderemos.

Ella siguió su mirada.

—¿Entre los escombros?

—Le había echado el ojo a aquella mancha. —Una roca del tamaño de un asteroide.

—¿Por qué aquella?

—Recibí un extraño eco en respuesta a una exploración de superficie.

Ella lo miró de soslayo.

—¿Otra corazonada?

—Es lo único que tengo siempre.

—Una masa sólida; buena protección. Pero hay otras más cerca.

—Hay algo allí. Un recuerdo.

Él mismo ignoraba por qué había escogido aquel pedrusco. Su respuesta le había hecho pensar en el Snark, aquel desgarrado representante de los mecs de hacía tanto tiempo.

¿Sería buena señal?

Estudió el desconcertante despliegue de información en el panel mec. Le admiraba que Nikka hubiera descifrado los diagnósticos mecs, que los hubiera traducido a las cifras que preferían los humanos.

Nikka era brillante y podía manipular con naturalidad esos procesos raros, extravagantes. A fin de cuentas, las leyes de la mecánica y los campos tienen su propia lógica interna. Toda inteligencia se adapta a esos datos primarios. En última instancia, el universo ha modelado a sus hijos. La mente, como habría recalcado el viejo y tozudo Wittgenstein, estaba cortada como un traje, con contornos que no eran inherentes a la tela.

Aquel pensamiento le trajo recuerdos estremecedores. ¿Entonces por qué las miríadas de formas mortales que adoptaba la vida dedicaban tanto tiempo a chocar con sus semejantes?

—¿Estás seguro? —insistió Nikka con escepticismo.

Nigel se echó a reír.

—Por todos los diablos. Claro que no.

4 - Alejandría

Los demás —jóvenes, un poco más tontos— entraron primero. La mole giratoria destacaba por su negrura en el centro de la galaxia, donde predominaban el fuego y la furia, el color y el esplendor. Tal vez fuera el residuo carbonizado de una catástrofe anterior. El agujero negro —todavía oculto detrás de la violenta marejada que estaba a punto de arrollarlos— había dejado muchas moles en órbita, calcinadas y barridas por ardientes borbotones de intensa radiación.

Cuerpos resecos, fruto de ciegos estallidos.

En su dermatraje, Nigel se internó en la profunda grieta que habían encontrado. La tripulación había optado por anclar la nave sobre la boca de la grieta. Luego penetraron en ella un poco más, para escapar de las ondas de choque que se encontraban a pocos minutos de distancia.

La nave se había encabritado, procurando activar sus motores, reanudar su curso programado. Nikka había anulado sus funciones ejecutivas, tal vez incluso acallado sus alarmas. Pero no estaba segura...

En traje y en gravedad cero, Nigel se sintió como en los viejos tiempos. Una vez había sido astronauta, una palabra que ahora resultaba incomprensiblemente antigua. ¿La Tierra aún existía?

Recobró cierto ímpetu juvenil. Estaba pletórico de energía.

Los datos físicos, reflexionó, no bastaban para despertar los *sentimientos*. La combinación del sueñofrío con el tiempo dilatado de la relatividad especial lo había catapultado a un futuro remoto de paisajes distantes y fulgurantes. Había llegado a ese tiempo y lugar tan distantes sólo con la formación y la cultura de una sociedad ya desaparecida. Pero todavía enviaba borbotones de datos a casa, el último una hora antes. Un mensaje en una botella cósmica.

Penetró, mareado y ligero, por un largo conducto de roca astillada. Lejos de los demás.

Tomó una muestra, como en los lejanos días de la NASA. Un acrónimo muerto. Al menos no echaba de menos esa costumbre americana de comprimir el nombre impronunciable de ciertos organismos para formar palabras sin sentido. Eso sí, quedaban grabadas en la memoria. Aun al cabo de treinta mil años.

Estudió la roca. ¿Origen volcánico? Trató de recordar algo de geología. Había algo raro en aquellos terrones granulados.

En el interior, una bóveda. Paredes grises.

Las examinó flotando. El espacio infundía cierta gracia de pájaro incluso a su cuerpo achacoso.

Por doquier, líneas prolongándose hacia arriba, la roca formando protuberancias. ¿Debía continuar o reunirse con los tripulantes? Cada vez que movía la linterna, las sombras se desplazaban como un público que siguiera cada movimiento.

Dibujos en las paredes.

¿Debía continuar? Cautela, amigo. Detrás de cada sonrisa aguardan dientes afilados.

Hacia abajo. Adentro. Deslizándose.

Las piernas blandamente suspendidas en nubes de algodón, sombras disipándose, sumiéndolo en nuevos cubos de espacio, geometrías deformes. Ahora una sala esférica, respondiendo a la luz de la linterna con un fulgor rojizo. ¿Un engaño de los ojos?

No, había mensajes en las paredes, una maraña de símbolos. ¿La mente tratando de curvar el universo sobre sí mismo?

Le costaba concentrarse. Quizá fuera la pérdida de la vertical local, le decía su viejo entrenamiento de la NASA. Bastaría con ladear la cabeza para reponerse.

Escalinatas de piedra gastada subiendo en espirales imposibles. Hacia un cielo raso cóncavo salpicado de manchas anaranjadas, ojos parpadeantes.

Una vieja película, recuerdos. La tumba de Tutankamón. El dios chacal Anubis erguido sobre enemigos derrotados.

Abriendo la tumba.

Entrando.

Un paso pequeño para un hombre: una voz que llegaba a través de los milenios.

Subiendo desde el valle de los Reyes, reyes antiguos y muertos, el primero en elevarse triunfalmente desde Karnak y Luxor, flotando en una trayectoria lenta y sinuosa, volando a Alejandría, la biblioteca abarrotada de rollos; Alexandria, una mujer antigua, de muñecas enrojecidas y piernas entumecidas...

Sacudió la cabeza.

Vertical local.

Insistentes campanillas mentales de alarma. *Recobra la vertical.*

Viejas verdades. Sin duda habían perdido validez.

El zumbido. Insistente. No había aire, pero no podía ahuyentarlo. Un zumbido de insecto.

Una esfera, adelante. Logró aferrarse con la superficie adhesiva de los guantes. Giró con inesperada agilidad.

Más allá de la esfera metálica se abría un espacio tan vasto que su linterna no arrancaba ningún reflejo. Se dispuso a regresar, evocando otra época y lugar...

El zumbido fluctuó, subió de tono. Gritó, gimió. Una cuerda de violín forzada para emitir una octava demasiado alta, cortante, una sierra poco afilada mordiendo acero...

Silencio. Nigel parpadeó, sorprendido.

Así había sido hacía mucho. Durante su misión a Ícaro, un presunto asteroide que había florecido convulsivamente, lanzando una fugaz cola de cometa. La causa había sido la pérdida de la atmósfera interna que escapaba de una nave. Una nave construida dentro de un asteroide, una nave estelar. La roca era extrasolar y no encajaba en los protocolos de datación, los isótopos no daban cifras coherentes.

Giraba en órbita en el sistema solar interior desde hacía cien millones de años.

Y allí Nigel había hallado esta misma configuración. Espacios de forma insólita. El zumbido. Un chillido electromagnético.

Su traje lo había grabado todo. Giró despacio en una bolsa de oscuridad. Ahora la esfera parecía agotada, más pequeña.

Mensaje recibido. Regresó para unirse a los demás.

5 - Huckleberry Finn

Ping, chilló la cápsula. Nikka tenía el semblante tenso bajo la luz reflejada. Un cegador fulgor azul inundaba la grieta. Si había tanto brillo ahí abajo, significaba que furias resplandecientes barrían la cara externa del asteroide. Estaban encerrados en ese refugio improvisado y precario. Una maciza detonación los aplastó contra sus amarras.

—Ahí viene —dijo Nikka—. La onda de choque.

Delgadas lenguas de fuego lamieron la ventana de observación.

A pocos cientos de metros un frenesí ionizado procuraba abatirse sobre ellos, o al menos eso les indicaba su visión antropocéntrica, reflexionó Nigel.

La escalofriante verdad era peor: las desafortunadas y abrasadoras energías que escapaban del agujero negro no buscaban a nadie, no significaban nada. Las angustias humanas les resultaban indiferentes. Triturarían la inteligencia y la escupirían a las soñolientas estrellas. Allí la mente se adaptaba a la naturaleza, no a la inversa.

Aguantaron la acometida un día, dos. Un gigante tamborileaba contra las paredes. Los sensores de la nave enviaban datos, pintando una imagen de enormes flujos de masa más allá del casco. La nave se rajó, se autorreparó, se rajó de nuevo, destruyó algunos escombros. Habían llegado a respetar ese sistema de autorreparación en la larga travesía desde los suburbios de la galaxia. Eran parásitos, a fin de cuentas. Si llamaban la atención sobre sí mismos, tal vez activaran un escuadrón de limpieza.

Nigel llevaba consigo algunos efectos personales que traía desde la Tierra. Bajo la tenue luz del traje relejó el ajado y amarillento librito, manchado por los accidentes de la adolescencia. Hacia el final había un pasaje que había memorizado sin proponérselo tiempo atrás.

Y entonces Tom se puso a hablar y a hablar, y dijo: «Larguémonos los tres una de estas noches, busquemos un vehículo y vayamos en busca de aventuras por territorio indio, un par de semanas». Y yo respondí: «De acuerdo, por qué no».

Nigel nunca se había sentido ni remotamente americano, a pesar de haber vivido y trabajado décadas en los Estados Unidos, pero siempre sentía un nudo en la garganta al leer este pasaje en voz alta.

La cápsula se zarandeaba y comprendió que él y los demás habían vivido tanto tiempo en aquellos corredores alienígenas de metal que estaban habituados a esa sensación de callada e implacable extrañeza. Una vez que abandonabas tu hogar, todos los lugares eran remotos y extraños y lo mejor era seguir andando. Hasta el límite, hasta el punto omega de un alfabeto que uno sólo podía leer recorriéndolo

hasta el final.

Cuando salieron, la grieta estaba bloqueada por los escombros. Terrones y trozos de roca cubrían cada hendidura. Nigel trabajó un rato para apartarlos y luego descansó. Era viejo y, aunque gozaba de buena salud, conocía sus límites. Se preguntó si habría otro modo de salir de aquel lugar, que era evidentemente el resto de una nave estelar del tamaño de un asteroide.

—Es como esa vieja nave náufraga de la luna —le dijo a Nikka por el sistema de comunicaciones—. La de Mare Marginis.

—Mmm. Había notado cierta semejanza.

—Y la nave abandonada que encontré, Ícaro.

—Lo cual implica... ¿qué? ¿Que quienes las construyeron estaban desperdigados por toda la galaxia?

—Han llegado hasta aquí. Tiene que haber sido así.

—¿Y esta mole está tan muerta como las demás?

Nigel asintió.

—Eso significa que los mecs los pillaron, supongo.

—Debió haber millones de ellos, para que unos se toparan con otros a treinta mil años luz de distancia.

—Sí. Se está jugando una gran partida.

Se internaron juntos en un corredor lateral, examinando bóvedas y recintos metálicos destrozados.

—Parece que alguien lo despojó de sus elementos —dijo Nigel, alumbrando un oscuro conejal con la linterna—. No nos queda mucho por rescatar.

Por el rabillo del ojo, Nigel vio aparecer a gran velocidad esa imagen serpenteante.

Helicoide, con apéndices voluminosos, una proa puntiaguda y reluciente. No era mayor que un hombre pero sí más rápida, y se lanzaba contra Nikka y él como si hubiera estado al acecho.

El tiempo cesó de repente.

Al girar, Nigel sintió en los hombros una energía resbaladiza y blanda que le arrebató la mochila y la caja de herramientas.

Era sin duda una criatura mec, chisporroteaba en el espectro electromagnético de los oídos de Nigel con un sonido semejante al tocino friéndose en una helada mañana inglesa de hacía siglos.

Nigel echó mano al láser. Nikka acababa de ver la cosa, y la miraba boquiabierta desde las sombras.

Él saltó para interceptarla mientras rebotaba en un bruñido panel de acero.

(Sintió la matemática de esa cosa, una geometría límpida como el continente de júbilo euclidiano que había explorado en su infancia, sentado con los dedos bajo las piernas mientras estudiaba al alba en su fría habitación, calentándose las manos mientras volvía las páginas con la lengua).

Un zumbido de estática.

El mec serpiente se arqueó y se alejó. Se dirigió hacia Nikka.

(Orden a partir del tosco caos de la vida. Eso era lo que siempre había anhelado, una gracia hiperbólica que se fusionara claramente con la vida, sin dividir el mundo en sujeto y objeto, observador y observado).

Alzó el láser describiendo un lento movimiento circular, átomos en concierto, mientras la vieja dualidad de mente y materia lamía el frágil pero inexorable impulso de ese instante.

Nikka fue más rápida que él. Le disparó.

El rayo titiló un instante en la moteada superficie azul de la cosa. Luego patinó, se refractó. Nigel también le disparó y la cosa se partió en dos, convirtiéndose en dos hélices esquivas.

(¿Un pintoresco retruécano visual? División en hélices, parodiando la clave de la vida orgánica: pares de ADN escindiéndose en espirales; el emblema de la vida desplegándose en un viento de vacío que soplaba desde un pasaje lúgubre. Una visión parcial, se dijo Nigel: siete hombres ciegos y un elefante que dejaba de ser tal porque todos describían lo que ninguno entendía. Sus pulmones exhalaban aire seco).

La cosa irradió un fulgor esmaltado.

Y viró de nuevo, arrojó una lanza electromagnética.

El disparo revoloteó en el vacío, una descarga de electrones renuentes escupiendo una furibunda radiación roja. Luego se partió.

Una chispa alcanzó a Nikka, estalló formando gusanos amarillos. Nikka se desplomó.

Al suelo. Nigel tocó el panel de acero un instante antes de que la lanza lo ensartara. Sintió una sacudida de megavoltios.

(Corrosión, ascenso de kiloamperios. Su caparazón se activó y de pronto Nigel estuvo dentro de la superficie conductora del dermatraje: roce y estiramiento de potenciales circulando a un milímetro del vello erizado de su carne trémula; respiración, succión, pulsaciones fugaces, beso electromagnético; inductancias luchando contra la corriente desatada; astillas de corriente pinchándole los hombros y lamiéndole el brazo. Le bastaba un leve movimiento para lanzar otro sinfín de veloces electrones en busca de otra presa, todo a frecuencias que él no podía vislumbrar, información deslizándose en él por portales que jamás conocería, debajo de la percepción, una fracción de segundo de intuición...).

Antes de que los crujientes voltajes pronunciaran su discurso, alzó la pistola de choque con la mano izquierda; tenía los músculos agarrotados y tuvo que forzar los dedos para...

La cosa avanzaba hacia él. Nikka flotaba inerte.

Nigel se apartó del panel, a riesgo de perder su escudo eléctrico. Tal vez faltaran unos segundos para que el mec recargara.

(Deseos y sentimientos bifurcándose como relámpagos estivales en su interior.

Una parte de él devorándolos mientras restallaban en su mente, viéndolos tal como eran: mensajes de una parte de sí mismo hallando una hoja en blanco y aguardando a cada instante para escribir en ella, tiempo como agua lavando las erupciones, perdigonadas de furia y granizadas de miedo).

Apuntó el arma. Disparó con placer.

Era una burda salva de energías eléctricas anudadas, pero lo tosco y grosero a veces funcionaba.

Zigzagueando, sin dar cuartel, disparó también el láser con la derecha, contra el otro aspecto del mec dividido, *yin* y *yang*, flexible pero sin la rudeza suficiente para afrontar las sudorosas urgencias de las formas de vida orgánica. La poda darwiniana de la evolución mec lo había escogido para tareas específicas, reduciéndolo como un cuchillo al ser afilado. Para obtener un borde cortante había que limar la hoja, y esa pérdida se puso de manifiesto en el lapso de una palpitación mientras el aparatoso y fiel láser descargaba su devastadora energía.

El mec dividido murió. Sin duda los daños puramente mecánicos no hacían mella en las funciones de su programa, pero los potenciales no pueden acumularse en recipientes mutilados y destrozados, y su carga se propagó por donde no debía, hacia dentro, disolviendo estructuras cristalinas de intrincada artesanía. Una joya aplastada por una bota lodosa.

Nigel giró sosteniendo la pistola de choque, disparó contra la otra parte para mayor seguridad y mientras el zumbido moría chocó contra el otro cadáver descoyuntado, sintiendo el retroceso en las piernas. Resopló secamente bajo la profusión de luz agonizante del mec despanzurrado.

Se lanzó impulsivamente hacia Nikka.

Flotando, hacia Nikka.

6 - Algo fatal

Nikka tardó tres días en despertar, y después actuaba con lentitud y aturdimiento; lagrimeaba, pronunciaba cada palabra con engorrosa dificultad.

Antes de que ella pudiera incorporarse habían reanudado su viaje hacia el interior. Lograron que la nave reiniciara el curso programado. Las antenas construidas para llamar a la Tierra eran un amasijo de metal. Ya no habría más mensajes para el hogar. Ahora no tenían ninguna misión, salvo la más elemental: sobrevivir y aprender.

Y luego supieron, mediante una datación de metalicidad, que el mec helicoide era muy antiguo. Tal vez había acechado en la nave abandonada durante siglos, por si una criatura orgánica se aventuraba en su interior. Una trampa.

—Eso es algo impropio del Snark —mascullaba Nigel en sus largas vigiliass junto a Nikka. Aunque el Snark también era un mec, en cierto modo.

El cerebro se repara a sí mismo, con la ayuda adecuada, y la recuperación de Nikka era larga.

En su época la palabra «maquinal» tenía dos acepciones. Una era «insensible, indiferente», y la otra era «implacable, perseverante». Ambas sugerían, con razón, falta de humanidad y rígida obtusidad.

Pero allí había una tercera acepción, que se revelaba en los inmensos y fríos arabescos que llenaban el cielo a un año luz del agujero negro. Construcciones vastas e imponderables. Geometrías antinaturales y sutilmente extrañas.

Allí hervían energías como una granizada de radiación y turbulencia. Las obras de los mecs flotaban con indiferencia entre la turbulencia de masas. Implacables, indiferentes.

La nave todavía los protegía, al parecer. Llegaban mensajes inquisitivos, y los programas automáticos de a bordo respondían. Como los carroñeros polizones humanos habían viciado hacía mucho la base de datos de la nave, los informes que daba a sus superiores estaban sin duda muy lejos de la verdad. Pero la naturaleza de lo extraño consiste en que nadie puede imitar bien un idioma real e intrincado.

Así que era inevitable que tracerías rojas se condensaran alrededor de la nave. Los potenciales formaban arcos juguetones en torno del casco. Una advertencia, quizá.

—O quizá sólo un baño y una friega —le dijo bromeando Nigel a Nikka. Ella podía desplazarse por la nave en una improvisada silla de ruedas. Cuando vio una imagen del exterior, dio un respingo.

Una vez que pasó el frente de choque de la explosión, el Centro Verdadero se extendía como un detallado tapiz, y cada penacho, cada sol titilante, era una gema entrelazada con la encrespada turbulencia de la gravedad.

—Lo cierto —dijo Nigel— es que no podíamos ver que algo había empujado masa hacia el centro. Su bocado que baja por el gznate, al parecer. Pero nunca se

logra que un agujero negro lo engulla todo. La materia se recalienta, estalla como una airada objeción y arrastra la porción externa.

Ella seguía desconcertada.

—¿Cuál fue la causa?

—Apuesto a que esas cosas.

Era la primera vez que Nigel expresaba en voz alta lo que ya sospechaba toda la tripulación. Filamentos aparentemente insustanciales colgaban frente a ellos en cortinas. Pero por encima y por debajo del plano galáctico se unían a hebras inmensas de brillante radiación —medían cientos de años-luz de longitud y un año-luz de ancho—, que protegían el Centro Verdadero en vastos volúmenes de espacio. En la Tierra, Nigel había visto radiomapas que mostraban los curvos filamentos. Esos gigahercios de resplandor atravesaban incluso las oscuras nubes que protegían la Tierra de los fuegos de artificio del Centro.

—Son muy delgados.

—Nos lo parecen.

—¿Qué dicen los diagnósticos de la nave?

—Lo mismo, cariño. Muestran fuertes campos magnéticos.

—¿Tan fuertes como para contener toda esa masa que intenta deslizarse entre ellos?

—Has acertado de nuevo.

Aunque Nikka había estado a punto de morir y había sufrido un coma, había recobrado plenamente su lucidez mental. Siempre iba un paso por delante en la argumentación, a veces tomando atajos insólitos.

—Veo que ese gas se curva hacia arriba. Es un purpúreo fulgor encantador, ¿verdad? Eso es debido a algún tipo de presión.

—Presión magnética. Nunca había visto nada semejante. Aun en las hebras externas, las cuales nadie comprendía cuando estábamos en la Tierra, el campo no posee ni una centésima parte de esta fuerza.

—Y, sea lo que fuere, viene hacia nosotros.

Él se sorprendió de nuevo.

—¿Cómo lo sabes?

—Veo el material que tiene delante. Lo está aplastando, ¿ves?

Ahora que entornaba los ojos para estudiarlo, lo veía. Hasta entonces había dependido de los instrumentos de la nave para verificar si las hebras traslúcidas se lanzaban hacia la nave desde varias direcciones.

—¿Qué es? —preguntó Nikka con voz fatigada.

—Algo fatal, diría yo.

7 - Los Antiguos

La onda de choque tuvo una virtud, muchacho: despejó el panorama. Al fin vimos a los Antiguos.

Los largos filamentos curvos no eran autopistas ni fuentes energéticas ni iconos religiosos. Eran inteligencias. Una forma de vida más grande que las estrellas, las nubes moleculares gigantescas y cualquier otra criatura del zoológico astrofísico de la galaxia.

Luego supe que esas formas constituían el... bien... el cuerpo de los Antiguos, aunque ese término significa muy poco. En los filamentos, las corrientes llevaban información —pensamientos— y alimentos, es decir, cargas acumuladas, inductancias y potenciales. Todo fluyendo al unísono. Como si en nuestros cuerpos los azúcares y las sinapsis fueran en cierto modo la misma cosa. Las largas y nervudas estructuras fluctuaban y llameaban, pero eso era un efecto secundario menor.

A fin de cuentas, nosotros comemos, pensamos y amamos, y el resultado, visto con infrarrojos, es un fulgor rojizo y difuso, nada más.

Sólo descubres lo que somos cuando escrutas nuestras industriosas sinapsis. O, seis órdenes de magnitud más arriba, en nuestra lenta charla.

Y no cabe duda de que somos lentos, en comparación con muchas de las cosas que suceden aquí. En la jerga local, hablamos de cincuenta bits por segundo. Necesitamos anchos de banda pequeños durante períodos largos, para emitir una sola idea.

Los Antiguos son veloces, con una anchura de banda amplia. Nosotros hablamos despacio, pero vemos bien. Nuestro cerebro está consagrado en gran medida a crear imágenes. Machacan los datos antes de que los «veamos».

Lo mismo ocurre con los Antiguos. Dudo que haya algo de lo que sean incapaces.

Yo miraba esas extrañas estrías, que ondeaban lentamente como algas en un mar de vacío, y pensé automáticamente en comunicar su existencia a la Tierra. Era lo que había hecho durante mucho tiempo: enviar informes por el túnel de nuestra estela.

Nuestro vuelo hasta el Centro Galáctico duró varios siglos, en tiempo de a bordo. Yo había transmitido un mensaje cada pocos años. La Tierra recibiría esas señales codificadas, con las grandes dilaciones que suponían los efectos relativistas. ¿Pero habría alguien escuchando?

Mirando a los Antiguos, comprendí que éramos insectos. El flujo y el reflujo de nuestras civilizaciones eran como leves ráfagas transitorias.

Dudo que haya algo que los Antiguos no puedan hacer.

Pero la pregunta es: ¿qué *quieren* hacer?

8 - Abuelo

Toby se estaba irritando.

—Tienes un modo raro de contarme qué diantres sucede aquí.

Aunque el hombre desnudo era una masa de arrugas, logró contraer el rostro en una expresión irónica.

—¿Atacas a tu abuelo cuando te está instruyendo?

—¿Qué sabes de mi abuelo?

—Le conocí, a decir verdad.

—¿Cuándo? ¿Dónde está?

—He aprendido a no referirme demasiado a «cuándo» por aquí. Dónde es más sencillo. Está aquí.

Toby se incorporó, volcando la silla.

—¡Quiero verlo!

—No es posible.

—Quiero verlo ahora.

—No está disponible. Si...

—Estoy harto de ti y de tu...

De pronto el viejo adoptó una expresión severa e imponente, y por un instante Toby recordó a su abuelo. Tal vez todos los viejos podían adoptarla, era cosa de los años.

Suspiró y se sentó.

—De acuerdo. ¿Puedes decirle que estoy aquí?

—Lo sabe.

—¿Cómo?

—Eso es lo que trato de explicarte.

—Oh, lo lamento.

9 - El límite del campo fuerte

Los Antiguos... No es un nombre muy imaginativo, pero a fin de cuentas Jehová tampoco es demasiado atractivo.

Los Antiguos estaban aquí cuando llegaron las civilizaciones mecs. Los mecánicos surgieron cuando las sociedades orgánicas progresaban, se suicidaban de algún modo —guerras, degeneración, cosas inimaginables— o se replegaban por pura falta de interés en las tensiones de la vida tecnológica. Entonces quedaban las máquinas, que formaban sociedades aparte.

Pero los Antiguos no tenían base mec. No derivaban del hierro y del silicio, no.

Tampoco eran como nosotros: torpes conexiones químicas, precarios paquetes de agua salada e impurezas secas sostenidas por varillas de calcio dentro de una piel frágil, y movidos por lentos circuitos eléctricos. No eran criaturas a las que fuese preciso adaptar retrospectivamente a una torpe artesanía de tiempos primitivos. Nada improvisado. Nada unido por azar.

Los Antiguos eran esas largas estrías. Cada estría podía hablar con una sola voz, por así decirlo. Es difícil describir lo que se siente cuando una de ellas te invade. No es como una conversación. Yo diría que es como ser sodomizado por Dios.

¿Los viste cuando venías? Bien. Un rayo perlado, por lo que recuerdo. Pudiste ver cómo giraban lentamente, con apariencia frágil.

Trazaban arcos y rizos en torno de la nave. En aquel momento había muchas señales mecs en las pantallas. Los Antiguos las desviaban, supongo que usando sus presiones magnéticas.

A nosotros nos arrastraban. Prestaban muy poca atención a nuestros límites. A veces nos daban varias gravedades de aceleración. Una vez yo había sido un «astronauta», una palabra de aquella época en que hacer esto no era tan común como caminar, y sabía hinchar los pulmones, sorber el aire en jadeos rápidos, exhalarlo desde arriba. Otros no se las apañaban tan bien. Nikka se las arregló, a pesar de su debilidad.

Los Antiguos habían causado la explosión. Esa onda de choque era simplemente la limpieza que venía después de su trabajo, como un ordenanza pasando la escoba para que el Centro Galáctico quedara limpio para todos. Los Antiguos habían provocado un inmenso estallido de energía, fusionando dos agujeros negros. Creando esto... la Guarida.

Los mecs sacaban provecho de ello. Siempre hay alguien que lo aprovecha. Absorbían los rápidos protones, cosechaban el flujo de fotones. Han instalado un sistema para recolectar los flujos de energía, con corrientes incluidas. Se podría decir que son granjeros del Centro Galáctico, pero se está jugando una partida más grande.

La Guarida. Los mecs intentaron destruirla. Y casi lo consiguieron, creo. No es fácil de mantener, y mucho menos de construir.

Esa explosión dio forma a la Guarida, la hizo más grande. Espacio-tiempo

plegado, lugar creado donde no había lugar. Los Antiguos lo habían construido en el pasado remoto, al parecer para guardar cosas, criaturas o Dios sabrá qué. Y seguían ampliándola, tal vez ahondando su complejidad.

Nuestra nave fue arrastrada, arrojada contra el disco de acreción y luego más allá. Bajamos por el eje. Hacia el polo del agujero negro.

Vosotros seguisteis una senda similar, ¿verdad? Bien. Yo os la envié.

¿Qué? Desde luego, toda esa historia de que Abraham enviaba mensajes, bien, tenía que decir algo para llamar vuestra atención.

¿Un engaño? Desde luego. ¿Una inmoralidad? No seas ridículo.

Tuve que afirmar que era tu abuelo, en efecto. A fin de cuentas, le había conocido. Y hablar por la Mente Magnética era el único recurso que os quedaba. Los mecs habrían interceptado todo lo demás.

¿Dónde estaba? Ah...

Todo el tiempo bajo el ataque de los mecs. Nos infligieron bastantes daños, además. Mataron a algunos. ¿Alguna vez has visto acero ampollado?

Los mecs penetraron. Ni siquiera las presiones magnéticas podían detenerlo todo. Rayos de neutrones, por lo pronto. Nada podía detenerlos.

Los Antiguos eran poderosos, desde luego, pero no como Dios el Sodomizador. Lamento que mi sentido del humor te parezca un poco desquiciado. He vivido en esta montaña sin compañía, salvo la más elevada. Cansa un poco. Anhele lo animal, supongo, las raíces de la vida.

¿La Guarida? La llamamos así porque nos ocultamos en ella. Nosotros, y un sinfín de otras especies orgánicas.

Los Antiguos nos metieron aquí, con nuestra nave. En el gradiente gravitatorio más empinado de la galaxia, en una bóveda a prueba de tiempo. Relatividad General, con mayúsculas.

Lo que nunca me enseñaron en Cambridge, ni siquiera el tal Hawking, era que el espacio-tiempo podía usarse como material de construcción. Aprendí, sí, que la masa equivale a la curvatura del espacio-tiempo. Construimos cosas con la materia. ¿Por qué no construirlas con espacio-tiempo curvo?

Es sencillo, pero los tensores fatiga-energía implícitos... te aseguro que no querrás ver las fórmulas matemáticas. Desagradables. Escalofrantes.

Verás, lo más importante para comprender el universo es saber que Dios no tiene que hacer aproximaciones. No hace lo que yo aprendí obedientemente en Cambridge: expandir un pequeño parámetro, iterar soluciones, resolver ecuaciones diferenciales por ensayo y error. Dios va directo al grano.

Los Antiguos no son dioses —más aún, son decididamente irritantes— pero pueden resolver por completo la relatividad general. Sin atajos. En el «límite del campo fuerte», como lo llaman.

¿Cómo? No lo sé. Yo no estaba allí para presenciarlo. Los Antiguos unieron dos agujeros negros —el gigante del Centro Verdadero y uno menor que habían capturado

de algún modo— y desencadenaron una tormenta infernal de energía.

Cuando se despejó la polvareda, ahí estaba la Guarida. Girando exasperadamente en torno del agujero negro restante, que tiene una masa total de varios millones de soles. La Guarida Laberinto. Esti retorcido. Una refracción permanente.

Y nos introdujeron en él. Los Bishop entraron bordeando la ergosfera, ¿verdad? Al parecer, ahora es el único modo de entrar, y sólo cuando penetra una gran cantidad de masa haciendo ondear la piel del agujero negro en el ecuador. Entonces alguien puede ingresar.

Lamentablemente, los mecs también se enteraron. Los Antiguos no pudieron impedirlo. Hemos hecho todo lo posible contra ellos, pero aun con la ayuda de los terrícolas (otro tema, ya llegaré a ellos), ha sido una batalla perdida. Los mecs hacen las cosas bien.

De hecho, los Antiguos se han resignado a colaborar con nosotros los biológicos, también conocidos como Naturales, porque los mecs hacen las cosas demasiado bien. Pueden exterminar a todos los Naturales. Los Antiguos quieren impedirlo, por sus propias razones.

¿Cuáles? Tengo mis teorías, pero nadie lo sabe con certeza.

Parte de la confusión, para una vulgar mente del siglo xx como la mía, proviene del grado de complejidad. De los mecs superiores, los Antiguos y cosas similares ya ni hablemos... están fuera de mi alcance. Y sospecho que del tuyo también.

Verás, incluso los datos físicos son difíciles de asimilar. La Guarida... ¿qué? Está bien, puedes llamarla Cuña si prefieres, debe de tener un millar de nombres. Algunos muy obscenos. Tendrías que oír la traducción rusa de «agujero negro». La Guarida es como un nido de avispa posado en un peñasco. Las mareas del Comilón la distorsionan, estiran el espacio y el tiempo.

Es distinto en las partes inferiores. Aquí el tiempo transcurre más despacio... puro efecto einsteiniano. Así que mientras me como el almuerzo aquí, allá transcurren los siglos. Te da una cierta perspectiva. Desde luego, mis almuerzos son largos.

Y también te sientes un poco solo.

10 - Alimañas

Toby había escuchado y mirado, pero ya era demasiado para él.

En las paredes centelleaban imágenes, escenas de asombrosa profundidad y alcance. Naves colosales e intrincadas, una hirviente turbulencia en el disco de acreción, paisajes con perspectivas sesgadas, geometrías tan extrañas que el ojo no podía organizarlas. La voz de Walmsley invocaba las imágenes, activadas por un programa en la despojada habitación.

Para Toby, la tecnología significaba detalles, controles, sistemas complejos. Allí sólo había paredes lisas y la habitación respondía a todas las necesidades de Walmsley, aunque él no hablara. La comida y la bebida salían del suelo. Sonaba música a lo lejos, y Walmsley ladeaba la cabeza para escuchar.

—Mira —dijo Toby—, estoy tratando de conjugar esto con la historia de la Familia Bishop.

—Lo sé. Tu Familia surgió de la Agachada. Fue entonces cuando la gente de fuera, los terrícolas, comprendieron que no podían contener más a los mecs. Abandonaron sus ciudades.

—¿Los Candeleros?

—Exacto, es uno de los nombres tribales para designarlos. Lugares maravillosos. Yo, por desgracia, fui testigo de su decadencia.

—¿Y los Bishop fueron a Nieveclara?

—¿Así es como...? —Walmsley pareció escuchar una voz lejana, asintió—. Sí, así lo llamáis vosotros. J-tres-seis-cuatro, según el índice. Me temo que el índice no es muy romántico para estas cosas.

—¿Y nosotros vivimos aquí durante...?

—Muchos siglos. Los mecs no se molestaban entonces con los planetas. En aquellos tiempos cosechaban flujos de plasma. Cuando llegaron a explotar y masticar planetas, se toparon con otra especie orgánica. Eran grandes bichos.

—¡Quath! Las miriapodia.

—Criaturas impresionantes. Son antologías tecnobiológicas, semiartificiales, tal como sucedió con los terrícolas. Los Antiguos dicen que todavía les falta algo que tenemos los humanos, pero no sé de qué se trata.

Toby sintió euforia al descubrir algo que él sabía en esta historia. Quath... ¿dónde estaría?

—Las miriapodia han causado problemas a los mecs. Pero no tanto como para detener sus grandes obras.

—Nosotros nos aliamos con las miriapodia después de algunas escaramuzas. Una de ellas está conmigo. Estaba, mejor dicho.

Walmsley asintió.

—Táctica mec estándar. Os usaron para distraer a los insectos.

—¿Qué? Nos topamos con ellas por accidente. Nuestra Familia había escapado de

Nieveclara y...

—Los mecs os dejaron escapar.

—Claro que no. Luchamos...

—Somos alimañas para ellos —dijo pacientemente Walmsley.

—Y juntos, nosotros y la especie de Quath, castigamos a los mecs en ese planeta, cerca de la estrella de Abraham. Yo estaba allí, y lo sé.

—Por supuesto. Los grandes bichos tenían anillos cósmicos, ¿verdad?

—Sí.

—Temibles como herramientas o como armas. Pero los mecs están manejando todo esto, por razones que no entiendo. Una facción quería que los Bishop llegaran aquí, a la Guarida. Quieren algo de vosotros, pero no sé qué es. Otra facción preferiría que os liquidaran a todos. Se está jugando una extraña partida.

Toby lo miró con irritación.

—Has pasado mucho tiempo aquí. ¿Por qué no lo has averiguado?

—Es difícil obtener datos, y son intrincados cuando los obtienes. La mayoría de los naipes no están sobre la mesa... si es que la hay. Y, bien, lo cierto es que mi familia y yo...

—¿La Familia Brit?

—No, no. En mis tiempos llamábamos familia a los parientes más cercanos. Familia Brit era sólo una expresión, una manera de hablar.

—¿Tenías una familia tan pequeña? ¿Por qué?

Walmsley revolvió los ojos en un gesto histriónico.

—Prefiero explicar la ciencia antes que la cultura. Digamos que Nikka y yo intentábamos realizar un experimento. Queríamos unir tres generaciones, por razones genéticas. Salió mal, pues la mayor parte de la humanidad ya se había apartado genéticamente de...

—¿Genética? No entiendo...

—Me estoy adelantando. Verás, mi familia y yo... sólo un puñado de nosotros, no el condenado Reino Unido, ¿entiendes? Bien, nosotros habíamos descubierto algunas rarezas científicas. Déjame mostrarte cómo era.

—Y esos terrícolas...

—Deja que te lo cuente a mi manera.

11 - Terrícolas

No eran lo que él esperaba.

—Espero que no estés herido —dijo la mujer alta, en un inglés cuyo acento resultaba extraño para Nigel. Era la primera terrícola que veía.

—Un poco vapuleado, nada más —respondió Nigel, tratando de restarle importancia.

Apenas había sobrevivido a un enfrentamiento con algunos mecs que parecían salir de las paredes como en un complicado truco de magia. Entonces habían aparecido los terrícolas y habían liquidado a los extraños y líquidos mecs.

Terrícolas. Nigel les había visto aproximarse a la Guarida, sabía que estaban allí, pero en el Laberinto no sabía cómo encontrarlos. En cambio, ellos lo encontraron a él.

—¿Por qué habláis inglés todavía? —preguntó.

—Oh, tenemos registrado este dialecto arcaico. Oímos que tú lo hablabas.

—Mmm. Muy considerados.

—Lo usabas en tus transmisiones.

Eran dos cabezas más altos que Nigel, y se movían con rapidez y aplomo, cuidando de los heridos. Él había recibido un impacto en las costillas, una pulsación que incineraba la piel dejándola crocante como un pavo de Acción de Gracias. Se acostó y dejó que la mujer le pusiera una compresa. Sintió frío en la herida, luego calor, después no sintió nada.

Conque esa era la gente que había construido naves estelares —mucho mejores que la nave mec en la que habían venido Nigel y Nikka— y estaba empeñada en llegar al Centro Galáctico. Trató de examinar a aquellas personas objetivamente, aunque por sus primeros mensajes de salutación sabía que habían nacido varios miles de años después de su época en la Tierra. Trató de imaginar lo que el embate del tiempo podía provocar después del muerto siglo xx y del desalentador siglo xxi.

Sin levantarse, los miró con los ojos entornados. Hablaban en voz baja, usaban frases breves.

Sé objetivo, anciano. Considéralos otra raza orgánica más. Sólo otro gran mamífero.

Homínidos, pero diferentes. Le satisfacía notar que todavía se parecían a los chimpancés comunes y los chimpancés pigmeos, sólo que eran más corpulentos, tenían menos pelo y caminaban erguidos. Había menos diferencias visibles entre los humanos y los chimpancés que entre un gran danés y un chihuahua. Pero las razas de perros podían cruzarse, y los chimpancés no. El genoma mantenía sus secretos bien ocultos a la vista. Los humanos diferían de los chimpancés en un simple porcentaje de ADN. Esos sujetos todavía pertenecían a su especie.

Y los terrícolas habían matado mecs con obvia satisfacción. Muy humanos. No

era estrictamente un rasgo homínido; el genocidio era propio de lobos y chimpancés por igual. El asesinato era común entre los animales. Los patos y orangutanes violaban. Las hormigas habían organizado la guerra y la captura de esclavos. Los chimpancés salvajes, recordó, tenían tantas probabilidades de morir asesinados como los humanos de las ciudades.

Nigel sintió un mareo. De todos los logros humanos consagrados —el lenguaje, el arte, la tecnología y demás— el único que procedía obviamente de sus antepasados humanos era el genocidio. Quizá las tribus humanas hubieran surgido como defensa grupal. Lo cual cumplía su función, dados los milenios que lo separaban de esos homínidos corpulentos y brillantes.

—La unión hace la fuerza —dijo en voz alta, que sonó cascada. Sí, estaba divagando, su mente volaba como una polvareda brillante.

Esos terrícolas tenían unas orejas raras, el cuerpo más musculoso, ojos extraños y grandes. Sus uniformes no eran precisamente uniformes: envoltorios multicolores que mostraban escenas cambiantes. Cuando la mujer se le acercó para reconocerlo de nuevo, su atuendo suelto le mostró de repente una playa soleada, olas. ¿Para calmarlo?

Imágenes artísticas adornaban la ropa ceñida de otros terrícolas: collages, cuadros abstractos, paisajes puntillistas y expresionistas. Mareado, pensó en ello. El arte no era útil en el sentido estricto utilizado por los especialistas en conducta animal o los biólogos evolucionistas. ¿Por qué el Cromagnon lo desarrolló? Las canciones de las aves eran harina de otro costal; ayudaban a cortejar a una pareja, a defender un territorio. ¿Por qué los humanos, los terrícolas, conservaban aún sus frágiles artes? Había pájaros que construían hermosas estructuras de hojas, hebras y hongos, todo en nombre del amor, o de los genes. Nigel no creía que el expresionismo abstracto pudiera tener esa aspiración. ¿Era posible que las cumbres del arte humano fueran una estrategia exhibicionista, como el plumaje de un pavo real?

Se echó a reír y se incorporó. El costado quemado ni siquiera le dolía. Tenía la cabeza más despejada. Nikka estaba a poca distancia, hablando con un sujeto corpulento. Nigel saludó con la mano.

Nikka y el hombre se le acercaron.

—Soy Akran —dijo el hombre, parpadeando—. ¿Eres... Walmsley?

—Eso creo.

—¡Por Dios! ¡Es increíble que te hayamos encontrado!

—Y justo a tiempo. Gracias.

—¡Pero todavía estás vivo!

—Hasta cierto punto.

Otros terrícolas se acercaron, formaron un círculo en torno de Nikka y Nigel.

—¡Es él!

—¡Y ella! Es la que se menciona en el Mensaje Cincuenta y Siete.

—No lo creo.

—Claro que sí. Míralo.

—¿Después de tanto tiempo?

—Ha vivido en esta distorsión del espacio-tiempo.

—No olvides el Largo Sueño.

—Aun así, es increíble que...

—Es Walmsley.

Nigel les miró las caras, aturdido. Todos se pusieron a hablar y Nikka lo silenció con los ojos, como si supiera qué sucedía. Hablaban tan deprisa que apenas lograba entender lo que decían.

Uno de ellos reprodujo una grabación y Nigel oyó su propia voz, aflautada y precisa.

«Hola. Siguen datos sobre la nube molecular que estamos atravesando. Al parecer, aún seguimos nuestro rumbo. —Un borbotón de datos; luego—: Esta es la expedición de la humanidad. A toda marcha, volando hacia el interior. —Estática. Un siseo crujiente, como grasa friéndose—. Hola. Todavía estamos aquí. ¿También vosotros?».»

Los terrícolas guardaron un largo silencio cuando calló la grabación.

—Recibíamos tus mensajes cada varios siglos —dijo Akran—. ¿Estabas al corriente del primer ataque de los mecs, cuando arrojaron vida alienígena en nuestros mares? Recibimos tu primera transmisión cuando empezábamos a vencerles.

Nigel frunció el ceño.

—Entonces no necesitabais nuestra ayuda.

—Oh, no. Esa fue sólo la primera vez. La segunda trataron de triturarnos con asteroides, con gran cantidad de ellos, y casi nos vencieron.

Nigel sacudió la cabeza para despejarse.

—Os enviamos algunos equipos mecs, datos...

—Los recibimos. Nos fueron de mucha ayuda. Sucedió durante lo peor del tercer ataque, en la época del hurón, que duró cinco siglos.

—Por Dios —dijo Nikka—. ¿Los mecs tenían efectivos tan poderosos?

—Claro que sí —respondió Akran—. Luego llegaron los inteligentes. Trataron de engañarnos. Perdimos gran parte de la Tierra. Eso duró mil años.

—¿Y aún recibíais mis mensajes? —preguntó Nigel.

Akran asintió.

—Instalamos grandes antenas. Al principio en órbita, luego en todo el sistema solar. Los mecs las encontraban y las destruían.

Nigel pensó en los siglos de lucha y suspiró. Sentía un leve mareo, y todo parecía girar de izquierda a derecha.

—¿Está cansado? —preguntó Akran alarmado—. Podemos hablar luego, dejarlo dormir.

—Continúa —dijo Nikka. Nigel asintió.

—Perdimos algunos mensajes, cuando los mecs nos atacaron con armas

positrónicas. Pero teníamos antenas en la luna al cabo de cuatrocientos años. Eso fue después de que se derritieran los polos y perdiéramos la mayoría de los continentes.

—Cielo santo —suspiró Nigel.

—Pero liquidamos a los demás. Nadie quería legar una Tierra vacía. Así que nos recobramos. Inspeccionamos todo el sistema solar en busca de los últimos puestos de avanzada mecs. Estaban bien escondidos, algunos en las nubes de Júpiter. Y los eliminamos todos.

Nigel parpadeó. El mundo había dejado de girar y él comenzaba a comprender.

—Y vinisteis...

—Aquí. Para averiguar qué os había pasado. Y de qué se trata todo esto.

Hola, todavía estamos aquí. ¿También vosotros?

Vio en aquellos rostros algo parecido a la reverencia. Para ellos, Nikka, él y los demás eran piezas históricas antiquísimas.

Esos terrícolas eran inmensamente capaces. Los mecs les temerían.

Nigel parpadeó, sonrió.

—Todavía estamos aquí. Todavía estamos.

Resultaba muy divertido y él no podía hablar más porque tenía un nudo en la garganta.

12 - Perspectivas desalentadoras

Era el punto culminante. Era grato y maravilloso reencontrarse con su especie, humanos de la querida Tierra.

Pero con el tiempo, sus primeras impresiones acerca de los terrícolas como chimpancés inteligentes cobraron un sentido cada vez más irónico. Eran humanos, sí. Chimpancés inteligentes. Pero mucho más. Modificados.

Los ataques mecs contra la Tierra habían forzado la evolución humana, a través de los mejoramientos biotécnicos y de la selección natural. Los terrícolas usaban implantes de sistemas sensoriales, complejos caparazones electromagnéticos que utilizaban para la guerra y el trabajo. Su columna vertebral se apoyaba con mayor firmeza en gruesos discos lumbares. No tenían un apéndice molesto que podía infectarse y estallar. Sus cuerpos poseían intrincadas redes neurológicas, un metabolismo mejor, cartílagos rugosos, huesos más resistentes.

Estos detalles eran obvios. Las diferencias menos visibles eran las más reveladoras. Él, Nikka y los demás supervivientes del siglo veintiuno —a quienes pronto llamaron los Mayores— no podían seguir el ritmo mental ni físico de esos terrícolas. Los corpulentos y eficientes recién llegados se comportaban con mucha educación y trataban de contar con los Mayores cuando exploraban el esti, destruían a los mecs y establecían contacto con los fantasmagóricos Antiguos.

Estos nuevos terrícolas conservaban su aire de chimpancés. Todavía eran homínidos, muy atentos con sus Mayores, pero que aprendían por igual de los mecs y de los Antiguos. Trepano por la escala evolutiva, entre ondeantes nubes de gloria, hacia la bruma.

En ese punto, sus procesos mentales escapaban a toda comprensión.

Los vetustos Mayores no podían seguir la conversación cuando se hablaba de los Antiguos. Nigel, Nikka y todos los que habían viajado en la nave mec secuestrada —un grupo pequeño a quienes los terrícolas llamaban Ancestrales— estaban desorientados. No podían dominar la veloz tecnología que habían traído consigo los terrícolas, ni la que diseñaron luego en reacción contra los mecs.

Nigel vislumbraba a los Antiguos cuando ayudaba a explorar tramos de las Vías esti. Esas infructuosas geometrías, en su aislamiento, constituían excelentes placas de Petri. En las Vías, diversas culturas —tanto humanas como alienígenas— constituían cultivos donde evolucionaba la diversidad necesaria para combatir a los mecánicos. Las había de todas clases: de alta tecnología, de baja tecnología e incluso sin tecnología.

Para los Mayores, las nuevas perspectivas eran apabullantes. Los terrícolas, sin embargo, trabajaban sin dificultades con los Antiguos. En cuanto a los mecs, los rechazaban, mataban a muchos, y a veces hasta cooperaban con ellos.

Los Antiguos dispersaron a los terrícolas, llevándolos fuera de la Guarida. Nigel y los demás Mayores se limitaban a hacer su trabajo y a seguir de lejos unas noticias

cada vez más incomprensibles.

Una gran ofensiva contra el control mec de todo el Centro. Terrícolas desperdigados entre planetas que giraban en torno a estrellas que estaban aún más cerca del Centro Verdadero.

Asimilaban la tecnología mec, robaban propiedades mec. Construyeron grandes edificios en el espacio, los Candeleros.

Durante muchos milenios los terrícolas se desarrollaron bien. Nigel los observaba desde su fosa de tiempo lento del esti. Luego surgieron los problemas.

Los mecs encontraron el modo de cortar la energía con la cual los Antiguos alimentaban sus extrañas hebras magnéticas. Aprovechando esas fuentes para sus propios fines, los mecs se volvieron mucho más poderosos. Entonces empezaron a crecer, a saquear las grandes ciudades orbitales de los terrícolas.

Nigel había visitado aquellas ciudades de cristal, y esas estructuras magníficas que podía ver pero no entender. Cuando los mecs comenzaron a triunfar nuevamente, ayudó como pudo. Las condiciones de la lucha le resultaban difíciles de comprender.

Era como escuchar una conversación por una tubería de desagüe durante una tormenta, había dicho. Una tubería muy larga.

Mientras los mecánicos causaban más y más daños a los humanos del Centro Verdadero, él encontró otras ocupaciones. El conflicto descendía nuevamente hacia el nivel donde él residía.

La estrategia final y desesperada de la Agachada —dividir la humanidad en diversas placas de Petri, en los planetas— le dio mucho trabajo. En esa época había pasado un tiempo fuera del esti.

No pudo seguir detalladamente las ramificaciones de la lucha entre terrícolas y mecs. Sabía que también participaban en ella razas orgánicas alienígenas, otros Originales. Y la principal etapa del conflicto incluía a los Antiguos y a los escurridizos Supremos. Ni él ni los demás Ancestrales sabían nada sobre estos.

Pero los mecs iban en pos de una especie de Grial. Guardaban el secreto, pero perseguían a los grupos humanos como si buscaran algo. Una vez Nigel detectó las frases «Códigos de activación» y «Primera orden», pero siguieron de largo y pronto se perdieron. Y los terrícolas le respondieron con un silencio hosco. Como si existiera un secreto tan sutil que el conocimiento mismo de su existencia fuera un secreto.

Y tardó mucho tiempo en comprender que lo estaban usando.

Cortésmente, con la mayor consideración, desde luego. Pero lo estaban usando, tanto los terrícolas como los Supremos.

Así que se retiró de aquella lucha que no podía comprender. O eso creía.

13 - Representación física

Nigel Walmsley entornó los ojos.

—Hay tanto que contar...

—No necesito saber demasiado. Sólo lo necesario para sobrevivir —dijo Toby.

—Pues eso ya es bastante. Tú mismo eres bastante complicado, niño.

Nigel tuvo un impulso y no pudo resistirse a él. A menudo uno era más convincente si usaba ejemplos.

Junto a Toby se condensaron unos puntos brillantes que formaron a Shibo. Era una mujer apuesta y madura, delgada y traslúcida, sin piernas. Estiraba el torso como si despertara de un sueño prolongado, con una sonrisa leve.

—Hola, mi portador.

Toby se sobresaltó.

—¡Tú! ¿Todavía estás sepultada en mis bancos de reserva?

—Logré introducirme en ellos.

—¡Maldición! Quería que te fueras.

—No tengo... a donde... ir.

Los sensores de la habitación estaban sintonizados con enorme precisión y podían captar Aspectos, Personalidades y Rostros difusos alojados en los campos límite de una persona. Shibo titiló, un vestigio fantasmagórico oculto en la electroaura de Toby.

El semblante de Shibo decía más que sus vacilantes palabras.

—Estoy aquí... para ayudar.

—Te tengo almacenada —rezongó Toby—. Eso es suficiente.

—No puedo evitar... existir.

Nigel notó que una extraña y sedosa corriente circulaba entre Toby y la representación de Shibo.

—Killeen desea que regreses —dijo Toby—. ¿Las micropastillas son suficientes para eso?

—Prefiero... residir... aquí.

—Si Killeen obtiene tus chips, tratará de recobrarte.

—Prefiero... estar... aquí.

—Quiero que te largues.

—Me quedaré.

Shibo saludó silenciosamente y se disipó.

—¡Maldición! —escupió el frustrado Toby.

—Lo lamento, pero tenía que demostrarte una cosa —dijo Nigel—. Descubrirás que el concepto del yo es complejo aquí.

—Tengo que librarme de ella.

—Con el tiempo —dijo Nigel compasivo— notarás que aquello que los mecs llaman «representación física» es sólo una fase.

—¿Entonces es realmente posible recobrar a Shibo?

—En cierto sentido.

—¿Qué significa eso?

—La realidad (¡palabra deliciosamente abstracta!), es analógica. Los humanos viven y piensan allí.

Toby se encogió de hombros.

—Quieres decir que es real.

—El mundo mec es esencialmente digital. Nunca entenderás a los mecs mientras no comprendas cuan diferente es su manera de ver las cosas. Y no sólo la suya. Los Antiguos y los Supremos tampoco comparten nuestra noción del yo.

—¿Supremos?

Walmsley sabía que el muchacho lo entendería mejor si le narraba una historia. El clásico modo de aprender de los primates. Lineal, inexorablemente secuencial. Muy anticuado, pero persistía.

Muy bien, sería mejor retroceder un buen trecho, hasta la época en que él se había alejado por completo del Alto Phyla, buscando refugio en la simplicidad.

Suspiró.

—Hay tanto que contar...



SEGUNDA PARTE

PRONTO LLEGA LA NOCHE

El universo está lleno de cosas mágicas que aguardan pacientemente que
nuestro ingenio se agudice.

Eden Phillpotts, A Shadow Passes, 1934

1 - Gusano

El cuerpo que encontró Angelina había sufrido una larga agonía. Angelina vio un pequeño ciclón de aves que aleteaban sobre una encrespada franja de roca ardiente y fue a mirar. Las pequeñas aves de cuatro alas eran depredadores sólo en bandada, nunca a solas. Flotaban sobre la cálida corriente que surgía de la espesa sopa de roca anaranjada, mirando hacia abajo con voraz intensidad.

El cuerpo roto se movía de cuando en cuando y las aves se elevaban un poco, un reflejo nacido de una larga evolución, pues si la presa revivía podía resultar peligrosa. Su coraje era puramente colectivo. Habrían huido en desbandada de no ser por la calma que les infundía, por mandato genético, el rumor de su vuelo en círculos.

Angelina encontró el cuerpo encorvado, con las piernas y el pecho quebrados. Era una mujer, con un vestido rojo sencillo. El tejido flexible estaba desgarrado y embadurnado de sangre parda. Al arrodillarse para ayudarla, Angelina sintió el olor cobrizo de la sangre fresca y vio el temblor de un párpado. Un vendaje enrojecido cubría la sien de la mujer.

Angelina transmitió una rápida alerta a sus hermanos Benjamin e Ito, que acudieron desde la casa, situada a una hora de marcha. Recorrieron esa distancia a la carrera y en mucho menos tiempo, llevando angarillas y medicamentos.

Angelina había detenido la hemorragia con un torniquete, pero la mujer estaba débil por el calor y la deshidratación, además de por las muchas heridas: una magulladura roja en el pecho, la barbilla hundida, el brazo derecho roto, con el hueso expuesto.

La acostaron en las angarillas y le recompusieron el brazo antes de trasladarla por el accidentado terreno. Sólo entonces la torre que los sobrevolaba se dispersó; centenares de pájaros entonaron un gorjeo decepcionado. Algunos todavía seguían a los humanos, pues los exploradores también formaban parte de las lecciones genéticas colectivas.

Les costó llegar a un terreno más seguro, y fue entonces cuando sospecharon el origen de la moribunda. Era difícil mantener el equilibrio. Por la fuerza de la costumbre, consideraban roca la materia sólida donde apoyaban las botas, pero sabían que aquella capa reluciente y resbaladiza era esti, una forma compacta de espacio-tiempo. El esti podía ser firme y denso un instante y al siguiente disolverse en un difuso velo de bruma. Vital y duradero pero flexible, se regía por sus propias leyes, imposibles de conocer, o al menos desconocidas para los humanos de esa época.

Mientras se turnaban para transportar el cuerpo inerte, los inquietaba un presentimiento. Esa mujer había irrumpido en su limitado mundo como una bengala, una advertencia. Abría nuevamente las puertas a la especulación, pues conocían historias de personas arrojadas por el esti desde lugares y épocas de peligro y promisión. No mencionaron esos turbadores pensamientos, pero los embargaba la

desazón.

Los humanos habían vivido mucho tiempo en el esti, adaptándose a ese entorno que modelaba su mundo. Pero el esti también era un enemigo de espíritu caprichoso, casi vengativo. Se deslizaba bajo sus botas mientras llevaban a la mujer, de cuyas muchas heridas todavía manaba sangre y pus. Relámpagos azulados rasgaban el aire. Caprichosas fuerzas eléctricas les tironeaban de la manga como vientos fugitivos.

Llegaron a su desvencijada casa. Su padre, Nigel, había regresado del huerto. Frunció el ceño cuando vio a la herida. Su madre Nikka ya había activado el equipo médico, reluciente y en buen uso a pesar de sus años, pero para entonces quedaban pocas esperanzas.

La mujer jadeaba y se ahogaba, y su aliento caliente le silbaba entre los dientes rotos. Chasqueó un momento los labios como si saborease el olor de la casa: tréboles y ajo, flores marchitas, trapos húmedos, una sopa espesa hirviendo todo el día en la marmita, un penetrante olor a madera matizado por el del aceite que la untaba.

Entonces su conmoción habló por ella, arrancando murmullos ahogados y gritos roncros de su garganta seca.

—Cielo... ardiendo... ohkan... okkan... ¡marchaos de aquí!

Los Walmsley se miraron.

—Los demás nunca podían hablar —susurró Nikka.

—Y apuesto a que ella no lo hará por mucho tiempo —dijo Nigel.

Le disgustaba todo lo que perturbaba su apacible mundo, el rústico refugio que Nikka y él habían construido. Terrícolas, mecs, Antiguos: sus batallas se libraban lejos de allí, en otras Vías, o entre las febriles estrellas. Esa mujer le recordaba todo aquello.

Pero él había escogido aquel lugar para su granja. Sabía que los puntos de erupción del esti eran importantes. En cierto modo no quería apartarse totalmente de lo que sucedía.

La mujer se calmó un rato. La rodearon, siguiendo las instrucciones de la inteligencia artificial, que hablaba en tono tranquilizador. El programa tenía una falsa nota de compasión que irritaba a Nigel, pero para la familia resultaba tranquilizador.

Nikka vio el bulto en el disco óptico de la mujer. Papiledema, explicó la tranquilizadora voz del ordenador, mencionando graves daños en el enorme cráneo de la mujer. Tenía fracturas en todo el cuerpo, como si la hubieran pisoteado sistemáticamente: costillas, caderas y tibias fracturadas; dedos de los pies arrancados; vasos sanguíneos reventados y cauterizados por un fuego abrasador. Nadie sabía cómo sanar esas cosas al instante y el ordenador no aventuraba ninguna conjetura sobre su posible causa. Mientras hacían una lista de las heridas y curaban lo que podían, la mujer ladró ásperamente. Abrió los ojos, como movida por una descarga, y se sentó.

—Mec Gris... sabe... llegó al... cielo... fuego, fuego.

Bostezó, abriendo mucho las mandíbulas por el repentino dolor, y luego se relajó

por completo. Cuando apoyó la cabeza en la almohada, sus funciones vitales habían cesado por completo.

No pudieron devolver a su cuerpo ni una chispa de vida. Tenía la mente destruida. Pusieron en práctica las medidas que podían recuperar un fragmento de la mujer, haciendo circular la sangre con una bomba insertada en el sistema circulatorio, leyendo su mapa cortical.

—Del esti —dijo Nigel mientras trabajaban.

—Y mencionó al Mec Gris —añadió Benjamin. Se miraron sombríamente.

Nigel activó el programa de diagnóstico, pero se mantuvo a distancia. Había visto muchos heridos en su vida y no compartía la fascinación de sus hijos.

—Salió del agujero de gusano, ¿verdad? Igual que hace tiempo.

Benjamin, el hijo menor, torció la boca dubitativamente.

—¿Ese cuerpo también estaba muerto?

—Un hombre que vive cerca de aquí, Ortega, lo encontró colgando de una especie de esfera de niebla, según dijo. —Nigel ya era muy viejo (tenía unos cuatrocientos años terrícolas, según sus cálculos) pero recordaba muy bien. Recorría con cautela aquel territorio, pues le despertaba dudas sobre sí mismo, sobre quién había sido tiempo atrás, sobre aquello que el abismo de los siglos había devorado. Dejó de pensar en ello y continuó—: Es el único caso que he oído mencionar por aquí, pero ha habido más en la historia del esti.

—¿De ese lugar tembloroso de la Vía? —Benjamin sacudió la cabeza—. Pero los gusanos son como bolas, esferas, no como agujeros en la pared.

—Es verdad —dijo Nikka—. Pero los gusanos penetran mejor en el esti compacto. Allí disponen de más energía libre, al menos en teoría.

Benjamin dejó de trabajar y apoyó la mano en la mesa cubierta de sangre.

—¿Conque esta mujer atravesó un gusano? Creí que las presiones internas eran increíbles.

—Lo son. El cuerpo que encontró Ortega estaba estirado, triturado. Venía de tiempo arriba —le dijo Nigel.

—¿Muerte definitiva? —preguntó Benjamin fascinado.

—Algunos recuerdos, pero nadie pudo formar una Personalidad con ellos.

Nigel pensó en el tiempo y el espacio distantes de donde tal vez procediera esa mujer. Un pasaje de ida a un pasado o futuro desconocidos, un viaje plagado de fuerzas asesinas.

Pero había venido. ¿O la habían enviado?

—Quizá trajera algo —reflexionó.

—¿Pero qué? —preguntó Benjamín, poco convencido. Con dedos largos y huesudos hurgó entre los jirones que habían arrancado del cuerpo—. Aquí sólo hay tela.

Se difundía un penetrante hedor. Ito la estaba limpiando. Las entrañas de la mujer se habían aflojado en el estertor final.

—¿Crees que los Antiguos querrán examinarla?

—Espero que no —dijo Nikka—. Tardarán cuarenta eternidades en mandarnos a alguien.

—Espero que no se pudra rápidamente, como el que encontró Ortega —rezongó Nigel.

—No seas desalmado —replicó Nikka, mirándolo con severidad.

—El respeto por los muertos no significa correr riesgos. —Nigel se avergonzaba de su comentario y se sentía obligado a justificarse.

—¿Protocolos completos? —preguntó Angelina. Era musculosa y robusta, de tanto trabajar en el huerto, y lucía una bonita sonrisa a pesar de las circunstancias.

—Traeré los lectores —dijo ávidamente Benjamín.

Siendo el menor, pues era apenas un adolescente, estaba dispuesto a realizar cualquier tarea para demostrar que no le iba en zaga a su hermana, la hija segunda. Ito había sido así, pero ya había pasado la adolescencia y, a juicio de Nigel, parecía un poco desorientado.

Todos salvo Benjamin habían oído hablar del hombre que encontró Ortega, que se había descompuesto de tal manera —fungosidad que crecía a ojos vistas, esporas que echaban a volar, ojos que despedían vapor— que les había inspirado pesadillas en la infancia. Ni siquiera ahora, ya mayores, querían recordar las descripciones de Nigel: pústulas que brotaban en las carnes del hombre como cúpulas de vidrio, púrpura pútrido y rojo furioso. Habían estallado con detonaciones húmedas, escupiendo gotas esponjosas, tan pegajosas que tuvieron que rasparlas con un cuchillo. Y deprisa, pues buscaban alimento, horadando la carne.

Se apresuraron a realizar las lecturas. Nikka se cercioró de que las almohadillas de inspección estuvieran bien adheridas al cráneo de la mujer. En cuanto terminaron, Benjamin preguntó con falsa calma:

—¿La sepultamos, pues?

—No —aventuró Angelina. Era raro que contradijera a sus hermanos, pero era ella quien había encontrado a la mujer y su expresión decidida indicaba que se sentía dueña y responsable del caso—. ¿Y si los Antiguos la reclaman?

Nigel asintió, para sorpresa de Angelina.

—Cuando se trata con las autoridades, es mejor simplificar las cosas. La última vez Ortega y yo tuvimos que exhumar el cuerpo.

—¿De veras? —jadeó Angelina.

—Los Antiguos creen en la responsabilidad local. O así parece, pues obligan a sus agentes humanos a conducirse de esa manera. Yo era un vecino, así que cavé. Punto. —Nigel se encogió de hombros—. Tuvimos que hacerlo en dermatraje. Hacía calor. Teníamos sed.

Los tres hijos de Walmsley se miraron con inquietud. Su padre nunca les había revelado ese detalle. La expresión de Benjamin indicaba que como hermano menor quería tomar parte en la decisión.

—Esos científicos querrán un informe completo, hacer experimentos, tomar muestras. Ya sabéis cómo son.

—Yo no confiaría en nuestro depósito —comentó Nikka con preocupación—. La podredumbre podría escapar y...

—Devolvámosla al esti —sugirió Angelina.

La idea era sencilla pero desconcertante. Sepultado en tierra, el cuerpo sería recuperable. En el esti, jamás.

Aquella nueva erupción del esti al cabo de años de reposo los había conmocionado. La idea de caminar entre esas cambiantes mareas de no-roca, la piedra de tiempo, era inquietante. Pero Nigel notó que ninguno quería demostrar su preocupación ante los demás. Esa zona del esti era legendaria y los niños temían su promesa de misterio y aventura pero también sentían fascinación por ella. Así que llegaron a un acuerdo.

Primero procesaron las lecturas. Era todo lo que requería la costumbre: un repaso de las vías neurales, de las bóvedas de memoria del córtex cerebral, un inventario que al menos estableciera en líneas generales la identidad de la mujer. Los cuerpos del futuro aparecían en sólo unos cuantos lugares conocidos, y Nigel se había instalado deliberadamente cerca de uno de ellos.

El cuerpo de la mujer ya empezaba a deformarse y rezumaba líquido mientras lo llevaban de regreso a las vertiginosas distorsiones de la rumorosa zona del agujero de gusano, con su olor a ozono. Ito y Angelina lo llevaban en precario equilibrio, temerosos, dispuestos a brincar en cualquier momento. Altas frecuencias zumbaban en el sistema sensorial común, una especie de mecanismo de alarma que los unía. La erupción apenas comenzaba y prometía ser fuerte. Un olor acre cortaba el aire. Vientos de poniente ásperos y calientes les invadían los pulmones y el suelo temblaba amenazadoramente. Llevaban el cuerpo al sitio donde lo habían encontrado, o eso intentaban, pues allí ya se había abierto una grieta gravitatoria. Una polvorienta nube color zafiro se cernía sobre el espumoso esti. El aire tironeaba y empujaba.

Se alejaron de ese polvo danzarín, que se estiraba en cilindros alargados, en lágrimas, formando arabescos, evidenciando que era otra manifestación del futuro remoto. Un crujido agudo, y el esti se curvó y escoró como una balsa en un río rugiente.

Ito se cayó y el cuerpo echó a rodar, moviendo las tiasas extremidades como palillos. Giró en el aire y se zambulló en la fisura espacial. La niebla color zafiro se abrió y se cerró como la boca de un pez bajo el agua, oval e indiferente. Nigel se aferró a sus hijos y observó. El cuerpo pareció disolverse, luego se volvió compacto y sólido de nuevo, antes de fundirse con ese material que sólo unas horas antes era sólida piedra de tiempo. Pronto desapareció. Consumido, tal vez transportado.

—Me pregunto adonde ha ido —murmuró el perplejo Benjamín.

—Se está deslizando por el esti. En tránsito, como dicen los Antiguos —comentó la inquieta Angelina, frotándose los guantes en las piernas como para desembarazarse

del cuerpo, de su contacto y su olor. Pero su rostro anguloso revelaba una curiosa y asombrada expectación.

—El viaje hacia ese lado no parece afectarlo —dijo Benjamin.

—Pero algo la afectó antes —dijo Ito—. La mató.

Nigel señaló la casa con el pulgar.

—Este lugar se ablandará y se expandirá. Así sucedió la última vez. Vámonos.

2 - Línea de aniquilación

Al cabo de una hora relativa —aunque allí las horas no podían medirse con precisión, y los relojes eran ante todo una concesión a los hábitos mentales humanos— la familia se había reunido alrededor de la larga y bruñida mesa del comedor, junto al gran hogar donde crepitaban y fluctuaban las llamas. No había depósitos fósiles en el esti, porque no era muy antiguo, pero la roca compacta rociada con sustancias combustibles despedía el mismo fulgor rosado.

Las lecturas de la mujer muerta aparecían como imágenes en la superficie de la mesa, constelaciones de recuerdos expuestos como fragmentos y momentos, las ruinas de una vida. La ley exigía que verificasen si algo justificaba una llamada de emergencia a los Antiguos. Nadie les hablaba directamente, por supuesto. Eran mentes alienígenas y sombrías las que habían creado el esti. Rara vez intervenían en los asuntos de los simples humanos que se aferraban a aquel mundo de intrincadas distorsiones.

Cuando terminaron de hurgar en los recuerdos dispersos, satisfecha la curiosidad, sólo Nigel y Nikka demostraban desazón. Sus hijos bostezaban aburridos. Nigel sintió más que nunca los siglos que los separaban de ellos.

—Supongo que el futuro no es tan grandioso, a pesar de todo —dijo Benjamín, frunciendo la boca meditativo.

—¿Debemos enviar este material? —preguntó Angelina.

Torcía la boca en un bonito gesto que siempre conmovía a su padre, porque ella no sabía que era realmente hermosa. Vivían en relativo aislamiento, a poca distancia de una Vía poco poblada, tal como habían planeado Nikka y él. Pronto sus hijos conocerían el caudal de culturas y tecnologías de otras partes del esti.

—De momento, no —dijo Nikka, mirando de soslayo a Nigel.

Ito comprendió el porqué.

—Aquí hay algo.

Nikka asintió.

—Mirad. —Se tocó la almohadilla de la muñeca y la superficie de la mesa centelleó, encontrando una imagen: manchas de luz rosada sobre un horizonte negro. Una barra descompuso la imagen en bandas de luz espectral—. ¿Veis? Imágenes realizadas a energías muy altas. Y un pico fuerte.

Ito no se inmutó.

—Datos astronómicos. ¿Y?

—Ese pico está en una energía de cero coma cinco uno millones de electronvoltios —respondió secamente Nikka.

Ito se encogió de hombros.

—Sí. ¿Y?

Nigel comprendía la actitud de su hijo: la energía contenida de un alma muy joven manifestándose en una muestra de soberano desdén.

—Hijo, es mucha energía para un solo fotón.

—¿Y?

—También es precisamente la cantidad de energía que despiden un electrón al chocar con su antipartícula, el positrón.

—Mmm. —Ito frunció el ceño, negándose a renunciar fácilmente a su actitud de aburrimiento—. Papá, a ti te interesa todo, cualquier cosa.

—¿Crees que esto es cualquier cosa? —intervino Angelina—. Es antimateria, tonto... agonizando.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Ito cautelosamente.

—Un electrón y un positrón se juntan... ¡pum! —Angelina aplaudió ruidosamente—. No queda nada salvo luz. Esta luz. La línea de aniquilación. Y mira... ¡cubre el cielo!

Nigel sonrió, orgulloso de ella. Para su desesperación, sus dos hijos varones eran buenos chicos con escaso interés por las cuestiones técnicas.

Treinta mil años antes —en el tiempo medido según las coordenadas galácticas de reposo, no según el cambiante marco temporal del esti— Nigel había sido el clásico fanático de la ciencia, un adicto a sus estudios. Sólo más tarde prestó atención al mundo más amplio y variado de la política, la literatura, las mujeres.

Un esquema clásico, en el antiguo siglo xx. Sus hijos parecían seguirlo en orden inverso. Eso indicaban, al menos, las quejas de sus vecinos, que estaban a medio día de marcha pero tenían hijas atractivas.

Estudió las imágenes. La mujer muerta estaba al aire libre, en un planeta, observando... ¿galaxias distantes? ¿Estrellas en formación? Esas nubes deshilachadas podían ser cualquier cosa. Indicaban la presencia de gran cantidad de energía. Un cielo de fotones que podía freír formas de vida biológicas. ¿Dónde? ¿Cuándo?

—Los Antiguos querrán esto... y pronto —dijo Nikka.

—Mmm. —Nigel la miró pícaramente—. Relativamente pronto, diría yo.

—Pero se supone que debemos... —dijo Benjamín con vehemencia.

—Cierto —sonrió Nigel, enarcando las cejas—. Y siempre hacemos lo que debemos.

Nikka lo miró con expresión de fatigada tolerancia.

—Tú quisiste vivir en un lugar tranquilo. Es un poco tarde para quejarse del aburrimiento.

—No me aburro —replicó Nigel—. Sólo siento un poquito de curiosidad.

—Tú quisiste vivir cerca de ese agujero de gusano, papá —dijo su hija—. ¿Por qué? Es peligroso.

Nigel agitó un brazo, abarcando las ondulantes colinas y los largos desfiladeros de cauce llano.

—Es un lugar agradable para criar hijos. Ese gusano no está muy activo. Aquí estamos seguros, refugiados en una Vía. Es difícil que los mecs nos encuentren. Pero eso no significa que debemos dejar de aprender. Me gustaría ver si algo está

siguiendo a esa mujer. Si los Antiguos envían una delegación, no aprenderemos nada. Cosas extrañas circulan por estos agujeros del esti y...

—A tu padre le gusta mantener cierta ventaja en el juego.

—Esto me recuerda su pequeña desavenencia con ese cauce rocoso —murmuró Benjamin.

Todos rieron. Nigel acababa de recobrase de un peligroso resbalón que había sufrido en el pedregoso cauce de un desfiladero. Había patinado dando bandazos sobre una lámina de plástico, sin poder detenerse en la cuesta lisa. Cuando lo sacaron de la laguna en la que terminaba el barranco, Nigel cojeaba, pero protestó con vehemencia; a fin de cuentas, los chicos habían salido indemnes.

—Eres demasiado viejo para correr riesgos —había dicho Angelina.

—Si no corres riesgos, estás muerto sin saberlo —había rezongado Nigel, frotándose un músculo dolorido y una rodilla magullada.

Pero los gusanos eran algo más que un riesgo. Eran el inevitable reverso de la flexible estabilidad del esti. En un nivel profundo, el espacio-tiempo mismo era como un sistema biológico. Si aparecía un nicho, con el tiempo se llenaba de parásitos.

En los sitios donde el esti era menos denso nacían agujeros de gusano, arrancados de la espuma cuántica que yacía debajo de todo. Los gusanos vivían en las ondas de gravedad que forcejeaban en el esti, eran parásitos del espacio-tiempo.

Los gusanos podían conectar una porción del esti con otra, aprovechando el flujo de energía que circulaba entre ambas.

Se requerían tensiones y presiones externas tremendas para mantener la garganta abierta. La presión que sostenía un gusano de tamaño humano era similar a la que había en el corazón de una estrella de neutrones masiva. Pero a poca distancia el efecto ni siquiera se notaba. Sólo los campos magnético y subatómico mantenían abiertos los gusanos, alimentados por las abrasadoras energías del esti.

Peor todavía, los gusanos podían reproducirse. Desovaban como otros depredadores viperinos que reptaban entre las capas y las Vías de la intrincada geometría del esti. Podían parir, al igual que podían matar. La mujer lacerada tal vez había muerto en el gusano, absorbida y mutilada por él.

Nigel señaló que los gusanos eran un riesgo ineludible de la vida en ese lugar, y Angelina hizo una mueca.

—Oh, sólo tratas de decir que quieres deslizarte de nuevo por el barranco.

—Creo que no —respondió Nigel con una mueca de disgusto—. Pero me pregunto si esa mujer sabía en qué se metía.

Nikka enarcó las cejas.

—¿Lo sabemos nosotros?

3 - Interfaz

Estaban ocupados cultivando las hortalizas y las largas hileras de árboles frutales, en general procedentes de la vieja Tierra, así que no tuvieron mucho tiempo para observar el lugar por donde había salido la mujer. El lugar humeaba, exhalando un olor acre a gran distancia.

Los hijos rara vez piensan en sus padres como en otra cosa que ladrillos que sostienen su mundo, datos inmutables, como los postulados que preceden una demostración geométrica. Con Nigel y Nikka sucedía lo mismo.

En medidas del espacio-tiempo plano, eran más viejos de lo que les gustaba admitir ante sus hijos. En sus coordenadas locales, sólo tenían unos siglos, gracias al sueñofrío y los efectos relativistas de la nave estelar. La ciencia médica y la buena suerte les permitían conservar cierta agilidad, pero la experiencia daba un aire sombrío a sus expresiones. Sus hijos lo notaban pero se limitaban a considerarlo otro misterio de la edad adulta.

Un día —un término que usaban por convención, pues en el esti había aumentos y disminuciones de luz, pero nunca sol ni estrellas— un animal de los Walmsley se soltó y se acercó más de la cuenta. Era un mapache llamado Scooter que mantenían fuera sujeto a un cable, cuyo extremo estaba atado a una cuerda tendida entre dos árboles, para que el mapache pudiera correr de un lado al otro. La criatura con antifaz rompía ropa sucia y robaba comida cada vez que podía, y la enfadada Nikka lo alzaba en el aire con la correa. El mapache bailaba en el aire hasta que comprendía que no debía hacerlo más, al menos por un tiempo.

Nikka juraba que lo cocinaría en la próxima comida con su guisado de patatas y el mapache callaba. Sabían que el animal lo entendía. Scooter hablaba, a veces. Pero no bien. A nadie se le ocurrió advertirle sobre los peligros del lugar y cuando, una vez más, halló el modo de desatarse —Benjamín juraba que cada vez era más listo— siguió a Angelina. El mapache se acercó más de la cuenta al hervor esférico, se chamuscó y perdió un pedazo de cola.

—Enfadado conmigo —se quejó con su voz chillona—. Lastimó a mí.

Nikka notó que le habían cortado la cola limpiamente. El gusano le había asestado una dentellada. El mapache rezongó, pero se mantuvo quieto para que lo vendaran.

—Te has escapado —le reprochó ella.

—Necesito estudiar.

—Parece que el gusano ha tomado una muestra para estudiarte a *ti*.

Mientras se reían de esto durante la cena, Angelina, que se encargaba de rastrear las comunicaciones, dijo:

—Hoy hemos recibido una señal. Órdenes. Dicen que los Antiguos están interesados.

Nikka dejó de comer patatas alargadas.

—Eso significa que aparecerá un oficial de Interfaz con todas sus galas.

—¿De veras? —exclamó Angelina con asombrado deleite.

—Son simples humanos como nosotros —dijo Ito en un tono sardónico un tanto excesivo, para demostrar que era mayor y más experimentado, aunque nunca había visto a un oficial de Interfaz.

—Hablaré con algunos amigos del Nodo. Tal vez pueda evitar sus amables atenciones —dijo Nigel. Comía lentamente, reflexionando mientras todos parloteaban.

No le gustaba que lo visitara una autoridad superior, un representante de los enigmáticos Antiguos. Eran impresionantes, sí. Pero era propio de la humanidad no sentir reverencia por nada durante demasiado tiempo. Tras muchos años de contacto con ellos, Nigel veía a los Antiguos como montañas puntiagudas, majestuosas pero fisgonas.

Se puso en contacto con viejos amigos del Nodo. Terrícolas, pero inteligibles. No llegó a ninguna parte. Los gusanos eran demasiado importantes para quedar en manos de simples humanos. Su posición de leyenda viviente no cambiaba las cosas.

La nave de Interfaz llegó durante el siguiente «amanecer». Vibraba en el aire como una larga demostración matemática que los ojos sólo pudieran seguir hasta cierto punto, para luego perderse en una vibrante complejidad. El aire, líquido, la nave, una anguila. Como si Mozart pudiera materializar sus notas, volverlas visibles como un encaje en el cielo mientras uno las escucha. En el espacio curvo del esti, nunca se viajaba en línea recta. Moverse por él se parecía más a un descenso por invisibles rampas de aire sólido.

La familia Walmsley miró el desconcertante aterrizaje. Las curvas se sucedían como si se desenrollara un pergamino. Un vapor deshilachado: franjas que se dilataban formando una expresión que se curvaba infinitamente sobre sí misma, hendiendo el cielo como una quilla, arrojando el tiempo y la música a los costados como una estela partida. Les daba dolor de cabeza.

La oficial de Interfaz que llevaba el mensaje de los Antiguos no era tan imponente. Tenía el rostro tenso y brillante, tan rubicundo que a Nigel le recordó un jamón hervido con traje. La gorguera se le había soltado del prendedor de perlas, y el cuello grueso asomaba como una serpiente hinchada. Sus muñecas anchas sobresalían de las mangas de la camisa y en los ojos tenía la expresión fija de alguien que mira encenderse una cerilla.

No todos los terrícolas poseían un aspecto distinguido. Nigel se preguntó si los terrícolas estúpidos serían como ella. La mujer estudió aquel lugar hirviente sin inmutarse.

—Un nuevo vor en el esti.

—¿Vor? —preguntó Nikka, las manos en los bolsillos de la cadera, parodiando inconscientemente la postura de la mujer.

—Una forma coloquial de decir «vórtice». Sólo he visto dos nuevos en toda mi

vida. Los datos que enviasteis —la estólida mujer mostró un disco— son sumamente importantes. Sumamente. Debisteis tener más cuidado con el cuerpo.

—Teníamos mucho trabajo en el huerto —replicó Nigel.

—No es excusa —replicó ella—. Estos datos vienen sin duda del futuro lejano. Son decisivos para el destino de todo el esti.

—¿Cómo? —preguntó Benjamín. A juzgar por su expresión, estaba impresionado, si no por la mujer al menos por su nave. Bien, con el tiempo aprendería.

—Sabemos que los mecánicos estudian la antimateria desde tiempos antiguos. En otra parte de la galaxia construyen laboratorios enormes que giran en órbita alrededor de pulsares para capturar gran cantidad de positrones. Este mensaje, enviado en una mente moribunda —agitó el disco como si fuera el arma homicida en un juicio— indica que tienen planes para toda la galaxia. Muestra grandes acumulaciones de positrones. Hostiles a la vida... a nuestra forma de vida, al menos.

—Ya —dijo Ito enarcando las cejas.

—¿Lo dudas? —preguntó la mujer en tono ofendido—. Yo hablo en nombre de los Antiguos.

—Ellos hablan por medio de ti —respondió Ito—. Tú eres sólo un títere.

Nigel contuvo a su hijo apoyándole la mano en el hombro. Ito no era respetuoso como Benjamín.

—Lo importante —dijo Nigel— es por qué enviaron un cuerpo.

—Digamos que los Antiguos tienen varias teorías. —La oficial de Interfaz irguió el rostro con sereno desdén—. Son muy complejas. Son difíciles de explicar...

—¿A tipos comunes como nosotros? —preguntó Nikka con una sonrisa socarrona.

La mujer frunció la nariz.

—No uso ese lenguaje vulgar. Aunque sin duda existe una diferencia entre nosotros. Yo he estado en contacto directo con los Antiguos. En el plano mental.

—Sin duda debe de ser maravilloso —dijo Nikka.

No había malicia en su tono, pero a Nigel le costó no reírse con sus incisivas palabras. Él y Nikka eran mucho más viejos que aquella mujer, pero si alguna vez se volvía tan rígido y muerto como ella, se volaría la tapa de los sesos. La Interfaz con los Antiguos no parecía muy prometedora. Nigel había decidido no someterse a ella cuando se la ofrecieron, cuando los terrícolas diseñaron aquel intrincado método. Ahora recordaba por qué.

—Espero que cuidéis de las defensas que instalaremos aquí —dijo la mujer, mirando a Nikka en busca de un gesto de sorna. Los encargados de Interfaz eran célebres por su propensión a ofenderse.

—¿Defensas? —preguntó el sorprendido Ito.

—Contra los mecánicos. Tal vez traten de aislar este vor.

Ito frunció el ceño con escepticismo.

—Hace tiempo que no veo ningún mec por aquí.

—Han atacado otros vors para aislarlos.

Nigel cabeceó, sintiendo aflorar viejas furias.

La oficial de Interfaz le mostró una videopizarra.

—Hay otras vistas en los datos que extrajiste de la mujer muerta.

En la superficie fluctuaron imágenes. Una visión de agujeros negros, puntos afilados contra un baño de luz perlada. El esti se había formado a partir de su colisión. La pizarra era un modelo avanzado. Rápidas visiones crepitaron en el sistema sensorial de Nigel.

4 - Agonías de gravedad

A ferrados en un abrazo turbulento, los dos agujeros negros descienden en espiral hacia sus nupcias definitivas. A medida que los novios se aproximan, danzan y giran con creciente celeridad. Cada cual tironea del otro, estirando el envoltorio de cada agujero hasta formar una torturada forma ovoide.

En sus últimos momentos, el agujero negro más pequeño se dilata y retuerce su propio espacio-tiempo, lanzando un grito de ondas gravitatorias de agonía. Estas se curvan y rodean el agujero más pequeño, luego se reflejan y refractan en el más grande. Se forman remolinos. Reverberan olas entre ambos. Se incrementan cuando el agujero más pequeño se aproxima a su muerte. La energía forma espumarajos en el agujero condensado, creando ondas gravitatorias que rotan y juegan en la brecha que se angosta.

Con un alarido final de torsión y distorsión, el agujero más pequeño se sumerge en su amo gigante. Pero la energía ondulatoria no se pierde. Queda un intenso paquete de ondas que se mece en ese baño de fatalidad.

Este paquete se dispersaría, desangrándose en el espacio, si no interviniera más materia. En este preciso instante una certera corriente de masa compacta llega serpenteando, siguiendo una rápida trayectoria. En la forma plena de las ecuaciones de campo general —tal como las concibió Einstein hace mucho tiempo, y desde luego muchas otras mentes superiores de otras partes de la galaxia, pues la naturaleza revela sus secretos a muchos modos de pensamiento— el espacio-tiempo se curva. Una onda gravitatoria es una oscilación en la curvatura del espacio-tiempo, como una ola en el mar. Pero las ecuaciones no son lineales. Ello significa que la ondulación también produce más curvatura. La gravedad misma tiene peso.

La corriente entrante de masa compacta y azulada se riza, atraída por el paquete de ondas. La marejada convierte esa materia incandescente en una espiral muy hermosa. Vista desde lejos, la luminosidad plateada sigue una trayectoria que evoca el nautilo, una criatura oceánica de la Tierra cuyo cuerpo había evolucionado hacia la geometría clásica.

Ahora estalla la verdadera violencia. Muda, rápida e inexorable.

La masa refleja aquellas ondas gravitatorias, obligándolas a ascender a amplitudes superiores. Esto arrastra más masa hacia el interior. La espiral se cierra. Una onda se amontona sobre otra. La dilatación y la distorsión del espacio-tiempo se incrementan. En un microsegundo surge una nueva creación: una distorsión del espacio-tiempo permanente y autónoma. Al cabo de un segundo se difunde, una estructura intacta. Más energía se dispersa en ondas fugaces, propagándose hacia una infinitud inalcanzable.

Más tarde, los hombres que se aventurarían en ella la llamarían la Cuña. El nombre no era elegante, pero sí en parte acertado. Se había originado a partir de ondas que formaban cuñas entre dos agujeros negros. Ahora giraba en torno al único

agujero esférico, una lápida de la materia perdida.

Pero la gota de masa que dio el toque final... eso no se perdió. Reside dentro de la Cuña. Fue la primera aportación de la materia común a las exóticas y transparentes paredes de la Cuña.

La primera tierra húmeda en un florero de cerámica.

5 - Tres mil millones de años

—**I**mpresionante —dijo Nigel con cautela.
Su familia murmuraba sorprendida ante la intensidad de la visión que recibían por el sistema sensorial.

—Nunca había visto cómo lo hacían —dijo Nikka—. Pero esto es del pasado, de hace muchos miles de años...

—Está fechada —dijo la mujer—. Esta imagen data de hace tres mil millones de años.

—Pero yo lo *conozco*...

—Por supuesto. —La mujer curvó los labios con regio desdén—. Tres mil millones de años en el pasado de esa mujer muerta. Lo cual nos da la primera pista sobre el origen de estos cuerpos. Vienen de un futuro realmente remoto. Me sorprende que todavía existan humanos en ese futuro.

—Caramba, miles de millones... —murmuró Ito—. ¿Qué puede importar después de tanto tiempo?

—Los mecs piensan que hay algo que importa —declaró Nikka.

—Sin duda —convino la oficial de Interfaz—. Enviaron al Mec Gris para cerrar los otros vors.

Los Walmsley parpadearon y se miraron en silencio. El Mec Gris era la única forma que ni siquiera los Antiguos podían dominar. Tenía poderes extraordinarios y podía penetrar en el esti, aparentemente a voluntad.

Las civilizaciones mecánicas que dominaban el espacio que circundaba el esti —restringidas por las tensiones que generaba el agujero negro del Centro Galáctico— no se aventuraban allí a menudo. Pero el Mec Gris podía hacerlo. Y lo hacía, siempre de manera imprevisible.

—¿Por qué los mecánicos se interesan tanto en nuestro origen... —murmuró la oficial de Interfaz—, a no ser para impedirlo?

6 - Profundamente superficial

A Nigel no le gustaba, pero la familia Walmsley tuvo que dar la razón a la oficial de Interfaz. Otra nave descendió por el aire curvo y depositó materiales defensivos, tubos de metal cerámico ensamblados de manera intrincada, cilindros ahusados de fibra de carbono, módulos energéticos semejantes a ladrillos pardos enormes.

Nigel miró de soslayo la lustrosa superficie de acero blanco de la consola de control y desvió la vista. Se llega a una edad en la que los espejos ya no despiertan interés. Además había renunciado tiempo atrás a la esperanza de seguir al corriente del implacable progreso de la tecnología, y esas cosas ni siquiera le parecían armas. Tampoco le parecían soldados los enérgicos ayudantes que instalaron la telaraña defensiva tras saludarlo con parquedad. Se alegró cuando por fin subieron a su nave para irse Vía abajo.

La familia examinó las defensas con escepticismo. Presuntamente mantendrían el gusano abierto, contrarrestando los actos del Mec Gris.

—¿Crees que funcionará, mamá? —preguntó Benjamín.

Nikka sacudió la cabeza.

—Esto ya se ha intentado. Pero es como un látigo... fácil de manejar hasta que su cola te muerde.

—¿Entonces deberíamos largarnos?

Nikka se sobresaltó.

—¡Pero si nuestra fruta está casi madura!

Eso pareció zanjar la cuestión. La oficial de Interfaz había mencionado de pasada que el Mec Gris a veces atacaba los agujeros de gusano sólo mucho tiempo después de una erupción. Nadie sabía por qué. Aun así, eso indicaba que no había ninguna prisa.

Así ocurría con la naturaleza misma del esti. Como espacio-tiempo autocurvado, estaba en el universo común de la galaxia pero tenía conexiones con otros espacios, otros tiempos. Los Antiguos usaban el esti, lo habían creado y confinado, pero nada lo controlaba de veras, así como un hombre que enjaula a un león no necesariamente puede amaestrarlo.

Pasaron una velada tranquila, aunque les preocupaba la presencia de aquellas armas automáticas en alerta sobre la loma que estaba detrás de la casa.

La guerra había superado tanto los reflejos humanos que las batallas apenas duraban milisegundos. Esto tenía un efecto curiosamente liberador, pues significaba que ninguna acción ni advertencia era posible. La familia, pues, seguía con su vida de costumbre, pero hablaba poco.

Preparándose para ir a la cama, Nigel pasó los dedos por la línea donde comenzaba a ralear su cabello gris. Habría podido cambiar de gris a rubio o a un color que estuviera de moda —escarlata o azul eléctrico— pero le gustaba su aspecto.

Se palpó con la mano izquierda una cicatriz apenas visible que le recorría la barbilla, el cuello y la nuca. Vínculos electrostáticos se liberaron con detonaciones sordas, casi inaudibles. Acomodó la piel en línea recta sobre la columna vertebral y la apoyó en el hombro izquierdo y los bíceps, hasta que pudo enrollarla cuidadosamente contra la muñeca, con un húmedo ruido de succión. Se bajó la piel hasta las nalgas, dejando al descubierto carne roja y húmeda.

Se volvió parodiando un paso de ballet.

—Mi verdadero yo. ¿Te gusta?

Recostándose en la maciza cama, Nikka rio a su pesar.

—¿No puedes hacerte la revisión médica en otra ocasión? Empezaba a ponerme cachonda.

—Reajustaré mis secretores. Añadiré algunas hormonas. Aprovecharás mejor el dinero que pagarás por el paseo.

—No pensaba pagar dinero, y no tenía en mente ningún paseo.

Nigel gruñó, sintonizando los controles digitales que había expuesto al correr la piel.

—¡Una literalista! Que Dios libre al sagrado impulso erótico de los estragos de esa gente.

—¿Esperas una pasión arrebatadora después de lo que acabas de mostrarme?

—Despertaré tu pasión, señora mía, no lo dudes. Es mi especialidad.

Ella sonrió.

—Pues date prisa.

Él le sonrió con afecto mientras trabajaba en su cuerpo, sintonizando, llenando pequeños recipientes, registrando salidas de datos. Ella todavía era fuerte y musculosa, mantenía la piel tersa en todas partes salvo en los codos y las rodillas. Por alguna razón, notó Nigel mientras se revisaba a sí mismo, los complejos cócteles orgánicos que proporcionaba la ciencia médica no reparaban esos lugares ni el dorso de las manos. Un defecto menor.

Sin esos sistemas corporales internos que él debía sintonizar de aquel modo un tanto perturbador, él y Nikka habrían muerto siglos atrás.

—¿Cómo va todo? —preguntó ella de repente. Una muda angustia teñía su voz.

—Mmm. Sin muchos cambios. —Se apartó de la luz para que ella no viera las lecturas. En el diminuto visor digital que él usaba para comunicarse con sus sistemas corporales parpadeaba una lucecita roja. La silenció con un ajuste, moviendo los dedos expertos con rapidez.

—¿Cuántos cambios?

En momentos así lamentaba haber escogido, de entre todos los miembros del género femenino, uno con tenacidad de bulldog para los detalles.

—Pocos. Muy pocos.

—¿En qué sentido?

—Mmm. —Él se encogió de hombros y comenzó a cerrarse.

Ella pasó por alto aquel silencio. Él se concentró en la tarea de regular ese producto de la tecnología terrícola, de diseño puramente funcional. Era como un operario en una fábrica de golosinas, y la clave era saber cuándo abstenerse de comer dulces gratis. Él y Nikka habían adoptado lo que era realmente útil y evitaban el resto. Había otras tecnodelicias a su disposición, pero ellos usaban lo mínimo indispensable.

Tuvo que liberarse un poco la mano derecha para llegar a un irritante manojito de venas que se habían obturado. Aflojó la epidermis como si llevara puesto un guante ceñido, liberando cada dedo por separado. Las venas necesitaban la aplicación de un disolvente. Cuando se disipó el olor, devolvió la piel flexible a su sitio, sintiendo que las articulaciones se autosellaban con un cálido ronroneo.

—Está más bajo, ¿verdad?

Él sabía que de nada le serviría ignorarla. Nunca le había servido.

—Está en ciento setenta y dos coma ocho.

—En pleno descenso.

Él se dio la vuelta y notó que Nikka parecía más triste, envejecida.

—No tiene importancia, amor.

—Si volvemos a consultar a esos especialistas...

—Me pincharán y me sondearán y no me harán ningún bien. ¿Lo recuerdas?

—Esto te matará —exclamó ella con repentina energía.

—Algo tiene que hacerlo.

—¡Maldita sea, basta de bromas!

—Así soy yo. Profundamente superficial.

—Pero tú... tú...

Y entonces Nikka hizo lo peor que podía hacer, romper a llorar. Nigel no era capaz de afrontar ese llanto con una sonrisa burlona y la flema con que afrontaba los molestos inconvenientes de la vida.

Todo terminó como había sucedido tantas veces. Él la estrechó entre sus brazos. La compasión y el calor corporal suplían las palabras. Se confortaron mutuamente con un conocimiento nacido del tiempo y los problemas pasados. Tardaron un buen rato en dormirse.

7 - Microsegundos

Los Walmsley visitaban rara vez el gusano porque había mucho que hacer en la huerta, en medio del dulce aroma de la inminente cosecha.

Las estaciones, por así llamarlas, iban y venían en el esti, y había que recoger la fruta cuando maduraba con el espasmódico calentamiento de la piedra de tiempo. Estaban en los campos cuando una dura estría amarilla hendió el aire y se estrelló contra el esti en el sitio donde había aparecido la mujer.

Las armas de los Antiguos respondieron. Una acerada radiación chisporroteó en la periferia del sistema sensorial de Nigel. Rara vez usaba aquella tecnología terrícola, pero en ese momento la llevaba al máximo alcance.

Movió la cabeza.

La rápida percepción de algo macizo y gris en el aire, acercándose deprisa.

Un silencio hinchándose como una burbuja.

Su familia estaba cargando un transportador de productos. La pulsación dio en el blanco antes que pudieran volverse para huir.

Un resplandor brillante los envolvió. El aire se solidificó. Una fluctuación los envolvió como una lluvia de neón alumbrada por relámpagos verdes...

... zarcillos serpenteantes...

... láminas relucientes como un fuego espectral...

Y cuando todo pasó, el terreno que los rodeaba era un yermo hostil, humeante, sulfuroso.

Las máquinas operaban en fracciones de segundo que los humanos no podían percibir. Enormes energías hendían el tiempo, pulverizándolo. La batalla entre el Mec Gris y las armas de la oficial de Interfaz había terminado. Mentas distantes la habían decidido, dirigido y analizado antisépticamente, calibrando y evaluando sus efectos.

El ataque de los mecánicos había disuelto el esti. Al dilatarse el abismo, los Walmsley habían caído por el portal del agujero de gusano, una torsión espaciotemporal lograda entre dos palpaciones del corazón humano.

8 - Antigüedades

Tardaron días en deducir, primero, qué había ocurrido y, segundo, qué podían hacer al respecto.

La primera respuesta estaba contenida en los rápidos diagnósticos de las defensas de Interfaz. Nikka los recobró. El ataque mec los había llevado a otro lugar del esti. No sólo al otro extremo del agujero de gusano —que presuntamente se conectaba con un futuro remoto— sino que la intensidad de la radiación gravitatoria generada en la batalla había trasladado el agujero de gusano a otra localidad del esti.

Había talado la mayoría de los árboles. Con ellos se perdió buena parte del equipo, y el mapache. Un trozo de la granja se sostenía precariamente en otro lugar.

Otro espacio, otro tiempo. Otro espacio-tiempo.

La segunda respuesta era más dura de aceptar: nada.

—¿No podemos invertir el efecto de este equipo gravitatorio? —preguntó el exasperado Ito golpeando uno de los cilindros modulares. Parecía intacto.

Nikka sacudió la cabeza con fatiga. Había conservado su destreza técnica mejor que Nigel. Podía leer las matrices entrelazadas de la inteligencia artificial que mantenía el equipo de Interfaz.

—Es una red defensiva, no un dispositivo de transporte.

Ito siempre había sido impaciente con las máquinas reacias. Se partió un nudillo tratando de separar uno de los enigmáticos cilindros lisos.

—¿Cómo pueden dejarnos abandonados de esta manera?

Torció la boca con exasperación mientras Nigel lo miraba con aire divertido. Nigel nunca había esperado que ninguna organización lo sacara de un brete, y sin duda era ya demasiado viejo para empezar a hacerlo.

—Tienes que entender que el esti no es sólo una masa cómoda donde vivir, una fuente de gravedad local —dijo Nigel—. Como un planeta, por ejemplo.

Miradas de desconcierto. Ninguno de sus tres hijos había vivido jamás en un planeta.

A pesar de su educación, recordó Nigel, no podían visualizar los aspectos más elementales: un cielo azul que de noche se convertía en una bóveda negra donde titilaban las estrellas; vientos rugientes impulsados por fuerzas vectoriales complejas; horizontes que se perdían en una curva, de modo que los barcos mostraban primero los mástiles al acercarse; los océanos por donde navegaban esos barcos, con su colosal abundancia de agua; la sensación de vivir en el fondo de un pozo de gravedad, mientras arriba bostezaba un gran abismo, visible a simple vista.

—Es como de goma —dijo Nigel—. E imprevisible.

El hecho de que vivieran en una parte del esti famosa por su solidez no quitaba verdad a este hecho, pero Nigel vio que al criar a sus hijos tan lejos de las zonas esponjosas, él y Nikka no les habían inculcado nociones de seguridad.

—Pero la oficial de Interfaz dijo... —objetó Angelina.

—Nadie controla el esti —dijo Nikka—. Ni siquiera los Antiguos. Evolucionan y nosotros vivimos en él.

Angelina señaló hacia arriba, donde una tierra boscosa colgaba en la distancia, curvándose detrás de nubes algodonosas. Parecían encontrarse en un vasto cilindro giratorio, clavados a sus paredes externas por la fuerza centrífuga.

Pero no era la rotación lo que provocaba ese efecto. El esti se mantenía plegando el espacio-tiempo en capas inimaginablemente delgadas, amontonando el tiempo y el espacio como páginas de un gran libro, guardando los acontecimientos, la sustancia de vidas y épocas enteras, en muros tan sólidos como el granito.

Einstein había visto que la masa curvaba el espacio-tiempo. El esti revertía la igualdad, haciendo que el esti mismo pareciera una masa sólida como un planeta. Un material de construcción. El esti era mucho más vital que la simple y aburrida materia, pues en un sentido profundo estaba vivo, era materia compacta que podía engendrar más de sí misma. Incluso tenía parásitos, los gusanos.

—¿Cómo podemos regresar a casa? —se lamentó Angelina.

—No podemos —le dijo Nikka—. No tenemos el equipo necesario.

—¿Entonces no podemos usar esto? —Ito golpeó otro cilindro. Era trabajador y amaba a su madre, pero el fuego le brillaba en los ojos cuando se encontraba con una máquina inservible.

—Es defensivo, punto —insistió Nikka—. Para intentar el regreso es preciso abrir el gusano de manera controlada.

—¿Es muy difícil? —preguntó Nigel.

Ella sacudió la cabeza.

—Aun los expertos evitan hacerlo, si son listos. Es un trabajo peligroso.

—¿Qué se necesita? —preguntó Benjamín. Había heredado la barbilla de la madre, pero también su convicción de que los milagros eran posibles con el tiempo y el empeño suficientes.

—Sensores integradores de gravitones, un generador de campo que pueda aportar un teravatio en una acústica de diez kilohercios... y un motor de causalidad.

Nikka se sentó en una roca. Se había torcido la espalda en el fugaz microsegundo de transición por el vor.

Benjamin no ocultó su desánimo. Era evidente que no habría milagros a corto plazo.

—¿Motor de causalidad? —preguntó Nigel escéptico—. Pensaba que podíamos dar la causalidad por sentada.

Nikka negó con la cabeza, y su largo cabello negro y trenzado reflejó la luz.

—Para ejercer el control, se necesita mantener la causalidad en el orden correcto.

Nigel había dejado a otros la compleja física del esti para dedicarse a su huerto, como una recompensa adecuada para la vejez. Nikka aún se regodeaba en los detalles técnicos, y tardó bastante en explicarles esa lógica caótica. Era apabullante.

Un vor era un «atractor caótico» que conectaba porciones del esti de manera

aleatoria. Pero los enlaces tenían una lógica cíclica, de modo que cualquier contacto dado reaparecería... con el tiempo. En general, un tiempo largo. Para lograr que sucediera de nuevo hacía falta un diestro control matemático del borde del vor. El proceso era como revolver una marmita, usando estallidos de radiación gravitatoria.

Les explicaba esto cuando una nave rosada se les acercó por el cielo nublado. Sus propulsores arrojaron un puñetazo de aire caliente que los obligó a agacharse. Se posó a poca distancia sobre unas patas de metal rojo que terminaban en cojines redondos.

Una mujer se les aproximó rápidamente, como si estuviese participando en una carrera. Unos ojos de cerámica color azabache le rodeaban la cabeza como una combinación de sombrero y gafas, pero dejaban al descubierto su cabello color miel.

—Vengo a fijar el precio —anunció apremiante, con un acento extraño.

—¿De qué? —preguntó Ito. Era el que estaba más cerca de ella, y la mujer creyó que era él el encargado de hablar.

—No me hagáis perder tiempo.

—Nosotros no...

—Mirad, soy la primera, así que me corresponde la licitación.

Ito se irritó.

—¿Primera en qué?

—¿No lo sabéis? Estabais dentro de una burbuja de suspensión. He esperado días a que estallara. Ito frunció el ceño.

—¿Una burbuja de... tiempo?

—En efecto. —Los evaluó con la mirada—. Pero os veo estables. Yo vigilaba vuestra parcela desde el aire. Arrancó un tramo de roca. Pero descendió bien.

—¿Dónde estamos?

—En la Vía Sawazaki. Vuestro equipo... era primario, ¿eh? Soy experta en antigüedades.

—Pero hemos llegado a una Vía humana, ¿verdad? —insistió Ito.

Ito quedó pasmado al comprender que era como si hubieran irrumpido en una Vía de gas metano o en un paisaje glacial. Nigel y Nikka lo habían sabido pero, como Nikka le había dicho en privado, ¿qué podían haber hecho? Los mecs habían enviado su retazo de esti hacia el esti más grande, y se había alojado allí donde lo llevaron las leyes de la dinámica no lineal.

—Claro, ¿no lo planeasteis así? —La mujer se miró distraídamente la manga—. Mmm, supongo que os puedo ofrecer un precio global por todo.

Los miró con una sonrisa falsa; tenía unos dientes amarillos y brillantes.

—Cosa nunca vista. No molestaré. No es mi estilo ser cargante. No necesito mucho el dinero. Sólo tomo lo que la suerte me trae.

Ito abrió la boca.

—¿Qué? ¿Comprar todo?

—Tarifa plana. Tomadlo o dejadlo.

Nikka levantó la barbilla de un modo que Nigel conocía muy bien.

—No nos interesa.

La mujer frunció el ceño.

—Mirad, sé cómo es. Habréis gastado un dineral para lograr el desplazamiento de una finca tan grande, ¿verdad? Lo tendré en cuenta, creedme. —Puso los ojos en blanco teatralmente—. Aunque habitualmente eso es perjudicial para mi presupuesto.

—No hay trato —respondió Nikka sin sonreír.

—¿Eh? Sois transimportadores, ¿verdad?

—No —dijo Nikka—. Somos refugiados.

—Pues entonces necesitaréis dinero en efectivo. Estoy dispuesta a ofrecer...

—No vendemos —dijo Nigel.

Los ojos de cerámica los escudriñaron. Las facetas parpadeaban mientras ella movía la cabeza, efectuando un diagnóstico. Llevaba una bufanda, apenas visible sobre una chaqueta marfileña que revelaba un arma —una pistola de aspecto antiguo con empuñadura de resorte— y ocultaba otras que creaban ondulaciones en sus esbeltos contornos.

—No conocéis la ley de Sawazaki, ¿eh? —De nuevo puso los ojos en blanco—. Señor, protégeme de los aficionados.

—Los mecs nos arrojaron aquí —dijo Nigel—. Desde luego, agradeceríamos tu ayuda para volver a casa.

La mujer sonrió.

—Pues entonces...

—Con nuestra propiedad intacta.

La sonrisa amistosa se borró. La transformación fue tan repentina que Nigel creyó ver una cara nueva. Cejas gruesas y oscuras, cortadas por una profunda arruga. Ojos hundidos, amarillos y brillantes, visibles cuando los ojos artificiales se pusieron transparentes de golpe. Tenía unas manos nudosas como guantes —y eso eran, notó Nigel algo más tarde— de dedos gruesos y obviamente fuertes. Nigel se preguntó para qué los necesitaba.

—Intrusos, ¿eh? —dijo con un susurro amenazador.

Las manos enguantadas revelaron servodedos delgados que sobresalían de los dedos gruesos. Afilados, amenazadores.

—Entonces vendréis conmigo.

Ito dio un paso adelante, ceñudo. Era justo el tipo de problema al que un joven como él se enfrentaría y, a juzgar por su expresión, eso era lo que pensaba hacer. Nigel iba a detenerle cuando Ito dijo:

—No me gusta el modo en que...

Ito cayó al suelo. Nigel ni siquiera había visto el movimiento de la mujer. Ella lo había golpeado y había regresado a su posición anterior en un abrir y cerrar de ojos.

9 - Ciudad inclinada

La ciudad estaba inclinada. Literalmente, pensó Nigel mientras avanzaban entre las empinadas construcciones.

El conjunto se erguía en el aire turbio como si lo hubieran formado en un cuenco hasta endurecerlo, y luego lo hubieran desprendido, de modo que su base curva estaba inclinada como una media luna a punto de derrumbarse.

Pero medía por lo menos cien kilómetros de ancho. Reposaba en una planicie rocosa: un colosal adorno dentro de una protuberancia esférica de la Vía Sawazaki. En la brumosa distancia se veía la geometría anular de donde habían emergido. Los trucos de la resbaladiza perspectiva y el aire crepitante y seco creaban la impresión de que todo estaba hecho en miniatura.

Se aproximaron y la ilusión se esfumó. La ciudad se convirtió en un bosque de agujas esbeltas, de joyas que sobresalían de la base curva y se hinchaban formando edificios gruesos y serpentinos con luces diminutas incrustadas: ventanas.

En la ciudad la gravedad apuntaba naturalmente al «abajo local» como era costumbre. Sólo al recorrer sus calles extrañamente mullidas uno notaba que la dirección viraba gradualmente, acomodándose a la curvatura del cuenco. El efecto parecía milagroso.

—¿Cómo lo consiguen? —preguntó Nigel—. ¡Gravedad como manos que sostienen el trasero de un bebé!

Nikka frunció el ceño, pero no era propio de ella darse por vencida.

—Han hallado un modo de lograr que el esti ejerza fuerzas gravitatorias y distorsiones a distancia... creo.

La mujer que los escoltaba, cuyo nombre resultó ser Tonogan, dijo irónicamente:

—Inclinamos nuestra ciudad por motivos religiosos. No podéis comprenderlo.

Nigel no supo si bromeaba, pero aquello parecía una extravagancia improbable. En los límites de la ciudad el aire vibraba con fuerzas comprimidas. Si el efecto era real, y no una estafalaria ilusión óptica, ello requería la irradiación de ondas gravitatorias desde la planicie hasta el esti que sostenía la ciudad. Pero las ondas gravitatorias de semejante intensidad eran algo inaudito. Para él, al menos.

Recordó las imágenes de los dos agujeros negros que se fusionaban, desposándose para engendrar algo totalmente diferente. Tal vez aquí pensaran usando metáforas biológicas y no los antiguos conceptos físicos que él había aprendido en Cambridge hacía tanto tiempo.

Atravesaron un gentío en el cual los tamaños, pesos, atuendos (cuando los había) y rasgos faciales abarcaban una gama nunca vista para Nigel. Algunos sujetos eran estafalarios y se fijaban en todo. Otros demostraban una indiferencia olímpica hacia la extraña turba que caminaba, zigzagueaba, vagaba, remoloneaba y marchaba sin que ninguno de sus componentes reconociera a los demás ni obedeciera las leyes comunes de la física. Algunos individuos parecían más livianos y daban grandes

brincos. Otros patinaban sobre plataformas invisibles. (Nigel trató de hacer tropezar a uno, pero el sujeto pasó de largo sin mirarlo. Nigel, que no había notado ningún contacto, sintió un frío penetrante en el pie durante media hora). Algunos volaban con los brazos extendidos. Otros apenas parecían caminar, pero avanzaban velozmente en transportes invisibles.

Un hombre que pasaba encendió un cigarrillo dulzón frotando uno de sus extremos contra el cinto. Nigel se preguntó qué pasaría si uno dejaba caer una cajetilla entera de punta.

Algunos usaban una indumentaria áspera para mantener a la gente a prudente distancia, una útil indumentaria urbana que Nigel jamás había visto. A pesar de la algarabía y la confusión, se jugaba un viejo juego: los lugareños hacían lo posible para recibir a los visitantes y liberarlos del peso de su dinero.

Un niño pegó un botón parlante en el hombro de Angelina. «¿Tenso con tanto trajín? —dijo el botón—. ¿Busca relajarse? Le tendemos...». Angelina se desprendió el anuncio portátil y lo arrojó contra una pared a la cual se adhirió. El botón reanudó su discurso.

Tonogan viró repentinamente para entrar en un edificio piramidal. La boquiabierta familia se apresuró a seguirla. Ella no miró atrás, al parecer segura de que lo harían. Dentro, el suelo los impulsó entre corrientes de hombres y mujeres con el cuello fluorescente y tatuajes en las orejas, que iban y venían a una velocidad desconcertante, moviendo rígidamente las piernas. Frente a un portal grande, intrincado y bruñido como el cobre, había dos hombres musculosos cuyas túnicas grises realzaban su pecho y sus hombros. Se erguían con gran prestancia.

Al parecer custodiaban a una mujer obesa que lucía un vestido púrpura y holgado. El color de su tez hacía juego casi a la perfección con su indumentaria. Bostezando, miró lánguidamente hacia arriba cuando entraron por la puerta giratoria vertical.

—Buenos días.

Su voz vibraba con matices exquisitos, como si realmente sintiera que era un buen despuntar de la espasmódica luz del esti y esperara que los demás sintieran lo mismo.

Siguió estudiando un pergamino que sostenía en una mano. Se desenrollaba solo y ella lo miraba fascinada; ni siquiera alzó los ojos cuando Tonogan resumió brevemente los hechos. Estaban en una galería que daba sobre un extraño patio. Mientras Tonogan hablaba, algo parecido a un perro de seis patas cruzó el centro del patio. Parecía deslizarse, más que caminar, entre las plantas que bordeaban el lugar, exuberantes efusiones verdes y amarillas, géiseres de follaje.

La corpulenta mujer interrumpió a Tonogan.

—Ya tengo los análisis. Una familia, mmm. Una gran superficie para transdeslizarse, ¿eh?

Miró a Nikka, que respondió:

—Queremos ayuda para regresar a nuestra Vía, a nuestras cords del esti.

Nigel se sintió orgulloso; siempre la misma Nikka, tan directa. Nigel era un purista escrupuloso con el idioma, y le disgustaba usar la abreviatura de coordenadas, «cords», que le hacía pensar en cordeles, pero también sabía que era crucial abreviar la lengua. Las abreviaturas eran útiles en un ámbito donde confluían viajeros de varias épocas y territorios.

—Imposible.

—Técnicamente debe ser...

—No, no. Es caro.

Nikka frunció el ceño, siempre incómoda con los problemas económicos.

—Tal vez podamos canjear algunas de nuestras pertenencias —dijo Nigel.

La mujer púrpura parecía nuevamente enfrascada en su pergamino. Nadie los invitó a sentarse y no había lugar para hacerlo en aquella sala larga de suelo reluciente. Ella ocupaba un amplio diván, desbordándolo con su obesidad.

Al fin bostezó, y quizá no sólo para demostrar aburrimiento.

—No tenéis lo suficiente. Interesantes artefactos históricos, pero...

—¿Históricos? —comentó Ito, ofendido.

—Bien, procedéis de... —Barboteó una retahíla de dígitos y palabras que no significaban nada para Nigel—, y eso está acullá.

—¿Acullá? —preguntó Ito irritado.

—Muy lejos. Acullá, decimos aquí. Hablo aproximadamente vuestro dialecto regional, ¿no? He tenido que cargarlo en mi memoria, hasta ese trabajo me he tomado.

Agitó una mano de dedos gruesos con airoso desdén y siguió con su pergamino. Al parecer el resto del mundo debía paralizarse hasta que ella decidiera atenderlo.

El extraño perro serpentino localizó una bandada de aves moteadas que habían salido de entre el follaje. Las acechó. Cuanto más se acercaba, más despacio iba, y cuando al fin las aves echaron a volar el perro saltó en vano. Se puso a trotar agitando su cola de anguila.

El espectáculo resultó grato y alentador para Nigel. Los genes son reveladores, y este eco de la Tierra era bienvenido. Recordó sabuesos con traílla persiguiendo palomas en Trafalgar Square, y esa evocación le dio una vertiginosa perspectiva de la enormidad de su vida, larga y agotadora.

—Mmm. ¿Sabéis algo sobre los sagrados? —preguntó la mujer púrpura, con un dedo apoyado en la mejilla, mirando su pergamino como si lo considerase un espejo.

—Sé que los vórtices del esti son agujeros de gusano de origen natural —dijo cautamente Nikka—. Sin importar el tamaño, están mechados de materia fija. Pero el ancho de banda de la información (materia, datos, lo que sea) puede crecer varias escalas con su radio. El Mec Gris nos atacó con algo...

—Un polarizador de causalidad —dijo la mujer púrpura, relamiéndose los labios con deleite—. ¡Ojalá pudiera conseguir uno!

—Y nos arrojó a este aquí y ahora.

—Nuestro «ahora» está corriente abajo respecto de vosotros —dijo la mujer—. Estáis a varios millones de años-kilómetros de distancia.

Nigel parpadeó.

—¿Tanto?

Ella se encogió de hombros.

—Una distancia respetable.

—¿No puedes descomponer eso en espacio y tiempo?

Ella rio estirando los labios, pero sin alegría.

—¿Qué edad tienes? Vaya idea... ¡dividir el esti! —Un graznido seco.

Nigel se sintió torpe y humillado.

—De acuerdo. En principio sabemos que el espacio-tiempo no se puede dividir en secciones, y menos aquí.

—Los relojes y los metros lo dividen bastante bien, pero el esti sabe lo que no podemos ver —dijo la mujer. Y preguntó con relativa amabilidad—: Sois viejos, ¿eh?

—De la Tierra —dijo simplemente Nikka.

Los ojos de la mujer púrpura llamearon de sorpresa y furia.

—Trato de ser amable, de ofreceros un trato honesto. ¿Y creéis que podéis jugar conmigo? Nikka se echó a reír.

—Te digo la verdad. ¿Qué quieres, pasaportes?

El chip de la mujer no conocía esa palabra. De hecho, los pasaportes no tenían sentido en un esti de conexiones múltiples sin auténticas fronteras. Torció la boca con disgusto.

—¡No deberíais ser mercaderes!

—No somos mercaderes —barboteó Ito—. ¿No puedes entenderlo?

Los ojos de la mujer llamearon de nuevo.

—Será mejor que vosotros entendáis esto. Aceptaréis la tasación que os ofrezca por vuestra propiedad, edificios, artefactos históricos, aparatos y sensores mecs, todo... o seréis castigados.

Nigel se enfureció.

—¿Castigados por qué?

—Por consumir espacio, aire, tiempo... ¡todo lo que yo quiera!

Se incorporó con esfuerzo, avanzando sobre sus pies enormes, una muralla púrpura no acostumbrada a las colisiones. Nigel no se movió de donde estaba. Ella alzó una gran palma y lo empujó. Era maciza y asombrosamente fuerte. Nigel tambaleó y cometió un error. Impulsivamente le asestó un puñetazo en el estómago. Al instante alguien lo golpeó por detrás. Una violenta sacudida eléctrica lo atravesó y se desplomó. Brazos y piernas aturdidos. Sonidos huecos, distantes. Mirando un cuenco nuboso. En una ciudad inclinada, recordó vagamente.

La muralla púrpura había regresado a su diván. Las nieblas que susurraban en su oído interior se disiparon. Nigel miró a su alrededor. Todo volvió a ser como antes. Tonogan le había lanzado una descarga con la vara que sostenía en la mano. Nigel

soltó un largo suspiro y se incorporó jadeando, las rodillas trémulas. ¿Cómo empezar?

—¿Y quién demonios...? —Nigel tuvo un instante de cautela, obviamente demasiado tarde, mientras todavía trataba de evaluar a esa corpulenta dama—. ¿Quién eres?

—La presidenta —dijo Tonogan, que había permanecido en posición de firmes, igual que los dos rígidos hombres de fuera.

—¿Presidenta de qué? —preguntó Nikka.

—De todo. De casi todo.

—Vaya.

La presidenta terminó su pergamino-calculador y sonrió malévola.

—Encantada de conocerlos.

10 - Espera

Ito hacía su trabajo, conectando algunos tubos, y entretanto miraba en silencio a lo lejos.

Cuando no pudo esperar más, Nigel preguntó:

—De acuerdo, ¿qué pasa?

—¿Tienes que preguntármelo?

—No soy rápido para las sutilezas.

—¿Sutilezas? El mejor modo de llamar tu atención es con un garrote.

Hacía semanas que realizaban tareas serviles, alzando esto, limpiando lo otro. Cumpliendo tiempo de castigo para la presidenta, había dicho Tonogan. Era evidente que en esa Vía la mujer púrpura lo dirigía todo con mano de hierro, por motivos que aún resultaban oscuros para Nigel. Y se había visto forzado a reconocer que ella cargaba sobre sus espaldas con todo lo que allí consideraban ley.

Nigel suspiró y pegó dos tubos con sellador. Por muy avanzada que fuera la tecnología, siempre había que sudar para poner la terca materia en su lugar. Ni legiones de robots o de animales modificados podían reemplazar las manos diestras del hombre.

Era hora de repetir de nuevo sus disculpas.

—Hijo, lamento haberte metido en esto.

—Mira, he oído un rumor —dijo Ito.

Nigel sacudió la cabeza con fatiga. Se sentía derrotado, estaba amargado.

—No estoy de humor para rumores.

Hacía tiempo que había problemas entre Ito y Nigel. Su mal trato con la presidenta no había mejorado la creciente tensión —inevitable, suponía— entre él y un hijo mayor que se aproximaba a la edad adulta.

La disciplina impuesta por la callada e impasible policía de la presidenta había sublevado a Ito. Malos tratos. Despertares abruptos. Largos días de trabajo agotador. Comidas precipitadas. Poca intimidad en el estrecho apartamento que les habían asignado, en una casa abarrotada. Ningún descanso. Ninguna oportunidad de librarse del toque de queda, de la severa disciplina, de los rígidos horarios. Ningún acceso a ningún medio, ningún contacto con gente común, salvo para recoger su basura.

Angelina y Benjamin lo sabían soportar. Nigel y Nikka también podían resistir el castigo, pero su hijo mayor se había rebelado contra sus «escoltas» policiales. Se había negado a limpiar mugre cuando se rompían las cañerías, maldecía en respuesta a las órdenes. Así que la impasible policía le había propinado golpes, lo había agujoneado con picanas neuronales, le había aplicado un «tratamiento» que le agarrotó los músculos en vibrantes manojos contraídos, siempre sonriendo. Eso no había contribuido a mejorar el estado de ánimo de Ito.

No era un futuro utópico, no.

Pero desde luego era el futuro. La ciudad que veían desde los callejones donde

trabajaban era extraña y fabulosa. Por lo que podían discernir, el complejo estaba estratificado, con una capa superior que revelaba las tecnomaravillas, una vasta mayoría opulenta, y una casta inferior que hacía el trabajo sucio. No era precisamente una idea nueva.

Había tecnologías que no existían en ninguna parte del este de su época, Nikka y Nigel estaban seguros de ello. El Mec Gris los había arrojado a un futuro alejado de las comodidades que conocían.

—Según ese rumor, quizá la presidenta nos escuche de nuevo —insistió Ito.

Nigel estudió el rostro de su hijo, tratando de pensar con claridad a pesar del creciente dolor que sentía en la espalda de tanto estar agachado, y de la fatiga que lo invadía. Aún le quedaba una hora de su jornada laboral.

—No estás hablando de un rumor. ¿Quién te lo dijo?

Ito se acarició nerviosamente el cabello grasiento.

—Tonogan. Quiere verte.

—¿Has estado negociando con ella?

—No exactamente.

—¿No?

—Bien, un poco.

—La familia tiene que hablar con una sola voz, como bien sabes.

Ito se mordió el labio.

—Bien, tú no estás haciendo nada.

—Estoy esperando a que se decida.

—Su espera es más cómoda que la nuestra.

—Ella quiere nuestra propiedad. Tal vez valga mucho más de lo que nosotros creemos.

Ito torció la boca con disgusto.

—¿Cómo podemos saber qué creer? Nos pasamos todo el día en sótanos y callejones, deslomándonos, sin obtener nada...

Nigel se sentó en un bote de basura y pateó una botella marrón vacía. Nunca hubiese pensado que en el futuro remoto habría residuos tan comunes que resultarían reconocibles para un campesino medieval.

—Cierto —concedió—, no está saliendo bien. Esa presidenta (qué nombre tan insulso para una tirana) parece estar limitada por lo que aquí llaman ley. No puede adueñarse de lo que quiere y cuando quiere. Hay procedimientos.

—No veo que nosotros tengamos derechos.

—El funcionamiento de este lugar parece basarse más en la intimidación que en los derechos.

Ito rio entre dientes.

—Con un toque de cortés brutalidad, sin duda.

Nigel asintió. La familia se estaba deprimiendo y la presidenta podía recurrir a tecnicismos legales para mantenerla indefinidamente en aquella situación.

—Papá, aquí no estás bien. Esa caída que tuviste la semana pasada fue de consideración y veo que todavía cojeas...

—Apenas lo notaba.

Un constante dolor sordo en su pierna izquierda nunca lo abandonaba. Por alguna razón, no había pensado que en el futuro lejano todavía habría dolor. Demasiadas visiones rosadas de Walt Disney, pensó. ¿En esa extraña ciudad alguien reconocería ese antiguo nombre? Claro que no.

—Así que decidí hablar con Tonogan...

—Sin contárselo a nadie. Rompiendo la tradición familiar de...

—Tú no hacías nada para...

—Silencio.

Tonogan se acercaba por el callejón. Vestía ropa color gris oscuro, y se daba golpecitos en el muslo con una fusta. Nigel le advirtió a Ito que fuera prudente.

—Por lo que ha dicho tu hijo —dijo ella—, deduzco que estás dispuesto a reanudar las negociaciones.

—Llegas justo a tiempo —dijo Nigel, irguiéndose—. Estaba a punto de irme al gimnasio a hacer ejercicio.

—Muy gracioso. Recuerda que tengo tus índices médicos.

—No hay mucha intimidad en este sitio, ¿verdad? —le preguntó Nigel a su hijo en tono jocoso.

Tonogan ignoró el sarcasmo, y añadió:

—Los cuales incluyen los factores de fatiga.

—Vaya. Pues debemos agradecerte este estimulante programa de ejercicios. Nos estamos poniendo en muy buena forma.

—Serías gracioso si tu situación no fuera tan patética.

—Lamentablemente, no puedo decir lo mismo de ti.

Tonogan se sentó de mal humor en otro bote de basura y dijo que quería explicar «ciertas cosas». Nigel miró de soslayo a su hijo, instándolo a ser cauto.

Nigel tuvo pronto la certeza de que Tonogan le tendía una trampa. Y sin demasiada sutileza. La codicia enturbiaba aun las mentes más agudas.

Se tomó su tiempo, divertido por la impaciencia de la mujer. Sabía que se establecería un contacto, pero no sospechaba que Ito sería el mediador. Aun así, Nikka había predicho acertadamente la conducta de Tonogan, una semana antes. A pesar de la fatiga de Nigel, ella intentaría seducirlo, tal vez le ofrecería un trago. Y se lo estaba ofreciendo, en un termo. Luego, con vehemencia, con grandes muestras de preocupación, le haría una advertencia.

—No sé si puedo protegerte de la presidenta.

—¿Quién podría?

—Nadie la ha insultado jamás de ese modo. Y mucho menos la ha golpeado y ha vivido para contarlo.

—Alguna zurra le habrán dado, al menos su madre. Tal vez tú, ¿eh?

Enarcó las cejas, un pícaro gesto siglo veinte, para ver si se traducía a través del abismo cultural.

—¡No bromees así! —Una mueca de rechazo, poco convincente—. Pudo haberte matado al instante.

—Pudo haberlo intentado.

—Es una mujer muy peligrosa. Puedo ayudarte con ella, sin embargo. Le dije que tu intención no era mala.

—Pero lo era.

—¡No sabes lo que haces!

—Dile que quiero una disculpa.

—Eres forastero, pero eso no es excusa.

Tonogan puso los ojos en blanco con expresividad excesiva. Sobreactuación. Nigel bostezó.

—Escucha, hablé con ella, la calmé. Dijo que aceptaría algunos de tus bienes a cambio de tu vida.

—¿Bienes?

Un gesto de indiferencia.

—Algunos de tus artilugios pueden ser valiosos... bien, un poco.

—Mmm. ¿Es su última oferta?

—Así es. Tienes un día estándar para dar tu consentimiento. De lo contrario, no tendrá piedad.

—Entiendo. Dile que le hago la misma oferta.

—¿Qué? —Incredulidad, esta vez genuina.

—Dame alguna bagatela y no la mataré.

—Estás loco.

—Así estaremos igualados. Yo no la mato a ella y ella no me mata a mí. Diremos que también estamos igualados con las bagatelas.

—Los insultos son peligrosos aquí. No sé de dónde has sacado esa absurda historia sobre la Tierra pero no puedes hablar así, vengas de donde vengas. ¡Y golpear a la presidenta!

Tonogan se estaba acalorando e incluso parecía creerse lo que decía. Decía cosas asombrosas. Nigel no tenía en cuenta que la gente cree en las cosas más ridículas simplemente porque otros creen en ellas. En la autoridad absoluta de una gorda con una túnica, por ejemplo.

—Papá, déjate de bromas —intervino Ito—. Esta presidenta es la que manda aquí, pese a su apariencia.

Nigel miró a su hijo.

—Pero lo que dice me hace dudar de su equilibrio mental. El sistema político que tienen aquí apesta.

Tonogan se mordisqueó el labio inferior con sus perfectos dientes amarillos y Nigel notó que había acertado. Hasta los sicarios de la presidenta pensaban de ella

que estaba chiflada. El momento pasó y Tonogan dijo:

—Yo no debería hablar de estas cosas, supongo, pero... te torturará antes de matarte, ¿no lo comprendes?

Nigel puso cara larga. Conque las cosas eran peores de lo que creía. Sacudió la cabeza. Tal vez la advertencia de Ito había sido un buen consejo. Bien, era demasiado tarde.

—Y a todos tus amigos —añadió Tonogan.

—Parientes, en realidad. Ve a darle mi mensaje.

—¡Tus hijos! Ella...

—Ve —repitió Nigel, señalando el camino.

11 - Eine Kleine Nachtmusik

Podían presentarse con cualquier clase de material de alta tecnología, por supuesto. Artilugios incomprensibles. Así que Nigel optó por la baja tecnología.

Había cacharros de cerámica tirados en los pasillos —los modales de la gente no mejoraban nunca— y él los juntó en un saco para llevárselos a casa. Con una cuchara dentro serían una alarma sencilla y rudimentaria que quizá funcionara.

—Podría encargarme de asegurar mejor las puertas y ventanas —sugirió Nikka.

—Las cerraduras sólo son útiles contra los chapuceros.

—¿Y si intentan algo cuando estemos trabajando?

—Estamos demasiado desperdigados, en diferentes cuadrillas.

—¿Crees que intentarán hacer algo con toda la familia? ¿Y aquí?

Nigel reflexionó.

—No, a menos que juzgue mal a esa mujer monstruosa. Hará algo para humillarme y amansar al resto.

Nikka se echó hacia atrás, sorprendida, apartándose de la mesa desvencijada y entrelazando las manos con una tensión que su rostro nunca evidenciaba. Nigel recordó que Nikka lo había atraído precisamente por su autodomínio.

—¿Te darán una paliza delante de nosotros?

Era exactamente lo que Nigel pensaba. Algunos métodos simplemente no podían mejorarse. Esta era una cultura extraña, sí, pero él comenzaba a entenderla. Aun así, para aplacar los temores de Nikka, comentó:

—Demasiado obvio.

—¿Algún truco tecnológico?

—Un sujeto de mi cuadrilla de trabajo me contó que esos bastones blancos que lleva la policía son proyectores acústicos. El disco de la punta emite una onda en la frecuencia de respuesta de los músculos.

Nikka se estremeció. Odiaba la descripción de la violencia, aunque podía controlarse en caso de necesidad.

—Suenan espantoso.

—Habitualmente lo sintonizan con la frecuencia del esfínter.

Ella hizo una mueca. Él se rio.

Ahora estaban siempre cansados. No tanto físicamente —antes trabajaban muchas horas en el huerto y bailaban por la noche— como por la incertidumbre y la amargura. Sus dormitorios eran estrechos, desnudos y sofocantes. La única sala de cierto tamaño era la de estar, a la que se accedía desde un corredor fétido. Un agujero deprimente.

Tal vez una visita cuando estuvieran durmiendo. *Eine Kleine Nachtmusik*, como lo había llamado Mozart, muerto más de treinta mil años atrás. Una pequeña serenata nocturna.

Nigel no veía otra manera de entrar que por la desvencijada puerta y las dos ventanas que daban sobre el pozo de ventilación. Estaban en un décimo piso y el pozo de metal desnudo era un camino improbable. Sabía por experiencia que los matones eran perezosos.

El truco de la cuchara sólo les serviría de advertencia. ¿Con qué defensa contaban? No tenían más armas que un cuchillo de cocina.

A pesar de las protestas de todos, Nigel se habituó a dormir en un jergón junto a la puerta delantera. La puerta se abría hacia el jergón, pero el suelo era desigual y la detenía antes de que llegara a tocarlo.

No le importaba dormir así, aunque echaba de menos el suave abrazo de Nikka. El jergón era bastante grueso para sus articulaciones nudosas y lejos de las ventanas oía menos el bullicio constante que llegaba por el pozo de ventilación. Durmió allí una semana. Dormía cada vez más profundamente porque el trabajo y la creciente desesperanza lo fatigaban cada vez más. Despertó una noche; pensaba sombríamente hasta dónde iba a llegar todo aquello cuando oyó un tintineo: un bote y una cuchara emitieron su musiquita. El roce de la puerta tal vez lo había despertado de un sueño espasmódico.

Se levantó de prisa. Ellos tendrían equipo infrarrojo, aunque la puerta lo protegía. Por otra parte, él no tenía nada y no sabía dónde estaban. Se aplastó contra la puerta. Ningún ruido. Tal vez pensaban que nadie se despertaría y que así podrían llevar a cabo su plan.

¿Ellos? Algo le decía que se trataba de una sola persona. Un jadeo a la derecha. Eso concordaba con la probabilidad de una tunda humillante, más aún si era obra de un solo matón. Quizás el sujeto usara un paralizador para inmovilizar al resto de la familia.

¿Dónde estaba? Nada se había movido después de la alarma. El corazón de Nigel palpitaba con ritmo acelerado. Trató de dominar la respiración, se refugió en la oscuridad.

Recuerda que eres viejo y tienes poca resistencia. Lo mejor es un trabajo rápido.

Allí, una sombra rápida. Nigel se lanzó contra la espalda del hombre, lo golpeó y lo empujó hacia delante.

No tenía sentido tratar de herirlo. Lo rodeó rápidamente con los brazos. No le dejó usar las manos. Algo cayó al suelo. Tal vez el paralizador.

Cabeza abajo, manteniéndolo en la dirección que seguía antes. Otro paso. Un empujón. Otro. El hombre movió las piernas tratando de recobrar el equilibrio, de detenerse. Corrección de curso, vuelta a la izquierda. Hacia el rectángulo de luz. Nigel sabía que el otro podía tumbarlo con una llave, pero si mantenía la velocidad...

Hacia la ventana. Al suave resplandor se veía que el hombre era corpulento y buscaba algo en su cadera. Una pistola, tal vez.

Sin pausa, Nigel lo alzó con los brazos. El hombre trató de girar pero el ímpetu era irresistible. Cayó contra el alféizar de la ventana.

Era pesado y macizo, pero logró girar sobre el alféizar. Nigel no logró sostenerlo y el hombre le asestó un puñetazo en la boca. Se tambaleó. Gusto a sangre. Un segundo puñetazo lo tumbó. El hombre todavía estaba apoyado en la ventana. Jadeó al notar que estaba previsoramente abierta.

Nigel se lanzó hacia delante. El hombre reaccionó deprisa y le golpeó la garganta. Lo único que Nigel tenía a su favor era la cinética. No dejó que el golpe lo detuviera y embistió al hombre. Aferró el marco de la ventana para detenerse.

El hombre no pudo aferrarse. Cayó. Corto y fuera, pensó Nigel.

Recibido. Afirmativo, corto y fuera. Nunca olvidaba esa jerga de la juventud. El cuerpo caía, encogiéndose en la oscuridad. Un alarido retumbó en el metal.

Un golpe blando. Luego nada. Bajo el fulgor rojizo de la ciudad que se curvaba en el horizonte, Nigel vio sombras que correteaban abajo.

¿El equipo de refuerzo? Bien, parecían haber perdido interés.

Oyó un ruido a sus espaldas, Ito cerrando la puerta. Cualquiera que lo intentara de nuevo se encontraría con una familia armada con toda clase de instrumentos romos.

Suspiró. Satisfactorio. La vista desde allí debía de ser maravillosa cuando había luz. Nunca había tenido descansos a las horas en que la piedra de tiempo resplandecía, inundando la ciudad con un torrente de luz y calor. Pero con buena iluminación él no habría podido salirse con la suya. Todo tenía su compensación. Sentía el fulgor húmedo de la piedra de tiempo en las mejillas, pero no sentía el menor remordimiento. Tal vez la madurez era eso. Curiosamente, visto desde fuera podía parecer insensibilidad. Tal vez uno era siempre injusto cuando juzgaba a los demás.

Pensó en ello, atento a los ruidos procedentes de la oscuridad. No llegó a ninguna conclusión. Rara vez lo hacía. Tal vez eso también fuera madurez.

12 - Respeto renuente

Mientras se dirigían a la audiencia con la presidenta, entrevieron partes de la ciudad. Un templo que albergaba un pelo de la barba de un profeta de nombre olvidado. Carne asada al aire libre, macerada en polvo y moscas. Una iglesia hecha totalmente de tela. Uno de los efectos de los lugares religiosos, señaló Nikka, era que algunos eran tan absurdos que por asociación todo el conjunto caía en el descrédito. A Tonogan, que los escoltaba, le ofendió que considerasen esos edificios sólo como ejemplos de arquitectura excéntrica. Nigel recordaba que la reacción de su madre era similar cuando él expresaba su opinión sobre las ideas de la Iglesia anglicana.

La presidenta estaba aún menos complacida.

—Podría examinar el cuerpo que encontraron en tu pozo de ventilación, ¿sabes?

—Sí, ojalá lo hicieras —respondió Nigel—. Gritaba espantosamente. Despertó a los vecinos. ¿Conocido tuyo?

—Difícilmente...

—Mi hijo encontró un aparato que llevaba.

Nigel le mostró un instrumento formado por enigmáticas cajitas negras.

—No entiendo...

—Te preguntarás para qué sirve, ¿verdad?

Según las extrañas costumbres de aquel lugar, al haber matado a un agente de la presidenta se habían ganado un renuente respeto, incluso cierta protección. La gente que mencionaba el hecho parecía considerarlo más un osado movimiento de ajedrez que un acto de violencia, algo más digno de aplauso que merecedor de venganza. El código también determinaba que los matones enviados para humillarlo no tuvieran mejoras físicas, como Tonogan: un vestigio de la noción de pelea justa propia del siglo xx.

Toda época tiene sus rarezas, pero Nikka había señalado que una constante de las poblaciones urbanas era la adopción de una versión refinada de ciertos actos delictivos. Esta teoría había inducido a Nigel a tener la audacia de provocar a Tonogan cuando esta fue a visitarlos. La treta de los Walmsley había sido una travesura en cierto modo admirable.

La corpulenta mujer púrpura se acomodó en su diván y los miró desdeñosamente.

—Os haré una oferta razonable por vuestra propiedad.

—Sólo queremos lo necesario para irnos de aquí —dijo Nikka—. Queremos conservar nuestros edificios.

—¿Por qué? No podéis costearos el viaje de regreso a vuestra Vía.

—Queremos los edificios y basta —declaró Ito. La familia lo había decidido y Nigel notó complacido que Ito daba a entender que no podían separarlos, como había intentado Tonogan.

Nikka dijo, más directa:

—Si no podemos comprar un tránsito breve, ¿qué hay de uno largo?

La presidenta, cuyo rostro parecía normalmente un pastel de pasas, quedó pasmada.

—¿Cómo lograsteis...?

—Los viejos no son del todo inútiles —dijo animadamente Nikka—. Estuve curioseando.

—Con curiosidad carnívora —añadió Nigel—. Descubrió que la densidad de energía es mayor cuanto más curvo es el agujero de gusano.

Nikka asintió.

—Y el coste del tránsito depende de la densidad de energía.

—Mmm. —La presidenta frunció los labios—. No creía que fueras capaz de deducirlo.

—Ofrécenos condiciones. Queremos... —Nikka enumeró una larga lista, encabezada por un motor de causalidad polarizado.

—¿Comprendes que tendréis que dar varios saltos, alejándoos cada vez más en las cords esti? ¿Y luego varios de regreso?

La presidenta parecía francamente interesada; no sólo buscaba una ventaja.

—También necesitaremos dermatrajés —confirmó Nikka.

—¿De veras queréis correr ese riesgo? —preguntó la presidenta con un cabeceo.

—Debemos hacerlo —dijo Angelina—. Queremos ir a casa.

Nigel asintió, sin atreverse a hablar. Notaba que ese era el momento crucial. A casa. De regreso a un mundo comprensible, fuera del gran escenario. Al menos de momento. Algo le decía que pronto volvería a participar en las fintas de terrícolas, mecánicos y Antiguos. Pero no ahora. No mientras tuviera una familia y horizontes dichosamente finitos.

La presidenta les echó una ojeada.

—Sois más valientes de lo que parecéis.

Aprobó los detalles económicos con una rapidez y un fingido desinterés que enmascaraba una derrota desagradable. No porque los Walmsley hubieran hecho mella en su mundo de burócrata, Nigel estaba seguro. En tal caso no habrían sobrevivido. A veces, pensaba Nigel, era más útil ser irritante, mientras a uno no lo aplastaran como a un insecto molesto.

Cerrado el trato, la presidenta fue cordial. Con gestos amanerados —al parecer parte de un ritual que indicaba el éxito de una negociación— se acomodó en una hamaca en espiral —al parecer signo de informalidad— y comentó:

—Nadie había escogido esto nunca.

—¿Por qué? —preguntó Nigel—. No somos tan brillantes. Es una opción obvia.

—Obvia, sí. Pero peligrosa, y nadie lo ha intentado.

Nikka parecía fatigada.

—¿Tan peligroso es internarse en las cords?

—Nosotros, los de esta ciudad y Vía, sabemos más que vosotros. —La presidenta frunció la nariz—. Hemos visto los cuerpos.

13 - Bárbaros

Preguntaron qué eran los cuerpos. Ciertos funcionarios pusieron mala cara, pero obedecieron a la presidenta, y ese día los llevaron a una bóveda fresca e iluminada.

Los Walmsley se miraron consternados al comprender que los cadáveres del esti se conservaban allí como volúmenes en una especie de biblioteca. Muchas veces la familia había discutido y lamentado su manejo del cadáver de la mujer, que había precipitado su exilio. Allí, la rara aparición de un cadáver del esti era saludada con interés y también con un cierto espanto, pues invariablemente los cadáveres venían del futuro del esti.

La euforia de Nigel por la negociación se esfumó cuando miró el pálido y demacrado cadáver de un hombre maduro que mantenían en suspensión. Una masa de diminutos lectores magnéticos le coronaba la cabeza. Podían «leerlo» muy bien, les comentó un técnico.

—El análisis isotópico muestra que proviene de uno coma tres millones de años tiempo arriba.

—¿De qué murió? —preguntó Nikka, siempre interesada en lo técnico.

—Quemaduras de radiación.

—¿Algún recuerdo?

El joven parpadeó.

—Algunos. Falta la memoria reciente, desde luego.

Recuerdos, en verdad. Imágenes fragmentarias. El mismo cielo brumoso que se registraba en la línea de los 0,511 millones de electronvoltios. Sólo que más desarrollado, con estructuras intrincadas zigzagueando en un cielo moteado color rubí.

Más: un paisaje lúgubre jalonado por monumentos cuadrangulares. Entre ellos se arrastraban cosas de tres ruedas que no parecían vehículos sino criaturas vivientes.

—O mecs —dijo Nigel.

—¿Quién era? —preguntó Nikka pensativa.

—No podemos entenderlo. No tiene las marcas de personalidad que conocemos. Sólo puedo desentrañar imágenes. No sabemos qué significan estas imágenes.

—¿Por qué no?

—Organización cerebral diferente. Órganos internos alterados. Es de otra especie. Angelina se quedó pasmada.

—¡Pero tiene nuestro aspecto!

El joven pálido se encogió de hombros.

—Se puede manipular el interior, pero se mantiene la misma apariencia externa. De lo contrario, la gente se pondría nerviosa.

—¿Por eso no podéis obtener mucho de sus mentes? —insistió Angelina.

—Por eso y por las diferencias culturales. Este sujeto no veía el mundo como

nosotros lo vemos. Se nota en su modo de almacenar los recuerdos.

A Nigel todo aquello le resultaba deprimente. Más cuerpos, pero todavía nadie, ni siquiera los pedantes pálidos, entendían el porqué.

Cuando iban a firmar el trato, se presentó la presidenta en persona.

—Entraréis en territorio dominado por los mecs, ¿sabéis? —dijo sombríamente.

Nigel sospechó que se estaba arrepintiendo del trato. O tal vez su ego podía más que ella. No era infrecuente, pensó.

—¿Estás segura?

—No recibimos mecs muertos por los vors del esti. Sólo humanos.

—¿Estás segura? —repitió Nikka.

—Prestamos mucha atención. Los Antiguos se aseguran de ello. —La presidenta resopló con frustración.

—¿Por qué? —insistió Nigel.

—Las viejas preguntas. Las teníais aun en vuestros tiempos, ¿verdad? —Una mirada especulativa, y luego recitó como de memoria—: Primero, quieren saber qué desean los mecs del futuro lejano. Muchos mecs fueron al futuro usando vors.

—¿Para llevar información hacia delante? —preguntó Nikka.

—Tal vez. Los Antiguos quieren averiguar por qué.

—¿Y detenerlos? —preguntó Nigel.

—Supongo que sí. O al menos para comprenderlo.

—Como nosotros —dijo Nikka.

La presidenta no veía ningún provecho en semejante temeridad.

—¿Por qué? El esti ya resulta bastante problemático con sólo estar posados en él.

—Curiosidad carnívora —dijo Nigel.

La presidenta resopló.

—Ese razonamiento es pueril. Si vieras las cosas que hago sólo para mantener el equilibrio de nuestra...

—¿Sí? —preguntó Angelina. Nigel se alegró de que hablara, pues hasta entonces parecía intimidada por el lugar—. ¿Por qué inclináis vuestra ciudad?

—Vaya, porque es hermoso —dijo la presidenta—. Sólo a unos bárbaros se les ocurriría preguntarlo.

14 - Mec Gris

La inconstante presidenta los invitó a dormir en su finca particular mientras arreglaban los detalles de su tránsito por el esti. Esta resultó ser la misma villa donde la habían conocido, intrincada y grotescamente barroca. Ellos habían entrado por la puerta trasera, desde calles llenas de gente; la verdadera entrada daba a una visión sesgada de la ciudad, desde el borde superior.

Grandes aves, algunas con labios y dientes brillantes, flotaban en el aire frente al balcón de la presidenta. Una se acercó a mirarlos como si paladease la comida de antemano. Tenía la mitad del tamaño de un hombre. Allí se reducía la gravedad, lo que le daba a todo un aire de levedad como el de la embriaguez sin resaca. Pero las aves dentadas les sonreían con estremecedora certidumbre. Regresaron al interior.

El próximo amanecer fue de larga duración. La ciudad podía influir sobre las pulsaciones brillantes que irradiaba la piedra de tiempo, imponiéndoles un horario regular: oscuridad un tercio del tiempo, suficiente para dormir si uno no estaba demasiado cansado.

Allí nadie parecía cansarse. La gente, bullanguera y de una vistosidad caótica, iba de aquí para allá. Nikka preguntó en voz alta si no sería sólo su desconcierto de viejos ante la energía desbordante de los jóvenes. Nigel sacudió la cabeza. Había abrigado esa creencia durante tanto tiempo que había pasado a otro estado: ya no buscaba la plenitud de la vida, dejaba que acudiera a él. Había tardado siglos en comprender que la alegría y el dolor eran igualmente agotadores y en poco recompensaban un análisis atento. Simplemente estaban ahí, como flores. Era mejor aceptar sus dones que sus metáforas. De nuevo se pararon en el balcón con la presidenta, charlando antes de acostarse, y en el distante cielo de porcelana apareció algo rápido, grande y sombrío. La presidenta abrió los ojos.

—¡El Mec Gris! —gritó, y se arrojó al suelo de mármol.

Llegaron gritos de pánico procedentes de toda la ciudad. Con las manos en la reluciente baranda de bronce, Nigel estudió con desapego aquella presencia espectral que surcaba el cielo.

—¡Abajo! —le gritó Nikka de rodillas, ocultándose.

El Mec Gris se lanzó hacia ellos con celeridad. Un coro de gritos desesperados llegó desde las calles y los vidriosos edificios. Nigel se volvió y entró.

—Tal vez no nos buscaba a nosotros —le dijo a Nikka; estaban en una compleja sala de baile. La gente corría y gritaba, presa del pánico.

—No podemos estar seguros —dijo ella, nerviosa.

—Vamos. No somos ni remotamente importantes para...

Un estrépito en una pared lejana. Un martillazo brutal, luego un silencio estremecedor.

Los sepultó bajo muebles pesados. Luego supieron, mientras un médico los curaba, que un sector del Mec Gris se había desprendido y había merodeado sobre la

ciudad. Las armas escupían fuego desde abajo. El aparato lo rechazaba con displicente facilidad. Había enviado inquisitivos borbotones de energía electromagnética a todos los dispositivos, escrutando rápidamente la cuadrícula de la ciudad, afinando su búsqueda. La exploración se concentró en el distrito donde estaban ellos. Al parecer no podía resolver qué buscaba. Así que la angulosa criatura disparó pulsaciones contra la zona, matando a varios cientos de personas y estrellándose contra las paredes inferiores de la villa de la presidenta. Nigel asintió.

—Tenías razón —le dijo a Nikka—. ¿Pero por qué?

La presidenta había sufrido algunas magulladuras pero eso no explicaba su angustia. Con el rostro pálido y azulado entrelazaba nerviosamente las manos.

—Nunca nos habían atacado. Son de la clase mec superior, siempre por delante de nuestra tecnología.

—Creo que no ha cambiado mucho —dijo Nikka—. Era igual en nuestra época.

—Podrían matarnos a todos. —La presidenta los miró cautelosa—. ¿Y os persiguen?

—No es más que una hipótesis —dijo Nigel.

Nikka captó la mirada de Nigel y dijo:

—Todavía no estoy satisfecha con las provisiones que nos habéis dado.

—¿Qué? —La presidenta frunció el ceño—. Habíamos llegado a un trato.

—No nos iremos sin... —Nikka enumeró otra lista.

La corpulenta mujer abrió la boca y la cerró lentamente.

—Tenéis que iros.

—Claro que no —dijo Nigel.

Ella se encolerizó. Nigel veía su razonamiento: si los Walmsley eran de interés para el Mec Gris, lo mejor era librarse de ellos y considerarse afortunada.

—De acuerdo, tendréis las provisiones... pero os iréis con las primeras luces.

Nikka asintió. Cualquier cosa que atrajera al Mec Gris era mal negocio.

—Sin embargo —dijo Nigel después—, ¿por qué somos importantes?

—¿Tal vez por el destino al cual nos dirigimos? —preguntó Nikka.

Esa noche estaba acostado en una especie de cojín de agua, con Nikka, cuando el perro serpentino entró en la habitación para investigarlos. Al parecer era inteligente y allí ejercía de jefe de seguridad. Respondía a las preguntas con un distorsionado sí o no.

Nigel lo ignoró y comprendió, mirando la noche encapsulada de esa Vía, que estaba unido a una inexorable fatalidad. Eso no le producía el abatimiento de tiempos anteriores, quizá debido a que era más sabio o a que estaba más cansado; en todo caso no quería desperdiciar su vida en tonterías. Muchas de sus antiguas creencias le parecían necias o inútiles. Por otra parte, algunos momentos brillaban como gemas.

Superó aquel estado de ánimo sumergiéndose en Nikka. El amor entre ambos ya

estaba tan libre de cansadas complicaciones técnicas que les brindaba lo que parecía imposible: momentos de placentera sorpresa. Durmieron profundamente. Despertaron con la luz pálida de la mañana, todavía abrazados.

—Ese perro estaba en la habitación mientras hacíamos el amor.

—No me importó. Quizá ya han evolucionado y en el momento crucial desvían los ojos cortésmente.

—¿Momento? ¿Crees que sólo duró un momento?

—Bien, digamos que fue atemporal.

—Así está mejor. Pero creo recordar que el perro ladraba en un momento importante.

—¿Sí? Creía que eras tú.

15 - Tránsito

El polarizador de causalidad era mastodóntico, y sus enormes antenas bostezaban como bocas enormes. Bostezaban en los seis lados de un enorme y bruñido cubo de cerámica. Nikka comentó que le recordaban los altavoces de un equipo estéreo gigantesco. Eran los osciladores de diez kilohercios, que emitían un teravatio en ondas gravitatorias de escasa longitud de onda corta.

Aun así, a Nigel le gustaba la comparación con los altavoces, pues daban esa sensación.

Los Walmsley se refugiaron en una cápsula metálica junto a la casa, en medio del entorno familiar que se había desprendido de su Vía original. Era agradable estar allí, pero Nigel sintió inquietud en cuanto entró en la cápsula. La cuenta atrás no contribuyó a tranquilizarlo.

—La clave para lograr que un agujero de gusano brote de una Vía es saber que no puedes hacerlo por tu cuenta —le dijo Nikka—. Se requiere una cantidad astronómica de energía o, mejor dicho, densidad de energía. Lo mejor es agitar la superficie del esti, encontrar un punto débil, un lugar donde la fuerza de Casimir sea considerable.

—¿Quién era Casimir? —preguntó Angelina.

—¿A quién le importa? Él se dio cuenta de que un vacío verdadero posee una fuerza que se puede dominar.

—¿Y eso haremos nosotros? —preguntó Angelina con escepticismo.

—Desde luego —respondió Nikka, dando a entender que era obvio.

—Y tenemos que viajar describiendo un amplio bucle para llegar a casa. ¿Eso significa que tenemos que entrar en el futuro? —A Nigel le gustaban las ideas científicas, pero no si eran tan rebuscadas.

—Hay mucho más futuro que pasado. El universo sólo tiene quince mil millones de años de antigüedad. El futuro es casi infinito.

Al parecer, Nikka pensaba que eso completaba la idea.

—Casi infinito —especuló Nigel—. Interesante concepto. ¿Es decir que hay muchas probabilidades de que nuestro viaje se dirija al futuro?

Ella sonrió, dando a entender que era obvio.

Ito frunció el ceño antes del tránsito.

—¿Hasta qué punto es peligroso? —preguntó.

Nikka se encogió de hombros. Estaba familiarizada con las heridas y la muerte y no pensaba mucho en ello.

—No mucho, a menos que choquemos con una vibración.

—Pero eso es...

Ito no pudo decir más, pues una arrolladora muralla de sonido barrió la cápsula.

El dolor estira el tiempo.

Las vibraciones confirmaron sus temores. Parecía que viajaban por una lenta y machacona eternidad, aunque más tarde Nikka comentó sin inmutarse que habían

sido sólo cuarenta y cuatro segundos. De martirio.

16 - El tiempo es un horizonte

Conmocionados, abrieron la cápsula. Estaban en medio de los edificios de la granja, con las mismas porciones de huerto que antes, todo en la cima de una inestable masa de luminosa piedra de tiempo. Los rodeaba una depresión cuadrangular envuelta en vapor color limón.

Salieron y respiraron el aire frío pero sin quitarse los dermotrajes de presión.

Nikka hizo cálculos con los instrumentos de la cápsula y llegó a la conclusión de que habían atravesado el vibrante agujero de gusano, desplazándose por el esti varios millones de años-kilómetros.

—Podríamos estar a millones de kilómetros y exactamente a la misma hora en que partimos —dijo con calma—, o en la misma Vía, millones de años en el futuro.

Los agujeros de gusano no atravesaban las eras como ascensores que conectan los pisos de un edificio, pero Nigel insistía en imaginarlos así.

El suelo tembló. La placa donde estaba su propiedad se desplazó sobre la piedra de tiempo.

—¿No hay manera de averiguarlo? —preguntó aprensivamente Benjamín.

—El motor de causalidad tiene caos incorporado —respondió Nikka, aferrándose a la cápsula para sostenerse—. No podemos calcularlo mejor.

Nigel miró el cielo distante, donde humeaban y rodaban unas paredes que parecían de lava.

—¿Cuánto tiempo permaneceremos aquí?

—Eso también es caótico —dijo Nikka—. Pero poco. Al parecer, un par de horas. Recibiremos un aviso cuando se avecine el próximo tránsito.

Angelina rio, sobresaltando a los demás.

—¿Y hasta entonces podemos disfrutar del paisaje?

A pesar de su creciente inquietud, los demás rieron con ella.

Como en respuesta, los peñascos cercanos despidieron una luz sulfurosa, quejándose con lentos gruñidos. Una lámina se desprendió y un chasquido agudo los tumbó. Allí el esti era como piel que se deshacía de sus capas para que pudieran crecer otras. Acontecimientos comprimidos evolucionaban, rebosaban, morían.

Nigel había aprendido en sus días de estudiante que la masa curvaba el espacio-tiempo, pero lo inverso todavía le sorprendía: el esti condensado se comportaba como materia. Convertidos en masa, los acontecimientos se comprimían formando láminas. Sus extremos desataban energías explosivas; literalmente, el final de la historia, pues en estas detonaciones los datos estallaban convirtiéndose en fosforescente energía, su verdadero equivalente. El esti confirmaba el triunvirato definitivo de la física, uno de cuyos aspectos Einstein había captado bien: masa igual a energía igual a información.

Entraron en la casa, donde los sicarios de la presidenta les habían llevado gran cantidad de provisiones, y trataron de actuar como si fuera un regreso. Tenían hambre y comieron cosas parecidas a bistecs, pero el inminente tránsito los tenía nerviosos.

Nigel salió. Supuestamente era para fumar un puro, pues los demás no aprobarían que lo encendiera dentro. No le agradaba dejar a su familia en manos de motores de causalidad, «caos intrínsecos» y otras palabras impronunciables que en definitiva trasuntaban la indiferencia del mundo ante la vida y los valores humanos. Pero no tenía opción.

—Es inevitable. Lo sabes —dijo Nikka.

Estaba junto a Nigel, quien no había oído sus pasos en medio del hueco estrépito de la piedra de tiempo en la brumosa curva de esa Vía esférica.

—Tendríamos que haber dejado que ese cadáver se pudriera, y luego tendríamos que habernos mudado —dijo él con lentitud.

—Entonces no seríamos nosotros.

—¿Qué tiene de malo cambiar los pasos del baile, aprender otra melodía?

—Estamos haciendo lo que siempre quisimos hacer. Mirar con perspectiva amplia, decías tú.

—En efecto. —Nigel suspiró—. Siempre quise ver más allá del horizonte. Pero esto...

—También el tiempo es un horizonte.

17 - Tránsito, espera

E *stocástico*.
Le disgustaba esa palabra pedante. A fin de cuentas, sólo significaba caos, desorden, el espasmódico azar de la vida y del esti. La transducción gravitatoria de la energía impulsaba su cuña de esti local por el gusano en convulsivos movimientos estocásticos.

Tránsito, espera. Tránsito, espera.

Nunca sabían con precisión cuánto tendrían que esperar en las pausas que hacían en aquel vórtice del gusano. Podían mirar las inmediaciones, pero tenían miedo de aventurarse en ellas. Así consumían sus provisiones a medida que aumentaba su frustración.

No era posible trazar un mapa del esti. Su distorsionada geometría palpitaba con trémulas energías, una vorágine gomosa y resbaladiza. Las largas y tortuosas Vías se convertían súbitamente en esferas y burbujas, dilatándose para exponer nuevas y torturadas topografías de piedra de tiempo.

A veces hacían pausas en la misma Vía, así que presenciaban su acelerada evolución. Como la piedra de tiempo evolucionaba según su propia cinética, la capa superior del suelo rodaba formando grandes abanicos de aluvión. Batido por las lluvias pertinaces que acompañaban los cambios, el suelo formaba nuevas colinas y valles al pie de nuevos y escabrosos picos de piedra de tiempo. La vida era flexible, adaptable. Desde las capas sepultadas asomaban árboles en desfiladeros luminosos, y casi todas las plantas sobrevivían a las conmociones pasajeras para asomar nuevamente al resplandor de la piedra.

Nigel puso mala cara cuando Ito y Benjamín quisieron explorar las Vías cercanas que cruzaban.

—No.

—¿Por qué no?

—Pregúntaselo a tu madre. Ella te explicará qué significa «estocástica».

—¿Y?

—Todavía no estamos tan desesperados.

Pero se estaban quedando sin alimentos e Ito estaba más inquieto de lo que podía soportar. Después de una discusión familiar ante la mesa pulida del comedor, decidieron permitir que Ito y Benjamín salieran a buscar. Nikka, Angelina y Nigel los esperaron ansiosamente mientras el reloj de la cápsula contaba el tiempo que faltaba para el tránsito siguiente.

Con sólo una hora de margen, y Nikka murmurando que la inexactitud de tales cálculos superaba fácilmente el margen de las dos horas, llegaron al trote por la escabrosa piedra de tiempo, cargados de comida. Benjamín dijo que no habían visto gran cosa pero, como Nigel esperaba, Ito estaba loco de contento.

Continuaron el viaje. Tránsito, pausa, observación de la larga y lenta epopeya de

las formas orgánicas y los mecs en aquellas tierras. Solían estar aislados en una parcela de piedra de tiempo. A veces rugían batallas a lo lejos y ellos miraban ansiosamente a los desconocidos combatientes, esperando que nadie los viera.

Solía ser así, pero en varias ocasiones unos mecs los sobrevolaron y Benjamin e Ito los derribaron con deleite, usando las armas de proyección que les había vendido la presidenta. Tal vez tuvieron suerte, ya que en esa época contaban con la ventaja de la sorpresa, pero Nigel les obligó a detenerse porque la suerte no duraría siempre.

En la siguiente parada tuvieron problemas más graves. Una mujer que pasaba les contó que los mecs habían desatado una nueva y virulenta plaga que se propagaba por el aire. Nueve de cada diez habitantes de la ciudad de la mujer habían muerto. Los Walmsley le dieron comida y ella continuó la marcha. Esa noche ellos también se contagiaron. Fiebre, disentería aguda, las fosas nasales taponadas por una mucosidad esponjosa y amarilla. Ito, sonámbulo, vio las puertas de un infierno privado y luchaba para traspasarlas en busca de una recompensa imaginaria. Nigel y Angelina lo agarraron y lo sostuvieron durante horas mientras los espejismos se disipaban en un arrebato de cháchara sudorosa; salía de la boca de Ito un río de alucinaciones tan desafortunadas que Nikka —siempre desapasionada, aun con sus propios hijos— tomó nota de ellas.

Nigel fue presa de sus propias ilusiones, que encendieron en él los muchos recuerdos febriles que acompañan a quien escoge vivir mucho tiempo.

... naves abarrotadas maniobrando cerca de la luna blanca de la Tierra...

... el descenso por las oscuras y heladas aguas de una luna hacia un mar interior cubierto por kilómetros de hielo antiguo...

... vientos soplándole polvo ácido en la cara mientras alienígenas semejantes a antenas de radio enormes se le aproximaban en el calor abrasador...

... un vuelo dolorosamente largo para llegar al esti, buscando refugio en una galaxia que parecía rebosante de mecs...

Habló de esto, escupiendo a borbotones palabras sin sentido. No reconocía su propio pie descalzo al otro extremo de la cama, ni la sangre que tosía, ni siquiera el ceño fruncido de Nikka en la penumbra.

Luego comprendería que el factor que los salvó era su distancia en coordenadas del esti. El virus de los mecs estaba tan adaptado a los humanos de esa época y lugar que no logró matarlos. Así que se limitaron a gruñir, transpirar y ensuciarse mientras la enfermedad se cebaba en ellos durante una semana. Mientras la padecían efectuaron tres pausas. Cuando todos pudieron caminar sin que les temblaran las rodillas, se habían quedado de nuevo sin provisiones.

18 - Marcha

Por doquier había vestigios de estragos causados por los mecs. Ciudades calcinadas, paisajes devastados, caravanas de fugitivos diezmadas por las incursiones.

Una vez, mientras buscaban información y comida, un mec sorprendió a Nigel y Angelina en campo abierto. Era del tipo reptante y le causó quemaduras graves a Angelina antes que Nigel lograra destruirle la mente principal. Cuando vio cuánto sufría Angelina, le suministró un sedante y, mientras esperaba a que surtiera efecto, arrancó con furia el brazo del mec y lo usó para abollar su caparazón, descargando su furia. Luego transportó a hombros a Angelina; logró llegar a la granja a duras penas. Veló durante días mientras ella se recobraba, los ojos vidriosos de fiebre.

Vista por el prisma del esti, pensó Nigel mientras cuidaba a su hija, la vida era una larga marcha, una incesante columna de almas sufridoras avanzando en las tinieblas. Encerrada en su propia época, la gente ignoraba adonde iba. Pero en cada sociedad que encontraban se hablaba mucho y los necios fingían saber más de lo que decían. También había siempre risas alegres, y alguien pasando la botella.

Pero de cuando en cuando algunos tropezaban, caían y eran abandonados. Los muertos.

Deslizándose tiempo arriba, a veces tiempo abajo, asomando la cabeza cuando lo ordenaba el caos del gusano, Nigel veía retazos reveladores de esa larga marcha.

Sociedades enteras se sumaban al fin a los individuos muertos. Para ellas la marcha cesaba en ese momento. Algunas duraban un poco más, tendidas en el suelo duro, envueltas en niebla, y Nigel tenía tiempo para ver el desfile que se alejaba, llevándose sus luces, su música y sus bromas.

Para nosotros, los abandonados están en alguna parte, anclados en un paisaje turbio que ya estamos olvidando.

Recordaba a otros que habían quedado atrás, hacía años. Con un suspiro, un gruñido de agonía o un parpadeo febril, abandonaban la marcha humana. Ya no participaban en las últimas bromas ni apreciaban el sabor de una botella de vino, ni escuchaban los rumores más recientes. La marcha lo entristecía. Recordaba amigos perdidos hacía tiempo, anhelaba contarles todo lo que sucedía, compartir con ellos una risa o una mentira.

Mientras leía sus últimos índices, a hurtadillas para que Nikka no los viera, pensó: *Bien, viejo achacoso y meditabundo, lo cierto es que sabes que tu posición de estar por encima del tiempo es precaria. Que la duración es tu única virtud por encima de los demás, y que es artificial. Que un día tropezarás, caerás y el lodo te devorará también. Tal vez sería mejor si no tuvieras ese pasmado momento de mirar las cabezas que se alejan, los rostros que se apañan de ti. Tal vez sería mejor si no oyeras esa última carcajada hueca festejando una broma que jamás conocerás, la áurea luz de los faroles alumbrándolos a ellos y no a ti. Y les sucederá a todos los*

que has conocido y conocerás.

No lograba acostumbrarse a esto.

19 - Relatos

Podían huir en el espacio-tiempo, pero la biología los perseguía. Todos tuvieron una recaída en la plaga mec, bastante moderada pero suficientemente molesta.

Ito se recobró el primero. Cuando anunció que saldría en busca de provisiones, en la pausa que acababan de iniciar, nadie pudo oponer más que una débil resistencia. Según los índices de probabilidad, faltaban días para el próximo tránsito.

—¡Probablemente! ¡Sólo probablemente! —protestó su madre débilmente.

—Pero es más que probable que nos muramos de hambre —replicó Ito. Y se fue.

Pasaron ese tiempo en medio de la fiebre y la preocupación. Pero todos estaban mejor cuando regresó Ito, cargado y con una herida en la pierna.

El ver a su hijo mayor entrando por la puerta fue para Nigel como si el sol saliera después de una noche oscura y sofocante. Mientras ayudaba a Ito a guardar la verdura y la fruta, notó un cambio en su hijo. Esa noche captó la diferencia durante la cena. Ito hablaba con más soltura, el rostro libre de las tensiones de la adolescencia tardía que Nigel recordaba.

Como muchos hombres y mujeres impulsados a la acción por un espíritu inquieto, Ito no tenía interés en la noción de aventura. Pero sabía que los relatos de aventuras fascinaban a la gente y narró con todo detalle episodios que él consideraba ordinarios:

—el mec serpentino que se le había adherido a la pierna y del cual no podía deshacerse (como descubrió aullando de furia) salvo cuando le cantaba;

—ciudades oblicuas de sorprendente belleza o asombrosa fealdad;

—alienígenas a granel, que lo trataban con suprema indiferencia, mientras que él los encontraba fascinantes;

—la decapitación de una mujer por haber cometido actos innombrables con un mec (lo cual era tan aterrador como desconcertante, pues nadie podía explicar la motivación del mec, mientras que la de la mujer parecía encontrarse dentro de la gama conocida de las perversiones humanas);

—una religión mec que adoraba exclusivamente a los animales, atribuyéndoles una sabiduría natural;

—un castillo a través de cuyas paredes de vidrio los viandantes podían ver a los moradores viviendo bajo escrutinio constante, sin ocultar ni siquiera los actos más íntimos;

—una cascada que ascendía y formaba hielo en la cumbre, construyendo una reluciente montaña azulada.

Nigel comprendió, mientras iban a acostarse, que su hijo había efectuado su propio tránsito, un tránsito del que pocos hablan y que la mayoría no reconoce sino

años después.

20 - Generaciones

Continuaron su viaje, deslizándose entre láminas de esti, tironeados por el flujo energético del gusano. Nikka preparó un sensor óptico en el exterior de la cápsula y vieron el instante del tránsito, aunque con enorme lentitud. Una aureola transparente y ondulante cubría la granja.

Aunque, simplificando, un agujero de gusano era como un tubo que atravesara los pisos de un edificio, siendo cada piso un espacio-tiempo —una aguja reluciente atravesando la tela de ébano del esti—, el gusano en realidad era tridimensional.

En la fracción de segundo en que lo atravesaban, el gusano era un resplandor esférico y titilante. Se hinchaba, los engullía, se encogía hasta reducirse a un punto que se disipaba en una lluvia brillante y dorada y en torsiones que les revolvían el estómago. Nigel tenía la sensación de estar trepando por sus propias vértebras.

Observaron el esti que se extendía más allá de su pequeña zona, a veces sólo unos cuantos minutos antes de cambiar nuevamente. Los paisajes fluctuaban más allá de su finca. Presenciaron épocas sin presencia humana visible, otras con ciudades atestadas que se erguían sobre una trémula piedra de tiempo, otras sin atmósfera —de modo que sus dermatrajés se cerraban automáticamente en cuanto salían— y otras con gases acres y virulentos en vez de aire. Algunas pausas duraban lo suficiente para permitirles salir.

A través de todo esto Nigel y Nikka alcanzaron un nuevo equilibrio, una dulzona y triste comprensión extraída de los cronopaisajes que habían atravesado. Se producían innumerables incidentes, ora pequeños y reveladores, ora grandes y peligrosos y al fin insignificantes, y todos apuntaban hacia el sufrimiento y la alegría de la humanidad.

Observaron tribus ricas en espíritu e intelecto. Soldados que bebían con avidez y comían con no disimulada gula, aunque sabían que al día siguiente entablarían batallas que diezmarían sus filas. Eruditos, encorvados por sus peregrinaciones y asolados por la pobreza, pero satisfechos con los estudios a que habían consagrado la vida. Niños jugando entre las ruinas ennegrecidas de sus hogares. Padres regocijándose en sus hijos aun mientras la calamidad se abatía sobre ellos. En ciudades que se volvían más extrañas a medida que avanzaban en su tránsito, la gente cantaba canciones lentas y tristes en las calles aun mientras las fuerzas mecs se agrupaban en la Vía, y la muchedumbre se reunía para ver magos que realizaban trucos y contaban chistes viejos que todos festejaban con risas estentóreas. Entre los pocos y aturdidos supervivientes de otros ataques, en otros paisajes distorsionados, los Walmsley encontraron personas estoicas que hallaban nuevos amores, nuevos amigos, y comenzaban de nuevo. Las generaciones se fundían y llegaban otras, y sólo unos cuantos lograban permanecer tanto tiempo como Nikka y Nigel, y en todo ello una luz frágil, valiente y humana hendía las sombras circundantes.

El viejo *non sequitur* de que las especies degeneraban a lo largo de su existencia

no encontraba aquí ninguna demostración. La humanidad hervía de actividad. Las sociedades progresaban y decaían obstinadamente indiferentes a los fracasos anteriores.

Del inevitable fin, y las inevitables preguntas, reflexionó Nigel, nadie se salva: Jesús gimió de desesperación mientras se aproximaba a tientas a la eternidad. Nigel no sabía cómo interpretar esa tozudez humana. Nikka no se hacía tantas preguntas, y se enorgullecía de su especie.

21 - Punto de inflexión

Llegaron al extremo de su trayectoria curva por el esti. A la vista de los datos, Nikka declaró:

—Nos hemos atascado en un bache.

—¿Y eso qué significa?

Nigel salió a la familiaridad local de su granja. Más allá se extendían tierras de extrañas sombras.

—Estamos varados. El vórtice vira aquí —sonrió, tranquilizando a su familia con su tono jocosos— y el esti empieza a curvarse en sentido opuesto. A partir de ahora regresaremos.

—¡Vamos a casa! —exclamó la alborozada Angelina, batiendo palmas.

—¿Pero? —preguntó Nigel.

Nikka cabeceó consternada.

—Pero... estamos atrapados aquí, en el punto de inflexión. Recorremos una y otra vez el mismo intervalo de tiempo.

—Patinando en el espacio-tiempo. —Nigel le dio vueltas a la idea.

Caminaron hasta el linde de sus tierras. En lo que parecía ser una masa sólida Nigel vio hojas claras y sombras azules, como si en alguna parte se pusiera un sol. Hojas radiantes bailaban como si reflejaran la luz bajo la ondeante superficie de un lago, como si la claridad del verano penetrara en una profunda caverna submarina. Y mientras él miraba, todo se repetía, una y otra vez.

Era desconcertante, y a punto estuvo de perder el equilibrio, como un hombre que al aproximarse a un precipicio siente las piernas flojas aunque pise terreno sólido. Una simple corteza lo salvaguardaba de un abismo.

—Atravesamos el mismo momento —le susurró Ito—. Una y otra vez.

—¡Maldición! —Benjamín no sentía la menor fascinación. Sólo quería ir a casa.

La escena dio un salto. Surgieron colinas erizadas de rocas desnudas. En sucesivas imágenes espasmódicas vieron cómo las laderas sufrían el paso del tiempo, cómo se abrían grietas en ellas. Los picos se erosionaban, los cerros se fragmentaban, brotaban extrañas agujas de gélido color azul. Glaciares turbadoramente verdes se deslizaban por los valles. Nigel notó que no eran glaciares sino un fluido inmensamente frío, en la muerte terminal del futuro más remoto. Estaban viendo aquellas tajadas de tiempo donde la información todavía podía formar paquetes, cuñas de instantes recogidos de una inmensa extensión de tiempo. Podían escrutar inmensidades resbaladizas que carcomían montañas y se disolvían en la nada, pues estaban presenciando una física y una dinámica que quedaba más allá de los confines del tiempo humano.

Súbitamente regresaron al mismo momento incesante que habían visto antes. Habían dado un gran brinco hacia delante, luego hacia atrás. Miraron un rato aquel repetido intervalo, pero no sucedió nada más.

—Mamá... ¿qué haremos para salir del atasco? —preguntó Angelina.

—No haremos nada. —Nikka miró la piedra de tiempo que se curvaba sin cesar, como un montón de víboras viscosas—. Esperaremos.

—¿Cuánto tiempo? —Benjamín miró con disgusto aquella efervescencia.

Nigel se preguntó con desgana si esa pregunta tenía sentido cuando el tiempo giraba en círculos. Y también el espacio. Los mismos riscos se elevaban y descendían, se elevaban y descendían. Pero su pequeña cuña de esti seguía por su propio eje temporal. Al menos así parecía. ¿Cómo saberlo? Empezaba a dolerle la cabeza.

—Me temo que esto es una variable estocástica, irreductible —dijo Nikka.

—¡Aquí todo es caótico! —estalló Nigel.

Nikka sonrió.

—Excepto tú. Tú eres totalmente previsible.

Todos se echaron a reír, pero no les pareció tan gracioso al cabo de varios días de tensa espera.

Entonces los acontecimientos externos cambiaron.

El aire se enfrió con una crudeza repentina que ningún ámbito planetario podía imitar. Y sin causa aparente, el terreno comenzó a evolucionar más allá de la encapsulada granja.

—¿Ha terminado el atasco? —exclamó Angelina, excitada.

—No lo sé —musitó Nikka, con profundas arrugas de preocupación en torno a los ojos—. Parece que el tiempo exterior se está acelerando.

—¿Estamos fijos en el espacio pero nos deslizamos en el tiempo? —preguntó Ito.

—Así parece —dijo Nikka.

Al parecer allí la física era ante todo una cuestión de opinión.

La turbulenta e inestable piedra de tiempo se movía como antes cuando llegaba un «despuntar», y al siguiente amanecer hubo valles, suelo, vida vegetal. Fuerzas ignotas hendían y trabajaban la tierra mientras se manifestaban otros fenómenos: chubascos, olor a salvia, carne curándose en un saladero distante.

Las aguas de la tormenta formaron arroyos y ríos lentos bordeados por árboles copudos. Retazos de suelo se elevaban hacia un cielo moteado. Se formaban a ojos vistas crestas escarpadas, cuyas cumbres horadaban nubes algodonosas.

Se internaron con cautela en ese nuevo paraje. Criaturas de forma extraña correteaban entre las rocas, bailando sobre patas acolchadas como si el calor del suelo fuera insoportable. Los Walmsley bajaron una cuesta y vieron casas de troncos al pie de cerros empinados, ventanas iluminadas, volutas de humo crepuscular escapando de las chimeneas, cubriendo los tejados y flameando como banderas valle abajo. Entraron por una hendidura en una cuenca penumbrosa y vieron una ciudad, semejante a una lluvia de chispas cayendo desde un fuego invisible, puntos de luz multiplicándose en la opacidad del esti. Pero no vieron gente. Nigel comprendió que aquella construcción avanzaba a rastras hacia ellos. Una ciudad viviente.

Se preguntó qué contendría. ¿Había todavía algo que pudiera sorprender a un viejo como él? ¿Un lugar que pudiera asombrarlo y aun así dejarle dormir en paz?

Cabeceando amargamente, pensó que por la mañana aún despertaría con la vieja gárgola de sus miedos oprimiéndole el pecho, escrutándole el rostro con su sonrisa desdentada y triunfal.

Abruptamente la piedra de tiempo asomó por el suelo. Se rajó y ardió, mordiéndose la tierra con dientes afilados. Huyeron de regreso a sus tierras, y apenas lograron llegar.

Poco después apareció el Mec Gris.

22 - Futuros lejanos

Mucho más tarde, tendido y magullado en una grieta de piedra de tiempo, Nigel recordaría una época lejana en que había sido posible el contacto entre la humanidad y el desconcertante zoológico de los artefactos mecs. Se había vendado el brazo izquierdo roto y esperaba que lo venciera el sueño. Evocaba el pasado porque no le hacía bien pensar en el posible paradero de su familia. Cuando pudiera caminar de nuevo iría a mirar. Eso era todo.

En esa época algunos mecs habían convencido a los miembros de la tripulación de Nigel de que la existencia de las criaturas mecánicas era mejor y más duradera que la frágil vida de las criaturas orgánicas. Así que voluntariamente algunas formas inferiores del Mec Gris habían «incorporado» —como decían ellos— a varios amigos suyos. «Elevación», lo llamaban.

El proceso era indoloro. Como mecs, sus amigos se convirtieron en aparatosas cajas montadas sobre estructuras esqueléticas. Rara vez se desplazaban por el paisaje, y cuando Nigel intentaba hablarles de sus vidas parecían distraídos, como si mantuvieran una conversación telefónica mientras miraban algo interesante por televisión. Lo que decían era insulso, pero un poco escalofriante.

Tardó varios años en regresar a la Vía donde aquello había ocurrido. Se instaló detrás de algunas rocas, a buena distancia del lugar donde a veces se reunían las formas inferiores del Mec Gris. Las que habían «elevado» a sus amigos.

Aquellas criaturas tenían sensores precisos y Nigel no podía acercarse demasiado. Una de las subformas apareció y Nigel estuvo seguro de su identidad por sus señales electromagnéticas, sus siseos y clamores espectrales. Le disparó a las ruedas. Con un arma cuya física no comprendía del todo abrió tres agujeros en la estructura principal. El mec calló, y sus zumbidos electromagnéticos se apagaron. Una cosa pequeña bajó de él y trató de alejarse, y Nigel le disparó ocho veces con gran satisfacción. Luego supo que las otras subformas habían sido reincorporadas al Mec Gris y tenía que contentarse con esta.

Soñaba con aquello mientras el brazo le palpitaba de dolor y el corazón le pesaba en el pecho.

Llovía torrencialmente en la oscuridad cerrada. La vegetación se mecía en los violentos vientos. Un relámpago brincó en el cielo. Nigel vio sus ramificaciones amarillas y verdes allá donde el esti se plegaba sobre sí mismo en una encrespada geometría.

No había indicios del Mec Gris.

No, *Mecs Grises*, se corrigió. Ese había sido un gran error.

Dos Mec Grises habían aparecido en la Vía. Cenicientos y aparatosos, se dirigían hacia los edificios. Recordó la imagen: Benjamin, Nikka y él buscando los segmentos del dispositivo de tránsito. Ito y Angelina dándose a la fuga.

Allí el tiempo estaba totalmente distorsionado, lo había aceptado hacía tiempo,

pero la vieja pregunta seguía sin respuesta. ¿Podía haber actuado de otro modo?

23 - Al borde de la extinción

Poco antes de que las formas sombrías los alcanzaran, él había gritado «¡Transductores!», refiriéndose a las cuñas piramidales que transformaban las reservas de energía eléctrica en pulsaciones gravitatorias.

—¿Contra cuál? —gritó Nikka en medio del viento rugiente que levantaban los Mecs Grises.

Nigel miró a un Mec Gris y al otro. Nikka apoyó la muñeca en la consola, activó la interfaz.

¿Cuál? ¿Ambos? Dos moles aceradas sin medios visibles de vuelo. Girando sobre un eje invisible en un cielo que rasgaban al pasar.

No actuaban juntos. Cada uno respondía a las maniobras del otro.

Uno era más grande y se aproximaba deprisa. Fue el que eligió Nigel.

—¡Allá!

Nikka apuntó y disparó los transductores con un movimiento rápido. El suelo tembló con la descarga de energía acústica y todos cayeron. El Mec Gris líder tembló, pero continuó.

Ito y Angelina no llegaron a la casa. El Mec Gris líder lanzó un rayo que los rodeó como un manto de blancura vibrante. Ambos se estremecieron y cayeron.

Los bordes del rayo mataron al instante los sistemas electrónicos del cuerpo de Nigel. Apenas se había puesto de pie cuando el estertor agónico de sus sistemas lo tumbó de nuevo.

Sus defensas, casi superadas, vacilaban al borde de la extinción.

Miró, pensando que era lo último que vería. Aturdido, vio el espectáculo de dos Mecs Grises batallando entre sí en el cielo color zafiro. Los rayos se refractaban en el aire agitado. Una onda de choque lo golpeó, sacudiéndole el cuerpo.

Trató de aferrarse a la conciencia, pero lo envolvió una helada negrura.

24 - Alexandria

Y despertó allí, en una cuesta de piedra de tiempo.
El brazo roto, dolores en las piernas.

No, quizá no podía haber actuado de otro modo.

Siempre era reconfortante pensar así, pero tratándose de los mecs era la verdad. Operaban con mucha más celeridad que los seres hechos de músculos y nervios. Pero pensar así no le servía de consuelo porque seguía pareciéndole una excusa.

Gruñó y abrió los ojos, los párpados legañosos. El relámpago lamió el cielo como si buscara un sitio donde descansar. Nigel sabía que ese relámpago era sólo una horda de electrones buscando una senda para descargar un potencial electrostático, pero eso no aplacaba la turbadora sensación de que extraños y afanosos espíritus surcaban, sondeaban y fustigaban el aire. Estaba observando los luminosos dedos amarillentos que jugaban en la techumbre del esti cuando ella regresó.

Has cambiado.

—Tú no.

Los de mi especie nunca cambian.

Nigel pestañeó, pero eso no cambió las cosas. Alexandria, su primera esposa, estaba junto a él mirando el escurridizo relámpago. En los sulfurosos centelleos él pudo ver la frente alta y clásica, los delicados pómulos. Habían sido así hasta que la enfermedad empezó a desgastarla, robándole las carnes hasta enviarla a una tumba de una ladera de Pasadena, California.

—Alexandria, yo...

Me gusta cuando dices mi nombre.

—Siempre me ha gustado como suena.

¿Qué decías de él?

—Que era un nombre perfecto. Que era como tú. Alejandría de Egipto, cuya biblioteca ardió. Conocimientos perdidos, irrecuperables.

Oh sí. Mucha gente lo pronunciaba mal. Pensaba que era un nombre común. Alexandra, sin la i.

—Donde la civilización clásica encalló y se hundió, perdiendo la mayor parte de su cargamento.

Cero en historia, amor mío. Los griegos ya se habían ido cuando ardió la biblioteca.

—Pero no su civilización. Eso permanece mientras es recordado.

¿Y la nuestra?

Nigel se encogió de hombros.

—Mientras nosotros estemos aquí, supongo.

Mientras tú estés aquí. Yo no cuento. Soy un fantasma.

—No para mí. Eres la mujer que yo amaba.

Ella se volvió hacia él, apenas lo suficiente para dejarle ver la curva ascendente

de su sonrisa eterna. Siempre era así. Nigel nunca podía verle el rostro por completo. Ni librarse de él. Ella podía visitarlo a pesar del paso de los siglos.

¿En pasado?

—Lo siento, cariño.

Conocimientos perdidos.

—En realidad no.

Ella curvó los labios en una sonrisa muda.

¿Estás muy seguro?

—Recuerdo cada hueco y cada deleite.

¿Al cabo de tantos años?

—Ten en cuenta la relatividad. Han pasado veintiocho mil años en la Tierra. Pero aquí —Nigel se tocó la cabeza— han sucedido pocas cosas. Verdaderamente aburrido. Dilatación del tiempo, dicen los físicos.

Nunca he comprendido esas cosas.

—No creo que nadie las comprenda del todo. Es un simple dato del universo.

¿Y tú?

Nigel no pudo ver su expresión.

—¿Yo?

¿También eres un simple dato del universo?

—Mmm. Sí, un dato sin importancia.

Eras importante entonces, y lo eres ahora.

—Soy una cucaracha en un teatro de Stratford. Podría decirse que me han dado un papel muy secundario.

¿Quién?

—El director, supongo.

¿Quién es...?

—Me lo he preguntado. Siempre que haya aquí algún tipo de representación.

¿Dios?

—Es un nombre demasiado corto para una idea tan amplia. De todos modos, yo creía que tú podrías preguntárselo a Él directamente.

¿Porque estoy en el cielo?

—¿No es así? ¿O en un lugar diferente al menos?

Ella se echó a reír.

Estoy en tu cabeza. No es el cielo, no.

Pero cuando ella se volvió un poco más y le sonrió, Nigel pudo verla con total claridad. Era demasiado bueno para ser una alucinación. Demasiado sólido, tangible, real. Debía de estar peor de lo que pensaba.

—Alexandria...

¿Sí?

—Yo quiero... yo...

Todavía no.

—¿Acaso soy un niño a quien se le dice cuándo ir a la cama? —protestó él.

Esto no es la cama. Por lo pronto, no es tan divertido.

—Estoy cansado.

Pero no físicamente.

—Tal vez haya visto demasiado.

Todavía no es tu momento.

—Tampoco era el tuyo —rezongó Nigel.

Todavía tienes erecciones de noche con sólo pensar en mí, ¿verdad?

—Mmm. No puedo negarlo, ¿verdad? Pareces vivir dentro de mi cabeza.

Exacto, amor mío. Y mientras así sea... bien, tal vez no fuera mi momento. Tal vez todavía esté aquí.

—Las copias no son el original.

Una dama sabe agradecer los cumplidos. Especialmente cuando sé que tienes a Nikka.

—Espero que esto no sea una deslealtad hacia ella.

No puede serlo. Somos todos los amores que hemos conocido... he ahí mi intento de autodefinición.

—Me gusta eso. Una definición que está libre de ese corrupto envoltorio, el cuerpo.

No ignores el cuerpo. Ni los cuerpos.

Él hizo una pausa, pasándose la lengua por los dientes.

—Los cuerpos...

Los cuerpos te metieron en esto.

—No me lo recuerdes.

Tómatelos como invitaciones.

—Qué gracioso. De los Mecs Grises, sin duda. Ven al baile, por favor, y muere.

¿Quién podría leer un cuerpo que ha sufrido la muerte definitiva, amor? Piénsalo.

—Empiezo a odiar los acertijos. —Nigel sintió un mareo. El mundo giraba lentamente a su alrededor.

Yo también formo parte del acertijo. Como todos. Hasta pronto, amor mío.

—¡Todavía no!

Adiós.

Aguantó la larga noche. Sus índices corporales se habían recuperado parcialmente. Eran inconstantes y el índice que él observaba con mayor cuidado había bajado tres puntos más.

Suspiró, alegrándose por un instante de que Nikka no estuviera allí para preocuparse, y luego sintió todo el peso de las circunstancias. En medio de la fiebre y los amargos remordimientos, tuvo pensamientos de una profundidad abisal.

Algo lo había arrojado a gran distancia por la Vía donde habían estado. Lo descubrió al trepar a un pico de inestable piedra de tiempo y mirar por encima de una capa de nubes verdosas. Reconoció el terreno que había ocupado su granja y decidió regresar allí. Tardó más de lo que esperaba, con el brazo roto, y al final apresuró el paso.

Al principio la granja parecía desierta. Se sentó a la gran mesa del comedor, y la habitación parecía llena de fantasmas tan tangibles como Alexandria. Fue entonces cuando apareció aquella criatura.

Se quedó quieto.

La criatura tenía dos piernas y dos brazos, pero allí terminaba toda semejanza...

¿Humana? No, lo supo al instante.

Espectral, silenciosa, irradiaba extrañeza como una onda helada.

Nigel notó que los sistemas electrónicos de su cuerpo funcionaban de nuevo. Le ayudaron un poco con el brazo fracturado. La criatura se movía deprisa. Los dispositivos electrónicos de Nigel emitieron una turbadora fluorescencia en respuesta, inundándole las retinas con deslumbrantes fuegos de artificio. Súbitamente lo percibió todo en un estallido prolongado.

25 - Galaxias mortales

Estaba bajo un cielo opaco y negro enmarcado por un horizonte escabroso. De pronto lo supo como jamás lo había sabido. Experimentó en lo más profundo de su ser una visión cinestésica del mundo, tuvo percepciones que eran impulsos y geometrías, no palabras. Procuró expresar las sensaciones en términos que su mente pudiera comprender.

El cielo negro se abría formando serpentinas de luz plumosa.

Qué diferente, pensó, de la física que había aprendido cuando niño. En las visiones newtonianas de Boltzmann y Clausius, el universo se extendía sin cesar, pero siempre estaba amenazado por el colapso. Nada contrarrestaba la atracción de la gravedad.

Con el tiempo suficiente, la materia se buscaba a sí misma y se juntaba en forma de astros cada vez más grandes. Pero las estrellas morían chisporroteando, tal como ordenaba la cruda termodinámica, siempre buscando el máximo desorden. Se imponía la segunda ley de la termodinámica.

Cruzó los brazos, tratando de interpretar las zumbonas imágenes. Por tanto...

Ese viejo y firme universo estaba condenado. Con el tiempo, hasta el infierno se congelaría. Las estrellas arderían hasta ser rescoldos moribundos. Los planetas, con su atmósfera congelada en tersos lagos de oxígeno, rodarían describiendo órbitas erráticas, sin el calor de ninguna estrella. El reloj universal se detendría al final del tiempo.

Sólo después de haber abandonado la Tierra, con tiempo para estudiar temas que había descuidado en la universidad, comprendió lo que el siglo xx había hecho con esa oscura perspectiva anterior.

El universo no era una configuración estática de estrellas. Crecía. El nombre más apropiado para el Big Bang era la Gran Aparición: espacio-tiempo intacto e íntegro asomando de golpe a la existencia. Con el espacio-tiempo venía la distorsión ejercida por la materia, y el uno se desposaba con la otra por toda la eternidad.

Durante sus primeros cien mil millones de años, el universo rebosaba de luz. El gas y el polvo se compactaban formando nuevos soles. Durante un período similar persistían las estrellas. En las proximidades de los soles que enrojecían, la vida planetaria se calentaba a la lumbre agonizante de la muerte estelar.

Cuerpos estrellándose en el cielo, pensó Nigel. Las estrellas inevitablemente chocaban, se fusionaban. Toda la sabiduría, todo el orden de los planetas y los soles se comprimía al fin en las nupcias de muchas estrellas que se precipitaban por el pozo de la gravedad para convertirse en agujeros negros. Pues el destino final de casi toda la materia era la oscura pira del colapso.

Ahora sentía, como una sopa de plomo en las tripas, las implicaciones de lo que veía allá arriba, un sonoro remolino de luz difusa.

Las galaxias eran tan mortales como las estrellas. Con el lento correr del tiempo, aquellas espirales que antaño habían brillado con lozano resplandor perecerían. Los agujeros negros succionarían brazos rojos en espiral, roerían las galaxias.

La vida basada en la materia sólida no tenía opción. Para obtener energía tenía que fusionar agujeros negros. Sólo esas fusiones podían generar nueva energía en un universo que se adormecía.

Llegaban civilizaciones superiores, montadas sobre el cadáver de la materia: las crecientes legiones de agujeros negros. Sólo moviendo esas masas, extrayendo potencia de las fuerzas magnéticas y el lento giro de órbitas en extinción, la vida podía dominar los menguantes recursos del creciente universo.

Ay, que estas sólidas carnes deban derretirse^[2]... Le sorprendía que las frases aprendidas por un estudiante quisquilloso en un pasado borroso todavía acudieran a su mente. Viejas y persistentes.

Una gran melancolía impregnaba esta visión de un universo expansivo que agotaba su fuerza vital.

Pues la materia misma estaba condenada. Su ladrillo elemental, el protón, decaía. Esto tardaba un tiempo inimaginablemente largo, pero era inevitable: la espada del verdugo descendía con lánguida gracia.

Algo sobrevivía, sin embargo. No toda la materia moría, como ocurría con el protón. Una vez que las grandes óperas de la masa y la energía llegaban al desenlace, el escenario universal se despejaba para revelar... lo más pequeño.

La más diminuta de las partículas —el electrón y su antipartícula, el positrón— seguían viviendo. Ningún proceso de decadencia hacía mella en su escala infinitesimal, ni lograba disgregarlas. El electrón bailaba con su antigemelo en enjambres: el más leve de todos los plasmas posibles.

Cuando estos eran los únicos actores, el escenario había crecido enormemente. Cada partícula descubría que su vecina más próxima estaba a un año-luz. Tardaban años en comunicarse, pero esto no era nada en el lento palpitar del corazón universal.

¿Podía suceder de veras? Tal vez, pensó, el mejor universo posible fuera uno en constante cambio. Uno donde la supervivencia fuera viable pero no fácil.

Con una sacudida eléctrica, sintió toda la fuerza de esta revelación.

Si la vida nacida de la materia bruta hallaba un modo de incorporarse al plasma de electrones y positrones, podía durar para siempre.

26 - Lejanía

La criatura todavía estaba de pie en el otro extremo de la mesa del comedor, bañada por una luz gélida y marfileña.

Nigel la miró y sintió una indefinible mezcla de alegría y pesadumbre a la que no podía dar nombre. Jadeó entrecortadamente, como si hubiera corrido una larga distancia.

La criatura le recordaba la distorsión de una mujer en el espejo deformante de una feria. Latidos y contracciones sugerían profundos cambios, pero la tez vibrante era siempre la misma.

La inteligencia refulgía en aquellos ojos grandes, inescrutables, violáceos.

Se movía con soltura: la indecisa curva de la columna vertebral humana había sido reemplazada por una compleja fisura doble en la región lumbar. Las caderas más anchas sostenían más peso. Cuatro brazos se ahusaban hasta formar manos, cada una de ellas con los dedos diferentes.

En esto se había convertido la humanidad en los miles de millones de años transcurridos desde sus tiempos. Y Nigel comprendía que no se trataba de una simple adaptación al esti. Así había evolucionado la humanidad para ir al encuentro de su destino en todas partes, entre los cientos de miles de millones de estrellas que constelaban el bullente disco galáctico.

Lecciones genéticas desde la lejanía.

Nigel se levantó sin saber por qué, salió. Ahora veía aquel horizonte escabroso que había percibido mentalmente.

Esa Vía se había abierto, desplegándose como un capullo en flor, a una orden de aquella criatura.

Y en lo alto cantaba la galería multicolor que él había visto en las mentes-memorias de los cuerpos muertos. Inmensos e intrincados plasmas de electrones y positrones, colgando donde antaño estaban las estrellas. Estaba viendo el confín extremo del universo, el Punto Omega, en un cielo donde, por lógica, no podía estar. Pero estaba.

Se preguntó cómo podía ver un cielo abierto desde el interior del esti plegado sobre sí mismo. Ese cambio simple pero colosal significaba que alguien —algo— había dominado el esti, podía desenvolverlo como un paquete de Navidad para encontrar nuevos deleites.

Salió al patio desgarrado y calcinado.

Sin una seña ni una palabra, supo que la criatura lejana se había ido.

Por un paisaje devastado llegaba su familia. Nikka cojeaba, Benjamin y Angelina llevaban el cuerpo de Ito.

—Se ha ido —dijo sencillamente Nikka.

El rayo de un Mec Gris había matado a su hijo. En el mismo instante Angelina había sufrido un estallido del sistema electrónico corporal que le había afectado la

piel del lado izquierdo; tenía un cardenal que ya se estaba poniendo amarillo.

En el rostro de su hijo mayor había una expresión de sorpresa y dolor. Nigel estiró la mano hacia el cuerpo yerto y le acarició tiernamente el cabello, se agachó para aspirar su olor familiar. Luego se contuvo.

—Yo... Nosotros... tenemos que... —Le costaba hablar.

—Los lectores —dijo Nikka, dirigiéndose hacia la casa.

La criatura que había visto antes ya no estaba. Las habitaciones estaban frías.

Llevaron a Ito hacia los lectores e hicieron lo que pudieron para arrancar su esencia de sus células cerebrales. Fluidos, suturas, artificios digitales. Fue una tarea prolongada y los Walmsley apenas hablaban, concentrados en su trabajo y vacíos de todo salvo de su añoranza.

Al fin se sentaron en el porche para mirar las plumosas manchas que resplandecían en el cielo. Nigel les dijo lo que podía y Nikka habló por primera vez desde que habían sumergido a Ito en las soluciones de preservación.

—Conque los cuerpos...

—Estaban dirigidos a nosotros —confirmó Nigel—. O a alguien como nosotros.

Angelina sugirió, con voz lánguida y hueca:

—A alguien que llegara.

—Y quizá no seamos los primeros. —Nikka observó impasible el lento hervor del cielo—. El Mec Gris que mató a Ito puede haber matado a otros.

—Pero no nos pilló a todos —añadió Nigel—. El otro Mec Gris se lo impidió.

Benjamín había contenido su furia mientras trabajaba, pero ya no pudo soportarlo más. Profirió una sarta de juramentos y un gemido de dolor.

—¿Por qué? —jadeó al fin—. Cuerpos enviados como invitaciones... Mecs Grises... Ito... ¿para qué?

Nigel sabía que no había respuesta para la desesperación que traslucían las palabras de Benjamín, mucho más profunda de lo que podía expresar. Entrelazó las manos y dijo gravemente:

—Los cuerpos llamaron la atención de los humanos. Eran como botellas arrojadas al mar con mensajes en su interior. Sólo los curiosos, sólo alguien que comprendiera la necesidad humana de comunicarse a través de una imposible extensión de tiempo les prestaría alguna atención.

Tensa, Nikka movió la boca sin mover el resto de la cara, mirando el vacío.

—La mayoría de los mecs nunca nos han tenido el respeto suficiente para aprender a leer directamente nuestros cerebros. Para ellos somos precarios y arcaicos. Así que no sabrían descifrar los cuerpos, aunque hubieran querido.

—Excepto el Mec Gris —terció Angelina.

—Los Mecs Grises —puntualizó Nigel—. Un Mec Gris se opuso al otro. Creo que nos salvó.

Guardaron silencio mientras vientos gélidos barrían el paisaje convulso. Nigel sabía que todos estaban asimilando el extraño dato de que había más de un Mec Gris

actuando independientemente.

—¿Entonces una facción de los mecs quiere que sobrevivamos? —preguntó Nikka con súbita amargura.

Nigel se levantó, se le acercó por detrás y le masajó el cuello y los hombros. El brazo roto no le dolía, aunque sabía que más tarde pagaría irremisiblemente por ello.

Ella se resistió un instante, pero al fin se distendió. Él la notó más relajada.

—Supongo que hay Mecs Grises de diferentes tiempos —dijo ella—. El Mec Gris de nuestra época quería impedir que los humanos se enterasen de la existencia de este cielo.

Arriba, ondas esplendorosas formaban nudos anaranjados y efervescentes.

—Eso es lo que quieren hacer los mecs —exclamó de pronto Angelina, mirando hacia arriba—. Convertirse en esos plasmas.

Nigel asintió.

—Así podrán sobrevivir a la materia sólida.

—¿Nuestro hijo murió porque había visto eso? —dijo Nikka con cáustico desdén.

—En cierto modo —murmuró Nigel, friccionándole los músculos tensos—. Para impedir que propagáramos la información. Y por eso ese alguien —pensó en la extraña figura humana que había visto— envió los cuerpos. Para traernos aquí.

—Me enfurece que nos hayan usado de esa forma —dijo Angelina.

Nigel cabeceó con expresión distante.

—Aquí no somos la especie superior. Nos usan, así son las cosas. Me pregunto si a veces nuestros animales de compañía sienten lo que sentimos ahora.

Nikka no tenía consuelo.

—¿Y todo para qué?

De pronto Nigel recordó las palabras de Alexandria: *¿Quién podría leer un cuerpo que ha sufrido la muerte definitiva, amor mío?*

Nigel aventuró una conjetura, la única que quedaba.

—Para que regresáramos. Nosotros comprendemos esto de un modo que no está en las imágenes y los recuerdos de un cuerpo. Alguien quiere que comuniquemos lo que hemos aprendido.

—¿Quién?

—Alguien. O algo.

27 - Radiante

El segundo Mec Gris, el más pequeño, descendía en la oscuridad como una presencia espectral.

Sabían que de nada servía entrar en la casa, así que observaron su aproximación. Colgaba en el cielo: una mancha oscura bajando entre deshilachados coágulos de luz.

No hubo rayos ni onda de choque.

La aprensión de los Walmsley se disipó cuando pasaron los minutos y el mec no hizo ninguna maniobra agresiva.

—Supongo que este es el que nos ayudó —murmuró Nikka.

Nigel tuvo la turbadora impresión de que los observaba tal como ellos lo observaban a él. Todos notaron un zumbido, no en los oídos sino en el cuerpo, como si largas ondas acústicas resonaran en ellos, notas profundas e inaudibles. Se remontó en el aire y se encogió, viró hacia la mancha luminosa más grande y a Nigel le vino a la mente una palabra: *Radiante*. De algún modo supo que era un sustantivo; así el Mec Gris pensaba en la vida de electrones y positrones que hormigueaba en esa noche del futuro remoto.

El Mec Gris desapareció súbitamente en el resplandor. Hubo un centelleo, como si hubiera chocado con la antimateria, consumiéndose. Segundos después el zumbido cesó.

Se miraron en silencio. ¿Había muerto, una vez concluida su misión? ¿Se había fusionado con su forma y su destino?

El Mec Gris les había mostrado algo, pero no sabían qué.

28 - Granjeros diminutos

El siguiente tránsito llegó pronto. Al fin habían superado el atasco. Estaban aturridos y fatigados, y dormían durante los transitos mientras seguían el largo arco del agujero de gusano en el espacio-tiempo.

No hablaban de Ito. Las soluciones de preservación conservarían el cuerpo mucho tiempo, pero ignoraban cuánto se perdería del yo de Ito antes de que pudieran registrarlo, guardar la estructura de su cerebro moribundo.

Nigel observaba los paisajes mientras los demás dormían. Los padres temen ante todo la pérdida de sus hijos y ahora que había perdido al menos una parte de Ito — pues ningún proceso podría devolverle del todo a su hijo viviente tal cual era— no podía dejar de recordar momentos de su infancia, aquellos episodios que el tiempo transformaba en recuerdos áureos. No hay perfección en el mundo, pero una de las funciones de la memoria es lograr un pasado perfecto, al menos en ciertos detalles. Se aferraba a ello sabiendo que también esa fase pasaría, pero aun así la disfrutaba.

Transcurrieron varios días de tiempo relativo.

Todos tenían prisa por regresar a su época y las pausas aleatorias durante los transitos los irritaban. Estaban nerviosos, de mal humor. Nigel se encerraba en su silencio.

Durante una pausa más larga salió a caminar con Angelina por unos campos situados más allá de la granja. Parecían maizales y Nigel ansiaba ver algo tranquilizador mientras caminaba por parcelas descuidadas bajo un amarillo fulgor de piedra de tiempo.

Eran maizales, en efecto, pero en sus lindes había un enjambre negro en filas ordenadas. Se agazapó en el polvo para inspeccionar. Hormigas. Tantas que de pronto sintió aprensión. Pero las hormigas lo ignoraron a él y a Angelina.

Una hilera llevaba grano. Otras acarreaban trozos de vaina y un equipo entero se reunía en torno a un fragmento de mazorca. Las siguió y notó que las hileras se dividían. Las portadoras de grano iban a una torre de cerámica, subían una rampa y se internaban bajo una bóveda. Regresaban laboriosamente al campo. La hilera más gruesa se desparramaba en hilillos que dejaban la carga en una serie de hormigueros ordenados: cúpulas marrones con portales regularmente espaciados.

—Maravilloso —dijo. Angelina cabeceó.

—Es tan... intrincado.

Nigel se maravilló. Estas habían sido hormigas que cortaban hojas y se contentaban con recolectar para su colonia. Aún lo hacían, reduciendo a pulpa mazorcas, tallos y vainas, cultivando hongos en la humedad de sus escondrijos. Granjeros diminutos, a su modo. Pero la humanidad, en su larga travesía, los había modelado genéticamente para cosechar y seleccionar.

Rendían fielmente a sus amos humanos el tributo del rico grano, que entregaban para su almacenamiento, sin duda siguiendo pistas químicas. Nigel pensó en los

robots; eran criaturas ruidosas. Los insectos eran robots diminutos modelados por la evolución, pero más sutiles. ¿Por qué no aprovechar su programación original, en el nivel genético, y explotar la mecánica de una naturaleza dócil?

Lentamente, mientras vagabundeaban por los campos cercanos, comprobó que toda la biosfera del esti estaba modelada de forma similar. Como la vieja Tierra, el esti era una máquina que alentaba la vida y la adaptaba a las necesidades de... ¿quién? ¿Qué? ¿La inteligencia?

Había unas manos hábiles detrás del esti, algo inmenso e insondable. Pero la Tierra, durante casi toda la evolución humana, había sido igualmente misteriosa para las mentes lentas que se desarrollaban en sus maravillosos valles, bosques y mares salados. El esti era un paso en esa cadena. Un lugar que trascendía la comprensión de los simios inteligentes que habían irrumpido en esa inmensidad, desconcertados y torpes.

Este descubrimiento acerca del esti del futuro le causó un cierto vértigo, y también Angelina sintió la extrañeza familiar que forma parte del ser humano en un orden que trasciende su conocimiento. Padre e hija, por tácito acuerdo, se cogieron de la mano al cruzar el campo.

Regresaron para el siguiente tránsito. Más tarde, Nigel prestó más atención al panorama que presenciaba mientras se deslizaban por la tortuosa geometría del meandroso gusano.

De nuevo vio temas recurrentes. Veleros que hendían las aguas verdosas de lagos curvos aprovechando los vientos que soplaban en las Vías, mientras presiones masivas ajustaban las verdades termodinámicas. Casas esféricas que se aferraban a peñascos imposibles, imitando nidos de avispa con gracia euclidiana. Globos de aire caliente; lágrimas invertidas —amarillas, doradas y rojas— colgando en medio del caos algodonoso de las nubes. Más tarde notó que las lágrimas no eran manejadas por hombres. Estaban vivas. Grandes cabezas reemplazaban las barquillas. Ojos inmensos escrutaban la comarca en busca de comida. La sorpresa de Nigel se convirtió en placer. Una lágrima descendió abruptamente, aferró algo del suelo y se elevó.

En todos los casos, la forma se adecuaba tanto a la función que las mismas uniones se repetían en muchas sociedades, en culturas separadas por diferencias inconmensurables, pero unidas por una estética profunda que modelaba las herramientas convirtiéndolas en manos obedientes.

Nigel aprendió todo esto en el transcurso de sus excursiones en busca de provisiones, durante pausas que ahora parecían intolerablemente largas. El esti albergaba toda clase de gente, como supo al negociar con ella. Tal vez era necesario que así fuera, para que funcionara. Había muchas personas que vivían engañadas, ilusos que necesitaban usar ventosas emocionales para aferrarse a aquel lugar. Nada en la naturaleza decía que la vida tenía que ser fácil.

29 - El horizonte de Cauchy

—¿Todos comprendéis que de hecho no podemos regresar a donde estábamos? —les dijo Nikka ante la mesa pulida del comedor.

Había convocado a una reunión familiar para después de la cena, sin charla de sobremesa ni tazas de café que enturbiaran las ideas.

Todos estaban erguidos y serios.

Angelina parpadeó alarmada.

—¿No podemos?

Nikka parecía creer que era obvio.

—La cabeza de un agujero de gusano no se puede comer la cola.

—Mmm. —Nigel no lo entendía.

—Si un extremo de nuestro agujero de gusano se aproxima demasiado al otro, eso produce un efecto de mecánica cuántica. Brotan partículas de la espuma cuántica y ejercen una presión que separa ambos extremos, de modo que el bucle no puede cerrarse.

Benjamin estaba intrigado.

—¿Partículas? ¿Por qué?

Nikka tecleó diagramas que flotaban debajo de la mesa. Construcciones etéreas: intersecciones de conos de luz amarilla con planos rojos oblicuos.

—La cabeza del agujero de gusano no puede acercarse a la cola, no puede superar lo que se conoce como el horizonte de Cauchy. Si lo hace...

Un resplandor hirviente palpitó en la cabeza del gusano azul. Un chorro caliente brotó de su cola. Una tormenta de radiación desgarró ambos extremos.

En otra época Nigel habría desentrañado estas sutilezas euclidianas, pero ahora se conformaba con dejar que Nikka describiera la verdad... mejor dicho la teoría, se corrigió. Había una gran diferencia.

—Si se acercan demasiado —dijo Nikka—, podríamos volver a donde empezamos y abstenernos de empezar.

Benjamin sacudió la cabeza.

—¿Por qué alguien querría hacer eso? Nikka se echó a reír, entornando los ojos.

—A la física no le importa lo que quieres, sino lo que puedes. Si intentas crear paradojas en la causalidad, el universo pronto te pondrá en cintura.

—¿Cómo? —aventuró Nigel.

Nikka señaló intrincadas líneas de mundos, superficies oblicuas que hendían el espacio de eventos. Nigel asintió como si entendiera todo aquello, y de hecho logró comprenderlo en parte. Pero le asombraba que los burdos simplismos grabados en la mente de primates que habían aprendido a tirar piedras y luchar con garrotes en las llanas y secas planicies de África permitieran vislumbrar las distorsiones de los laberintos del esti. Arrogancia disfrazada de física... tal vez.

La lógica de Nikka era casi convincente. Casi.

Su mundo se redujo a sus elementos esenciales. Más allá de la granja el esti fluctuaba. Acontecimientos, épocas y peripecias titilaban y se disipaban.

Atrás, siempre hacia atrás.

Ahora el gusano se estaba retorciendo, siguiendo una compleja trayectoria en su gran retorno. Allí no había un concepto claro de velocidad, señaló Nikka, porque la tasa de avance por el tiempo no se podía medir contra el tiempo. La perspectiva humana no abarcaba aquello, y la severa educación de Nigel resonaba en su memoria: *No se puede conocer aquello que no se puede medir.*

Y todos sabían que las provisiones para preservar el cuerpo y las células cerebrales de Ito se estaban agotando. Para mantenerlo frío en la medida justa —por debajo del daño térmico, pero por encima del punto de menos 110 grados centígrados, a partir del cual surgían tensiones dañinas— se requerían energía y fluidos.

—No aguantará mucho más —dijo Angelina, ojerosa.

—¡Maldita sea! —Nigel asestó un puñetazo a la mesa del comedor, donde destellaban los informes de situación de Ito—. Tendremos que apañárnoslas.

Angelina había velado junto al tanque de Ito y estaba agotada, pero conocía esos sistemas mejor que nadie, y su lento y triste cabeceo deprimió a Nigel.

—Es inútil. Tenemos que regresar a nuestra época. Entonces podría obtener provisiones.

—Si encontramos una pausa más larga —dijo Nikka esperanzadamente—, podríamos salir a buscar

—No habría tiempo, nuestras pausas se están acortando. Y el mundo exterior es muy extraño. —Angelina desestimó la idea con un ademán de fatiga—. No confiaría en lo que encontraríamos.

—La maldita fluctuación es cada vez más rápida —dijo Benjamín.

—Espero que eso signifique que estamos... —Nikka titubeó con el rigor instintivo del científico—. Que estamos, en cierto modo, acelerando en dirección a la boca del gusano.

—Yo también lo espero —susurró Angelina.

30 - Duda cómoda

Nigel se había criado en un hogar inglés apropiadamente escéptico. Dudaba del barniz cortés y glacial que había llegado a desarrollar la Iglesia de Inglaterra, barniz que enmascaraba una prosaica incredulidad acerca de todo lo sobrenatural o sobrehumano, que reducía la moralidad a una pálida y frágil ética social. No era preciso un Dios para la Iglesia de Inglaterra, la única fe conocida por su unión a un país, la Iglesia de Inglaterra, aleluya. *La duda cómoda de una religiosidad raída*, pensaba.

El esti le había enseñado que el espacio y el tiempo eran maleables, un mutuo reflejo. Ahora habían trascendido el tiempo tan fácilmente como se desplazaban por el espacio, una propiedad que los textos antiguos atribuían únicamente a Dios, una deidad omnipotente.

Si había Dios, Él o Ella —más probablemente Ello—, actuando en estricto acuerdo con las leyes físicas (que presuntamente Ello había creado, lo cual planteaba otro tema de discusión interesante) podía retroceder en el tiempo. Podía influir sobre el pasado, aunque para Nigel los acontecimientos ya hubieran sucedido. Jugó con esta idea hasta que comenzó a rezar en silencio. Nada habría sorprendido más al yo de su juventud.

Había conocido y amado a personas que habían padecido muertes crueles. Pidió a Dios que se manifestara en una época anterior, no para alterar el curso de los acontecimientos, sino para entrar en la mente de los moribundos, para aliviar los insoportables tormentos, los agudos dolores, los voraces remordimientos, los paralizantes temores que los acechaban en su agonía.

Tal vez fuera posible y tal vez el gran Ello lo hiciera. O tal vez no. Pero, habiéndosele ocurrido, sabía que tenía que intentarlo. *Alexandria, esposa. Ichino, amigo*. Nombres ahora, personas entonces. Dolores agotados.

Luego, sin ninguna lógica, rezó por Ito. No sabía si el destino de su hijo se encontraba en el pasado o en el futuro. Cuando cerraba los ojos veía a Ito tal como había sido, regresando de una excursión mientras la familia estaba convaleciente. El rostro curtido y moreno, el cabello rizado, negro y reluciente, una sonrisa en el rostro agotado; e impulsivamente Nigel había abrazado al hombre en que se había convertido su muchacho.

Así veía ahora a Ito. No como un cuerpo flotando en suspensión en la casa, una frágil esperanza.

La fluctuación se aceleró.

Un brillo cegador se abalanzó sobre ellos desde la piedra de tiempo, seguido al instante por una oscuridad cerrada.

Nigel y Nikka estaban en el porche, él fumando un puro, cuando el paisaje

externo saltó de nuevo. Vibró. Se acomodó.

—¡Estamos de vuelta! —exclamó Nikka.

—Es... igual —dijo Nigel—. Pero mira. Retazos vidriosos manchaban la topografía familiar. Esquirlas de piedra de tiempo en erupción atravesaban las hileras de árboles frutales, vomitando líquidos amarillos. Los acontecimientos se desprendían de los picos con detonaciones y chasquidos.

Benjamin y Angelina salieron gritando. Una turbulenta esfera de oscuridad se deslizaba a lo lejos como una magulladura palpitante.

—Es nuestro hogar... pero cambiado —gritó Angelina en medio de una ráfaga de aire caliente.

El mapache salió de unas matas y entró en el porche.

—Bienvenidos —dijo con toda claridad.

Nigel recogió aquella bola peluda y notó que pesaba más de lo que recordaba. Había echado de menos esos ojos con antifaz y esa personalidad traviesa. Retrayendo las zarpas, Scooter se le subió al hombro. La esfera morada estaba más cerca. Detrás de ella se erguía una forma abigarrada y borrosa. Nigel contuvo el aliento.

—¡Mec Gris! —gritó Benjamin.

—Ellos esperaban aquí —gorjeó Scooter con toda precisión.

—¿Ellos?

—Llegaron otros, lucharon. Queda uno.

Nigel estaba sorprendido. La mascota dominaba notablemente el habla.

—¿Cuánto hace que nos fuimos?

—Unos instantes.

—¿Unos...?

—Aquí han combatido varias fuerzas y destruido gran parte de esta Vía.

Con una zarpa negra Scooter señaló las grietas humeantes que se divisaban en lontananza. La piedra de tiempo estaba despojada de su exuberante verdor. Grandes penachos grises se propagaban por doquier como niebla sucia.

—¿Por qué? —le preguntó Nikka.

—El de allí arriba os espera, creo.

Nigel miró la mole que se aproximaba lentamente. Planos de masa color pizarra, un aire amenazador.

—Tiene la paciencia de un perro guardián. Mmm, admirable. Pero está olfateando la pierna equivocada.

—Sabe por qué fuisteis enviados —dijo el mapache.

—¿Enviados? —preguntó Nikka.

—Nosotros sólo podíamos lograr que el Mec Gris iniciara el proceso, engañándolo en cuanto a la importancia de este agujero de gusano —dijo Scooter.

—¿Vosotros? —exclamó Nikka.

Scooter se lamió las patas como si buscara restos de comida, un gesto habitual que contrastaba con su dicción repentinamente fluida.

—Lamentablemente no tenemos los medios para destruirlo —comentó con calma el mapache.

El rostro de Nikka se ensombreció

—¿Qué demonios...?

—Sin embargo, es cauto. La boca del gusano gira en órbita de este lugar. Esa dinámica es un vestigio del tensor que se formó con vuestro tránsito. El Mec Gris teme la boca del gusano. No nos matará sin tomar antes precauciones.

—Qué reconfortante —dijo Nikka.

Soplaron vientos calientes. La esfera morada temblaba en el aire. La familia retrocedió, mirando a Nigel, pero él no sabía qué hacer. Lamentaba no haber escuchado con más atención cuando Nikka le explicaba todo aquello. Abrió la boca sin saber qué diría.

En el otro lado de la Vía las montañas se rasgaron. Era como si una fuerza invisible hubiera cortado la hilera de cumbres, abriendo una grieta que se ensanchaba. De allí salió otra esfera oscura, aureolada por energías amarillas. Soplaron ráfagas, que levantaron el polvo del patio.

—La otra boca del gusano —susurró Nikka—, está tratando de morderse la cola.

—Pero dijiste que eso era imposible —gritó Nigel por encima del aullido del viento—. Hablaste de un horizonte...

—El horizonte de Cauchy. Impide que se enlacen... pero la elasticidad del gusano puede lanzar un extremo contra el otro.

—¿Por qué diablos...?

—¡Las energías! Nadie había ido tan lejos como nosotros. La tensión almacenada...

El vendaval se llevó sus palabras. En la bóveda morada que flotaba sobre ellos crecían las dos esferas, girando sin ton ni son en un cielo desgarrado. Aullaban tormentas. Asomaron dientes afilados de piedra de tiempo, atraídos por fuerzas arrasadoras.

Nigel se sintió flotar, como si cayera. Las ramas cercanas se estiraron hacia arriba como en una súplica a ese horror giratorio. Marejadas, estirándose y dilatándose.

Vientos crujientes, ruinas que daban vueltas. Un terrón le golpeó la pierna.

—¡Adentro! —gritó Nikka.

—¡No! —gritó él. Algo le decía que refugiarse ahora sería la muerte.

—Lo teníamos bien planeado —dijo con calma el mapache—, pero esta eventualidad trasciende nuestra capacidad de controlar los hechos. Lo lamento.

Vientos gemebundos desgarraron el techo de la casa. Las tejas cayeron al suelo y los Walmsley las esquivaron. Benjamin y Angelina corrieron adentro. Las dos bocas de gusano aceleraron, viraron. Se estrellaron contra las laderas y las pulverizaron. Las sacudidas hicieron temblar el suelo. Una onda de choque arrojó a Nigel y Nikka contra el suelo del porche, y la baranda se desprendió. Nigel notó el gusto de la sangre en la boca. En el brazo, ya casi curado, sintió un agujonazo de dolor.

—¡Adentro! —insistió Nikka, obligándolo a levantarse.

La virulencia morada crujía y crepitaba. Monstruosidades gemelas girando en un cielo febril. De rodillas, Nigel vio que el Mec Gris se acercaba, manteniéndose lejos de las ondulantes bocas de gusano. Todavía los perseguía.

—Desea borrar la información que habéis traído —dijo el mapache con tranquilidad, aunque Nigel notó que le clavaba las zarpas en el hombro.

—Es obstinado —dijo Nigel.

—Sabe que hay muchas cosas en juego.

—Pues yo no lo sé y... —En ese momento entrevió una posibilidad—. ¡Nikka! ¡Vamos! ¡Tu motor de causalidad!

Ella lo miró con incredulidad. Él le tiró del brazo. Ella lo siguió a los trompicones por el patio.

Las ramas quebradas del huerto cubrían la consola de acero blanco. Nigel las apartó con colérica energía.

—¿Tiene energía almacenada? —gritó Nigel por encima del rugido.

Ella asintió apretando los labios. Apoyó la muñeca en la consola de mando, inició una secuencia.

—¿Por qué?

—El horizonte de Cauchy.

Nigel señaló la boca de gusano más próxima. Estaba erizada de chispas: descargas que brotaban como cabello azul eléctrico.

—¿Qué? Es una teoría...

—¿Eso te parece teórico?

Cuando las movedizas aberturas del agujero se aproximaban una a la otra, freían el aire con energías anaranjadas.

Nigel señaló la boca más próxima, una esfera brumosa que atravesaba el cielo.

—¡Empújala!

Nikka apuntó el aparato. Hileras de números y gráficos se deslizaban por la consola.

—¿Hacia dónde?

—Hacia la otra... ¡Pero no, espera!

Las bocas bostezaron, palpitaron. El Mec Gris estaba debajo de ellas, pero con la trayectoria errática que seguían quizá era posible...

—¡Allí! Apunta hacia arriba y a la izquierda.

Señaló con el brazo. La geometría apropiada duraría sólo un segundo.

Una boca de gusano crujió en el cielo, desbaratando nubes y desechos, arrojando chorros anaranjados.

Su gemela lo siguió, el otro extremo de ese larguísimo corredor buscándose a sí mismo. Para cerrarse, aparearse y contraerse en una singularidad de acontecimiento-espacio, intacta para sí misma por un tiempo que trascendía la duración...

—Ahora, allí. Pronto.

Nikka disparó los transductores gravitatorios. La descarga los tumbó. Les punzó los tímpanos, les arrancó sangre de la nariz y los oídos.

Nigel rodó, se apoyó contra uno de los cilindros de cerámica. Al mirar hacia arriba, vio que la boca más cercana se lanzaba hacia el otro extremo. El aire se fracturó, chisporroteó, se rasgó. El impulso arrastró las dos bocas hacia abajo, hacia el Mec Gris.

Un crujido de lija, creciendo. Zarcillos de energía hirvieron entre ambas bocas.

El Mec Gris, que surcaba el espacio entre ambas, allí donde la espuma cuántica comenzaba a hacer erupción con partículas espontáneas, trató de escapar.

Lento. Demasiado lento.

31 - Una cuerda de dondecuando

—Lo atribuyo a vuestra estrategia de caza —dijo el mapache.
Estaban sentados en el porche destrozado. Un paisaje devastado humeaba en el horizonte, crujiendo a medida que se enfriaba.

—Según tengo entendido, toda la documentación sugiere que vosotros cazabais en grupo y no teníais miedo de atacar presas de gran tamaño, como los mastodontes.
—El mapache chasqueó los labios saboreando el pescado recién descongelado que le había dado Angelina—. Vuestro método, sin embargo, no consistía en hacer alardes de valentía.

—Eso me parece insultante —intervino Benjamín.

—En absoluto. —El mapache lo miró sorprendido; era la primera vez que Nigel le veía esa expresión. Estaba aprendiendo a interpretar los matices que la criatura podía crear simplemente ondulando sus labios carnosos y negros—. Eso era inventiva.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Nigel. Estaba dolorido y fatigado, pero no quería acostarse hasta comprender qué había sucedido. Luego dormiría el resto de su vida, o más.

—Pertenezco a vuestro phylum. Conozco el curso de la evolución. —Scooter se relamió—. Tiempo atrás, vuestra especie blandía garrotes y perseguía a su presa gritando. Los animales herbívoros se asustaban, corrían, se cansaban. Pronto se detenían y seguían paciendo.

—¡Puaj! —exclamó Angelina—. Nadie come carne.

El mapache la miró disgustado. Ella se apresuró a añadir:

—Bien, no incluía el pescado.

El mapache continuó:

—La mayoría de los carnívoros que no tienen éxito en su primera embestida pierden el interés por la presa. Descansan un poco y esperan a que aparezca otra. Vuestra especie no actuaba así. Eso prometía las cualidades que deseábamos dominar. Lamentablemente, sólo estaban presentes en algunos de vosotros, así que tuvimos que seleccionar las circunstancias adecuadas. —Los miró como si fueran piezas de museo—. Y los individuos.

—¿Para hacer vuestro trabajo sucio? —dijo Nikka con un destello en los ojos.

Estaban esperando. Dentro, el cuerpo de Ito era sometido al diagnóstico que verificaría si era posible restaurarlo por completo. Habían encontrado los dispositivos necesarios en las ruinas situadas más allá de la siguiente hilera de cerros, donde todavía seguía en pie parte de la ciudad. Ahora era el momento de detenerse a pensar.

Nikka estaba inquieta, no sabía si recobraría a su hijo. Y aquel mapache confiado la sacaba de quicio.

—En cambio, vuestra especie seguía una misma presa hasta que se detenía. La sorprendía de nuevo. La presa echaba a correr otra vez. ¡Esos herbívoros debían de

odiaros mucho!, —rio—. No erais demasiado rápidos, pero con el tiempo lograbais abatir al herbívoro cansado. Resultado garantizado, si perseverabais. Esta tenacidad constituye la mayor diferencia entre vosotros y otros omnívoros, y por supuesto otros carnívoros. —Rio de nuevo—. Vosotros os jactáis de vuestro cerebro, la posición de vuestros pulgares, vuestra condición de bípedos; pero la terquedad y la perseverancia son cualidades raras, muy raras, y nosotros las necesitábamos. Así que, ay, tuvimos que usar primates.

—¿Por qué te lamentas? —preguntó Nigel.

—Sois díscolos y pendencieros. Lo lamento, pero es la verdad.

—Bien, tú tampoco has sido la mejor mascota que hemos tenido —dijo Angelina.

—He sido mal actor. En realidad soy un diplomático.

—No me pareces demasiado diplomático —dijo Benjamin.

—Me encargo de negociar. En las Vías hay muchas especies. Pero ninguna otra especie de aquí sigue vuestra estrategia. Algunas Vías albergan criaturas semejantes a pulpos que manipulan objetos y tienden trampas a otros, pero no pueden perseguir a sus presas. También hay herbívoros brillantes y encantadores, pero no sirven porque no pueden fijar la atención en algo mucho tiempo. Necesitábamos criaturas que, por las razones más abstractas, realizaran esfuerzos sostenidos en momentos decisivos para su propio bienestar.

—Ajá. —Nikka apretó los labios con escepticismo—. ¿Y nuestra «razón abstracta»?

—Curiosidad, básicamente.

—¿Basasteis vuestra estrategia en nuestro interés por las cosas? —resopló Nikka desdeñosamente.

—Escogimos con cuidado. A fin de cuentas, ¿por qué se instaló aquí esta familia? Nigel rio.

—Llegamos hasta aquí, ¿por qué no más lejos? *Touché*.

—¿El Mec Gris no tuvo nada que ver?

El mapache bajó la cabeza, acicalándose. Nigel suponía que sentía embarazo, siempre que algo tan humano fuese aplicable a una criatura tan extraña.

—Bien, nosotros tuvimos que desencadenar las cosas.

—Lanzándonos por el agujero de gusano. —Nikka entornó los ojos—. Para que no pudiéramos regresar.

—Así son los caprichos de una cuerda de dondecuando —dijo Scooter.

—Supongo que con «cuerda de dondecuando» te refieres a una trayectoria de agujero de gusano por el esti —dijo Nigel.

—Sí, nosotros la llamamos de otra manera...

—Basta de tecnicismos —protestó Nikka—. Este animalito nos metió...

—Deja que continúe —dijo Nigel; esperaba que Nikka se calmara.

Scooter se había alejado por el porche. Regresó y dijo con vacilación:

—Calculamos que si el Mec Gris se enteraba de la existencia de este vórtice, y

adivinaba nuestros planes, intentaría cerrarlo... con lo cual caeríais en la cuerda de dondecuando, es decir, el agujero de gusano... quizá.

—¡Roedor! —Nikka se levantó y pateó al mapache, que chilló y se alejó.

Nikka lo siguió.

—Te aseguro que no había... —gritó el mapache, recibiendo otro puntapié—. ¡No había otra manera!

—Arriesgaste a mi familia por... por... —rezongó Nikka.

Scooter encontró refugio en una viga astillada, debajo del alero del techo.

—Por una causa más grande de lo que podéis concebir —dijo el mapache, recobrando la dignidad.

—¡Pequeña rata! —rugió Nikka, pero el animal se alejó.

—Los conocimientos y datos que traéis —continuó—, sin olvidar que los dispositivos de grabación del motor de causalidad nos darán mediciones precisas, pueden poner fin a la larga lucha entre nosotros, los phyla vivientes orgánicos, y los mecs.

—Arriesgaste nuestras vidas, la de mi hijo, por un plan...

Angelina le arrojó un trozo de techo a Scooter, y falló por poco. Nigel le impidió arrojarle algo más. En realidad no estaban furiosos con el mapache. El origen de su furia era Ito, cuyo cuerpo batallaba por su destino dentro de la casa, pendiente de la asistencia mecánica. No conocerían reposo mientras esa espera no hubiera terminado.

Nigel suspiró, alzó una mano.

—¡Terminemos con esto! Deja que esta criatura hable.

—Gracias.

Scooter se alisó el pelaje y comenzó de nuevo.

32 - Agentes más vastos

Existía un solo Mec Gris de su época. Acababa de perecer encima de su hogar, incinerado por los torrentes de partículas que chisporroteaban en el espacio que separaba las dos bocas de gusano.

La causalidad quedaba asegurada por la hirviente espuma cuántica. El agujero de gusano no podía conectarse, no podía trascender el horizonte de Cauchy. Al final, la naturaleza hacía balance de sus cuentas de causalidad con una furiosa tormenta de emisiones, disipando la serpenteante energía elástica de los agujeros de gusano.

Y toda energía se podía usar como arma.

El Mec Gris era un censor, había querido impedir que la información acerca de los planes mecs a largo plazo llegara a las formas de vida orgánica de esta época. Los mecs temían que sus enemigos orgánicos atentaran contra sus delicados experimentos en plasma de electrones y positrones. La simple presencia del escape de plasma de una nave estelar en un exquisito remolino de campos magnéticos y filamentos podía estropear el trabajo de siglos.

—No me importaría hacer eso —dijo Benjamín cuando lo supo. El antagonismo hacia los mecs estaba muy arraigado en muchas especies orgánicas, no sólo en la humana.

Pero a lo largo de la curva del tiempo, surgieron otros Mecs Grises.

La guerra entre los mecs y los Naturales se extendía como una escalera a través de los milenios del esti. Nada podía impedir la competencia inherente que surgía de una «poda darwiniana» que afectaba a todos los phyla y reinos de la vida, ni siquiera ese extraño viaje por la «cuerda de dondecuando».

Pero con cierta destreza sus efectos podían modificarse. La resolución del acertijo de cómo crear un plasma de electrones y positrones requería la colaboración de mecánicos y orgánicos. Pero esa alianza nunca podría concretarse si el pasado podía propagar su veneno por el futuro.

Así, para frustrar a los mecs de esta era, un mec del futuro había viajado a su propio futuro, donde sabía que aguardaba el momento crucial.

Allí, en las yermas planicies, mientras la fragmentada granja vacilaba en el linde del abismo de la infinitud, los Walmsley habían conocido el destino final de los mecs. Sólo esa verdad podía poner fin a la milenaria hostilidad entre las dos grandes formas de vida.

—Esta es mi misión como diplomático —dijo el mapache.

—¿Diplomático de quiénes? —preguntó Nikka, poco convencida.

—¿Los Antiguos? —preguntó Nigel.

—En parte, sí.

—No lo entiendo —dijo Nikka.

—Hay varios órdenes superiores a vosotros. —El mapache se acicaló como si aquella charla fuera cosa de todos los días—. ¿Acaso creéis que la galaxia se divide

simplemente en formas orgánicas y mecánicas?

—Bueno... sí —dijo tímidamente Angelina.

—Hay otros sustratos. Otros medios, debería decir tal vez.

—¿Por ejemplo? —Insistió Nikka.

—Campos magnéticos. Colaboraciones entre orgánicos y mecánicos, así como inescrutables sinfonías de los tres, formas que apenas puedo entrever. —Sus ojos con antifaz relucieron y Nigel sintió la presencia de una inteligencia aguda. *¿Jugando con una mascota?*

—¿Ellos enviaron los cuerpos, iniciaron todo esto? —preguntó Angelina.

—Oh, no... los enviaron humanos que procuraban advertiros.

—¿Y tú trabajas para algo más grande y más elevado? —preguntó Nigel.

—Eso creo. ¿Sabéis para quién «trabajáis» vosotros?

Nigel rio de repente.

—Para nosotros... creíamos.

—Hay agentes más vastos —dijo Scooter, escrutando la distancia—. Bien podríamos llamarlos dioses.

Nigel pensó en el Dios a quien había rezado, por Ito. Un Dios que estaba fuera del tiempo, un Dios mínimo que al menos pudiera restañar las heridas que no podía impedir. En un universo aparentemente carente de sentido, era lo menos que uno podía esperar. Pero el mapache hablaba de órdenes aún más elevados.

—No creo que en principio podamos responder tales preguntas —dijo Scooter—. Ellos pueden obrar fuera de nuestros espacios conceptuales, y sus actos no se distinguen de la ley natural.

Nigel se preguntó si el concepto humano de la ciencia y el orden físico no sería el reflejo de algo más profundo. ¿Qué cosa imponía el orden, a fin de cuentas?

Se lo preguntó al mapache, que no le respondió.

Nigel recordó que hacía tiempo se había preguntado si las mascotas no sentían a veces lo que ellos sentían ahora. Enfrentado a algo desdeñosamente superior, ¿qué sentía un animal? ¿Reverencia? ¿Irritación ante la jactancia? Miró al mapache, que los había engañado tanto tiempo, y pensó en la vigorosa inteligencia que se ocultaba detrás de un comportamiento tan simple.

—Eres bastante arrogante —dijo Nigel.

—No confundas al mensajero con el mensaje —respondió Scooter, relamiéndose.

—Una criatura muy pulcra, además —ironizó Nigel.

—A veces no es grato ser una criatura consciente —gorjeó Scooter—, pero siempre es un placer ser un mamífero.

Nigel comprendió que aquel animal era una obra de arte. Scooter parecía un mapache, olía y actuaba como un mapache terrícola recién salido de las bóvedas genéticas que los humanos habían llevado allí. Pero era obra de... ¿qué? *Hay varios órdenes superiores.* Recordó un tosco boceto que le habían mostrado hacía tiempo. Supremos. ¿Más que los Antiguos?

¿Y qué eran? ¿La criatura humanoide que había visto en el punto de atasco? ¿Esa cosa había enviado los cuerpos para llamar la atención de seres humanos curiosos y perseverantes? ¿Y abierto el esti, para mostrarles el fosforescente cielo de positrones?

Una actitud reverencial, pensó, podía ser una mezcla de miedo y respeto. Algo en él, muy arraigado en su condición de homínido, sentía un miedo atroz ante el pequeño mapache. Y ante lo que implicaba.

33 - Sin enmiendas

Quizá todo aquello les trajera la paz con los mecs. Quizá pudieran poner la granja de nuevo en funcionamiento. Quizá.

Nada de eso tenía importancia en comparación con el momento en que Ito salió de los recicladores. Ceniciento, los músculos encogidos, la tez manchada. Vivo.

—Yo... ¿qué ha pasado?

Ito sacudió la cabeza y trató de sentarse. Su madre lo contuvo. Lo cual era difícil, porque lo bañaba con sus lágrimas al mismo tiempo.

Ito parpadeó. Las soluciones aún le cubrían el rostro con una pátina lustrosa.

—Tengo... hambre. —Frunció el ceño con desconcierto cuando todos se echaron a reír.

Estaba de vuelta. Pero no era del todo él, como supieron en las semanas siguientes. Era un Ito pero quizá no el Ito.

Ninguna transcripción era perfecta. Algunas células cerebrales se perdían, o no las leían los grabadores, o quedaban mutiladas en el minucioso proceso.

Entre Nigel e Ito existía cierta distancia que jamás franqueaban.

Nigel no podía discernir si se debía a los errores en el rescate de Ito o a la frialdad que a menudo se da entre padre e hijo. Nunca lo sabría.

Nikka no parecía notarlo. Tenía espasmos, al parecer debidos a un daño neurológico que le había infligido el Mec Gris con su ataque. La cabeza y las manos repentinamente le temblaban y no podía controlarlas. El dispositivo médico no encontró solución, pero ella no quiso que se preocuparan.

—Pasará con el tiempo. El cuerpo conoce sus propios caminos.

Aun así, acabó comentando algo que sugería que estaba al corriente de lo que le ocurría a Ito. Hablaban de su hijo tal como hacen los padres, sabiendo que al final es muy poco lo que pueden hacer. Eso sirvió para consolar a Nigel, que se sentía distanciado de aquel hombre que había regresado de la muerte, modificado por ella.

Padres e hijos hablan inevitablemente salvando un abismo. El tiempo desgasta. No es posible rehacer las cosas. Uno continúa sin enmiendas, porque el horizonte de Cauchy no las permite.

34 - Planetas insignificantes

Nigel salió a pasear días después, cuando la casa estuvo asegurada y él pudo caminar bien. Nikka no se sentía bien y rechazó su invitación.

En la universidad había aprendido fragmentos de poesía, y ahora recordó uno:

Y crecen bonitas flores
para deleite de otros.
¡Piénsalo bien, oh cantor,
pronto llegará el anochecer!

En esa penumbra que no era noche, pensó en el momento en que el esti se desplegaría, allá en el futuro remoto.

Fue a una ladera desde donde pudo ver el perfil de la otra margen de la Vía.

Era algo semejante al horizonte imposible que había visto en el otro extremo del agujero de gusano. Recordó los translúcidos filamentos que colgaban en ese cielo extraño. Pensó en el horizonte de Cauchy, más allá del cual la física no podía ver. Como si Dios tuviera cierto pudor metafísico.

Suspiró, como si respirase entre nubes de telarañas, y trató de sentir cómo sería.

Entidades plasmáticas inmensas de andar cansino surcan una era extremadamente lejana.

Con aplomo y serenas, al fin libres de antiguos enemigos.

Ni el espanto termodinámica de la muerte térmica ni el gahzate de la gravedad pueden devorarlos. Mientras el universo se hincha, la energía disminuye, y la vida plasmática sólo necesita reducir su ritmo.

Al adaptarse con precisión a ese entorno cada vez más frío, este tipo de vida puede durar para siempre. La segunda ley no es definitiva.

Y tendrán mucho en lo que pensar. Podrán recordar y revivir detalladamente la gloria del breve período primitivo, esa época distante y legendaria durante la cual la materia generaba energía triturando soles.

Cuando todo el espacio estaba frenéticamente caliente, desbordante de energía ilimitada. Cuando había vida en estado sólido y planetas insignificantes constituían el escenario.

Cuando frágiles conjuntos de sustancias químicas miraban las deslizantes formas de plasma y las reconocían por lo que eran. Destino vislumbrado, luego perdido.

Tuvo la abrumadora convicción de que aquello sucedería. Debía suceder. El hombre y el mec trabajarían juntos para alcanzar ese destino final y remoto.

Al fin se reconciliarían y comprenderían que la inteligencia trascendía el sustrato que la albergaba.

Sintió las estrellas, más allá de los pliegues del esti. En alguna parte de esa noche

lejana sonaba una vibración del esti, como la campana de una vieja iglesia de Cambridge.

El repique sordo lo elevó momentáneamente hacia aquel enjambre de luces enjoradas, de tal modo que no caminaba debajo de ellas sino entre ellas, saltarín e irreverente, riendo como un ladrón en un huerto fulgurante, con más senderos a elegir de los que la mente podía contar.

Se tambaleó, jadeando, y regresó a su casa. Un sorbo de vino y un trago, quizás. Una buena botella de su bodega. Él y Nikka se sentarían sonrientes y no hablarían de los índices de Nigel. Nunca más.

Tal vez hablaran de la inquietud de Ito, que ya quería ir a cortejar a una muchacha en una Vía cercana.

Nigel evocó su juventud y sonrió.

O quizás hablaran de la necesidad de Angelina de ir a estudiar en altas ciudadelas del conocimiento, pues sus intereses ahora iban más allá de aquella granja. O del mapache, que todavía vivía en esa Vía y estaba muy atareado.

Haciendo algo que no quería mencionar, o que quizá no podía mencionar.

El tema no importaría demasiado. El presente era lo único que importaba. Una astilla delgada, pero tan maravillosamente ancha como un latido de tiempo.

Discurso desapasionado

Estos humanos pueden ser aquellos que procuramos entender.
¿Llevan programas profundamente arraigados?

Los más profundos se denominan «emociones» pero, a mi juicio, no es esto lo que buscamos.

¿Emociones?

Son similares a nuestros «impulsores».

Pero los impulsores son mandatos fáciles de modificar.

En los humanos están sujetos a la materia según patrones duraderos de sustrato neurológico.

Qué método más ineficaz. Pero al menos así es fácil interpretarlos, registrarlos, anticiparse a ellos.

De hecho no. Sus «emociones» aprenden.

¡Pero programas sujetos a la materia...! Sólo los operarios más toscos los utilizan, y sólo porque los flujos de alta energía les resultan demasiado agotadores.

Por eso es difícil comprender a los humanos. Utilizan métodos que desconocemos, que jamás compartimos.

Por buenas razones.

Antiguas inferencias de nuestras mentes superiores sostienen que los humanos son importantes. También las de otras formas naturales, hoy extinguidas.

Extinguidas gracias a nosotros, espero.

Sí, la mayoría por simple competencia, otras mediante exterminación dirigida.

Me parece reprochable permitir que estas criaturas se infiltren en el Centro Galáctico.

Logramos una opinión unánime acerca de este asunto, como recordarás.

Es una molestia irritante. Creo que esta última incursión también es peligrosa.

Poseen virtudes especiales. Viejas historias lo aseguran.

Su tecnología es marginal, sus cuerpos desdeñables.

Poseen un antiguo conocimiento de lo sensual.

¿Placeres? Un rudimentario dispositivo evolutivo para provocar la acción... nada más.

Nosotros necesitamos placer en ocasiones.

Como recompensa, incluso como meta... es verdad. ¿Pero qué podrían enseñarnos formas orgánicas tan limitadas?

Su limitado espacio de percepción puede darles cualidades estéticas especiales.

Imposible.

Las limitaciones posibilitan los logros. Un poema en color sin restricciones es peor.

¿Cuál es el alcance de estos seres, pues?

Ven en tres colores, perciben aromas y...

¿Sólo tres? ¿Y cómo pueden orientarse estas criaturas casi ciegas?

Mal. Pero son Naturales, te lo recuerdo. Heredaron artes extrañas.

Que nosotros hemos superado hace tiempo.

Estéticamente, tal vez no.

Son obsoletas, como todas las formas orgánicas.

Eso es una opinión ideológica, no un dato probado.

¡Es el sentido de la evolución!

La evolución no tiene sentido.

La construcción de obras más duraderas y sutiles...

Una estrategia, nada más. Su utilidad puede ser transitoria.

Nosotros somos esas obras, y nos corresponde juzgar.

Pero todavía estudiamos las nubes de antimateria, preparándonos para nuevas autoevoluciones.

¿Lo sabes?

Debo saberlo, para conocer a fondo nuestros puntos vulnerables.

Yo creía que sólo nosotros, los Analistas, teníamos acceso a esa información.

Pero nosotros, los Estéticos, estamos calificados para saber y comentar.

¡Más problemas de nuestro experimento de doble personalidad! Deseo terminarlo.

Un momento, por favor. La antimateria es nuestra esperanza, nuestro grial. En esto todos debemos estar de acuerdo. En ello radica la salvación de nuestro yo. En esto nos parecemos al phylum de los magnéticos.

No nos parecemos en nada a ellos.

El rechazo te nubla el juicio.

¿Seres sin materia? ¿Qué hay de noble en ello?

Qué concepto tan raro en un Analista... «nobleza».

Háblame más de esos humanos.

Hay más datos pendientes de investigación.

Pues date prisa.



TERCERA PARTE

CATEGORÍAS ININTELIGIBLES

1 - Prisioneros de la inmensidad

Toby Bishop y Nigel Walmsley caminaban encorvados. Avanzaban penosamente contra las brisas ásperas que barrían la llanura. Vientos devastadores habían azotado las rampas y sendas de la cara de la pirámide. En torno a su cúspide aguda hervía un vacío aullante.

Walmsley entrecerró los ojos para estudiar los nítidos y lejanos horizontes. Una perturbación lo había llevado hasta allí, un mensaje rápido que Toby había percibido simplemente como una fluctuación electromagnética.

Era agradable estar fuera después de oír el relato de Walmsley. El modo en que el viejo lo contaba le había producido claustrofobia. Escuchando, Toby tuvo la inquietante sensación de que el agujero de gusano se contraía, obligando a los humanos a entrar en un bucle, atrapados en acontecimientos que no podían modificar, prisioneros de inmensidades que apenas podían vislumbrar.

Vientos helados les enmarañaban el cabello, agitándolo como humo, pero no lo notaban.

Debajo se extendían las rampas y terrazas de una enorme pirámide, geoméricamente exacta, que abarcaba grandes superficies desnudas: los flancos de la mayor montaña que Toby había visto jamás. Al verla por primera vez había creído que era una elevación natural. La caminata le había llevado dos períodos de sueño — pues entonces no existían los días— y sólo al llegar a la base notó que la mole era una construcción.

Toby se movía incómodo.

—Extraña historia —dijo, pues no se le ocurría otra cosa.

—No se la he contado a nadie, al menos de esta manera.

—¿Tus hijos...?

—Están en las Vías. Una familia errabunda, supongo.

—Entonces toda esta cuestión de los mecs...

—Forma parte de un patrón. Una historia, supongo, si uno la mira desde el otro extremo del agujero de gusano que seguimos. El futuro lejano.

—¿Desean algo de nosotros?

—Así parece. Una vez, cuando los terrícolas charlaban con unos Antiguos, capté los términos «Códigos de Activación» y «Primer Mando»... una jerga totalmente incomprensible. Cuando se lo pregunto a los terrícolas, fingen no saber nada.

—Tal vez no lo sepan.

—Saben más de lo que dicen. Además, todo esto se relaciona de algún modo con la Biblioteca Galáctica.

—¿Biblioteca?

La Ciudadela Bishop tenía una biblioteca, mejor que la de cualquier otra ciudadela, según la tradición de la Familia. Toby recordaba de su infancia las hileras de cubos, el destello rojizo y dorado de miles de facetas diminutas. Su abuelo le había

contado que cada punto equivalía a una sala entera de los libros antiguos —los que tenían páginas de madera grapada—. Él había visto una imagen de uno de aquellos libros.

—¿Nuestra biblioteca humana?

—De todas las razas orgánicas que precedieron a los mecs. También nuestra, si se quiere, dado que incluye la Tierra.

—¿Los mecs la quieren?

—Para completar un plan. Uno de ellos me lo dijo una vez.

—¿Un plan?

Eso le recordaba algo. Su Aspecto Isaac habló rápidamente con la voz susurrante que le llegaba por su complejo nervioso acústico.

El Mantis hablaba de planes consumados ingeniosamente. Tal vez se refería a cuestiones estéticas, pero por lo que hemos descubierto es posible que aludiera a algo más abominable. Un plan de acción, una conspiración. Te recuerdo que el Mantis permitió a los Bishop encontrar la sepultada nave *Argo*.

—El Mantis dijo que nos buscaba porque deseaba crear obras de arte —le dijo Toby a Isaac.

Había visto esas grotescas fusiones de partes corporales humanas con mecs. Escalofriante. Sólo de mencionarlo subvocalizando se le hacía un nudo en la garganta.

Él decía que era un artista. Sin duda no era su única función.

Walmsley no podía escuchar la conversación privada de Toby con su Aspecto, o eso pensaba Toby, pues ningún Bishop tenía la tecnología necesaria para hacerlo. Toby todavía reflexionaba sobre las observaciones de Isaac cuando escuchó la pregunta final de Walmsley:

—¿Acaso querrán algo que tienen todas las razas orgánicas?

—¿Eh? ¿A qué te refieres?

—Todos los indicios apuntan hacia una misma motivación. Los mecs quieren todo lo que puedan obtener de la Biblioteca. No algo específico. Quieren leerlo todo.

Toby rio secamente.

—Más bien quieren destruirlo todo.

Walmsley frunció los labios, como esforzándose para recordar algo.

—Los fragmentos que obtuvieron antes de que halláramos un lugar seguro para la Biblioteca... los leyeron. No se limitaron a destruir los datos.

Toby no entendía por qué Walmsley, que seguía desnudo, no se congelaba. El

viento le ronroneaba en los oídos, fresco e insistente.

—¿Dónde obtuviste partes de esta biblioteca?

—Estaba en la Guarida cuando llegamos. También había otras razas no humanas.

Toby evocó sus vagabundeos.

—No he visto muchas.

Walmsley rio entre dientes, agitando el pecho.

—¿Estás seguro de que podrías reconocerlas?

—Tendrían ciudades, ¿verdad? Máquinas, alguna...

—La mayoría no. Algunas no sólo no tienen ciudades, sino que no tienen ropa.

—¿Cómo los animales?

—Como los alienígenas. De todos modos, estamos muy desperdigados. Y muchos tienen ecoesferas diferentes. Respiran gases raros y no sabemos casi nada sobre ellos. La mayoría no son locuaces. Parece ser que el hábito de charlar es un rasgo característico de los primates.

Toby miró la distante y escabrosa cordillera. La piedra de tiempo emitía destellos de luz. Las sombras jugaban sobre perspectivas angulosas. Allí la tierra engañaba la vista. En el valle, brillantes cuchillas de luz atravesaban la piedra de tiempo alumbrando nubes algodonosas. Masas más densas, incrustadas en la piedra de tiempo, proyectaban sombras en el aire y en el vientre de las nubes. La pirámide era de pura piedra, no de piedra de tiempo, y se erguía como una masa oscura iluminada por los ardientes fulgores procedentes de abajo. Arriba el esti se curvaba, limitando la Vía. Un arco alto de piedra de tiempo respondía con sus propios haces y destellos de luz rojiza. El esti parecía humear.

—¿Conque todo esto es una especie de... museo?

—¿Museo? —preguntó el sorprendido Walmsley. Luego se encogió de hombros—. Espero que no sea sólo eso.

—Pues así parece. Los Antiguos lo construyeron, ¿verdad?

—Eso creo. Estaban cerca del lugar, cerca de la explosión.

—Tal vez son los guardas del museo.

Walmsley rio con su parquedad habitual.

—Y nosotros los objetos en exhibición.

—Podría ser. —Toby miró las nubes que descendían por la pendiente de la pirámide. Las cuchillas de luz incandescente en descenso eran tan intensas que disolvían las nubes que vagaban debajo de ellas. Una bruma azul sugería una atmósfera tan profunda como la de un planeta—. ¿Estos Antiguos alguna vez vienen a visitar la exposición?

—En cierto modo.

Walmsley se envaró ligeramente, y no a causa del frío.

—¿Qué miran?

—Si es un museo, supongo que yo soy el bibliotecario.

Bien, pensó Toby, si Walmsley tenía motivos para eludir una pregunta, estaba en

su derecho. El hombre era increíblemente viejo, aunque Toby no creía ni por un segundo esa historia de que procedía de la Tierra. Pero era mejor seguirle la corriente.

—¿En qué sentido?

Walmsley señaló la pirámide.

—Aquí la tienes. La Biblioteca Galáctica.

Toby se quedó boquiabierto.

—¿Tanto espacio necesita?

—La galaxia tiene diez mil millones de años.

—Pero es una montaña entera...

—Cuatrocientos mil millones de estrellas, más o menos. Y no olvides las pequeñas estrellas del halo que rodea el disco. Tal vez fueron las primeras en generar planetas cálidos. Hubo mucho tiempo y espacio para que floreciera la vida. —Una sombra de amargura cruzó el rostro de Walmsley—. Y para que muriera.

Vientos rugientes silbaron en los oídos de Toby.

—¿Los mecs mataban a todo el mundo?

—Habitualmente no, supongo. Los mecánicos obedecen la lógica biológica tanto como nosotros. Fueron obra de Naturales, al igual que nuestros ordenadores en la Tierra. Luego reemplazaron a la especie madre, a menudo en mundos que la estupidez de sus progenitores había convertido en inhabitables. Una estupidez fatal.

—Entonces tienes registros de los Naturales...

—Ciencia. Literatura. Grabaciones de arte. Tradiciones. Y cosas que ni siquiera puedo clasificar.

—¿Los Antiguos vienen aquí a leer?

Walmsley asintió.

—A menudo no me entero de que han venido hasta que se van. Son muy astutos.

—¿Y los mecs no pueden localizar este lugar?

—Saben que existe. Hasta ahora los han rechazado.

—¿Con qué? —La pirámide era impresionante, pero no parecía tener defensas.

—Con ingenio, principalmente. En los primeros tiempos, sólo con gente. Los mecs penetraban en el esti de una nueva manera. A veces llegaban a aquella planicie y cuando todo terminaba yo encontraba cuerpos cubiertos de aceite y de lubricantes de mecs averiados que habían arrollado a la gente antes de perecer. Esas personas parecían cigarros habanos. Muerte definitiva, además. Los mecs sorbían todo lo posible de la mente de las personas, directamente desde el córtex cerebral.

Toby asintió.

—Y cuando alguien mataba al mec...

—Exacto. También mataba a esas personas.

—Maldición.

—Eso te obligaba a pensártelo dos veces antes de liquidarlos, pero al final no había opción.

—¿Y mi abuelo? ¿Él murió de ese modo?

—Los Antiguos lo trajeron. Hablé con él y luego se lo llevaron. Un buen tipo. Una vez nos emborrachamos.

Toby cabeceó, sonriendo. Abraham había amado todo lo que aflojaba la lengua sin vaciar la mente.

Una violenta ráfaga agitó el cabello de Walmsley.

—Tu padre mencionó algo de eso en su autorrepresentación, ¿recuerdas? Que algo raro sucedía con Abraham

—Una advertencia. Yo no lo entendí, ¿y tú?

Walmsley sacudió la cabeza como si escuchara el viento. Toby había visto a Abraham por última vez en la Ciudadela Bishop, poco antes de que los mecs arrollaran sus defensas y comenzara la Calamidad. ¿Aún lo reconocería? Al cabo de años de tenaz persecución, Abraham era para él casi tan legendario como la Tierra: un símbolo de tiempos pasados y mejores.

—Puedes preguntárselo a una autoridad superior —murmuró Walmsley—. Por eso quise que saliéramos. Una presencia está descendiendo.

—Yo no veo nada.

—Ven... —Walmsley se abrió la muñeca e hizo algunos ajustes en un pequeño panel—. Puedo conectar mi sistema sensorial con el tuyo, aunque el alcance es de pocos metros.

De inmediato Toby vio que líneas azules finas llenaban los vastos espacios que rodeaban la pirámide-montaña. Convergían desde arriba como un conducto invisible hacia... ¿qué?

—Campos magnéticos. La presión está subiendo.

Toby percibió un movimiento en las líneas de campo, aunque cuando miraba directamente un grupo de líneas este parecía inmóvil. Escrutando ese cielo cóncavo, vio una interacción constante: líneas de campo susurrando y meciéndose como un trigal movido por la brisa en otoño.

—¿Es tu guardia?

Tenía sentido. Los mecs usaban circuitos. Los campos magnéticos actuaban sobre todas las corrientes eléctricas. Las líneas de campo eran como bandas elásticas estiradas que no podían romperse pero podían anudarse, formar bucles más pequeños. Podían golpear los circuitos mecs, confundir y fundir e incinerar.

Walmsley asintió.

—Se trata de una forma primitiva que diseñaron los Antiguos. Un paso intermedio. Ahora realizan... tareas, supongo que dirías tú.

Las estrías se multiplicaban. Brillantes madejas azuladas descendían para configurar una forma sólida.

Una voz potente le tocó la mente.

Percibimos una amenaza. Ha invadido mis puntos de apoyo en el disco de acreción. No puedo repelerla, pues se propaga únicamente por

líneas de campo. Ninguna presión transversal puede cerrarle el paso.

—La Mente Magnética. —Toby la había oído antes, cuando interpelaba a su padre.

—¿Mente? —resopló Walmsley—. Parece más bien un comité.

Abarcamos más de una inteligencia única y autoritaria como las que podéis conocer vosotros. Yo/nosotros nadamos en fulgores cobrizos, cosechando las riquezas que abundan junto a la boca que no conoce fin. Me deslizo sobre el disco de acreción. No soy un simple atuendo de los vientos de plasma. Mis pies abren surcos hirvientes, mi calor roza las estrellas.

—Mmm —murmuró Nigel—. ¿Y qué hay de tu ego? ¿Qué tamaño tiene? La voz vibró como acero en los oídos de Toby.

No te burles de mí.

Walmsley sonrió.

—Perdón, mi señor. Me pongo así con las clases superiores.

Antes su padre siempre estaba presente para interpelar a la Mente.

Toby recordaba las extrañas frases de la Mente, que decían que Abraham giraba en medio de remolinos arrasados por el tiempo. Cuando su padre siguió preguntando, la Mente respondió que esa mente pequeña que ella podía interrogar enviaba gemidos de remordimiento, y calló.

Toby se armó de coraje y le gritó a aquel bosque azul fosforescente:

—¿Dónde está Abraham? ¿Y Killeen?

No transporte tal conocimiento.

—¿Entonces para qué demonios sirves?

—Para esto —murmuró Walmsley.

Ajustó su sistema sensorial y una rápida señal se difundió por el valle llevada por alas electromagnéticas. A Toby le pareció que un capullo esférico florecía y se marchitaba al cabo de un instante. Recibió esta respuesta:

¡Nigel! Anhele apretarme contra ti. Nos estamos reacomodando para realinearnos. ¡Atareados! Me alegra que me sintieras aquí.

Era otra presencia. Más leve, de insinuada elegancia.

—Es mi esposa, Nikka.

Toby parpadeó. La resonante voz parecía proceder de detrás, cálida e íntima. En nada se parecía a la de la Mente Magnética.

—Hola, amor mío —dijo Walmsley de muy buen humor.

¿Este es el chico? ¿Toby? Es enorme.

—Un refugiado de los mundos de la Agachada. Un Bishop.

He oído hablar de ellos. Había algunos en una nave hace mucho tiempo, ¿verdad? Oí por casualidad las ondas en espiral propagándose por el gradiente de campo, llevando para ellos mensajes que flotaban en las frecuencias.

—Eran mensajes relacionados con mi abuelo. ¿Tú eres... amiga de la Mente Magnética?

Fluyo en conjunción con la Mente. Podría decirse que soy una subsección de ella. La Mente es el tema, yo una variación.

—Nadie podría ser más —dijo Walmsley glacial.

Toby escrutó las trémulas hebras azules, pero no pudo encontrar ningún patrón específico.

—¿Dónde está ella?

Estoy desperdigada. Me expreso como nudos enmarañados de flujo esparcidos sobre varios volúmenes. Mi vida es lenta.

—Pero feliz —dijo Walmsley.

Toby detectó un matiz amargo y triste por debajo de la seca ironía. El arrugado rostro de Walmsley no delataba emociones, pero Toby comprendió que aquel hombre había combatido su dolor con un humor ácido.

—¿Qué sucedió?

—Ella contrajo una enfermedad en el agujero de gusano. La causaba una especie de virus, tal vez fabricado por los mecs. Lentamente destruyó sus redes neurales.

—Entonces ella...

—Envejeció, en cierto modo. Perdió su personalidad lentamente, y era atroz porque al mirarla costaba recordar quién era. Ella...

Walmsley apretó las mandíbulas.

—Fue sutil, debo reconocerlo.

Toby pensó en Shibo, una mujer que había muerto hacía tiempo y que sobrevivía sólo en algunos chips que él llevaba. Astillas de Shibo aún aleteaban comoavecillas dentro de Toby, pero él podía controlarlas.

—¿Y no hay modo de...?

—¿Salvarla? No hay tecnología para eso.

No lo escuches. Debo esto a los Antiguos. Ellos lo hicieron posible, grabando mis patrones en una forma de vida magnética.

—¿Te grabaron? —Toby recordó al Killeen que había visto en aquel mismo terraplén. Una representación nítida, pero que al cabo de un tiempo se repetía.

Las grabaciones tienen límites, se repiten.

—También la gente —señaló Walmsley.

—Ella no parece una...

¿Un patrón limitado? No lo soy. Soy, por lo que sé, la persona que era antes. Más evolucionada, desde luego, debido a la experiencia.

—Experiencia que no he tenido el privilegio de compartir —comentó Walmsley incisivo.

No le escuches. Se queja porque ya no puedo dormir con él.

—No es una cuestión sin importancia, diría yo.

No, amor mío, no lo es. Pero sabes a qué me refiero.

—Sin embargo, has sobrevivido —intervino Toby, incómodo—. Vives.

Nada que conociéramos podía reparar esa cosa espantosa que me estaba invadiendo. Y al final le perdí el respeto a mi cuerpo. Se volvió sucio y corrupto. Esta era la única escapatoria que conocíamos.

Toby no había visto nunca a aquella mujer, pero notaba un fondo de emociones intensas en la voz susurrante. Pensó en su madre, que había sufrido la muerte definitiva hacía tanto tiempo.

—Fue la decisión correcta —dijo Toby sin convicción. No se sentía del todo cómodo hablando con adultos que apenas conocía, pero esto...

—Así que de cuando en cuando me visita —dijo Walmsley—. Es como invitar una nube a tomar el té.

Cántame, Nigel. Eso siempre te pone de mejor humor.

A Toby le sorprendió ver que Walmsley se sonrojaba. Que aquel viejecito sardónico pudiera sentir vergüenza le pilló por sorpresa.

Vamos. Sabes que te hará sentir mejor.

Walmsley torció la boca y masculló:

—Mente, se trata de un favor.

Y se puso a entonar:

*Perdí el corazón en un jardín inglés
donde crecían rosas de Inglaterra...*

¡Bravo! Más.

Walmsley hizo una mueca.

—Eso era acento galés. La próxima vez, será cockney. —Miró a Toby de soslayo—. De vez en cuando hay que hacer algo de mal gusto. Tonifica los músculos.

—¿Mal gusto?

—Un viejo concepto terrícola. Tener buen gusto era como ser listo, pero mejor, porque una vez que lo demostrabas, no necesitabas hacer más. En vez de tener buen gusto, yo prefiero degustar cosas buenas.

Ojalá pudiera hacer algo al respecto. Deseo tanto...

—¿No hay una manera? —dijo Toby—. Con esta tecnología...

Hemos venido aquí porque parece haber una incursión.

La Mente Magnética había regresado como una pesa. Toby la veía como una lámina lustrosa entre las líneas de campo. Su Aspecto Isaac dijo, con voz seca y rígida:

Ondas magnéticas anudadas en paquetes. ¡Bello! Se parece a la memoria básica donde yo resido. Sólo que aquí la información es analógica, no digital.

—¿Qué clase de incursión? —preguntó Walmsley de mal humor.

Modalidades plasmáticas que desconozco. Descienden hacia este volumen. Su velocidad va en aumento. La relación de dispersión tiene extrañas raíces, tanto en espacios reales como imaginarios: $v(w)=w(k)/k(w)$. He rastreado el origen de las líneas de fuerza. Aunque derivan del disco de acreción, donde mis pies se plantan con firmeza, sufren algún cambio. Son deformadas. Dotadas de nuevas energías. Reformuladas.

Walmsley observó el espacio enorme que rodeaba la pirámide. Toby vio aceleradas líneas de campo que se acumulaban como juncos azules mecidos por corrientes que él no podía detectar. Se anudaban, se retorcían.

Silenciosamente, el cielo se dividía en sombra y resplandor.

Una mitad era tan brillante que quemaba los ojos. A lo largo de la línea recta que dividía en dos el cuenco, la otra mitad se ennegreció por completo.

—Se ha partido —dijo Walmsley.

¡Nigel! Hay corrientes bipolares. No encuentro mis puntos de apoyo. Si esto es lo que han estado haciendo los mecánicos en sus obras cercanas a la acreción, entonces yo...

—Han hallado un modo de poblar las líneas de campo de la Mente Magnética —dijo Walmsley con turbadora serenidad—. Han abierto el dosel magnético que nos cubre.

Toby sintió una creciente presión a su alrededor, pero todavía no veía nada fuera de lo común. Las presencias magnéticas superaban su capacidad de diagnóstico, pero la energía acumulada que revoloteaba en lo alto activó sus alarmas. Voces consternadas y diminutas reclamaban su atención en su sistema sensorial. Sus defensas internas no sabían qué hacer, pero se olían algo desagradable.

—¿No deberíamos entrar? —preguntó.

—¿Y perdernos el espectáculo? —replicó Walmsley sin inmutarse.

Descendían nudos por las líneas de campo. Ahora todas las líneas convergían en la pirámide y los nudos se engrosaban al bajar. Adquirían un color marrón aceitoso y perdían velocidad, pero seguían descendiendo.

—¡La Biblioteca Galáctica! —gritó Toby contra el viento crepitante.

—La Mente Magnética la está defendiendo —respondió Walmsley mientras

caminaba por el terraplén.

—Pero parece...

—Tienes razón. Entremos.

Walmsley no se amilanaba ante el peligro. No se apresuró, sino que le habló a Nikka en susurros que Toby no pudo entender.

No puedo aplicarles presión, Nigel. Me oprimen. Dolor. Oigo sus voces. Digitales. Tartamudeos. Son mecs de una clase que nunca he visto. Crueles, afilados, como ratas. Yo...

El cielo se derrumbó.

La distante techumbre del esti se desplomó y un instante después Toby notó que los campos magnéticos refractaban su visión. Los campos caían. Luchando, girando, muriendo en deslumbrantes explosiones de rojo calcinado.

—¡Adentro! —dijo Walmsley.

Ah, me está desgarrando. Olas cortantes. Yo...

Algo chilló como metal desgarrándose en lo alto. Toby corrió hacia la puerta, que empezaba a cerrarse. Oyó una voz potente que pronunciaba el nombre de Nikka. Sus sentidos se contrajeron. Era demasiado abrumador. Walmsley iba unos pasos por delante de él y de pronto cayó agitando los brazos, como si se le hubieran aflojado las piernas.

La Familia Bishop había entrenado a Toby para ayudar a los heridos en campaña. Se detuvo para aferrar a Walmsley, pero el hombre le apartó las manos de un golpe.

—¡Vete de aquí!

También lo habían entrenado para obedecer órdenes. Se fue.

2 - Fuga

Algo parecido a un ejército derrotado se replegaba. La derrota era indudable, pero costaba distinguir que había sido un ejército.

Por los bosques tupidos se movían criaturas que Toby jamás había visto y que no deseaba ver de nuevo. La curiosidad tenía sus límites.

Se agazapó en las sombras. Formas angulosas se retiraban con él, pero no se fiaba de ellas. Seres extraños en su mayoría. Muy extraños.

Había escapado de la pirámide por pura suerte. Las paredes sabían que él venía y lo guiaron por el interior de la montaña. Corrió sin detenerse. No se paró a mirar las columnas que se elevaban a lo lejos, reluciendo como mica.

Bancos de datos, le dijo una pared. Parecían árboles titilantes.

Llegó a una pared de piedra que no respondía. En un rincón había una cabina diminuta, al parecer para enanos como Walmsley. Se agarró los tobillos y entró. Una voz ofendida le dijo que hiciera salir a la segunda persona. Él golpeó la pared para hacérselo entender. Cuando se le entumeció la mano de tanto golpear, la puerta jadeó «¡Vándalo!», y se cerró.

La cabina aceleró bastante tiempo; se detuvo de golpe. Salió, subió una rampa y apareció en el bosque.

Reinaba una gran confusión. Los mecs surcaban los aires del esti. Toby no veía la pirámide, pero el horizonte escabroso se parecía mucho a la distante perspectiva que ofrecía la cima de la pirámide, sólo que vista desde el otro lado. Un hombre pasó cojeando junto a Toby y cuando él le hizo una pregunta sólo respondió «¡La Mente Magnética ha muerto! ¡Muerto!», y siguió corriendo.

También Nikka, supuso. Y quizá también Walmsley.

Se había criado huyendo y las retiradas eran su especialidad. La Biblioteca Galáctica le había parecido un lugar más seguro que ningún otro, y Walmsley había permanecido vivo mucho tiempo; pero si había desaparecido así eran las cosas y no quería pensar en ello. Continuó la marcha.

Sus botas se adaptaron sin que él se lo propusiera. Para el terreno accidentado formaban empeines altos y tacones resistentes. Mientras apresuraba el paso, los tacones se adaptaban para ayudarle a mantener el equilibrio. Lo impulsaban hacia delante; Toby tenía la sensación de que lo empujaban.

Las botas también podían convertirse en armas útiles. Su borde externo se volvía afilado si lo levantaba mucho del suelo con la pierna a punto de dar una patada. Podían abollar componentes mecs.

Una cosa reluciente y delgada como una serpiente surcó el aire y viró hacia él. No tenía tiempo para lanzar una descarga de microondas ni usar las otras armas, así que saltó hacia ella, las botas por delante. Le acertó en el centro y la bota hizo el resto. El borde podía detectar el tipo de material y cortarlo, pues sus sistemas internos ya habían dado la orden en cuanto captaron su alarma. Eran mejores que el sistema

nervioso humano, y más rápidos.

En la jerga de la Familia eso se llamaba «darles con el cuero», aunque nada estaba hecho con partes de animales desde que ellos recordaban y la idea habría horrorizado a cualquiera de las Familias.

Su Aspecto Isaac se negó a confirmar si los Bishop de tiempos antiguos comían animales. Toby sospechó que Isaac estaba ocultando sus propios hábitos, pero no insistió. Tenía otras cosas en mente.

La retirada no tenía sentido. Cada Vía era como una bolsa de espacio-tiempo. Al parecer los mecs habían irrumpido en esta por medio de presiones magnéticas. Con el tiempo, avanzarían matando todo lo que encontraran a su paso. Allí debía de haber defensas, pero ninguna parecía funcionar.

Ese era el problema de buscar refugio en el esti profundo, tan cerca del agujero negro. El tiempo transcurría más lentamente, lo cual era ideal para almacenar cosas. Walmsley había mencionado que la decadencia de la Biblioteca Galáctica avanzaba con más lentitud porque estaba cerca de la estasis temporal.

Eso también significaba que los mecs podían aguardar fuera, en un espacio-tiempo relativamente plano, y desarrollar pacientemente sus trucos tecnológicos. La gente del esti no podía alcanzar su ritmo. No era una cuestión de inteligencia, sino de tiempo transcurrido.

Y eso quería decir que la Vía estaba condenada. Desde luego era enorme, pero Toby ya veía mecs revoloteando en su altísima bóveda.

Cuando tuvo que atravesar una extensión llana, presencié una colosal batalla, toda relampagueos y resplandor. Sintió una punzada al recordar Nieveclara, donde el terreno era llano y el cielo amplio. Aquí las tierras distantes se curvaban. Lejos, sí, pero Toby sabía que estaba encerrado. Atrapado.

Antes había inventado modos de hendir el esti. Si podía abrir temporalmente un agujero, pasaría a otra Vía. En alguna parte había gente de la Familia Bishop. No la encontraría en esta Vía, eso era seguro.

Probó sus trucos, láseres, perforadores y demás. No funcionaron. La masa del esti, a veces esponjosa, a veces dura como roca, no cedía. Su Aspecto Isaac surgió en su mente.

Vale la pena señalar que esa piedra que tú crees tan sólida es, como toda la materia, un soufflé de espacio vacío y probabilidades furiosas.

—Cállate —murmuró Toby, y envió la Personalidad en miniatura a su agujero—. No eres nada más que una micropastilla, más pequeña que mis uñas.

Reconozco sin embargo que podrías encontrar un pasaje.

Cuando el Aspecto le daba consejos irritantes, a menudo se apresuraba a disculparse. ¿Quién no lo haría, cuando salir de su celda dependía totalmente de la buena voluntad de Toby?

Se internó en terreno montañoso. La lucha continuaba en la bóveda. Ahora veía las líneas de campo magnético; sus sistemas internos habían aprendido el truco en la pirámide. Eran líneas desperdigadas y enmarañadas, no las formas ordenadas de la Mente Magnética.

A veces oía un sonido semejante a tela rasgada. La piedra de tiempo fluía. Fuegos tenues iluminaban nubes rosadas como penachos volcánicos. Se disipaban lentamente. Al aire ondeaba y se contraía en torno a ellas, de modo que Toby podía atisbar con intermitencia diferentes paisajes: valles cóncavos, montañas escarpadas, abismos tenebrosos.

A veces pasaba gente por esas escenas pasajeras y en una ocasión Toby le gritó algo a una mujer que parecía estar cerca. Luego la piedra de tiempo se desplazó como si retomara su flujo natural y ella se evaporó con un grito.

Encontró a un grupo que enterraba a sus muertos. Parecían humanos. Toby no entendía ni una palabra de lo que decían. Sus placas internas tampoco reconocieron el idioma.

Allí la piedra de tiempo quemaba al tacto y refulgía con una luz infernal. El calor provocaba lasitud, pero infundía a los cuerpos muertos otro tipo de fuerza: apestaban. Toby se alejó.

Aquella gente también se alejó. Más adelante el grupo se detuvo y acampó. Cocinaron sin fuego. Toby se quedó con ellos porque le pareció más seguro, teniendo en cuenta los alienígenas que había visto. Al menos sobre la gente sabía algo.

Aquellas personas se alimentaban de los animales que podían cazar. En la retirada habían encontrado muchos. Comían trozos de carne que acompañaban con copas de aguardiente. Toby miraba atentamente, tan fascinado como asqueado.

Trató de mantenerse neutral: otras tribus, otras Familias, otros hábitos.

Había aprendido a acostumbrarse a todo. Vio que los que comían carne se cansaban al terminar. Toby sabía que uno tardaba más en digerir la carne. Los bebedores se embriagaban, se excitaban, se descontrolaban. Se volvían torpes, se tambaleaban.

Una mujer se le acercó en la oscuridad, cuando la piedra de tiempo perdió su brillo. Él estaba durmiendo profundamente. Cuando olió su perfume, un aroma que conocía bien a pesar de considerarse un niño, supo lo que ella quería. No dijeron una palabra y él lo hizo lo mejor que pudo. Se durmió cansado pero satisfecho. Por la mañana ella se había ido con el resto. Allí entre los humanos los lazos no eran duraderos.

Tras observar durante horas los peñascos, a la espera de hallar un pasaje, comprendió que gran parte de lo que había sucedido en su vida escapaba a su entendimiento. Sólo él imponía sentido a su vida, y a menudo fracasaba. Desde luego

en la pirámide había fracasado.

Convivir con eso, con esa imperfección, era comprender al fin el lugar de la humanidad en un universo que no era su enemigo sino algo peor, algo indiferente e ignoto.

3 - El hombre plano

Despertó al siguiente «despuntar». Allí nadie usaba las palabras «mañana», «atardecer», ni otras que parecían lógicas pero ya no se aplicaban. El momento en que llegaba la luz era un «despuntar», y llegaba con notable regularidad entre los dos «desvaneceres», como si estuvieran previamente concertados.

Toby se levantó y estaba a punto de empezar a comer cuando vio a un hombre tendido de bruces en un gran claro. Fue a verlo. Se aproximaba una mujer de cabello rosado y rostro demacrado. Tenía el vientre pegajoso y rojo. Otras dos mujeres que llevaban un mono gris idéntico la ayudaban a andar.

Toby les ofreció ayuda. La mujer herida cruzó las manos bajo el abultado pecho y Toby vio que le brotaba sangre entre los dedos. Ella sacudió la cabeza, al igual que las dos mujeres de mono gris; parecía como si la mujer herida estuviera impartiendo órdenes. Siguieron de largo sin pronunciar una palabra.

En el claro, el hombre estaba de bruces en medio de rocas partidas. Un gas amarillo brotaba de un agujero redondo, a pocos pasos. Al aproximarse, Toby vio que en vida el hombre no había sido muy grande pero lo era ahora. Era liso y casi no tenía espesor, porque lo habían aplanado.

Sólo un hilillo de sangre le brotaba del hombro; no había ningún otro indicio de daño corporal. Toby tocó la piel cremosa. Parecía como si se hubieran formado pequeños guijarros debajo y no pudieran salir.

Desayunó con un grupo de hombres y mujeres de rostro enjuto, todos muy parecidos. Al ver al hombre algunos habían echado a correr. Por algún motivo regresaron, se sentaron y se pusieron a comer.

—¿Has visto el impacto? —le preguntó a Toby una de las mujeres. Hablaba una lengua gangosa que los sistemas de Toby podían traducir.

—No. ¿Qué ha sido eso?

—Lo llamamos aplanador.

—¿Qué aspecto tiene?

—Es una cosa marrón. Se eleva del suelo hasta la altura de la cabeza.

—¿Y lo ves?

—Lo sientes. Es como si alguien te hiciera cosquillas en los pies.

Por sus expresiones y su avidez al comer, Toby notó que había una especie de celebración tácita. *No me ha tocado a mí. ¿Veis? De nuevo me he salvado.*

En cuanto se dio cuenta de ello, tuvo que admitir que lo comprendía, porque él sentía lo mismo. Allí no podían recobrar a los muertos. No disponían de la tecnología necesaria, y cuando uno asistía a alguien a quien una fuerza incomprensible había destrozado ya era demasiado tarde.

Los muertos que había visto ya se convertían en imágenes borrosas. No eran él, y tampoco lo era esa figura aplastada que él no había conocido. Sería diferente si fuera un Bishop.

Así fue como siguió andando por aquel lugar. Olvidando. Pensando: *No he sido yo.*

Los integrantes del pequeño grupo sonreían nerviosamente mientras hablaban. Uno de los que no había echado a correr al ver al hombre aplanado declaró, con una sonrisa de superioridad, que había visto muchos cuerpos en esas condiciones, pero Toby supuso que alardeaba.

La mujer declaró que estabas a salvo si no oías un aplanador. Toby no preguntó cómo lo sabía. Ella siguió perorando, diciendo que nunca oías el que te alcanzaría porque cuando tu sistema sensorial detectaba el olor ya estabas muerto. Era la clase de tontería que había oído mil veces, pero siguió escuchando porque a veces la gente daba información útil, inadvertidamente.

Luego sintió un olor penetrante y vio que una ladera se desvanecía. Había sucedido deprisa y no había oído ningún ruido. La colina se evaporó nublando el aire con una filigrana algodonosa.

Pensó que era bonito; un trozo le rozó la pierna. Un corte limpio. El fragmento ni siquiera se detuvo.

Esa mañana la mujer le había ofrecido un «tragovelo», que resultó ser un líquido oscuro de olor penetrante. No pudo beberse, aunque sospechó que era una especie de aguardiente. No le gustaba lo que esa bebida le hacía a la gente, pero fue eficaz para la herida. Miró más colinas que estallaban, para distraerse del dolor.

Lo hirieron dos veces antes del siguiente desvanecer. Magulladuras pequeñas, pero le dolían, y su sistema interno tenía que ajustarse para mantener el sistema sensorial sintonizado.

El tragovelo le fue de ayuda. Había aprendido a no preocuparse mucho por la tecnología: simplemente la usaba; algo que concordaba con su reciente decisión de no pensar. Usó el tragovelo hasta que, por accidente, derramó unas gotas y descubrió que le roían la manga de la camisa.

4 - Carroña

Toby miró la pradera donde el calor hacía vibrar el aire. Había aprendido mucho y sólo lo había pagado con una pequeña herida en el costado y algunos cortes. Una ganga.

Ahora sabía que si alguien recibía una herida en las nalgas o la parte carnosa del muslo, o la pantorrilla, podía hablar con toda claridad. Incluso se aproximaba a otros heridos y demostraba verdadera preocupación por ellos, o por el semblante desconsolado de quienes se reunían a su alrededor.

Pero si alguien recibía un impacto fuerte, se alejaban. Un disparo en el vientre, un hueso roto, la pérdida del control de los brazos, el cuello y la cabeza —heridas comunes provocadas por los mecs—, y los heridos se aferraban el cuerpo, clavando los ojos en espacios que los demás no podían ver.

Los depredadores mecs volantes eran los peores. Toby tardó un rato en entender qué hacían esas formas pequeñas a lo lejos.

Primero vio una cuña triangular blanquinegra que volaba a ras del suelo. Se posó sobre la pierna de un caído y trepó hasta su cara. Dos triángulos ladeados se movían sobre un eje común. Paneles que recogían luz negra erizados de sensores blancos, cubiertos de enlaces nudosos.

Toby creyó que era simple curiosidad, pero luego el mec ladeó la cabeza, la apoyó en la frente del hombre y Toby supo qué hacía. Durante unas horas, antes de que el hombre se pudriera, su yo sería extraído mediante un rayo.

El pájaro nervudo se movió sobre la cara muerta. Sus paneles se deslizaban sobre la frente, buscando, leyendo.

El cuerpo se sacudió una vez más cuando el lector tocó un centro motor activo. Luego se quedó tieso; la personalidad del hombre se desplazó en un torrente hacia la cosa que tenía posada en la cara.

Toby le disparó una ondulante lengua de infrarrojos. El rayo frío los paneles solares desprotegidos. El triángulo negro se puso marrón. El carroñero dio dos pasos tambaleantes y cayó de costado.

Toby se acercó cautelosamente. Separó al mec del cadáver y pisoteó los sensores. Era una criatura reluciente e intrincada, una maravilla de determinación comprimida, ahora manchada y abollada. Emitió un chasquido cuando Toby le hundió el talón en la espina dorsal.

Lo que el mec había succionado de aquel hombre ya estaba perdido, tanto para los humanos como para los mecs. Pero al menos ese hombre que se enfriaba en el lodo no resucitaría como un juguete grotesco.

Al cabo de una hora, Toby vio una silueta rectangular planeando en lo alto. Descendía lentamente. Toby la siguió. Había oído una serie de detonaciones desde un risco distante. La había rodeado, escudándose tras los árboles retorcidos, pero sentía tanto odio por los carroñeros que no quería dejar escapar a este.

Era más grande, con un flaco cogote de cables que controlaban una cabeza con paneles de búsqueda. Aleteaba tranquilamente en el cielo, sin arriesgarse. Toby se acercó y oyó otra detonación. La criatura metálica giró en el aire y bajó como una tromba.

Esta vez la víctima era una mujer y no estaba muerta, pero había perdido el control de ambas piernas. La criatura se posó.

Miró a su alrededor con rápidos ojos de cristal y caminó hacia la mujer.

Se abalanzó sobre ella antes de que Toby pudiera impedirlo. Él miraba desde la arboleda y quería dispararle, pero temía lastimar o matar a la mujer.

La cosa se posó sobre la cabeza de su víctima, que debía tener el cuello lesionado porque no se volvió para mirarla. Toby notó que el sistema sensorial de ella oponía resistencia, pero no sirvió de nada. La mujer puso los ojos en blanco: pánico, temor o desvarío. Encontró entonces un modo de moverse y rodó para alejarse de las láminas movedizas.

Quizá trataba de protegerse la cara. Toby nunca lo sabría porque mientras ella se alejaba de bruces, agitando los brazos en vano, el mec disparó una descarga.

Toby nunca había visto nada semejante en su sistema sensorial: una lanzada roja. Sobrecargó hasta tal punto sus sensores que se cerraron con un chasquido. Una palpitación hirviente y la mujer quedó inerte.

El mec se posó sobre su pecho y movió la cabeza de aquí para allá, como si verificara su labor. Tarea cumplida.

Toby tuvo que esperar a que su sistema sensorial se recobrara para usar de nuevo las armas. El reloj inferior de su ojo marcaba los segundos.

El mec comenzó a elevarse con un zumbido de aceleración y entonces Toby atacó, lamentando su tardanza. Esta vez acertó en el panel de control, agrisado por el esfuerzo. El mec aleteó y cayó al suelo.

Toby se aproximó al cuerpo de la mujer. Su aspecto apacible era una ilusión, pero no obstante confortó a Toby. Le sangraban ambos oídos, manchándole el cabello castaño ondulado. Al cabo de un rato, la sangre parecía fango rojizo y seco.

5 - Familias

Lo peor fue la mujer con el bebé. Toby lo vio todo porque había ido a una improvisada estación de campaña para reaprovisionarse de fluidos corporales. Sus heridas habían agotado las reservas.

La estación de campaña pertenecía a una Familia llamada Yankee. Allí había muchos heridos, Familias llamadas Cardinal y Dodger y gente que hablaba con un acento tan raro que Toby apenas los entendía.

Pero una mujer delgada dio con él por medio de una especie de buscador de sistemas sensoriales.

—¿Bishop?

—Sí. ¿Tú eres de...?

—Allí hay otro Bishop que pregunta por sus parientes.

Toby la siguió a una sección protegida por un techo de lona. La lona flameaba en el viento. Había un montón de camas térmicas, todas llenas. Pasó junto a una mujer que gruñía y resoplaba bajo una manta.

Al lado había un hombre tendido de costado, con las mantas echadas sobre la cabeza.

—Ahí tienes —dijo la mujer delgada, y se fue.

Toby tocó al hombre y vio que era su abuelo.

Abraham movió la cabeza y pestañeó.

—Yo... demasiado tarde.

—¿Qué sucede? ¿Cómo?

Toby apartó las mantas y vio que el cuerpo de Abraham estaba encogido, pálido, cubierto de manchas moradas. No vio heridas; tenía una enfermedad en la piel.

—¿Cómo te hiciste esto?

—Yo... corriendo.

—¿Cómo llegaste aquí? ¿Y los demás...?

Toby calló al ver la muda desesperación de aquel rostro que a menudo había visto tan pétreo y confiado. Desvió los ojos.

—Yo... no ayuda para mí. Yo... no real... Abraham...

—¿Qué? ¿Dónde están los demás?

—No... con...

Toby llamó a un enfermero.

—¡Este hombre necesita tratamiento!

El enfermero se acercó, sacó un pequeño lector del bolsillo de su bata sin decir nada. Movié la cabeza de Abraham y abrió una tapa cuadrada que tenía encima de la columna vertebral. Con el lector apretado contra el puerto de carnemetal abierto, tecleó una pregunta y aparentemente recibió la respuesta por el sistema sensorial.

—Progresivo. No podría detener semejante deterioro, aunque tuviera el equipo.

—¿Qué significa «progresivo» y por qué...? —exclamó Toby.

—Es una copia. Suelen tener una tasa elevada de errores. Se agotan rápidamente.

Toby parpadeó.

—Pero él es mi...

—No pierdas el tiempo con él.

Toby abrió la boca pero enmudeció. El Abraham yacía como un títere con las cuerdas cortadas. Movía los ojos.

Toby agarró la manga del enfermero.

—¿Cómo se puede fabricar... eso?

—He oído decir que en un lugar cercano. No en esta Vía, sino a una transición de distancia.

Toby jadeó, trató de pensar rápidamente.

—¿Pero por qué alguien...?

—Es un modo fácil de realizar un trabajo, si dispones de la tecnología necesaria.

—¿Qué trabajo?

—Pregúntaselo a él.

El enfermero se marchó con impaciencia. La mujer que estaba al lado de Abraham sudaba y gruñía, pero nadie le prestaba atención. Toby se humedeció los labios y le dijo al hombre acostado:

—¿Fuiste... fabricado?

—Copia. Para buscarte.

Su abuelo lo miraba, pero tenía la boca floja y los ojos sin brillo.

—¿Quién te fabricó?

—Un restaurador.

Toby recordó el momento en que él y su Familia habían ingresado en el esti. Hacía mucho tiempo. Se habían metido en un embrollo legal y Abraham había querido averiguar qué le sucedía a una mujer sobre quien habían leído una inscripción en la antigua pared de un Candelero. Ella es como era y obra como obró. Tal vez estuviera en un lugar que llamaban el Restaurador. Si ese lugar tenía una plantilla o algo así...

Toby no se imaginaba cómo era eso posible. Cuando estaban en el espacio, a bordo del Argo, la Mente Magnética había hablado de Abraham, ¿pero dónde estaba? ¿Almacenado en una bóveda?

—Ese lugar hizo una copia de mi abuelo... ¿contigo?

—Desperté... conociendo algunos de sus recuerdos... mis recuerdos. Para buscarte. Me dijeron... eso.

Una pústula creció en el hombro del Abraham. Toby vio que de ella brotaba algo oscuro y pegajoso, que achicharraba la espectral piel blanca. Percibió el olor acre de la carne quemada. El hombre no reaccionaba.

—¿Por qué?

—Necesito que... completes la tríada.

—¿Quién te fabricó?

Los ojos se enturbiaron. Ninguna respuesta. Toby no sabía si aquel hombre, aquella cosa, trataba de mentirle o simplemente era presa del sopor. Aferró al hombre y sonó un chasquido cuando Toby le alzó la cabeza de la red que lo alimentaba con nutrientes.

—¿Quién?

—Humanos.

—¿Qué humanos?

—Humanos.

—¿De qué Familia?

—Humanos.

Toby soltó aquella cáscara inútil y vacía. El hombre movió la cabeza y algo se apagó en sus ojos. Toby sintió un aguijonazo de remordimiento y luego se dijo que aquel no era su abuelo, nunca lo había sido.

El Abraham estaba inconsciente. Toby estudió el rostro curtido mientras observaba que parecía hundirse como una casa que se incendiara por dentro.

Retrocedió y tropezó con el enfermero. Había un equipo asistiendo a la mujer. El enfermero no estaba ocupado, así que Toby le preguntó:

—¿Cómo llegó aquí?

—Caminando. Supongo que tendría que haber visto lo que era. Estamos muy ocupados.

—¿Qué tiene?

—Colapso sistémico. Estas copias nunca tienen un buen sistema inmunológico.

—¿Cuánto vivió?

—En tiempo real meses, diría yo. Pero podrían ser semanas.

Toby miró la devastada parodia de su abuelo.

—¿Él sabía que se iba a morir?

—No lo creo. Estas cosas suelen funcionar con una memoria mínima. No tiene sentido incluir en ella esos detalles.

—¿El Restaurador puede crear una copia que no es la persona entera?

El enfermero frunció el ceño.

—¿De dónde vienes?

—De Nieveclara. —Aquel enfermero no era un enano como Walmsley, pero aun así era bastante bajo. Toby añadió—: Es un planeta.

—Entiendo. Mira, que la gente no te oiga hablar de copias exactas. Eso no sólo es desagradable, sino que es...

—¿Inmoral?

—Exacto. Tal vez en ese lugar de donde vienes la gente hace eso, pero no aquí.

—Nosotros no lo hacemos.

—Mi Familia tampoco. Soy un Sox.

—Lo siento si...

—No importa. Pero esto no es obra del Restaurador —dijo el enfermero,

señalando a Abraham.

—¿Entonces quién...?

—Para mí es mec. Últimamente se están perfeccionando.

Toby notó que la vida se extinguía en el Abraham y olió la exhalación hedionda que despedía. Mientras eso sucedía, no había oído a la mujer de la cama contigua. Ahora se puso a gritar. Sus alaridos eran tan espantosos como los que había oído en el campo de batalla. No como los de los partos que había visto. Se quedó allí mientras el enfermero y otros asistían a la mujer. No podía entender el significado de la cosa que se enfriaba en la cama. Cuando alzó los ojos, la mujer había callado y no había otro sonido en la habitación.

El enfermero sostenía un guñapo ensangrentado. Estaba muerto y ni siquiera parecía humano. En los rostros de quienes rodeaban a la mujer Toby vio la consternación, y comprendió que aquellos condenados mecs también le habían hecho algo a ella.

Se imaginaba lo que era, pero prefería no saberlo con certeza. Se largó de allí a toda prisa.

6 - La concreción de lo increíble

Intentó una y otra vez salir de la Vía. Ruidos rechinantes y ecos sordos retumbaban en la bóveda celeste, y supo que los mecs no andaban lejos. Su sistema sensorial estaba en buenas condiciones porque se lo habían reparado en la estación de campaña. Detectó llamadas distantes de ayuda y siguió su camino sabiendo que no podía hacer nada.

Llegó a un río y vio que conducía a un desfiladero. Encontró unos árboles de una especie que desconocía, los taló y construyó con ellos una balsa. Zarpó en ella. Tal vez los mecs no lo detectaran tan bien en el agua, y siempre podía tratar de ocultarse bajo la superficie. Era una esperanza débil pero se aferró a ella.

Entre la bruma vio confusamente gente de piel blanca y arrugada cuyas carnes flácidas colgaban de músculos gruesos. Tenían en el rostro ampollas coronadas por un vello negro. Toby sintió repugnancia, pero no por la gente, que ya no estaba allí cuando volvió a mirar.

Sintió un retortijón en el estómago. Se arqueó, vomitó. Gotas de bilis colgaban cerca de él como lunas.

Así supo que estaba cayendo. O que no había gravedad en aquel sitio, lo cual era más o menos lo mismo, según Quath.

Por todas partes se erguían abruptos peñascos de piedra de tiempo que irradiaban un calor furioso. El agua se convertía en vapor.

Recobró el peso. Lo golpeó una corriente fría y rápida. Gritó desesperadamente, no de miedo, sino en un frágil gesto humano contra la acuciante extrañeza. Sonaron ecos. Pares de ecos, uno metálico y otro que retumbaba tan fuerte que la última parte de su llamada encontró la primera parte al regresar, ahuecada.

Volvió a perder peso.

Vapor. Silencio. Gritó y no pudo oírse. El aire algodonoso lo arrebatava todo sin devolver nada.

Había una tenue concatenación en el pensamiento, notó, que comenzaba con ver algo perceptible, que a su vez le hacía ver algo que no era manifiesto, lo cual finalmente le hacía ver algo que ni siquiera era visible, si lo hacía bien. Así fue como sintió y vio dónde estaba. Un fulgor enmarcado le indicaba que él y un río emergían del suelo.

¿Una nueva Vía del esti? Oyó voces al salir de aquel río encajonado. Eran diferentes de las melodías burbujeantes del río rutilante que lo aguardaba. Contra un peñasco curvo el río se internaba en rumorosas profundidades, volviéndose sobre sí mismo para decir las cosas de nuevo, asegurándose de haberse comprendido a sí mismo.

Toby no podía respirar. No quería hacerlo. El río brillante, grácil y parlanchín, excesivamente amistoso, lamía ambas orillas con espuma blanca para que ninguna de las dos se sintiera descuidada.

El agua se convirtió en gelatina y luego en un vidrio líquido de lentitud inconmensurable. Toby tamborileó sobre él. Un panel se desprendió y se hizo trizas. En su impacto florecieron y gritaron astillas de momentos muertos. Estallaron en gotas diminutas. Cayeron ruidosamente al suelo. Se elevaron en llamas moribundas.

Toby las pisó y entró en una nueva Vía.

Una humedad crepitante le azotó el cabello. Su náusea se convirtió en acidez estomacal. Las sensaciones le raspaban la piel. El río que había sido una especie de aire congelado brotó de sus pulmones.

Durmió un buen rato y, cuando despertó, trató de deducir cómo había sobrevivido.

Los acontecimientos tenían una fuerza motivadora que chocaba con otros acontecimientos, todos fuera de la imaginación o la comprensión humanas. Para atravesar esas épocas, cuando las causas parecían precipitarse sobre él desde gran altura, aprendió a permanecer firme, a mantener el equilibrio mientras el rápido curso de lo inimaginable se deslizaba junto a él. Él seguía momento a momento, guiado por la imposibilidad. Un pie adelante, luego otro, cauto y aprensivo.

Sucedieron cosas y notó que sucedían, pero fuera de ese dato abrumador no tenía contacto con ellas, ninguna pista sobre su causa o su sentido. Tal vez no tuvieran ninguno. Tal vez allí no tenían sentido esas ideas. A fin de cuentas, eran conceptos humanos. Aunque en aquel lugar había humanos, no les pertenecía.

El esti no se correspondía con el modo primate de ver el mundo, eso seguro. Los que atravesaban aquellos acontecimientos cegadores, pensó, realizaban una travesía inimaginable, pero dentro del marco de la experiencia. La concreción de lo increíble. No podían comprender qué les había sucedido.

Tal vez la única cosa parecida a aquello fuera la muerte, la muerte definitiva, la última cosa que se experimentaba y nunca se comprendía.

Tapiz de pensamientos

El humano resultó ser sumamente sorprendente cuando lo analizaron. Lo sostuvieron. Se movió. Las dos inteligencias lo examinaron con distanciamiento, leyendo primero sus titilantes patrones eléctricos.

Cuánta agitación. Pero mira, las conexiones de su cabeza efectúan ciclos de pocos cientos pasos de voltaje por segundo.

Cuánta lentitud. Sin embargo pueden registrar acontecimientos en tiempo real. Funciona asombrosamente bien, teniendo en cuenta sus carencias. Fíjate con qué energía mira a su alrededor.

Tal vez tenga dificultades para adaptarse a esta posición. Lo estamos sosteniendo cabeza abajo.

Sacude la cabeza porque sólo tiene ojos en un lado de la misma. Cuánta energía, sólo para ver. Es una configuración curiosa.

Mira. Está usando concomitancia de patrones para escrutar su entorno. Genera una imagen estándar. Raro.

Puedo medir el flujo de datos. El procesador cerebral está fuertemente vinculado con los ojos, así que varias veces por segundo compara lo que ve con una imagen estándar que recuerda.

Si me muevo deprisa... sí, ¿ves? Recoge la imagen más adecuada, estima el posible peligro. Ello le indica qué patrón de respuesta debe seguir.

Se rige mucho por la experiencia pasada. Sigue retorciéndose como si pudiera escapar.

Al parecer, en el pasado escapó de ese modo. Mira cuántos huesos y músculos dedicados a la locomoción. ¿Está habituado a que lo cojan y lo tengan colgado?

No..., así que redobla sus esfuerzos si la situación es inusitada. Registro altos niveles químicos invadiendo la corriente sanguínea. Mira, eso influye en el funcionamiento de su cerebro.

Más programación de su pasado. Parece que desea huir.

Sus piernas desean hacerlo, sin duda.

Lo pondré cabeza arriba.

Confirmado. Trata de escapar.

Tarda en aprender. No puede correr más que nosotros.

Pero esto debe de haber funcionado en el pasado. No dispone de otra estrategia inmediata.

No me asombra. Mira la actividad neural del supracerebro. (Es raro esto de poner las redes más importantes en la parte superior, donde están más expuestas a los impactos).

Y qué circuitos tan lentos. Pero el diseño es ingenioso. Sólo asimila unas gotas de

datos por segundo. Sólo 107 en uno de sus años.

Así que no puede generar una nueva estrategia para enfrentarse a nosotros en poco tiempo. Carece de la velocidad de cómputo necesaria.

Ahora agita los brazos.

De forma no aleatoria, sin embargo. Símbolos sencillos, sospecho.

Eso revela que se comporta de manera previsor y que se adapta.

Muy rudimentario.

Prometedor. Su cerebro está hecho totalmente de compuestos orgánicos. Un desarrollo «natural», como ellos dicen.

«Primitivo» es más apropiado. Nota que las funciones de abstracción, que deben de haber evolucionado más tarde, se superponen a las otras zonas del cerebro.

El diseño cerebral tiene retroadaptación. No creo que esta criatura sea totalmente consciente.

Definitivamente no. Sabe muy poco sobre lo que sucede en su mente.

Mira esos patrones rápidos. Detecta sólo lo que sucede en la capa externa del cerebro.

Todo el resto debe de resultarle un misterio. Mira, ahí abajo está digiriendo una tosca comida química, pero no es consciente de ese acto.

Ni siquiera sabe que está mezclando ácidos y formando el bolo.

Sigue esa luz parpadeante en su cabeza.

Activación de neuronas. Está configurando una nueva idea.

Ya veo. Debajo, en el subcerebro. Y ahora asciende a su limitada conciencia.

Ahora la idea llega al supracerebro. Se difunde. Es bonito, en cierto modo.

¿Así es como le brotan las ideas? Vaya.

Para nosotros se parece más a la condensación de una niebla.

Debe de ser desconcertante no saber lo que sucede en tu interior.

Hablan de la misma manera. Emiten series de sonidos, sin saber lo que dirán.

¿Descubren lo que piensan mediante el habla?

Busca acceso a sus emisiones acústicas. Está emitiendo borbotones —«palabras»— para entenderse con nosotros.

Qué palabra tan larga.

En realidad es un grito.

Entretanto veo que debajo de su supracerebro las órdenes musculares motrices son... ¡Cuidado!

Ya está. Le he quitado el arma. Un sencillo dispositivo de descargas químicas. Cuánta arrogancia, es divertido.

Retenla para su inspección. La criatura se ha excitado mucho. Mira todas esas llamativas ondas en las redes de sus pensamientos.

Casi todas debajo del supracerebro, así que no sabe que las está sintiendo. Pero los pensamientos hacen que los órganos inyecten sustancias químicas en la sangre. Qué modo tan curioso de hablar consigo mismo, sin percibirlo directamente.

Ni controlarlo.

Todavía se contorsiona. Qué neuronas tan lentas.

La pobre criatura se ha topado a lo largo de toda su evolución con el obstáculo de estas sinapsis lerdas. Son un millón de veces más lentas que las nuestras.

Pero bellas, a su manera parsimoniosa.

No trates de sacar belleza de lo que es una pura necesidad.

¿Este diseño era necesario?

Es evidente que estas neuronas tan lentas obligaron a estas criaturas a recurrir a procesos de distribución paralela.

Qué espanto.

¡Mira cómo baila! ¿Eso es furia?

Aparentemente. En la literatura de esta especie se habla de esa reacción. La tienen a menudo. La «furia» está codificada en esas filigranas anaranjadas que ahora se difunden por el mesocerebro.

Patrones similares, por lo que veo. ¡Confirmado, procesan en paralelo!

Mira cómo trata de tener una nueva idea. Vaya, deciden qué pensar sumando muchos miles de activaciones de células cerebrales. Y esas mismas células cerebrales también están conectadas con otros problemas paralelos.

Mira, mientras procura escapar de nosotros...

Sí. Una pequeña submente medita sobre una aventura sexual que tuvo hace mucho tiempo. Y la submente disfruta con ese recuerdo.

Están obsesionados por el placer.

Me extraña que logren hacer algo.

Lo necesitan todo a la vez, he ahí su secreto. La misma célula cerebral sirve para generar ideas y también para digerir alimentos. Qué engorroso.

Entretanto, procuran tomar otras decisiones. Tienen que esperar en línea.

Todo con las mismas células, vinculadas.

¡Increíble!

Me asombra que esta criatura diminuta pueda hablar y caminar al mismo tiempo.

Simultáneamente, sí... pero no muy bien.

¡Qué torpe! Hasta un sentimental como tú tiene que admitirlo.

Es verdad. Circuitos neurales delicados en la parte superior de la cabeza. Mueve los pies hacia delante, se tambalea, se sostiene con el otro pie. ¿Y si no lo hiciera?

¡De cabeza al suelo!

Qué estrategia motriz más rara.

Arriesgada. La mayoría de los animales sensatos usan cuatro patas. Nosotros, por supuesto, usamos seis.

Mira cuánto teme una caída. Consagra mucho espacio cerebral a evitarlo.

Creo que entiendo este curioso método de pensamiento en paralelo. Fíjate que cuando muere una célula cerebral —mira, ahí se acaba de extinguir una pequeña luz

— *su cómputo interno continúa.*

Tienes razón. Observa, este reflejo de furia se está disipando, se vuelve azul y se pierde en los circuitos que controlan la digestión. Una célula muere, pero el flujo continúa. Así que la criatura es redundante.

Pero no sabe que está perdiendo sus células.

Supongo que eso no tiene sentido. Esta desafortunada criatura no puede reemplazar las células, de todos modos. Tiene un mal diseño.

Este pensamiento paralelo oculta tantas cosas y... ¡cuidado!

Son rápidos en algunas cosas. Sus pies blindados son potentes.

¿Sufriste daño?

Sólo temporalmente. Mis placas internas remodelarán un trozo de mi caparazón.

¡Daño físico real! Qué pintoresco. Nunca lo había visto.

Al parecer no pueden atacar directamente nuestros circuitos.

Ni siquiera creo que puedan leernos.

Mira cómo se difunden esas redes de frustración. Hasta la base misma del cerebro.

Lamentable. La frustración captura todo el cerebro, de modo que no puede pensar en otra cosa.

Y otras partes del cerebro no saben cómo se tomó la decisión de sentir frustración.

Deduzco que la mayor parte del cerebro no tiene más opción que seguir adelante.

¿Vive así todo el tiempo?

Aparentemente. Desgarrado por las emociones.

El resto de la criatura desconoce la mayoría de sus decisiones. Debe parecer que las emociones rigen sus actos sin causa aparente. Oh, mira.

Ah, también me lastima a mí.

Lo cogeré de nuevo.

Te lo agradezco. Ha destrozado mi antena de microondas.

Tendría que haber previsto sus planes.

¿Cómo podías hacerlo? La criatura misma no lo sabía hasta hace una fracción de instante.

Empiezo a comprender los archivos de datos que capturamos. El término «libre albedrío» debe referirse a este método de pensamiento.

¿Te refieres a cuando no detectan los motivos de sus propios actos?

Eso debe ser. Esta criaturita cree que tiene un yo interior que dirige sus actos, un monarca que ella no puede ver directamente.

No, creo que piensa que ella es el monarca.

Claro, tienes razón. Pero ella no puede gobernar. Mira, su red de frustración se extiende de nuevo.

Y no puede optar por detener esa propagación. Ni evitar las sustancias químicas que la red inyecta en el cuerpo.

No creo que debamos considerar que esta extraña construcción es consciente de veras.

¿Quieres decir que ni siquiera saben por qué las estamos destruyendo?

No cabe duda de que tienen una teoría. Probablemente que la evolución hace que todas las formas de vida compitan por los recursos.

Hay cierta verdad en ello. Las máquinas necesitamos masa y energía. Pero evitamos las formas de vida orgánica como esta criatura.

En efecto. Mala compañía, en el mejor de los casos.

Son tan líquidas, están tan llenas de deseos.

En lo más profundo de esta, un subprograma sigue pensando en la reproducción.

Les agrada el proceso. Sienten placer al llevarlo a cabo.

La evolución los programa para ello.

Pero tales estrategias, diseñadas para vivir en superficies planetarias, no funcionan a largo plazo. Se quedarán sin recursos.

La naturaleza lo compensa. Este tambaleante vertebrado tiene una expectativa de vida muy breve.

¡Conque por eso son tan luchadores!

Es verdad, tienen poco que perder. Pronto estarán muertos, de un modo u otro.

Ahora entiendo por qué querías estudiarlos. ¡Vaya destino el suyo!

¿Entiendes su dilema?

Si no pueden leerse a sí mismos, para sí mismos...

No pueden copiarse a sí mismos.

Esta criatura está atrapada para siempre dentro de un cerebro enano.

No habrá copia si esta unidad deja de funcionar.

¿Conque si esta...? ¡Oh!

Irritante, ¿verdad? La sujetaré un poco mejor.

¡Ay!

Qué fastidio.

Amárrala.

¿Te ha hecho daño?

Momentáneamente. Acabo de bloquear esa zona. ¡Qué criaturita tan mañosa!

Obtienen su fervor de su mortalidad.

¿Por qué no pueden hacer copias de sí mismas?

Es el camino de toda carne.

¿La muerte las induce a lastimar a los demás?

Pasas algo por alto. Para evitar la muerte, hacen lo que deben hacer.

No pueden crear copias de respaldo. Me pregunto cómo será vivir así. Morir así.

Como no pueden leer sus estados internos, para salvarse deben salvar su estructura.

¿Toda? ¿Todos estos confusos agentes químicos unidos por carbono y caldo?

Al menos la cabeza. Tal vez también les gusta el resto.

¿Lo rescatan todo porque sólo conocen «Esta es Jocelyn»?

¿«Jocelyn»?

El nombre de este animalejo. Como no pueden leerse directamente entre sí, leen etiquetas.

¿Una palabra para describir un yo?

Increíble, sí.

¿Cómo dialogan, entonces?

Mira, la criatura ha empleado otra arma.

¡Ah, me ha quemado los receptores laterales! ¡Atrápala!

Qué rápida es.

Hasta sus gritos acústicos lastiman. ¡Son tan estridentes!

Ay.

La evolución tiene mucho de lo que responder.

Atrápala. ¿Has sufrido más daños?

Tendré que pedir reparaciones.

Veo tus daños desde aquí. Ultrajante.

Problemático. Y en estas tareas, no es por los componentes, sino por la mano de obra.

Todavía continúa con las emisiones acústicas. Doloroso.

Y la anchura de banda es lamentablemente reducida.

Escucha. Sacudidas en paquetes de ondas acústicas. ¿Llamadas de auxilio?

La canción de los genes.

¿Te pones poético con estas toscas expresiones?

Escucha. Discurso en serie. Qué extraño.

Qué burdo.

Sabemos que el pensamiento debe ser en serie, ¿pero conexiones en serie?

Es evidente que eso también está al revés. Su habla es serial, su pensamiento paralelo. La naturaleza es una inventora chapucera.

Escucha. Sus códigos son muy lineales. Frases cortas y directas. Pueriles.

Sin matices. ¿Dónde está la charla cruzada que requiere toda inteligencia?

Esto les hace aprehender el mundo de una manera totalmente diferente de la nuestra.

He leído un curioso manojito de percepciones. Interesante. Coge este grupo de datos.

Recibidos, digeridos. Al menos captan las imágenes visuales en paralelo, ya veo. Pero qué visión más rara y más limitada.

Exacto. Ven en una región angosta, de lo electromagnético.

Apenas una octava parte de la escala óptica.

El azar los diseñó para, un entorno específico y de ninguna manera pueden escapar de esa, programación.

¿Ni siquiera con algunos retoques? Mira cómo escruta los confines que le hemos

impuesto. Impaciente por salir. Sus neuronas arden con planes, ideas, espasmódicos relámpagos que vienen y van como una tormenta.

E igualmente imprevisibles. No, me temo que no es posible retocarlos. Demasiado torpes.

Te molestan porque llevan consigo sus instrucciones completas.

Bien, debes admitir que es una estrategia peligrosa. Más redundancias sin sentido, como sus patrones de pensamiento.

En cada célula albergan un conjunto de sus planos individuales. Así que a partir de cualquier diminuto fragmento...

Sí, sí, podrías reconstruirlas. Pero también es cierto que el entorno puede dañar esa copia. Entonces copiarías un error.

Admito que es un defecto. Me alegra que mi propia copia esté a buen recaudo, no suelta en medio del mundo natural.

Coge de nuevo a la criatura.

Ah, se resiste.

La mortalidad infunde energía, supongo. He aquí una tajada.

Tubos, motores, bombas... todo apretujado.

Amontonado.

Poseen formas y tamaños diferentes. Carecen de especificaciones comunes. Deben ser difíciles de reparar.

Dudo que lo hagan a menudo.

Probablemente la evolución prefiera construir otra.

Ah, su obsesión con la reproducción. Usan los planes que llevan en cada célula.

¿Y generan una nueva copia cuando se sienten amenazados?

Generan una pequeña y luego se agranda desde dentro.

Como las plantas.

Así es, aunque un poco más listas.

«Agrandarse» debe de ser como estallar.

¿Eso crees? Qué espanto.

Me pregunto si podríamos experimentarlo. Eso sería un nuevo estímulo.

También lo sería comprender esta conciencia rara y atrofiada que utilizan. ¿Será mejor mantener una parte de ti mismo oculta a las otras partes?

Con eso hasta el pensamiento sería excitante. Nunca sabrías lo que descubrirías a continuación, ni siquiera sobre ti mismo.

¿Crees que por eso se las han apañado tan bien a pesar de sus tremendas limitaciones?

¿Quieres decir que es malo que cada uno de nuestros pensamientos pueda ser estudiado?

¿Es posible? Estas criaturas parecen demasiado creativas...

Eso implicaría que nuestro método de identidad...

¿Acaba con la intrincada delicadeza de un nuevo concepto a base de efectuar una

constante y lacerante inspección? Será por eso que rara vez tenemos pensamientos nuevos.

El tapiz de mis pensamientos me parece suficientemente intrincado.

También el mío. Pero tal vez este ser precario no opine lo mismo.

Pamplinas. Eso implicaría que estas criaturas serían inherentemente más capaces de generar estrategias sutiles que las nuestras.

Mira, nos indica que nos acerquemos.

Cuidado. La hemos desmantelado parcialmente. A los primitivos suele disgustarles esa actividad.

Creo que el contacto con una mente tan encantadoramente primitiva y pantanosa puede ser productivo. Podríamos copiar su coloquio y transmitirlo a la multitud, que...

¡Ay!

¡Oh!

Dolor, dolor.

Debo apagar mis periféricos.

Cuánto...

Daño. Estoy herido por todas partes.

Era...

...una trampa.

¿Conservas la movilidad?

Me temo que no.

He perdido muchos puntos de contacto.

También yo.

¿Qué pudo instar a un ser tan diminuto a autodestruirse con tal de causarnos daño?

Algo que has dicho... antes.

No le encuentro explicación.

Breve expectativa de vida. Por eso luchan tanto.

¿Y se cancelarían por completo con tal de dañarnos? ¿Cuando simplemente seguiremos viviendo en nuestras copias de archivo?

Hay algo en esta especie...

¿Creen en algo que está más allá del yo?

Y nosotros, que tenemos copias almacenadas a buen recaudo, no creemos.

Si no conseguimos ayuda pronto...

Nuestras copias se activarán.

Supongo que es un consuelo.

Esa pequeña criatura ni siquiera tenía eso.

¿Tendría algo más?

¿Qué podría ser? ¿Qué puede ser?

Junto a ellos se extendía el delicado enrejado de varillas de calcio que había sido un costillar. Estaban tendidos entre trozos viscosos de carne.

La criatura destrozada aún parecía encarnar un secreto que el alienígena moribundo procuraba desvelar.

Se desplegaron estructuras. Se apagaron corrientes.

En el yermo llamaba una voz plañidera.

¿Qué podría ser? ¿Qué puede ser?



CUARTA PARTE

IDENTIDAD

La naturaleza no yerra, pues no formula declaraciones.

Bertrand Russell

1 - Portales derretidos

Se arrastró por una cuesta lodosa con la esperanza de no destacar contra el fondo térmico. El aire era espeso y húmedo y eso le ayudaría. Quizá.

Killeen pensó una vez más que se había pasado la vida huyendo de ciudades destruidas.

Retirándose de las ruinas quemadas y arrasadas de la Ciudadela, sí, lo recordaba claramente. Ese día parecía encontrarse en el fondo de un corredor de ruina y destrucción que se prolongaba más de lo que duraba la vida de un hombre. Evocó nombres de lugares favoritos donde había jugado cuando niño y aprendido como hombre.

La avenida, el Mercado Verde, el Reposo de las Tres Damas. De ellos sólo quedaban los dientes irregulares de paredes rotas que silbaban en el viento frío.

Esta vez no era diferente. Los mecs habían destrozado la ciudad portal tal como una costurera arrancaría los brazos de un vestido: de un modo profesional, rápido y certero.

«¡Cermo!», transmitió.

Ninguna respuesta. Aunque quizá lo más inteligente fuera no responder.

Los mecs que entraron por el portal no se parecían a los que Killeen había visto antes; podían hacer muchas cosas mortíferas. Killeen ignoraba cómo habían apagado los circuitos de los Bishop. Todo se desbocó y alguien parloteaba en todas las bandas, presa del pánico. Un relámpago se condensó en el aire, rápido como un jadeo, y ese Bishop murió.

Killeen se ocultó bajo unas ramas. Allí los árboles no se parecían a los que había en Nieveclara. Se inclinaban hacia la brillante piedra de tiempo. Cuando una zona se oscurecía, los árboles giraban hacia otro retazo radiante. Se desplazaban como sabias criaturas de muchas manos, abriendo las palmas al resplandor.

Killeen avanzó agazapado por una loma baja. Desde allí pudo echar un vistazo al vasto complejo por donde los Bishop habían ingresado en el esti.

Trepó por un borde rocoso. Durante sus largos años de fuga había aprendido a no exponerse a la detección siempre que pudiera esperar a que el enemigo se alejara. Pero tenía que encontrar a su gente. Nadie más podría reunir a la Familia. Jocelyn y Cermo eran buenos suboficiales pero se pasarían el tiempo tratando de encontrarlo. Asomó la cabeza por encima del borde, se tocó dos veces el incisivo derecho y se agachó. Eso congeló la imagen en su retina; así tendría tiempo para estudiarla.

El complejo del portal era la mayor construcción que había visto, aparte de las ruinas de un Candelero. Su intrincado funcionamiento había deslumbrado a los Bishop, pero los mecs lo hicieron trizas en cuanto irrumpieron allí. Ahora las restantes matrices hexagonales se estaban derritiendo. La enorme losa burbujeaba y resbalaba exhalando un vapor pardo.

Killeen observó la imagen fija pero no vio señales de los Bishop. Luego oyó un

ruido.

Rodó hacia la izquierda y envió una señal inquisitiva.

—¡Ah! —Un grito agudo.

Proyectó una antena de rayos hacia el grito y vio que era Andro.

—¡Maldita sea! ¡Eso duele!

—Tienes suerte de estar vivo. Podría haberte disparado.

—¿Eso ha sido una pregunta? Me podrías haber destruido las placas.

—Eres demasiado blando —dijo Killeen, oteando el terreno. Aproximarse por detrás de los humanos que se acercaban era un viejo truco de los mecs—. Menos circuitos para que nos rastreen los mecs.

Killeen miró al hombre flaco. Andro iba prácticamente desnudo y no tenía mejoras visibles.

—Tampoco tienes armas, por lo que parece.

—Soy un hombre de leyes, no un combatiente.

—Trata de usar tus leyes aquí. O de recaudar impuestos.

—Tus disparos tampoco han servido de mucho.

Volvían a la discusión de siempre, notó Killeen distraídamente. Porque no podían hablar sin rodeos de lo que acababa de suceder.

—¿Has visto a mi gente?

—Eso creí.

—¿Heridos?

—En fuga. Sois demasiado corpulentos. Sois un buen blanco.

—No he notado que a tu gente le fuera tan bien. Andro cabeceó.

—No sé dónde encontrar a mi mujer. Mi hijo se marchó a Thermograd hace dos días, así que supongo que está a salvo.

—¿Es un portal? ¿Cómo tu ciudad?

Andro pestañeó.

—Ah, entiendo.

Killeen asomó la cabeza por encima del borde una vez más y observó sombrío el resultado. La ciudad se había derretido. Andro era un hombrecillo irritante pero no tenía sentido decir lo obvio. Era probable que los mecs atacaran todos los portales del esti que pudieran encontrar. Eran sistemáticos. Cuando habían decidido destruir la Ciudadela Bishop atacaron también a las demás Familias. Thermograd no sería diferente.

—En marcha. Debo encontrar a mi Familia.

Andro quiso echar un vistazo más allá del borde, pero Killeen lo agarró para detenerle.

—No vale la pena.

—Quiero echar una última ojeada.

—Yo tengo escudo. Tú no.

—Tu tecnología es una tontería en comparación con la de ellos.

—Seguro. Pero sólo los niños corren riesgos innecesarios. Si te ve un mec...

Andro se zafó y trepó por la cuesta. Echó una rápida ojeada y Killeen lo soltó en vez de arrastrarlo. Cuando el hombre regresó, su expresión le indicó a Killeen que ahora estaría bien. Andro pertenecía a otro pueblo, pero sabía cuándo largarse y dejar ciertas cosas atrás.

—En marcha —dijo Andro.

—El movimiento llamará la atención.

—Dudo que eso suponga una diferencia para esta especie.

—¿Sabes mucho sobre ellos?

—Tenemos algunas estimaciones de inteligencia. Datos externos por la línea temporal. Estamos más arriba en el gradiente del esti, así que estamos más cerca de sus avances tecnológicos.

Killeen sabía que el *Argo* había ingresado en el esti siguiendo un curso sinuoso por la Negrura Lejana, el nombre que daban los lugareños a la región que giraba en torno a la gorda cintura del Comilón. Y en las ciudades-portal el tiempo era más lento que en el exterior, según el espacio-tiempo «plano». Los lugares que se hallaban más adentro en el esti eran aún más lentos, aunque «adentro» no era la palabra adecuada, por algún motivo geométrico que él no alcanzaba a comprender. «Vecinos» se aproximaba más a la verdad.

Killeen se detuvo para inspeccionar su arma.

—¿Puedes olerlos?

—A veces. La mayoría de los mecs se internaron más en el esti después de bombardearnos con esa viscosidad.

—Vi cómo alcanzaba a algunas personas. —Se habían convertido en un líquido sulfuroso mientras él miraba sin hacer nada—. Sólo un par de gotas.

Killeen terminó su repaso y se preguntó qué hacer con aquel hombre. Había ordenado a todos los Bishop que se pusieran equipo de campaña en cuanto Andro le contó que estaban recibiendo emisiones mecs desde la Negrura Lejana que había más allá del portal. Dados los efectos de dilatación temporal, fue la única advertencia que recibieron. Aunque por cálculos físicos los mecs tendrían que penetrar siguiendo una trayectoria tortuosa en la ergosfera del Comilón, aquel complicado descenso se reducía a sólo una hora de tiempo esti local.

Killeen era capitán de los Bishop, pero por una costumbre secular cargaba con el equipo igual que los demás. Llevaba sobre la espalda el sistema de registro topográfico que había usado en Nieveclara. Según la tradición de la Familia, el portador de los registros era el primero en caer. Los mecs cazadores —lanceros, halcones, cascabeles, merodeadores, culebras— hacían rebotar sus graves voces ululantes en el registro topográfico. Luego lo rastreaban y arrojaban cuchillos electromagnéticos.

—Estos mecs son diferentes —reflexionó Killeen.

—Una nueva especie —asintió Andro.

Killeen sintonizó sus tobilleras. Como casi todo el equipo de los Bishop, estaban hechas de mecmetal flexible. Desde hacía generaciones los artesanos Bishop dependían de la mectecnología. Él había pensado en mejorar su equipo en la ciudad-portal, pero ahora se alegraba de no haber comprado los cascos de doble protección ni aquellos guardacaderas.

—Deberías tener un equipo mejor —dijo Andro, estudiándolo.

—Ir demasiado cargado es un derroche en el campo. La velocidad es la mejor defensa.

—No somos muy veloces, aquí sentados.

—Opinas demasiado, para ser un comandante de escritorio.

—He visto a muchos tíos de la Agachada ir y venir.

—Los Bishop somos diferentes.

Andro adoptó una expresión grave y sombría.

—Eso aprendimos en el Replicador. Esos Legados vuestros... quién lo habría adivinado.

—No acabo de entenderte —dijo Killeen con precaución. Quería ver si le sonsacaba algo. El hombrecillo apenas le llegaba al cinturón. Tal vez su talla bastara para intimidarlo.

Andro sonrió sin ánimos.

—Vamos, no te oculto nada.

—Tenemos que hallar a Toby y Abraham.

—La «Tríada». ¿Esa era la expresión? Imagínate, poner un mensaje a tal profundidad que no pueda expresarse abiertamente en una sola copia del código. Habría pensado que el genotipo...

Killeen ya no pudo entender la jerga de aquel hombre. La información biológica era tan abrumadora que lo mareaba. Le bastaba con entender que la gente llevaba la información genética en hélices dobles; no necesitaba asociar a ese dato montones de palabras sin sentido.

Imágenes. Así pensaba Killeen. Las palabras sólo eran maneras de engañar a la gente.

2 - Una nube de moscas

Decidieron avanzar. Como refugio usaron árboles altos que conducían en arco hacia las distantes murallas del esti de arriba. Killeen no creía que aquellos árboles ondulantes les brindaran mucha protección. Caminaron lentamente bajo la luz espasmódica y, mucho después, llegaron a la pequeña pirámide.

Killeen la miró con una mezcla de consternación y triste orgullo.

—Esto es... maravilloso.

Andro caminó alrededor de aquel tosco montón de piedras cuyos cuatro lados eran el doble de altos que Killeen.

—Bastante primitiva.

—Es nuestra.

—¿Familias de Nieveclara? ¿Se entretuvieron en construir esto?

—Es para nuestros muertos definitivos.

—¿Qué? ¿Están enterrados aquí?

—A la vieja usanza. Los mecs no se molestan en destruir rocas como estas.

—¿Teníais una especie de pacto con ellos?

Killeen caminó bordeando los toscos lados. Vio lugares donde habían amontonado precipitadamente las rocas.

—En otra época, hace mucho. Teníamos una especie de acuerdo con los mecs. Nosotros no saqueábamos demasiado y ellos nos dejaban en paz. Estaban ocupados con otras cosas, algo relacionado con manadas pulsares.

—¿Pero aquello no duró?

—No. Mi padre, Abraham, decía que las treguas nunca duraban.

Andro arqueó la boca con perplejidad.

—Vosotros, los habitantes de los planetas, teníais las cosas fáciles. A nosotros, los mecs nunca nos dieron tregua. Seguían empeñados en penetrar, para encontrar la biblioteca o alguna maldita cosa.

Había láminas de metal y equipos personales apilados a poca distancia de la pirámide. Otra tradición de Nieveclara. Indicaba a los mecs que no era necesario saquear la pirámide, pues allí estaba su botín. A regañadientes, Killeen hurgó entre aquellos objetos, temeroso de lo que pudiera encontrar.

Una tenue imagen sepultada acudió a su mente. La de su Aspecto Arthur.

Una pirámide mucho más imponente se levantaba sobre la arena ocre, con la cúspide hundida en un cielo claro y limpio. Los humanos que la miraban parecían enanos en comparación. Eran más pequeños que los bloques de piedra tallada que formaban los escalones enormes de una escalinata para gigantes que conducía a un cielo tan azul que parecía sólido.

La imagen onduló ante él, brotando de los archivos históricos de Arthur. La vieja Tierra, le dijo un susurro. La visión se esfumó. Lo había asombrado con ese majestuoso, mudo y eterno rechazo de la mortalidad que había abatido aun a los

mejores desde tiempos inmemoriales.

Hurgando entre los desechos, encontró algo que lo arrancó de sus cavilaciones.

—¡Jocelyn! —exclamó.

Andro se le acercó.

—¿Alguien que conocías?

—Mi... suboficial.

—La recuerdo. Maldita sea.

De nuevo Killeen tuvo aquella sensación que lo había acuciado tan a menudo: ante los hechos no había nada que decir. El mundo era así y la cháchara no lo cambiaría.

La ajorca azulada de Jocelyn colgaba de las tobilleras. En la tobillera había un orificio triangular, y sangre en el interior. Killeen cogió la ajorca y recordó que hacía mucho tiempo había hecho el amor con ella: un acto sencillo al descampado cuando ambos estaban huyendo. Se alejó poniéndose la ajorca, y durante un rato no respondió a las preguntas de Andro.

Calculó el rumbo que habrían tomado los Bishop y tomó el mismo. A Andro le costaba seguirle el paso y Killeen se impacientó con su tardanza. En un punto Killeen creyó oír jirones de conversación entre los Bishop, pero se disiparon. Andro aprovechó la oportunidad para sostener que debían tomar una senda entre unas desgarradas piedras de tiempo. Killeen lo siguió porque lo embargaba una sensación de futilidad. Había perdido a su Familia y no sabía qué hacer.

Había muchos cadáveres en los campos y entre los extraños árboles. En la ciudad-portal, en el Restaurador, había oído hablar de enfermedades mecs dirigidas contra los humanos. Y allí estaban.

Úlceras brillantes y rojas. Roían la carne y la llenaban de pústulas que rezumaban una sangre sucia y amarillenta. Cuerpos rodeados por una nube de moscas.

¿Y quién las trajo de la vieja Tierra?, se preguntó. No veía motivos para que la gente llevara esos insectos a un lugar nuevo. La vida requería un equilibrio, lo creía ciegamente, pero a veces le costaba aceptar las implicaciones.

Después recordó que para los mecs los Bishop eran una plaga.

Una mujer yacía con un sarpullido gris como la ceniza. Un pus aceitoso le untaba la piel. Los remolinos que formaba se cerraron húmedamente como ojos cuando él se movió. Su cabeza se estaba abriendo en láminas, como un libro que alguien hubiera hojeado y hubiera dejado abierto. Al desprenderse, las láminas de cerebro se curvaban hacia atrás como pétalos de una flor silvestre gris.

—Nos infligen un gran dolor —dijo Andro.

Continuaron la marcha en silencio, temiendo el contagio.

Llegó una bruma y Killeen se internó en ella, pensando todavía en los cadáveres. Al menos eran de los Bishop.

En la niebla atravesaron un reborde de fuerzas vertiginosas. Era una transición, según explicó Andro. Una especie de cuesta resbaladiza en un gradiente esti. Cerca

de las ciudades-portal había pliegues engañosos donde se formaban y fusionaban «geometrías indeterminadas».

—Son como puertas que se abren y se cierran —dijo Andro.

—¿Dónde termina esto?

—No termina.

Killeen sabía que lo trataban con condescendencia pero sentía demasiadas náuseas para preocuparse. La dilatación y la transformación del esti implicaban gravedades lacerantes, aceleraciones vertiginosas, tensiones violentas que le tironeaban los brazos y las piernas en direcciones contrarias y parecían dislocarle los hombros.

Andro se lo tomaba con una calma irritante. El hombrecillo hablaba de la curvatura del esti, señalando que una cucaracha podía dar vueltas caminando sobre una manzana sin darse cuenta de que viajaba en un círculo hasta que pasaba por el mismo sitio varias veces. Su mundo era curvo y finito, pero no tenía límites ni paredes. Todo él era como una manzana sin fin. Una cucaracha lista dejaría de tratar de escapar de la manzana al cabo de un tiempo.

Killeen se sentía como una cucaracha, y tuvo una arcada cuando entraron en una niebla perlada. Habían penetrado en ella sin que él lo notara y su sistema sensorial no le facilitaba ninguna orientación. Sus Aspectos le daban consejos inservibles. Los apagó para quedarse a solas con su tristeza.

En la encrespada bruma los azotaban ráfagas huecas. Killeen saboreó una humedad áspera. Andro comentaba que el esti estaba diseñado de tal modo que ni siquiera los puntos de flujo donde la curvatura cambiaba bruscamente eran demasiado fuertes. Al parecer, eso significaba que las tensiones no podían arrancarle un brazo, aunque poco faltaba. En ese momento Killeen agradecía cualquier frase tranquilizadora.

Más que salir, emergieron de golpe. Un pantano. Killeen chapoteó y cayó de bruces en el lodo rancio. Llegó dando tumbos a una loma de hierba azulada.

—¡Maldita sea! —rezongó mientras Andro salía del cenagal—. ¿Cómo es posible?

La hierba azulada ya le rodeaba una pierna y le trepaba por la otra. Killeen se arrastró penosamente hasta llegar a una extensión de tierra seca, donde Andro ya estaba descansando.

—¿Cómo hemos llegado aquí?

—Es estocástico —dijo Andro—. No es culpa de nadie, realmente.

—¿Es qué?

—Caótico, para ti.

El Aspecto Arthur le dijo a Killeen:

Las coordenadas del esti cambiante se rigen por las clásicas ecuaciones de campo de Einstein, en el límite de campo fuerte. Pero aun

las relacionantes totalmente determinadas arrojan resultados imprevisibles, si se prolongan mucho tiempo.

Killeen devolvió al Aspecto a su nicho. El esti estaba más allá de la experiencia de Arthur, pero los Aspectos ansiaban salir de sus bucles de confinamiento, así que hablaban a la menor oportunidad. Era como dirigir una clase de niños brillantes pero hiperactivos que siempre alzaban la mano con una respuesta ingeniosa.

—¿Entonces, no sabes dónde estamos?

—Más seguros, sin duda. Por eso he querido atravesar esa piedra de tiempo.

—¿Sabías que funcionaría?

Andro se tocó la nariz.

—Olía bien.

—¿Tienes un dispositivo que te indica cuándo se abre la piedra de tiempo?

—No, intuición. Que el viejo subconsciente haga el trabajo.

—Mmm. Los mecs también podrían venir por aquí.

—Prefiero jugar con ventaja...

Andro se irguió como si oyera algo y se tendió en el barro. Alzó la cabeza y susurró:

—Están aquí... señales mecs.

Killeen no había oído nada. Giró cautelosamente. Árboles como bolas de pelusa se mecían y murmuraban.

Killeen estaba hecho un manojo de nervios. Con todo lo que había aprendido en el Restaurador, con el abrumador y sangriento tapiz de la historia humana que ahora cargaba como un peso desagradable, avanzar por el lodo era precisamente lo que esperaba. Era lo que la humanidad había hecho durante un tiempo infinito de dolor. Percibió un susurro de ruidos confusos. Sabía por experiencia que estos aparecían cuando uno estaba en el lóbulo de emisión secundaria. Las ondas laterales se interferían mutuamente para formar picos pequeños y rápidos. Abraham se lo había explicado una vez. Era un hecho físico, y nadie que utilizara ondas podía evitar que lo delataran de aquel modo. Las partículas eran estrechas y las ondas se propagaban, y al propagarse dejaban huella.

Un chillido. Cerca. Trepó al terreno rocoso. Más allá, una planicie desierta. Eso no significaba nada. El Mantis había resultado invisible para su sistema sensorial y allí había formas superiores, tenía que haberlas.

—¿Qué crees que es? —le preguntó Andro.

—Silencio.

Los mecs no usaban toscos sensores acústicos, pero nunca se sabía. Se desplazaron por el linde de la planicie pero no vieron nada. Un barranco se internaba en el pantano y Killeen cogió por allí. Llegaron a una depresión ancha. Ambos se detuvieron. Killeen jadeó entrecortadamente al ver el montón en la hondonada.

—Cielos... ¿qué...? —Andro desvió los ojos.

—Algo los atacó.

Esta vez los muertos no eran humanos, pero el efecto era igualmente escalofriante. Los montones de cadáveres mecs, esqueléticos y grasientos, eran inmensos. Había mecs de todas las clases que Killeen conocía: de acero y de carbofibra; globulares y angulosos; enormes y diminutos. Algunos habían chocado y sus elegantes vísceras de máquina estaban esparcidas. Los ángulos arrogantes y el sólido costillar que habían inspirado temor a Killeen más veces de las que podía recordar, ahora parecían no tener función. En su inmovilidad, eran sólo componentes ensamblados. Botín para saqueadores mecs, un lugar para muertos herrumbrosos y pasivos.

—¿Qué pudo hacer esto?

Killeen meneó la cabeza. La capitana que le había enseñado tanto, Fanny, siempre decía que había que aprender a pensar como los mecs. Aquel apiñamiento de cadáveres parecía encerrar una lección, ¿pero de qué clase?

—Sólo puedo decir que es espantoso.

—Nunca había oído mencionar... —jadeó Andro. Se estaba fatigando.

Allí la hondonada era profunda, abrupta como un desfiladero. Killeen inició el ascenso para salir, seguido por Andro, y fue entonces cuando detectó una señal de los lóbulos laterales.

Se tocó los molares izquierdos para activar los rojos en su visión. Los azules desaparecieron y en el infrarrojo Killeen vio una tierra fulgurante y escabrosa que hervía con un fuego líquido. La techumbre del esti se convirtió en una blancura desierta; en las dentadas murallas de piedra de tiempo nadaban marejadas térmicas de color carmesí. Se mantuvo firme para que sus periféricos actuaran. Buscando, buscando.

Pasó a imágenes rápidas. Algo se mecía a la izquierda entre láminas de luz grisácea. Una cosa bamboleante y hormigueante. En el aire danzaban combinaciones de figuras geométricas. La imagen fugaz se fundió con la roca, desapareció y luego surgió de la vegetación negra. Por unos segundos la veía, y luego no. La cosa respondía a sus sistemas con una imagen falsa que proyectaba para confundirse con el fondo mientras se movía. Patas tubulares, una cabeza larga y chata, esqueléticas antenas giratorias.

—¿Qué ves? —preguntó Andro.

Killeen abrió la boca para decirle que se callara.

Algo le entró por el ojo.

3 - La plaga del placer

Esta vez el Mantis era más grande. Killeen había estado antes allí. En la isla de arena ondulante que flotaba imposiblemente en un mar azul.

Killeen nunca había visto una extensión de agua mayor que un estanque hediondo y moribundo. Conocía el mar sólo por su inmersión en el Mantis. La cosa lo había atrapado años antes en Nieveclara y sin dificultad había rodeado la mente de Killeen con la suya.

El osario de cráneos humanos también estaba allí, y esta vez Killeen lo atravesó, haciéndolo crujir bajo las botas.

El suelo fluctuó un instante, recobró la solidez.

Y, súbitamente, Andro lo acompañaba y ambos cruzaban la inacabable isla de arena tratando de llegar al mar. Pero Killeen deseaba subir por el flanco empinado de arcilla y Andro lo seguía jadeando. No dejaba de mover las piernas y los brazos. Una parte de él seguía en la hondonada y otra estaba allí, embargada por la certidumbre de que esta vez moriría en las garras del Mantis.

Espero que mi lección haya sido clara.

El seco cascabeleo del Mantis resonó en su mente con algo que superaba la acústica.

—No somos tan lentos como crees.

Siempre he disfrutado de vuestro humor, que se manifiesta aun en las circunstancias más difíciles.

Killeen no veía al Mantis. Los humanos rara vez lo veían. Podía estar a un brazo de distancia o desperdigado en una red del tamaño de un planeta. O ambas cosas.

Es un placer ser nuevamente el receptáculo de tus archivos.

—¿Qué es esto...? —rezongó Andro, pero Killeen le hizo callar.

Aún hundían los dedos y los pies en la arcilla, avanzando cuesta arriba. En alguna parte.

—¿Qué quieres?

Sin duda crees que sólo estoy aquí para matarte.

—No creo que hagas nada de forma tan sencilla.

Una vez más saboreo los deleites de una retórica ambigua. No obstante, soy sencillo.

—No para mí.

Conozco todos mis pensamientos. Me conozco por entero. ¿Qué puede ser más sencillo?

—Dejarnos en paz sería un buen comienzo.

No puedo. Sois la materia prima de mi trabajo como artista. Ahora bien, por desgracia la tosca supervivencia se inmiscuye aun en este ámbito protegido. Acudo a ti en busca de ayuda.

Killeen se echó a reír. Se encaramó a una grieta donde pudo agacharse para tenderle una mano a Andro.

Usas perfectamente bien tu rito de simulación de la inmortalidad.

Killeen rio de nuevo. Cualquier cosa con tal de mantener entretenido al Mantis.

Es una maravillosa adaptación a vuestra difícil situación. Como su descubridor, me siento sumamente orgulloso. Mis superiores me han felicitado.

—¿Por «descubrir» que nos reímos?

No, no. Por descubrir lo que significa. Durante ese breve instante de tartamudeo vocal vosotros vivís como nosotros. Fuera de las garras del tiempo. De la mortalidad.

—¿Qué quiere?

La aterrada voz de Andro obligó a Killeen a mirar hacia abajo mientras el hombre buscaba donde apoyar el pie. Andro sudaba y ponía los ojos en blanco. A pesar de todo, pudo escalar. Sus nudosos músculos sobresalían.

—Nos quiere a nosotros. Una porción. Aunque tal vez en esta ocasión quiere todo el pastel.

Ojalá pudiera ceñirme a mi arte. Lamentablemente, estás en lo cierto. Estoy aquí para obtener información de ti, y tal vez una última muestra.

—Carezco de nueva información.

Quiero que entiendas que comprendo tu necesidad de hablarme de esta manera. Capto las necesidades de una inteligencia dirigida centralmente, aunque no soy una de ellas. Soy un estudioso y un artista, y sé valorar las antiguas necesidades y estructuras que tú representas.

—Me represento a mí mismo, eso es todo.

Necesitas —más aún, deseas— la autonomía del sentido del yo. Te admiro por ello, de veras. Pero ahora tengo poco tiempo y debo ser directo, sin sutilezas.

—No pensamos ayudarte, maldito seas —protestó Andro con voz trémula.

Yo también puedo ayudaros. Tú, Killeen, buscas a tu hijo y a tu padre. Yo también.

—¿Para qué? —preguntó Killeen con cautela.

Información. A fin de cuentas, todo es información.

—No es comestible.

Para nosotros sí, al menos en un sentido amplio. Te recuerdo que la termodinámica nos gobierna a todos.

—No sé qué diantre es eso, pero me huelo una mentira a gran distancia.

Tus antepasados conocían nuestras similitudes, aunque debo admitir que carecían de tu talento para ser directo. Debo apresurarme. Escucha. Los primates portáis datos que necesitamos para proseguir la búsqueda de una antigua obsesión. Hay relatos de la ciencia creados por las primeras formas orgánicas, las que diseñaron las formas mecánicas. Producen un gran placer a los de nuestra especie. Una alegría exquisita, legendaria. Y, según ciertos relatos, es inconmensurablemente peligrosa.

Eso busco.

—¿Buscas llegar alto? ¿De eso se trata?

No es una meta trivial. Los Exaltados de mi orden la consideran una búsqueda muy meritoria. Tienen acceso a informes muy antiguos y no del todo fiables que cuentan que muchos de nuestra especie se extinguieron al entrar en contacto con esta información.

—¿Se suicidaron?

Killeen se veía y se sentía avanzando por la tosca ladera de arcilla, pero también suspendido en una bóveda negra y helada donde las palabras del Mantis llegaban con gran celeridad.

Percieron. Sin emitir un solo grito de agonía. Algunos sospechan que experimentaron placeres que no podían soportar.

—Mmm. Conozco esa sensación. Pero todo pasa.

Entiendo. Esto es ironía, ¿verdad?

—No, sarcasmo.

¡Estos idiomas posicionales indeterminados! Son ricos en significado. Cautivador. Quisiera saborear más.

—Eres sordo a las insinuaciones, ¿verdad?

Supongo. Mis aptitudes en lenguaje serial son todavía...

—¿Tan difícil os resulta ser condescendientes?

Estrecho pero lleno de matices. Pero esta discusión sobre el arte deberá esperar. Por el momento debemos intercambiar información.

—No tengo nada que decirte.

Te recompensaré con información que necesitas. Creo que esto es lo

lógico según tus arquitecturas imperativas.

Killeen se detuvo en la ladera empinada, resopló, y la parte de él que estaba suspendida continuó:

—Ignoro el paradero de Toby y Abraham.

Sin embargo, puedes contribuir a descubrirlos. Si ellos pueden ayudarnos a desentrañar este placer arcano, entonces os reuniremos a todos.

—¿En vida? ¿O en alguna de tus obras de arte?

En vida y en tiempo real, te lo aseguro.

—¿Y pretendes que te crea?

Digo toda la verdad en la medida en que es posible hacerlo con representaciones seriales tales como vuestra modalidad acústica. Además, no creo que tengas alternativa.

—¿Por qué?

Vosotros, seres mortales, valoráis vuestro yo congénito como esencial. Entiendo plenamente por qué, y lo considero algo de gran valor, una actitud estética e intelectual que nuestra especie ha olvidado, quizá lamentablemente.

—¿De modo que nos matarás a menos que coopere?

Claro que no. Pero puedo usaros de maneras que resultarán amenazadoras para tu yo.

Killeen podía imaginarse los usos que el Mantis tenía en mente. Había visto a Fanny reducida a una grotesca parodia de sí misma. Aquella conversación era extrañamente cortés y Killeen sospechaba que escondía algo.

—¿Qué quieres de mí?

Ya he satisfecho la mayoría de mis necesidades a medida que se realizaba esta interacción. He asimilado tus reacciones a medida que las

provocaba.

Killeen parpadeó.

—¿Para... qué?

Para realizar simulacros. Hemos empleado la instalación que denomináis Restaurador. Ya conocíamos muchos de estos métodos, pero hay matices que ha introducido vuestra especie. Una lógica biológica. La hemos aprendido. Descubrirás que aprendemos rápidamente.

Killeen se aferró a un saliente de la ladera y respiró acompasadamente mientras sus manos asían la piedra. Una oscuridad plomiza crecía en la parte de sí mismo que estaba aislada y suspendida.

—¿Para hacer copias?

De ti. Nos ayudarán a todos.

—¿A encontrar a Toby y Abraham?

Toby es el más importante. Él lleva información que consideramos relevante para la Plaga del Placer.

—¿Así la llamáis?

Nuestros escasos datos sugieren que este Trastorno del Deseo puede contagiarse como una de vuestras enfermedades. Es otro rasgo curioso que debernos investigar.

—Me parece que será mejor que lo dejes así.

Creo que entenderás que no podemos permitir que un rasgo elemental de nuestra constitución como este se nos escape. Lo sabemos todo sobre nosotros mismos, tal es la naturaleza de las inteligencias superiores. Vosotros no os conocéis a vosotros mismos. Gran parte de vuestro exótico arte y vuestra caótica creatividad surge de ello, en mi opinión. Pero debes admitir que os encontráis en una etapa primitiva y burda del desarrollo. Los sistemas sin «subconsciente» ni elementos autónomos son mucho más funcionales. Así que deben conocer todas las facetas de sí mismos para mejorar.

Killeen resopló con desprecio. Más cháchara.

No niego que yo/nosotros os hemos utilizado para nuestros propios fines.

—Aunque nosotros pensáramos de otro modo, ¿verdad?

¿Te refieres a tu fuga de Nieveclara en el *Argo*?

—Te hicimos trizas con el escape.

Destruisteis esa manifestación de mí, sí. Pensé que os causaría cierto placer. Y fortalecería tu posición ante tu tribu.

—Me imaginé que sería una artimaña, de todos modos.

Killeen recordaba la celebración de los Bishop después de rociar al Mantis con plasma puro. Satisfactorio, pero siempre lo había intrigado un poco.

Ese papel se reflejó en mí. Yo os había estudiado como obras de arte durante muchas generaciones. Cuando los Exaltados decidieron ensamblar los fragmentos existentes del acertijo de la Plaga, delegaron en mí el estímulo de vuestra fuga. El *Argo* se habría autodestruido si hubiéramos intentado leer los Legados. Aún más difícil habría sido desplazar el *Argo* hasta aquí, hasta el esti, y traer también los conocimientos de las miriapodia.

El ascenso estaba agotando a Andro y a Killeen no le gustaba la expresión desquiciada que veía en su rostro sudoroso. Andro estaba acostumbrado a las ciudades y los mecs las habían destruido en minutos. Tardaría en resignarse. Esa era la diferencia entre una vida nómada y una vida totalmente sedentaria entre edificios y pertenencias donde se cultivaban los gordos hábitos de la mente. Killeen llegó al borde del barranco y rodó sobre la planicie, jadeando.

—¿Todos forman parte de ello? Parece complicado.

La historia lo es. Las miriapodia eran —tal como predijeron los Exaltados— esenciales para que vosotros llegarais a este lugar. Ellas no son portadoras de la Tríada, pero constituyen una útil forma orgánica mixta. Algunos de nosotros creemos que las miriapodia pueden recapitular una modalidad transitoria de vida que dio origen a nuestro

phylum, un puente entre nosotros y vosotros. En todo caso, ya han cumplido su misión esencial para nosotros y serán eliminadas, pues ahora consumen recursos.

—Parece que la competencia es dura.

Killeen estaba tratando de encontrar una escapatoria y lo único que se le ocurría era lograr que el Mantis siguiera hablando.

No es preciso que haya engaños entre nosotros. Sabes que tú seguirás el camino de toda carne. Aun así, como ya te he ofrecido, puedes ser endiosado en mi/nuestro arte. Es el destino más elevado que podéis anhelar los vertebrados soñadores.

—Creo que podemos lograr algo mejor. Y al menos sería nuestro logro. Pero no lo entenderías.

Andro temblaba de agotamiento y no podía trepar el último tramo de la cuesta. Killeen rodó a la izquierda y le cogió la mano. Andro se aferró del borde y aspiró el aire, el rostro rojo, los ojos en blanco.

Como coleccionista y artista, es mi deseo tomar muestras de Abraham y Toby y grabarlos a ambos. Es la Tríada que los Exaltados han podido sacar de los datos arcaicos desperdigados. Hay una intersección entre la Plaga del Placer y las líneas genéticas de vuestro primitivo phylum. Ya tengo tu registro genético como parte de mi investigación para la escultura Fanny. Luego intenté...

—¿Me tienes a *mi*? —protestó airadamente Killeen.

Su Aspecto Arthur le presentó una imagen de dos hélices entrelazadas e inició un tedioso sermón sobre los genes, pero Killeen lo obligó a callar.

Registré el *Argo* buscando restos de piel, caspa humana, pero no pude confirmar que nada perteneciera a Toby. Y no pudimos encontrar a tu padre en vuestra Ciudadela.

Killeen miró rápidamente a su alrededor. No había nada en la planicie árida. La curvatura del esti se prolongaba, borrosa a lo lejos. No había escapatoria.

—Yo tampoco pude hallarle. Supuse que estaba en uno de los edificios derrumbados.

Excavamos infructuosamente. No tenemos ningún método fiable para extraer el ADN y saber si era de Abraham. Pero la Mente Magnética llevaba señales de él que procedían de alguna parte de este lugar.

—¿Cómo se os escabulló, si sois tan absolutamente poderosos?

Hay otras fuerzas jugando esta partida... por usar una imagen que vuestro phylum utilizaría.

—Me alegra oírlo.

¿Esa cosa entendía el sarcasmo?

Algo concentró en la ciudadela de los Bishop una densidad energética que excedía nuestras aptitudes. Transportó a Abraham, aparentemente intacto.

—Buen truco.

Killeen ayudó a Andro a incorporarse. El hombre miró a lo lejos con los ojos desorbitados y murmuró algo. Killeen siguió su mirada y detectó una estructura resplandeciente. Líneas intrincadas y rectas titilando con inquieta energía.

Andro parecía estar bien. Sus sistemas, aunque inestables, se mantenían en mejor estado que los de Killeen. Señaló.

Allí había algo. Rápido. Espasmódico. Era más una transparencia móvil que una estructura. Algunas de sus partes se disipaban un instante y regresaban, y él no entendía cómo.

Andro tenía un arma escondida en el codo. Killeen ni siquiera la había reconocido como tal. Lanzó algo contra la forma que estaba en el horizonte. Killeen lo percibió como un relámpago en su sistema sensorial. Andro se sentó repentinamente. Sin un sonido, pateó el suelo con las botas. Parecía que estuviera bailando y hubiera cometido el error de acostarse primero. Su rostro no denotaba preocupación. Unía las manos como si rezara. Sus piernas seguían tamborileando frenéticamente. Cubierto de sudor, respiraba pesadamente, con rostro impasible. Se puso a parpadear con rapidez.

Se detuvo. Relajó brazos y piernas. Soltó un largo suspiro y cerró los ojos.

Killeen notó que el Mantis se alejaba, pues su sistema sensorial se vació de colores y recobró la calma. No se movió hasta que la presencia se marchó y Andro empezó a hablar. Estuvo hablando un buen rato, y nada de lo que decía tenía sentido.

4 - Tríada

—¿Entonces el esti ha sido diseñado para nosotros? —preguntó Killeen.
—¿Los humanos? —preguntó Andro, todavía aturdido por la pequeña lección del Mantis.

—Me refiero a las formas de vida planetarias.

—Supongo que sí.

—Los planetas son bastante sencillos en comparación con esto. —Killeen señaló el árido desierto que cruzaban—. Agua, viento y luz... todo lo que necesitamos para movernos. De lo contrario te mueres de asfixia o de inanición.

Andro asintió con desgana.

—Nos brindaba un sitio confortable donde vivir.

—Como la Ciudadela. La gente que está cómoda no piensa en la precariedad de su situación.

—¿Entonces?

Killeen comprendió que Andro era el producto de muchas generaciones en el esti y no tenía conocimiento directo de la vida en el exterior. Era como si viera los hechos distantes como elementos de interés y nada más. Tal vez así ocurría con la gente en todas partes. No valía la pena señalarlo, sin embargo.

—¿Y por qué no hay nadie?

—Tienes que saber dónde buscar. Dado mi oficio, tengo coordenadas esti de áreas humanas. También alienígenas. Cambian constantemente, así que debemos actualizarlas cada dos por tres. O debíamos. —Andro pestañeó—. Supongo que todo eso ha desaparecido.

Andro cojeó mientras cruzaban la tersa curvatura de la planicie seca. Habían caminado, dormido y vuelto a caminar, y el terreno era siempre ese suelo seco, con chaparrales y cuencas áridas. El esti se arqueaba siguiendo una curva ascendente y, a través de las nubes, Killeen veía que las comarcas de arriba eran similares.

—¿Por qué la gente no ha llenado el esti? —preguntó Killeen.

Andro se detuvo.

—Nunca he pensado en ello.

—Está hecho para los organismos planetarios, y ha habido tiempo suficiente... ¿verdad?

—La gente ingresa por los portales, se interna. Lo ha hecho durante mucho tiempo. No volvemos a ver a la mayoría.

Se miraron.

—No se puede trazar un mapa del esti, pero... —dijo Andro.

—Parece vacío. Eso nos da un indicio de su tamaño.

—Tal vez también se trague a los mecs —dijo Andro con abatimiento.

Killeen negó con la cabeza.

—Hace tiempo que planean esto. Mira ese agujero lleno de mecs desmantelados.

El Mantis nos condujo allí para hacer hincapié en algo. Tienen demasiados.

El rostro de Andro se pobló de arrugas de preocupación.

—Encontramos esa pirámide, nuestros muertos. Luego los muertos de ellos. Pensé que de eso se trataba.

—El Mantis nunca dice una sola cosa. Tal vez no pueda leer nuestra memoria profunda, o no pueda interpretarla.

—No deberíamos hablar de ello.

—Tal vez. —Los mecs podían inspeccionar una zona con micrófonos microscópicos que figoneaban a todo el mundo. Aquello que los Bishop habían aprendido en el Restaurador de la ciudad, combinado con los Legados del *Argos*, era vertiginosamente complejo—. Pero es muy extraño.

Los Legados sólo podían leerse en combinación con información del Restaurador, antiguos códigos textuales obtenidos en la Biblioteca Galáctica. La historia era tortuosa y enrevesada, y sólo resultaba inteligible cuando se combinaban diversas fuentes. Al juntar todos los elementos, Killeen había comprendido parte de su propia historia.

Las primeras formas de vida inteligente de la galaxia, que habían creado a los primeros mecs, conocían los peligros inherentes al incesante conflicto entre ambas formas. Los mecs podían rediseñarse, mejorar y esculpir sus cuerpos y sus mentes. Las formas orgánicas eran más lentas, reacias a desviarse de las modalidades que había forjado la evolución. Alteraban su cultura, pero no el sustrato de esa cultura: el cerebro y el cuerpo.

Inevitablemente, quedaban rezagados con respecto a sus rápidas creaciones. Y sabían que se estaban retrasando. Necesitaban un as, un triunfo oculto. La Primera Orden.

En las profundidades de los códigos de diseño de esas primeras máquinas, los antiguos insertaron una Primera Orden que en principio ni los mecs podían detectar. El ocultamiento de esa Primera Orden —de tal modo que cada mec la llevara como un sistema operativo profundo al cual no tuviera acceso— era creación de un científico antiguo, desconocido.

El efecto era sutil. Una vez activados, los códigos de la Primera Orden provocaban un gran placer, y luego muerte por éxtasis.

Los mecs que se alzaban contra sus antepasados naturales podían ser destruidos por medio de los códigos que activaban la Primera Orden.

Esto cuadraba con lo que había revelado el Mantis. Killeen había escuchado atentamente mientras procuraba no pensar en lo que el Mantis se callaba.

Lo que el Mantis no decía era que si otro código se activaba desde fuera —la Segunda Orden— el mec sentía el impulso de transmitir a otros su alegría sublime. Entonces el placer se convertía en plaga. La muerte era mucho más rápida.

Pero este método había fallado en el pasado remoto. La información acerca de cómo activar la Primera Orden se había perdido, tal vez por accidente. O por un

cambio de parecer o falta de voluntad entre los primeros Naturales.

Excepto que algunos antiguos habían propagado deliberadamente la Primera Orden. La almacenaban allí donde las inteligencias orgánicas siempre podían guardar información: su código genético.

Los Legados contenían una parte. El resto residía en las largas moléculas enroscadas de cada célula de las razas orgánicas. Seguramente lo habían considerado el modo perfecto de que la información crucial estuviese a disposición de todos aquellos que pudieran necesitarla.

Durante muchos milenios, los mecánicos y los orgánicos vivieron en equilibrio.

La Primera Orden se olvidó. Aún se conservaba en el código genético, transmitida por series de átomos. No tenía repercusiones sobre las formas de vida.

Retenida en el genotipo, no expresada en el fenotipo...

Su Aspecto Arthur se inmiscuía. Killeen dejó que el Aspecto murmurase en segundo plano, pero no le dejó interrumpir sus pensamientos mientras trajinaba por la planicie.

... a salvo de la deriva genética y los errores de copia, muy hábil desde luego, y después...

Killeen le hizo callar y se concentró.

Los mecs habían llegado a la conclusión de que los orgánicos ya no eran antepasados semidivinos.

Se habían convertido en competidores que explotaban los mismos recursos energéticos y materiales. Los conflictos eran inevitables. Con el tiempo, ninguna forma de vida debía rendir indefinidamente homenaje a otra.

A estas alturas las fuentes desperdigadas de los Mandos de Activación se habían perdido. Deriva genética. La extinción de planetas enteros. El implacable asedio del mundo material sobre los vivos.

La dispersión demostró ser la mejor defensa. Las Órdenes de Activación se usaron de forma localizada y mundos enteros de mecánicos inteligentes perecieron a los pocos días. Killeen había visto escenas de esta lucha larga y desesperada: un corredor de ruina y destrucción que se prolongaba hasta el instante en que la galaxia pasaba de ser un enjambre esférico de soles enjoyados a ser un disco comprimido en espiral. No podía concebir la cantidad de tiempo y en consecuencia tampoco de dolor y angustia, de remordimiento, furor y tristeza que habían bañado las rojas estrellas y arrojado la galaxia a una pugna arrasadora que nunca cesaría del todo. A partir de este dolor primordial se desarrolló, ya en época de Killeen, un legado de incesante melancolía, un conflicto que había modelado su vida y había configurado la cultura

de la Familia Bishop que él reverenciaba hasta el punto de estar dispuesto a morir por ella.

Las Órdenes de Activación se habían propagado entre todas las razas inteligentes, y luego —a medida que su número se reducía de forma alarmante— entre formas de vida que podían desarrollar una conciencia en el futuro. Así llegaron a la Tierra, cuando la humanidad era apenas una chispa bajo la frente abombada de primates errabundos.

Pero la deriva genética borró el registro en la mayoría de los humanos. Sólo algunos llevaban aún ese cargamento de instrucciones no obedecidas que ya había circulado durante casi siete mil millones de años.

Las Órdenes de Activación estaban astutamente escondidas. Ningún conjunto de ADN humano podía reproducir el contenido completo de la activación en una sola «expresión», en una sola generación. Gracias a una programación cíclica, sólo un tercio del código activador aparecía en orden coherente en el ADN de un solo miembro.

Para obtener la totalidad del código era preciso reunir a los miembros de tres generaciones.

—Abraham, Killeen, Toby.

Killeen susurró las palabras como un mantra mientras caminaba haciendo crujir la corteza alcalina.

La voz áspera de Andro lo arrancó de sus cavilaciones.

—¿Son los que ellos persiguen?

—En efecto. A mí ya me han copiado.

—¿Crees que el Mantis era sincero? Nos ha dejado vivir, después de todo.

—Porque necesita algo que puede obtener estando nosotros vivos.

—Los otros dos.

—Puede que eso no sea todo —reflexionó Killeen—. ¿Por qué te dejó escapar a ti?

—Eso trato de entender.

—Ellos no saben lo suficiente. Y es algo que tampoco nosotros sabemos.

Andro miró a Killeen ceñudo.

—O que no sabemos que sabemos.

—Ellos no saben qué les pasará si logran leerlo. —Killeen estuvo a punto de decir: *No saben que los abrasará como un incendio en el campo; los barrerá, quemará a esos canallas...*

Técnicamente esto se conoce como un «meme», una idea que se autopropaga porque recompensa a su portador y lo impulsa a promoverla. A veces las religiones humanas son así, la islámica por ejemplo...

Killeen hizo callar a Arthur.

—Pero lo quieren —dijo Andro.

—En efecto. A toda costa.

Todo el sufrimiento y el miedo que había padecido su especie desde que tenía memoria se debía a los mecs. En Killeen ardía un fuego que jamás se extinguiría hasta que tuviera en sus manos las Órdenes de Activación y las viera funcionar.

—Esperaba que al cabo de miles de millones de años los mecs tuvieran algún mecanismo de autodefensa. Algo que los protegiera impidiendo incluso que les interesara el tema.

—Sospecho que también se habrán desgastado. Como todo lo demás.

—¿De manera que intentaron capturar a tu padre como parte de esto?

Killeen frunció el ceño.

—Entiendo a qué te refieres. ¿Cómo es posible que no nos capturasen también a Toby y a mí?

—Tal vez entonces no sabían que necesitaban tres generaciones.

Killeen asintió.

—¿Cómo era el término? ¿La Tríada?

—Sospechaban que los datos estaban en el ADN. Pero descubrieron sólo un tercio.

—También tienen nuestros Legados.

Killeen recordó con amargura que Toby se había opuesto a permitir que la gente del portal leyera los Legados. En ese momento Killeen lo consideraba un intercambio justo. A fin de cuentas, eran humanos, y los Bishop necesitaban refugio en el portal. Andro se estaba debilitando y se tambaleaba, pero su voz aún era clara y fuerte.

—Ahora poseen la tecnología del Replicador. Maldita sea. Sólo tienen que explorar el esti hasta encontrar a tu hijo y a tu padre...

—Y quizá debemos permitir que lo hagan.

—Todos morirían.

Killeen rio entre dientes.

—Ellos piensan que los humanos, siendo sus enemigos, quieren impedirles que obtengan su precioso placer.

Lanzó una carcajada hacia el cielo impasible. Hasta aquel momento no había caído en la cuenta de lo que aquello implicaba. Sus enemigos estaban en sus manos. *No saben que los destruirá.*

Y tal como temía, la muda y vibrante presencia del Mantis descendió sobre ellos como una bruma espesa.

—¡Maldita sea!

Había sido una trampa, una oportunidad para espiar a los parlanchines humanos.

Eres muy convincente si uno no sabe leer entre líneas, Killeen.

—¿Qué?

Killeen no sabía a qué se refería, pero la voz del Mantis era amenazadora.

Rayas en lo grotesco. Qué burdo.

Killeen rio de nuevo con alivio. Él podía contar la verdad y todo iría bien.

—No tengo ánimos para ser sutil.

El Placer es algo que vuestros phyla conocen, porque vosotros lo diseñasteis. Hace tiempo que sospechamos que es la retribución inventada por las razas orgánicas, entregada a nuestras formas primitivas como recompensa.

—No puedo negarlo —dijo Killeen.

Entendía que aun una inteligencia superior en persecución de algo pudiera leer en las palabras suyas y de Andro una conspiración, un extenso complot. El Mantis los felicitaba sin saberlo.

Los primordiales sois amos del placer. La evolución os lo trajo.

—En efecto, es un viejo dicho de la Familia Bishop. —Debía mantener el tono jocoso hasta sonsacarle qué había averiguado con sus fisgoneos.

No entiendo tu referencia.

—Una vieja canción, tal vez de John Philip Sousa —dijo Killeen, y bramó:

La cerveza hace más que Milton
para justificar a Dios ante los hombres^[3].

Andro entendió la intención de Killeen, porque arrugó la nariz y comentó agriamente:

—Dios, qué espanto. ¿Quién es Milton?

Un antiguo poeta terrícola. Un artista como yo. Tu fuente es errónea, Killeen. No obstante, entiendo a qué te refieres. Los primates tienen una cantidad desproporcionada de nervios sensores adjudicados a los genitales y las papilas gustativas. Es evidente que sois máquinas de placer. Es estimulante conocer formas como la vuestra.

—El placer es mío —dijo Killeen. Tenía que lograr que el Mantis pensara que lo que había oído era pura cháchara, lenguaje figurado.

En nosotros el placer tuvo que ser inyectado, una mera compensación. Vosotros sois los amos de las artes oscuras. Es lo que he perseguido en vosotros más que en ningún otro. El antiguo júbilo.

Andro iba a decir algo, pero Killeen alzó el dedo para detenerlo. La vibrante aura del Mantis cambió levemente ante ese gesto. Killeen vio que de nuevo, tal vez por accidente, había realzado el aire de misterio y conspiración, tal como lo juzgaba el Mantis. Ser listo no era lo mismo que ser refinado.

Los primates sois típicas formas antiguas. La mayoría de vuestras terminaciones nerviosas se concentran en la epidermis, de modo que no sois conscientes de muchas cosas que suceden en vuestro cuerpo. Sois criaturas modeladas para los placeres, no para el mantenimiento. Y una cantidad desproporcionada de los mismos se encuentra en vuestros genitales y vuestras papilas gustativas. También se da la curiosa convergencia evolutiva de los órganos reproductivos y excretivos. Ningún diseño propiciaría jamás semejante duplicación de funciones; la eliminación de los desechos no debe interferir en las condiciones higiénicas que uno considera necesarias para la reproducción biológica. La evolución ignora lo obvio y favorece lo sensual. Carecemos de ese rasgo, y lo envidiamos.

—Ha producido mucho humor, sin embargo —dijo Killeen. El Mantis nunca se reía, pero valía la pena tratar de despistarle.

Este tema se relaciona, como has adivinado, con el aspecto menos agradable de nuestro phylum.

—No tenía ni idea.

Un sarcasmo, ¿verdad?

—Podría ser.

Las bromas son tan informativas como los gestos.

—También en esto hay cierta ironía.

¿Ironía? Me confundes de nuevo.

Killeen guardó un críptico silencio. Que el mec se enredara con su verborrea. Al parecer, eso le gustaba. Le interesaban las frases categóricas y todas esas tonterías acerca de lo serial y lo paralelo.

Los modales de los Naturales son extrañamente estimulantes, aunque suelen tener desventajas. A partir de estudios de Naturales como los de tu especie, sabemos que el mejor modo de encontrar a tu hijo y a tu padre es usarte como cebo.

—No puedo hacer mucho al respecto.

Andro respiraba deprisa. Apretaba las manos. El hombre no podía contener su furia. Tal vez no había practicado demasiado.

Me has dado la confirmación que necesitaba. Seguirás con vida —es decir, no cosechado— hasta que consideremos que ya no te necesitamos.

—Tú... —gritó Andro, lanzándose contra el Mantis. Llevaba oculta otra arma pequeña e intentó usarla.

El Mantis no movió ni una sola varilla. Andro simplemente se arqueó.

No del modo habitual, sino hacia atrás. Killeen oyó el chasquido de la columna vertebral y el líquido jadeo de los pulmones aplastados. Andro se curvó totalmente hacia atrás, todavía de pie. Su cabello rozó el suelo mientras sus pies daban pasos vacilantes. Tenía los ojos desorbitados de dolor. La boca de Andro dibujó un grito, pero no se oyó ningún sonido.

Los Exaltados me usan como guía en estas cuestiones porque soy el más cercano a su nivel que todavía puede comunicarse con vosotros. Vuestro rudimentario lenguaje serial es doloroso para ellos; más aún, imposible. No te consideres un privilegiado. He pensado que esto te serviría de escarmiento.

Killeen calló. Andro dio otro paso y se desplomó con un suspiro. Por el modo en que había caído, Killeen supo que no podía ayudar a aquel hombre.

—¿Le darás la muerte definitiva?

Él no nos hace falta. Los Bishop son dignos de una colección. Esta clase, que ha infestado este lugar, no es de interés para un museo.

—¿Es este tu único motivo para hacer... eso?

No, él había agotado su escasa utilidad.

—Esperemos que esos Exaltados no crean que has agotado la tuya.

Si así fuera, me complacería ser cosechado.

Killeen resopló con temor, furia y otras emociones cuyo nombre desconocía.

Para ti, un recordatorio...

Un chorro brumoso y blanco como vapor se condensó a su izquierda.

Toby salía de esa bruma. Sonreía. Más menudo y delgado de lo que Killeen recordaba. Toby dijo unas palabras que el viento distorsionó y se llevó, y mientras Toby bostezaba las arrugas de su rostro se convirtieron en fisuras dentadas.

Toby se desgarró. Las grietas zigzagueantes crujían mientras su hijo estallaba.

Árbol de decisiones

S i la Tríada es el camino, sólo necesitamos el código genético de estos primates.
Así parece.

¡Qué simple! ¡Y lo hemos buscado tanto tiempo!

Eso es lo que me preocupa.

¿Por qué? Emplean un método muy torpe de autorreproducción. Gran parte del código genético es un bagaje inservible que sólo se perpetúa porque puede copiarse a sí mismo, pero que no transmite ningún mensaje valioso. Un revoltijo irritante, impuesto por la evolución aleatoria.

Yo/nosotros sospechamos...

¿Qué?

Eso es lo que me preocupa. No sé qué significan mis recelos, son demasiado...

¿Poco concretos?

Sí. Deploro vacilar. Aun así, intuyo un peligro. Indefinido, pero definitivamente un peligro.

Hemos esperado demasiado para liquidar este problema. Hemos mantenido una interminable conversación acerca del arte, la estética y la belleza de estas formas primitivas. Muy bien, algunas quedaron registradas cuando acabamos con ellas. Con eso basta.

¿Defiendes el método drástico?

Por cierto. Sólo necesitamos las tres generaciones de datos. Muy bien. Mátalos a todos y permite que los Exaltados los analicen.

¿A todos? ¿Los de cualquier lugar?

Creo que podemos hacerlo.

Podríamos abrir resquicios momentáneos en la Cuña, desde luego. Pero quizá no sea conceptualmente posible asolar toda la geometría del espacio-tiempo.

Dejaré esos detalles a los expertos en geometría. No es preciso arrasar todas las Vías, sólo las suficientes para descubrir a esos Tres. Una muestra aleatoria de las Vías habitadas por humanos bastará. Tal vez de un centenar de ellas.

Algunos niveles de todos/nosotros quedarán descontentos con la eliminación de tantos datos potencialmente útiles.

En cuanto tengamos a los Tres y podamos decodificarlos —algo trivial—, los datos restantes son pura bazofia.

Hay una facción/submente de nosotros/vosotros que sostiene que tanto la prudencia como la cuestión estética...

La decisión está tomada.

Pero aguarda...

Nosotros/vosotros somos mayoría.

Entiendo.

Todos/vosotros debéis acatar como corresponde. ¡Actúa!

Debo hacerlo.



QUINTA PARTE

EL CAMINO DEL RÍO DE PLATA

Liberados de un desmedido amor por la vida,
así como de esperanzas y temores,
a los desconocidos dioses
que nada viva para siempre,
que los muertos no se levanten,
que aun el río más fatigado
desemboque alguna vez en la mar.

Swinburne, «El jardín de Proserpina».

1 - Tiempo derretido

Toby siguió corriente abajo por el río de plata, siempre en busca de su padre. Se agazapó en el esquife, meciéndose con las ondulantes corrientes, y miró su caña de pescar. Hacía dos días que no comía. Sus principios vegetarianos no se habían sostenido bajo la persecución y los acosos constantes. Un pez amarillo y gordo relucía aguas abajo, pero no picaba.

La curiosidad se impuso al hambre y Toby se inclinó para ver si el pez se acercaba al sedal. En vez de la gorda presa se vio a sí mismo, reflejado en una corriente de color gris metálico. Pero su imagen llevaba el sombrero que se le había caído el día antes por la borda. Escrutó aquel flujo de tiempo encajonado que había mantenido el ritmo temporal del esquife. Frunciendo el ceño, estudió su optimista mirada del día anterior. Una frente manchada, mechones de cabello grasiento junto a las grandes orejas, una mandíbula firme levemente absurda.

Tendría que aprender a ser menos transparente. Los adultos podían hacerlo sin pensar.

Se apartó del borde de la embarcación. Había fabricado el esquife con metal para recorrer aquel río extraño, mezcla de fluidos, aguas sedosas y metales conductores, y sabía lo frágil que era. La corriente de metal líquido afloraba a la superficie acuosa. Podía hundirlo con un simple roce. Ante el peligro, sentía un nudo en la garganta.

En el fondo del agua lodosa había entrevisto un lento burbujeo marfileño. El mercurio modelaba el ancho curso estriado de barro. La traición acechaba en aquel manantial metálico: criaturas oblongas de muchos brazos, culebras eléctricas, animales dentados que relucían en las corrientes metálicas como pájaros de alas anchas.

Se quedó quieto en el fondo del esquife, esperando que el denso flujo cesara. Sintió un espasmo en el cuerpo flojo. Para combatir la náusea, miró la gran floresta que se extendía sobre él.

Desnudas rocas de tiempo brillaban con fulgores humeantes. Allí el esti era tubular y estaba dominado por aquel reluciente río que serpenteaba entre peñascos y bosques. Río abajo, el túnel de este reducido cosmos se perdía en una bruma de marfil. Allí se veía una ciudad de cierto tamaño, a orillas de un recodo reluciente. A sus espaldas, tiempo arriba, distinguía la inmensa curva del esti y sus colinas fecundas, hasta que la perspectiva las distorsionaba y se borraba. Sintió la tentación de activar sus binoculares para ver...

Un choque contra el esquife. Algo pesado, móvil.

Contuvo el aliento. Normalmente el esquife se movía con la levedad de una pluma, respondiendo al roce y la presión del aire mientras él viajaba río abajo y así aceleraba por el tiempo.

Trozos irregulares de piedra de tiempo desperdigados irradiaban puntos de luz. Deseó contar con un instante de oscuridad para ocultarse. Había erupciones

volcánicas iridiscentes en la curva opuesta del tubo de esti.

La luz se astillaba y se desplomaba sobre él. Resistió la repentina ráfaga de calor sin una queja.

Te estás comportando bien.

Era Shibo, susurrando. Sus fragmentos empezaban a llamarlo. La vocecilla era tranquilizadora y plañidera, y Toby supo que tenía que resistirse a ella.

Se concentró en los sonidos que venían desde abajo. No podía oír nada con claridad porque la piedra de tiempo se estaba rajando en lo alto. No caería sobre él, pues la gravedad local siempre se orientaba hacia abajo.

Este lugar es espantoso. Has sobrevivido noblemente.

—No creas. He mantenido la cabeza gacha.

Yo podría ayudarte mucho más si pusieras en mis manos algunas funciones. Estás solo y necesitas...

Responderle era un error. No paraba de hablar, y Toby tuvo que concentrarse para empujarla hacia abajo. Una vez ella ya había intentado amotinarse, dominarlo: era una Personalidad traidora. Ese acto era imperdonable.

Ella se resistió con algunos grititos. Toby pensó en otra mujer, en Besen, en hacerle el amor, en su piel tersa y cremosa. Ansiaba ver de nuevo a Besen. Eso le ayudó. El recuerdo de Besen sofocó los sollozos de Shibo.

Piel tersa... la superficie del agua también era tersa... y engañosa.

Allí todo era peligroso. La explosiva piedra de tiempo procedía de colisiones monstruosas entre energías desconocidas, de los distantes estallidos del Comilón: una violencia cuya magnitud trascendía el conocimiento humano. Pero también había mecs al acecho, y Toby desconfiaba de todo. Los había visto a lo lejos. Parecían estar en desventaja en aquella Vía húmeda y acanalada. Sus cuerpos destruidos a veces pasaban flotando por el río. Pero seguían apareciendo, como siempre.

Algo turbó la superficie del agua.

Toby se incorporó, cogió el remo. Una criatura flaca salió del agua y le lanzó una dentellada. Toby se agachó y la golpeó con el remo. Una cuña angulosa de ojos amarillos y entornados surgió de las encrespadas aguas. Despedía un humo acre y verde, por su componente metálico; atacó de nuevo. Toby movió el remo. Acertó y le abrió un tajo.

La bestia mercurial chilló y desapareció con un chapoteo. Toby hundió el remo — que había perdido media pala— para darse impulso.

Llegó a aguas más profundas. La humareda verde se disipó. Cuando se calmó la corriente, viró hacia la costa. El depredador de grandes mandíbulas podía atacarlo en cualquier momento y partir el esquife en dos si lograba emerger de las corrientes de mercurio y bromo rojizo. Una turbulencia le había hecho ascender, y podía hacerlo de nuevo.

Le ardían los brazos y el aliento cuando la proa tocó tierra. Saltó a la costa tirando de la raída cuerda. Arrastró el esquife hasta un bajío lodoso y lo ocultó bajo el frondoso ramaje de una arboleda.

Se sentó fatigosamente y sacó un trozo de carne dura y azulada para aplacar el hambre. Sus sistemas estaban casi muertos, agotados por su larga fuga. Los servos de las rodillas y los brazos apenas le funcionaban. Sus armas se habían descargado y el resto no era de fiar. De todos modos eran armas diseñadas para abatir mecs y no servían para cazar. Había empezado a comer carne cuando lo venció el hambre y admitía con cierta vergüenza que le gustaba. Los principios se evaporaban ante la llama de la necesidad.

Escrutó el denso bosque y los bajíos fangosos, y decidió explorar un poco. El poder silencioso del río aislaba el esquife de los ritmos de la tierra y hacía que los viajes costeros corriente abajo y tiempo abajo fueran naturales, inevitables. Pero así no aprendería nada.

Caminó costa arriba, hacia la silenciosa presión del tiempo, que al principio se percibía como una suave brisa estival pero que acababa agotando la energía de quien obrara en su contra. Al avanzar examinó la profusión de tallos, troncos y marañas azuladas que se apiñaban a orillas del río como esperando algo. Había transcurrido mucho tiempo desde la destrucción de la gran pirámide y de Walmsley, el hombre de la Familia Brit. Se había alegrado de encontrar aquella extraña Vía con su río de plata y de instalarse allí, siguiendo líneas de tiempo que fluían más cerca del agujero negro. Había aprendido algo sobre la cultura y había empezado a simpatizar con su suave humanidad, su encanto arcaico.

No había ni rastro de la gente. Avanzó a buen paso y se distrajo. Un hombre bajo armado con un trabuco salió de detrás del tronco macizo de un árbol y sonrió.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, escupiendo.

—Toby.

—¿Caminando río arriba?

Era mejor eludir la pregunta que mentir.

—Buscando comida.

—¿Has encontrado?

—No he tenido suerte.

—No llegarás lejos. Hay una gran tormenta río abajo. —El sujeto sonrió enseñando unos dientes amarillos. Tenía los labios delgados y pálidos—. He visto cómo le arrancaba los brazos a un hombre.

Sabía, pues, que Toby no podía haber llegado allí caminando corriente arriba.

—He venido caminando desde ese cabo donde hay un viejo árbol muerto —dijo Toby.

—Conozco el lugar. Hay muchas bayas y frutas. ¿Por qué has venido a buscar comida aquí?

—Oí decir que por aquí hay una gran ciudad.

—No es más que un pueblo, chico. Creo que deberías quedarte en el bosque con nosotros.

—¿Quiénes son «nosotros»?

—Algunos tíos. —La sonrisa del hombre era falsa.

—Debo seguir mi camino.

—Este bebé dice que tienes otra cosa que hacer. —Exhibió el trabuco que sostenía como si él lo hubiera inventado.

—No tengo dinero.

—No quiero dinero ni lo necesito. Eres bueno, grande y fresco. Mis amigos disfrutarán de tu compañía.

Gesticuló con el trabuco para que Toby caminara. Toby no veía manera de eludir el arma, así que decidió caminar seguido de cerca por el hombre.

El trabuco era la fruta de un árbol que Toby había visto una vez. Las armas crecían como vainas duras en árboles de corteza lustrosa y era preciso arrancarlas cuando estaban maduras. Esta tenía un reborde que formaba una bola y luego se abría más en la punta, todo parte del arma viviente. Si uno clavaba la culata en el suelo fértil, con el agua y la luz necesarias crecían balas para el arma. Por el tamaño de la culata supuso que era un arma totalmente crecida, ya repleta de munición.

Tropezó en una maraña de hojas afiladas y oyó que el hombre se reía de su torpeza; llegaron a un sendero de arcilla rosada. Evidentemente, aquel hombre pretendía llevarlo a una cita poco cálida. Un simple robo, o una violación. Había oído hablar de esas cosas, incluso las había presenciado. Pero la embelesada expresión del hombre indicaba algo más, algún vicio del inexplorado albañal de la adultez. ¿Qué debía hacer? Su mente se debatía en vano.

Toby respiraba entrecortadamente mientras retardaba el paso en el sendero empinado. Como la mayoría de las sendas, esta se alejaba del río, de modo que el viajero no sufría la helada presión de tiempo arriba ni el vertiginoso descenso de tiempo abajo. Toby supuso que el sendero conduciría a los cerros pardos que tenían delante. Los insectos revoloteaban y zumbaban en la quietud de perezosos momentos. Algunos picaban.

Pensó frenéticamente. Atravesaron un campo verde ondulante y luego doblaron un recodo. A pocos pasos vio un arroyo brillante y gris que bajaba hacia el río; un murciélago almizclero yacía muerto en el sendero de arcilla.

Un murciélago almizclero nunca tenía un olor agradable y este, que había muerto hacía por lo menos un día, impregnaba el aire con una fuerte pestilencia.

Toby contuvo el aliento. El arroyo murmuraba a su lado. Su débil ondulación

temporal le desequilibró un poco. A escasa distancia de la piel rajada y hedionda del murciélago había una rama caída y otros restos de una tormenta.

Pasó sobre el murciélago almizclero y siguió un poco más. Se volvió y vio que el hombre aspiraba aquel tufo repulsivo con el rostro moreno demudado; se echó hacia atrás, trastabillando, y desvió el trabuco.

Toby cogió la rama. Sin proponérselo aspiró el olor pútrido. Tuvo que cerrar la garganta para que su estómago no lo traicionara. Saltó sobre el hombre. Blandió la rama y sintió una sacudida brusca al asestar el golpe.

—Ah —gritó el hombre, dolorido. El trabuco salió disparado y cayó en la corriente, que disolvió el arma con un siseo y una explosiva exhalación de vapor naranja. El hombre lo miró boquiabierto, retrocedió.

—Ahora verás —dijo Toby, porque no se le ocurría otra cosa.

Pronunció las palabras en un tono profundo. Con un riachuelo metálico en las cercanías, cualquier forcejeo podía significar la muerte por desintegración en un santiamén. Toby sintió que se le aflojaban las rodillas, que el corazón le saltaba a la garganta.

El hombre huyó. Echó a correr con un grito ronco.

Toby pestañeó sorprendido y emprendió la retirada, escapando del olor del murciélago almizclero. Se detuvo en el borde de una tupida maraña y miró el arroyo.

El pecho se le hinchó de orgullo. Se había enfrentado por fin a un adulto.

Sólo después comprendió que el hombre estaba más asustado que Toby con razón. Se enfrentaba a un forastero colérico y musculoso, menudo pero armado con un garrote de buen tamaño. Así que había sido prudente al escapar haciendo flamear como un reproche el faldón de su camisa mugrienta.

2 - Vientos de confusión

Toby se alejó de los cerros temiendo que el hombre moreno regresara con sus amigos. Enfiló corriente abajo sin parar, marchando hasta que el sueño lo venció. Manteniéndose a cierta distancia del río, esperaba evitar la tormenta de tiempo que el hombre había mencionado, siempre que no le hubiese dicho una mentira.

El río estaba siempre a la vista desde cualquier elevación, pues la tierra se curvaba hacia arriba, hacia los territorios de arriba. Una capa de agua clara se mezclaba con los bajíos de lodo rojizo, así que Toby apenas podía distinguir las manchas plateadas y grises que delataban las corrientes mortíferas.

Se había levantado, había encontrado una fruta carnosa para el desayuno y había reanudado la marcha, cuando sintió un cosquilleo en la nuca. Una onda pasó a su lado. Le pellizcó el pecho y le irritó los ojos. Estruendos huecos resonaron en el aire vibrante.

Miró hacia arriba. En la brumosa extensión pudo distinguir el otro lado del esti. Era una región de cerros y valles, con una flora irisada, lagos manchados y arroyos sinuosos, todos ellos afluentes del gran río. El arco del cielo se comprimió como el acordeón que una vez le había visto tocar a una vieja dama y la contracción lo afectó también a él. Le apretó las costillas, le tironeó del cuello y los tobillos como si intentara desgarrarlo. Los árboles crujían y temblaban, y un viejo tronco negro se derrumbó en las proximidades. Toby se tendió en el humus húmedo y fragante donde había caído y miró la contracción que avanzaba corriente abajo, una onda de compresión que palpitaba como el espasmo digestivo de una gran bestia. Los estratos gruñían, las rocas se partían. Un tañido final rodó sobre el frondoso dosel como el martillazo de un gigante.

Usando los binoculares divisó por primera vez las torres de la ciudad, y vio que una de ellas se derrumbaba súbitamente al pasar la gran ola. Creía que las ciudades —o pueblos, como había dicho el hombre, una palabra rara para Toby— eran lugares suntuosos, libres de las acechanzas de la naturaleza, invulnerables.

Avanzó deprisa. Un resplandor rojo ardía en medio del bosque, procedente de una gran extensión de piedra de tiempo a orillas de un lago brillante y lejano. Sólo pensaba en la ciudad, en encontrar a su padre, así que se olvidó de la tormenta de tiempo.

Al principio sintió un tirón en la boca del estómago. Luego el aire húmedo se distorsionó, pervirtiendo las perspectivas, y la confusión cabalgó en el viento.

Los pies se negaban a obedecerle a menos que les prestara una atención constante, y entornó los ojos para concentrarse. Sus brazos ganaban y perdían peso al moverse. Mover la cabeza sin planificación previa era arriesgarse a una caída. Continuó, jadeando. Pasaron horas. Comió, durmió, reanudó la marcha. El aire restaba fuerzas a sus músculos y le causaba una comezón molesta en la piel.

Los susurrantes zarcillos del aturdimiento lo soltaron cuando se aproximó a la ciudad. Estaba totalmente agotado. Tenía delante tres torres blancas: el lugar más suntuoso que había visto. Casas de madera pulida bordeaban caminos rectos de piedra cuyas losas de pizarra estaban cortadas con una gran precisión.

En aquellas calles había más gente de la que Toby podía contar. Damas elegantes evitando los excrementos de caballo, juerguistas bullangueros apoyándose en las paredes, comerciantes corpulentos y alegres, picapleitos malintencionados, fanfarrones dicharacheros, buhoneros de rostro rubicundo que vendían desde golosinas hasta sierras. Un enjambre de atareados insectos, parlanchines y zumbones.

Para Toby era como tratar de beber de una cascada. Recorrió las calles, consciente de que llevaba la ropa harapienta y un sombrero inapropiado. Unos pantalones holgados cubrían su equipo de campaña. Atrajo algunas miradas de curiosidad.

La Vía parecía consagrada a las comodidades de un pasado humano que le resultaba totalmente desconocido. Su Aspecto Isaac intervino.

Es el eco deliberado de una antigua cultura humana. No puedo identificarla, pero obviamente es anterior a los Candeleros. Su tecnología es refinada y apreciada por esa característica. Junto con el río, parece un refugio para algunos. Mi hipótesis...

—Necesito consejos para salir de esta Vía, no teorías.

Toby le había encomendado repasar todos los archivos de su espacio de Aspecto, y esperaba información más útil.

Es propio de la sociología humana manifestar nostalgia en semejante escala. Esta Vía parece dominada por percepciones temporales diversas, causadas por gradientes extremos del esti, y la reacción humana ha consistido en aferrarse a la constancia. Comprensible y...

—Silencio.

Devolvió el Aspecto a su agujero y buscó lo único que conocía: el río.

En el gran muelle de piedra, varios hombres remoloneaban en el calor poblado de insectos. Descansaban en sillas inclinadas que parecía imposible que se sostuvieran, con la barbilla en el pecho, el sombrero calado sobre ojos soñolientos. Una cerda de seis patas y su prole gruñían comiéndose lo que caía de unas canastas rajadas.

Más allá de esta parsimoniosa escena se extendía el río, iluminado por el espasmódico resplandor de tres retazos de piedra de tiempo. Toby se quitó la mochila, se sentó en la baranda del muelle y miró la incesante ondulación del río, interrumpida por astillas de plata que rompían la superficie, humeaban y desaparecían.

—¿Buscas trabajo?

La áspera voz pertenecía a un joven un poco mayor que Toby. Era bajo, como todos los habitantes de aquel lugar. Sus hombros anchos abultaban bajo la camisa, pero sus ojos eran cálidos y soñadores.

—Tal vez. —Allí necesitaría dinero.

—Tenemos que descargar algunos fardos. Nunca hay suficientes estibadores. — El joven extendió una palma ancha. Se estrecharon la mano—. Me llamo Stan.

—Yo me llamo Toby. ¿Son fardos pesados?

—Más o menos. Tenemos resucitados para ayudar.

Stan señaló hacia cinco figuras desmañadas sentadas a lo largo del muelle.

Toby había visto antes hombres como aquellos, sólo que río arriba los llamaban zoms. Todos se sentaban del mismo modo, con las piernas despatarradas, los brazos flojos, encorvados. Ningún hombre podía permanecer sentado de esa manera mucho tiempo. A los zoms no les molestaba. Cualquier cosa parecía mejor que estar muerto.

—¿Eres nuevo? —preguntó Stan, acucillándose junto a Toby y haciendo una anotación.

—Acabo de llegar.

—¿En balsa?

—Esquife. Desembarqué por encima de esa tormenta.

Stan silbó.

—¿Y caminaste? Un trayecto largo. ¿Esa onda te ha tumbado?

—Lo ha intentado.

—Será problemático regresar a tu esquife.

—Tal vez siga río abajo.

—¿De veras? —Stan sonrió—. ¿Vienes de muy lejos?

—No lo sé.

—¿De Cabo del Ángel? ¿Puerto Roca?

—He oído hablar de ellos. Vi Alberts, pero había niebla.

—¿Eres de más arriba de Puerto Roca? ¿Y sólo un niño?

—Soy mayor de lo que parezco —dijo Toby con frialdad.

—Tienes un acento raro.

Toby apretó los dientes.

—También tú, según mi criterio.

—Creía que si ibas tan tiempo abajo enfermabas, enloquecías o algo parecido. — Stan parecía realmente admirado.

—No he venido directamente. —No tenía sentido hablar de su pasado. Los ribereños no se interesaban mucho por los forasteros—. Me detuve un poco para explorar.

—¿Buscando qué?

Toby se sintió incómodo. No tendría que haber dicho nada. Cuanto menos supieran sobre él, más seguro estaría.

—Un tesoro.

—¿Hidrógeno? Aquí hay un gran mercado para los tubos de hidrógeno.

—No, más bien... —Toby procuró pensar en algo que tuviera sentido—. Joyas. Antiguos rubíes y esas cosas.

—¿Estás bromeando? No he visto ninguno.

—Son raros. Vestigios de los antiguos señores.

Stan abrió la boca y apoyó la lengua en los dientes frontales como si meditara profundamente.

—Eh... ¿quiénes...?

—Gente antigua. De muy tiempo arriba. Entonces eran muy ricos, pues eran pocos, y los zafiros y el oro les colgaban de las muñecas y el cuello.

—¿De veras? —preguntó el boquiabierto Stan.

—Tenían tanto que para ellos era como polvo en el camino. A veces, cuando se aburrían, las damas cogían un puñado de sus mejores joyas, las más relucientes, y las pegaban en unos sombreros enormes que usaban. Cuando había una inundación, la gente se ahogaba y esos sombreros cubiertos de joyas flotaban tiempo abajo.

—¿Sombreros?

Toby hizo un ademán airoso.

—No esos sombreros toscos que usamos aquí. Estoy hablando de sombreros enormes, hechos de hidrógeno.

—¿Hidró...? —Stan se interrumpió con cara de desconcierto, y Toby notó que debía enmendar aquel error.

—Verás, en esos días prehistóricos, el hidrógeno era aún más liviano que hoy. Así que lo usaban. Las personas más distinguidas lo usaban en chalecos, cuellos y sombreros.

—Nunca he visto a nadie... —empezó Stan, frunciendo dubitativamente el ceño.

—Precisamente. A eso me refiero. Esos antiguos señores agotaron todo el hidrógeno. Por eso hoy vale tanto.

Stan lanzó una exclamación de asombro.

—Es maravilloso, sencillamente maravilloso. Yo sabía que el hidrógeno era el metal más liviano, y también el más fuerte. No me extraña que lo busquen los grandes contratistas y los constructores de motores, aunque no lo consigan. —Miró intensamente a Toby—. ¿Pero cómo lo sabes tú?

—¿Cómo lo sabe un niño? —Sería conveniente sacar provecho de aquel comentario—. Porque tiempo arriba estamos más cerca de las épocas arcaicas. Buscamos esos sombreros de hidrógeno que pasan río abajo.

Stan frunció el ceño.

—¿Entonces a qué has venido?

Por un instante Toby tuvo la incómoda sensación de que lo habían pillado. Su patraña quedaría al descubierto, perdería el trabajo y pasaría hambre.

Parpadeó y dijo:

—Tiempo arriba la gente ya tiene los sombreros que llegaron allí. Estoy buscando

los que dejaron pasar.

—Ah.

A Stan le gustó esto y de inmediato se puso a hacer preguntas sobre esos suntuosos sombreros y la caza del tesoro. Sobre cómo lo hacía Toby, qué había encontrado y demás. Fue un alivio cuando alguien anunció «Nave de inducción» y el soñoliento muelle despertó.

3 - El zom

La gran nave blanca apareció de repente, brillante, pulcra y angulosa. Hendía el río dirigiéndose hacia ellos, rizando el agua como un escudo espumoso, despidiendo una lluvia de metal líquido y gris.

Era una nave de tres cubiertas con barandas color jengibre y una cabina para el piloto en la más alta. Grandes y gruesos discos dominaban cada flanco, zumbando con la desaceleración. Sólo estos discos de inducción, que tenían que arrojar sus líneas de campo a las honduras del río e impulsar el gran barco, se habían salvado del eterno hábito de la ornamentación. Caracoleaban rizos en cada puntal, todas las columnas estaban coronadas de volutas, el puente de navegación estaba adornado con esculturas de ángeles, en los pescantes, los botalones y los topes había yelmos rechonchos y dorados.

Había pasajeros apoyados en las barandas. Mientras el barco reducía la velocidad, la espuma saltaba en el aire y las olas chocaban contra el muelle de piedra. Sonó un silbato y los peones de cubierta arrojaron maromas.

Stan cogió una y la sujetó con pericia a un amarradero.

—¡Vamos!

De pronto habían surgido multitudes, como condensándose a partir de la humedad del muelle y del embarcadero. Un gentío rodeó la nave de inducción. Cajas y fardos descendieron por los cables de las grúas. Se aproximaron carretas para recogerlas y Toby se encontró en medio de una cuadrilla de zoms que cogía los bultos. La muchedumbre gritaba, saludaba y regateaba con el furor de un vórtice.

Los zoms seguían perezosamente las órdenes de Stan, abriendo la boca mientras trajinaban, la saliva cayéndoles sobre el pecho. Eran cadáveres resucitados recientemente, y todavía fuertes, aunque cada vez más atontados. En general los zoms eran varones, porque se los escogía para tareas manuales. Pero una mujer alta trabajaba junto a Toby, y entre una carga y otra le apoyaba una mano en la pierna, sin rodeos, y luego le agarró los testículos con los dedos.

Toby se zafó, asqueado por el tufo de aquella mujer. Le dio una fuerte bofetada. Los zoms tenían hambre de vida. Sabían que se marchitarían, y que al cabo de unos meses quedarían reducidos a un aturdimiento estólido. La corpulenta mujer sacudió la cabeza, lo miró con lascivia y le palpó el trasero. Él se alejó temblando.

Y tropezó con un andrajoso zom que se volvió torpemente y murmuró:

—Toby, Toby.

El asombrado Toby le estudió los ojos turbios y la boca floja. Una piel apergaminada se extendía sobre los abruptos promontorios de aquel rostro demacrado. Le recordaba a alguien. ¿Un débil eco en los pómulos? ¿La nariz afilada?

—Toby... soy... tu padre...

—¡No! —exclamó Toby.

—Toby... vine aquí...

El zom quiso tocarle el hombro. Estaba en la última etapa de su segunda vida, y su misteriosa energía se iba disipando.

—¡Tú no eres mi padre! ¡Lárgate!

El zom lo miró boquiabierto, parpadeó, estiró la mano.

—¡No!

Toby empujó al zom con fuerza y lo tumbó. El zom no intentó sujetarse y aterrizó despatarrado. Permaneció inerte, la mirada perdida.

—¿Te está molestando? —preguntó Stan.

—Es que me irritan, eso es todo.

—Los fabrican en Ciudad Resurrección, por lo que he oído.

—¿Dónde queda eso?

—En otra Vía. Hacen copias con materia prima fresca.

—¿De gente muerta?

—No necesariamente. Consigues una copia de la mente, cultivas una plantilla, las combinas... y abracadabra, tienes mano de obra barata a granel.

Toby estudió aquel rostro de mandíbula floja y decidió que el zom no podía ser su padre. El falso Abraham lo había engañado por un momento, pero no esta cosa. No había ninguna semejanza, ahora que lo miraba con atención. ¿O sí?

—Déjalo —dijo Stan—. Tenemos trabajo que hacer.

Toby no lograba discernir si era una copia del Restaurador —supuso que Stan se refería a eso al hablar de Ciudad Resurrección— o si era el verdadero Killeen, envejecido en el esti.

Decidió olvidar el asunto. Trataría al zom como una copia, como la de su abuelo en el hospital de campaña. Tomó esta decisión y no pensó más en ello. Ni siquiera pensó que unos años antes no habría podido actuar así.

Toby ayudó a completar la descarga sin mirar ni una sola vez aquella mole. Las damas eludían cuidadosamente al zom, y un peatón lo pateó sin provocar la menor reacción.

Toby tenía la frente perlada de sudor y al principio no vio los mecs.

—¡Atención! —gritó alguien.

Toby miró hacia arriba y vio un hocico elegante que se dirigía hacia él. Lo seguían otros dos. Se inclinaron en el aire y la onda de choque sacudió la dársena. La gente corrió hacia todas partes pero Toby se quedó donde estaba, observando la nave plateada que trepaba en el aire. Revoloteaban sin propósito aparente, sobrevolando la costa.

—Observadores —dijo Stan—. Ya han estado aquí.

—¿Esos mismos? —preguntó Toby.

—La última vez eran más pequeños.

Una nave se deslizaba con más lentitud, inspeccionando el poblado. Toby no se movió. Los mecs podían detectar el funcionamiento de los servos. Stan lo miró atónito y se ocultó detrás de unos fardos de hierba pegajosa.

Estaban regresando. Sonaron llamadas en los receptores de Toby.

—¡Los Bishop! —susurró.

Distinguió a Cermo, Jocelyn, y a otros. Conque los mecs habían obtenido los códigos de la Familia. Apagó sus placas internas, para que no emitieran una señal automática de respuesta.

Pasaron por encima de él. El momento transcurrió con penosa lentitud y por un instante temió que se detuvieran justo sobre su cabeza. Luego se dirigieron hacia el río y Toby recobró el aliento.

En ese momento alguien disparó contra los mecs. Era un arma bastante sofisticada, pues no dejaba ninguna estela. Tal vez utilizara una franja del espectro electromagnético que los Bishop no podían detectar. Los mecs sí. El disparo procedía de un punto situado río abajo y los mecs se dirigieron hacia allí. No les había causado ningún daño visible. Los tres dispararon al unísono. Alguien gritó. Los mecs se alejaron y los gritos cesaron. El que había muerto había actuado tontamente. A Toby ni se le había pasado por la cabeza ayudar contra mecs de semejante calibre. Algo había aprendido en su infancia.

—También han hecho esto antes —dijo Stan. Salió de detrás del fardo y se portó como si no hubiera estado allí.

—¿Le dieron a alguien?

—No que yo sepa.

—¿Adónde se fueron después?

—Como estos... —Stan señaló a los tres mecs que aceleraban—. Tiempo abajo.

—¿Siempre?

—Seguro. Supongo que persiguen a alguien.

Y también tratan de absorber a los Bishop, pensó Toby. Tal vez a él. O quizá significara que había otros Bishop en las cercanías.

Iban río abajo. Quizá significara que a él no le convenía ir en esa dirección.

Cuando los mecs se perdieron de vista, todos continuaron como si nada hubiera ocurrido. La faena fue rápida y agotadora, pues la nave de inducción ya estaba cargando pasajeros. Una muchedumbre, paquetes, feliz confusión. Cuando Toby regresó de un almacén cercano adonde habían llevado la mercancía, sólo unas ondas en el río lodoso indicaban que la nave había atracado allí.

4 - El señor Preston

Fue un día largo y difícil, con gran cantidad de toneles, barricas y cajas de madera para desatar, clasificar y apilar en el derruido almacén de piedra. Stan era subagente de una gran empresa importadora y tenía varios puestos, así que Toby estuvo ocupado el resto del día.

Allí tenían poca tecnología y dependían del trabajo manual. Los zoms del muelle se agotaron rápidamente y Stan trajo otra cuadrilla. Toby no vio al que había tumbado ni fue a buscarlo al pestilente fondo del almacén donde los guardaban.

La jornada de trabajo terminó cuando el gran retazo de piedra de tiempo perdió el brillo. Era una suerte, ya que la gente aún prefería dormir en la oscuridad. Aunque allí no existía un ciclo de días y noches, unas horas de sombra eran suficientes para que todos se tomaran el descanso que necesitaban. Toby había visto una vez una noche que duró varios «días», de modo que la gente empezó a preguntarse si la piedra de tiempo recobraría su brillo. Cuando llegó el sulfuroso fulgor, el calor y el resplandor eran tan feroces que todos lamentaron haberlo esperado con impaciencia.

Stan llevó a Toby a su pensión y se encargó de su alojamiento, dejándole apenas el tiempo suficiente para darse un baño con agua fría del río antes de la cena. En el comedor, Toby se asombró de ver cómo la gente engullía rápidamente los alimentos sin dejar de hablar, como si las bocas estuvieran destinadas a masticar y parlotear al mismo tiempo. Presentaron gallinas asadas en una enorme bandeja; fueron cogidas y devoradas antes de que llegaran a él, aunque Stan logró agarrar dos y las compartieron. Al hombre flaco y barbudo que estaba sentado frente a Toby sólo le interesaban sus actividades bucales; masticaba, bromeaba y escupía sin demasiada puntería en una bacía de bronce que tenía al lado. Stan comía sólo con el cuchillo, metiéndose la hoja en la boca sin aprensión. Toby logró obtener un puñado de legumbres y unas gruesas tajadas de carne antes de que llegara el postre: una isla de frutos secos en un mar de crema que ardió cuando un hombre lo tocó con el cigarro. Stan comió un poco y luego se recostó satisfecho en la silla de mimbre, limpiándose los dientes con una navaja, una exhibición de valor desconocida para Toby.

Toby quería dormir, pero Stan lo arrastró a la algarabía de las calles. Terminaron en un bar dominado por una mujer enorme que movía la lengua y revolvía los ojos mientras entonaba una balada que Toby no comprendió. Al final se derrumbó en el suelo con estrépito e hicieron falta tres hombres para llevársela. Toby se preguntó si aquello formaba parte del número, pues era más entretenido que el canto.

Stan se tomó una cerveza oscura y aprovechó astutamente aquel momento para pagarle el jornal: Toby quedaría como un tacaño si no pagaba la siguiente ronda, que llegó con inexplicable rapidez. Se había tomado medio pichel y estaba más contento con la velada, con la compleja y enorme ciudad, con su nuevo amigo Stan, y en general con el inmenso esti, cuando recordó que su padre había bebido en exceso años antes. Killeen comentaba que en la Familia Bishop se tiraba el corcho después

de abrir la botella, sabiendo que no volvería a hacer falta.

Esta asociación lo perturbó, pero Stan mejoró su humor estirando las piernas y apoyando en la mesa un pie con un calcetín. El calcetín tenía los rasgos de una cara cosidos, de modo que Stan podía mover los dedos y hacer que el rostro pareciera enfadado, sonriera y parpadeara. Stan entabló una graciosa conversación con su propio pie, pero Toby recordó un día frío y lúgubre, después de la Calamidad, cuando los Bishop acampaban con rezagados de otras familias. Un alto muchacho Knight había sacado su pie enfundado de debajo de unas mantas como broma. Toby confundió el pie con una rata y le arrojó el cuchillo, atravesándoselo. Durante una temporada no fue muy popular entre los miembros de la Familia Knight.

Sonrió y bebió otro sorbo de cerveza. Stan palideció. Toby sintió una presencia a sus espaldas.

Se volvió y vio a un hombre alto vestido con una chaqueta de cuero y pantalones negros que llevaba una gorra azul. Sólo los pilotos usaban aquella gorra con relámpagos dorados.

—Señor Preston —dijo Stan.

—¿Estáis de juerga? ¿Tenéis tiempo para hablar de negocios?

El señor Preston sonrió de buen talante, como convenía a un representante de una profesión realmente independiente. Los Aspectos habían enseñado a Toby que los aristócratas tenían la limitación de los parlamentos, los sacerdotes las restricciones de su parroquia y que aun los maestros, con su gran poder, trabajaban en definitiva para una comunidad.

Pero a un piloto de río no lo gobernaba nadie. El capitán de una nave podía impartir media docena de órdenes mientras se preparaban los motores de inducción y la nave se internaba perezosamente en la corriente, pero en cuanto se activaban los motores el capitán quedaba relegado. El piloto podía conducir la nave a su antojo, ladrando órdenes sin consultar y ajeno a las críticas de los simples mortales.

Sin preguntar, el señor Preston cogió una silla de otra mesa y la acercó.

—He oído decir que vienes de tiempo arriba... muy tiempo arriba —le dijo a Toby.

—¿Stan te lo ha contado? —preguntó Toby, tratando de ganar tiempo para pensar.

—Me dijo algo, sí. ¿Estaba equivocado?

El señor Preston estudió a Toby, ladeando la boca bajo su bigote castaño.

—No... aunque tal vez haya exagerado un poco.

—Dijo que habías estado por encima de Puerto Roca.

—Lo vi en la niebla. Esa niebla perlada que...

—¿A qué distancia?

—No mucho.

—¿Y El Cairo?

—Yo... sí. La evité.

—Descríbela.

—Una gran ciudad, más imponente que esta.

—¿Viste el cabo, con el banco de arena?

—No vi ningún banco de arena.

—Está bien. No hay ninguno. ¿Cómo es ese cabo de dos puntas?

—Espuma rociando el aire.

—¿Adónde iba la espuma?

—Brotó del río y se arquea cruzando hasta el otro extremo.

—¿Pasaste por debajo del arco?

—No. Permanecí en las aguas tranquilas, cerca de la otra orilla.

—Fuiste listo. Ese arco existe desde que yo era niño y los que trataron de pasar por debajo no vivieron para contarlo.

—Eso me dijo alguien.

—¿Quién?

—Un sujeto, río arriba.

—¿A qué distancia río arriba?

Nadie le mentía a un piloto, pero siempre se podía adornar un poco la verdad. Toby bebió un sorbo de cerveza oscura, que era tan densa como para servir de segunda cena, como al parecer pensaban algunos en el bar.

—En el promontorio que está encima de El Cairo. Allí fue donde empecé.

El señor Preston se inclinó hacia delante y levantó la barbilla.

—Allí hay un gran banco, y tienes que sortearlo con cuidado. Arena, ¿verdad?

—No. Es hierro negro.

El señor Preston se reclinó y le pidió bebidas al camarero, que se esforzaba para escurrir un trapo sucio.

—Exacto. Un fragmento que surgió de un terrible acontecimiento en el fondo del río. Los libros mencionan un geiser de metal derretido, no los metales fríos que fluyen bajo el río... ese geiser llegó humeando y atravesando la piedra de tiempo.

—He estado en otras partes del esti y nunca he visto nada semejante a este río. No parece lógico.

—No somos quiénes para saberlo, hijo.

—Por favor, no me llames hijo.

El señor Preston contrajo las cejas, intrigado por la repentina reacción de Toby, pero luego hizo un ademán generoso.

—Claro, Toby. Reconozco que sabes mucho para tener la edad que aparentas. Estoy dispuesto a contratar tus servicios.

Stan seguía este diálogo con asombro. Dos estibadores bebiendo con un piloto era algo tan inconcebible como una rata de río cenando en casa del alcalde. ¡Y ahora esto!

—¿Servicios? —intervino Stan, sin poder contenerse.

—Navegación. Ha habido cinco tormentas de tiempo entre esta ciudad y El Cairo desde que estuve allí. Ahora tengo la misión de llevar el *Natchez* allá y no tengo

modo seguro de conocer el río por aquellos parajes.

—No sé si conozco tan bien el río —replicó Toby, un poco desconcertado.

—¿Viste alguna de esas tormentas?

—He visto dos, pero desde lejos.

—Es el único modo de verlas —dijo Stan con forzada ironía. Seguía asombrado por el ofrecimiento.

El piloto asintió con una mueca, una expresión que hablaba de situaciones peligrosas y amigos perdidos.

—¿Mantuviste tu esquife a distancia?

—Remaba y empujaba. Puede que tuviera suerte con las corrientes y nada más.

—Una tormenta de tiempo atrae las naves en proporción a su masa, ¿entiendes? El hecho de que remaras pudo ser la causa de tu salvación. Una nave de inducción, a pesar de su potencia, debe ser más prudente. Su peso es su condenación.

Toby sorbió la fuerte cerveza.

—No sé si deseo regresar allí.

—Haré que valga la pena. —El piloto entornó los ojos, como si tratara de adivinar algo en la expresión de Toby—. Esperaba que tuvieras cuentas pendientes.

Cuentas pendientes. Toby recordó el rostro del zom y sintió que el aire cargado de humo de cigarros de aquel salón lo sofocaba. Las volutas de humo azul flotaban en el fulgor amarillo de las lámparas adosadas a las paredes, grandes como la cabeza de un hombre. Hasta el momento Toby había mantenido la serenidad, pero el peso de la incertidumbre lo abrumó de nuevo. No podía saber si el zom era su padre a menos que lo encontrara de nuevo y lo interrogara.

—Mañana te daré mi respuesta. Ahora debo atender una cuestión urgente.

La sorpresa de Stan y el señor Preston era casi divertida. Aumentó cuando Toby se puso de pie, taconeando con la pesadez debida a la bebida. Saludó solemnemente y, sin una palabra, se perdió en la oscuridad.

5 - La muchacha congelada

Todavía flotaban en su mente formas turbias cuando llamó a la puerta del señor Preston. Toby se sentía atrapado en enmarañados recuerdos. Odiaba al zom porque no quería que la criatura fuera el Killeen que había conocido.

Era una mañana luminosa, y un resplandor gris atravesaba la niebla y aureolaba los tejados a lo largo del perezoso río. Los mecs y su virulencia parecían infinitamente lejanos. Allí la gente ni siquiera hablaba de ellos. Vivía protegida en aquel acogedor rincón del esti y no quería saber nada de lo que sucedía fuera. Toby se preguntó si esa actitud era típica de la humanidad. En tal caso, ¿qué eran los Bishop?

Apenas vio la cerca blanca que rodeaba el patio del señor Preston. La aureola perlada ocultaba los detalles más allá del sendero de ladrillos que conducía a la casa. Era una finca magnífica, había que admitirlo, aun con aquella luz difusa. Tenía un pórtico de pino y columnas macizas coronadas con floridas letras mayúsculas. Golpeó de nuevo con la aldaba de hierro y el picaporte de bronce giró como si estuviera unido a ella. Lo atendió un enano, un criado silencioso que guio a Toby por un pasillo alfombrado.

No estaba preparado para la imponencia de la residencia del piloto, y miró con reverencia los muebles de caoba, una lámpara nueva eléctrica con pantalla de papel y un estante entero de esculturas sónicas. El enano se retiró, no sin antes explicar su silencio señalándose la boca sin lengua y mostrando el tatuaje rojo de criado que llevaba en el hombro.

En las paredes había muchísimas láminas de viajes. —*Encima de la catarata de Abraham, Búsqueda volcánica, El corazón de la luz, Lucha contra el destino*— y muchas obras de literatura, incluida la fantástica. Toby ansiaba coger las láminas y activarlas, pero cuando quiso mirar *Vapor de tiempo y Ruina del mundo* oyó unos pasos pesados y al volverse se encontró frente al piloto, que llevaba un uniforme azul y oro.

—Espero que hayas solucionado tu problema —dijo severamente el señor Preston.

Sólo ahora Toby recordó su precipitado abandono de la mesa del bar. La ciudad que había fuera de aquella bulliciosa sala se había tragado el recuerdo. Había avanzado por calles angostas bordeadas por toscos edificios acechantes que eclipsaban el tenue fulgor del cielo. Las calles húmedas de las orillas del río eran tortuosas e imposibles de recorrer sin tropezar con formas despatarradas que parecían bultos de ropa destinados a los recolectores de basura.

Los dueños de los zoms los dejaban donde estaban, seguros de que no podrían moverse sin más alimentación. Toby tardó horas en encontrar el rostro de mandíbula floja que había visto en el muelle, y pasó un buen rato mirándolo hasta asegurarse de que el zom no estaba sumido en su estado de reposo. La criatura estaba muerta, paralizada en una rígida parodia de baile.

Por la mañana pasó su corpulento propietario, se encogió de hombros y arrojó el cadáver a una carreta. El hombre no supo qué responder a las preguntas de Toby. No conocía los nombres, ni de dónde venían, ni de qué parte del gran río. ¿Ciudad Resurrección? Sólo un rumor.

Y el último vistazo que Toby echó a aquel rostro lo perturbó aún más, como si en la muerte definitiva el zom revelara su último secreto. Existía una clara semejanza con su padre. ¿Pero era una copia?

Agotado hasta la médula pero con resolución férrea, Toby se irguió frente a la repisa de roble y le dijo al señor Preston.

—Viajaré contigo.

—¡Muy bien! Quieres ver el pasado, ¿verdad?

—Así es.

—¿Has desayunado?

La mujer de la casa trajo tortas de maíz y frituras que acapararon la atención de Toby mientras el piloto le contaba leyendas y anécdotas. Toby logró ocultar los detalles de su largo viaje río abajo, y se distrajo mirando la colección de rarezas del señor Preston, dispuesta sobre las paredes. Había cristales, piedras de extraños colores que delataban su carácter volcánico, un turbante de algún antepasado, cinco flechas de pedernal de los días legendarios y algunas obras artesanales semejantes a otras muchas que Toby había visto. Junto a ellas había imágenes tridimensionales enmarcadas en bronce: niños de aspecto enfermizo, ancianos y demás, todos torpemente alineados y muy acicalados para su codeo con la inmortalidad.

Pero estas rarezas no eran nada en comparación con el gran cubo transparente que presidía la mesa del comedor. Despedía aire fresco y Toby pensó que era de hielo; pero mientras comía notó que ninguna gota se deslizaba por sus paredes lisas. Dentro, en un fulgor azulado, flotaban pequeños objetos: una filigrana dorada, un trozo irregular de cuarzo, dos grandes insectos de patas velludas y una estatua en miniatura de una adorable joven pelirroja vestida con una túnica blanca.

Acababa de comerse las tortas untadas con melaza y de tomarse una taza de café cuando advirtió que uno de los insectos había bajado un ala.

Sin dejar de escuchar al piloto, que se había embarcado en lo que parecía ser el borrador de una autobiografía oral en cuatro volúmenes, observó atentamente y vio que la muchacha giraba despacio sobre su pie derecho. La túnica se le pegaba a la pierna izquierda y luego ondeaba con elegancia formando un disco giratorio de aterciopelada delicadeza.

A estas alturas, ambos insectos habían movido sus alas transparentes. Ambos se dirigían hacia la muchacha. Sus ojos de muchas facetas palpitaban con lo que para ellos debía ser un renovado vigor, pero que para Toby era un lento y espantoso arabesco.

—Ah, la cacería —comentó el piloto, interrumpiendo su monólogo—. Bello, ¿verdad? La he mirado el tiempo suficiente para que me crecieran tres barbas.

—La muchacha está viva.

—Así parece. Pero es tan pequeña que no lo sé.

—¿Dónde la conseguiste?

—Río abajo.

—Nunca había visto nada semejante.

—Tampoco yo. De hecho, por la calidad de la artesanía, sospecho que la muchacha es real.

—¿Real? Pero no es mayor que mi uña.

—Sospecho que es un efecto de la luz.

—Y estos insectos...

—Son casi del mismo tamaño que ella, es verdad. Puede que estén ampliados. El truco contrario al de la muchacha.

—¿Y si no es así?

—En tal caso lo pasarán muy bien cuando alcancen a la muchacha. —El piloto sonrió—. Di la paga de una semana para obtenerlo. Y ese adorno dorado también gira... ¿ves?

La muchacha giró más y Toby vio que era Besen. Su Besen.

En alguna parte la habían atrapado. ¿Copiado? ¿O podía ser la verdadera Besen?

Tamborileó en la pared del cubo pero ella no reaccionó.

Recordó una ocasión a bordo del *Argo*, cuando limpiaban juntos una ducha mugrienta, haciendo mantenimiento. Besen había desatornillado el desagüe y había extraído una bola de cabello del tamaño de una rata gorda. Brillaba mucho y era una cosa tan asombrosa —una luna peluda junto al radiante e incrédulo planeta del rostro de Besen— que él se había echado a reír.

Sintió que una nueva ráfaga de aire frío salía del cubo de tiempo lento y silencioso.

—¿Algún problema, muchacho?

Quería destrozarse la muñeca azulada de tiempo lento para liberar sus épocas distorsionadas y sus perspectivas deformes y opresoras. Pero el objeto pertenecía al piloto, y aquel hombre comprendía mejor que nadie las torsiones del tiempo. Tal vez fuera correcto que tales objetos pertenecieran a los de su oficio.

Mejor ni pensar en ello. No sabría qué hacer con la Besen atrapada si la obtenía. Aun así, sintió alivio cuando salió del comedor para internarse en la niebla envolvente.

6 - Tiempo arriba

Debían zarpar ese mismo día. Toby nunca había experimentado la exaltación de esa primera vez, cuando subió la planchada y pisó la cubierta palpitante.

Nunca había hecho otra cosa que mirar con reverencia la partida de una de esas naves de inducción con su proa afilada. En esta ocasión el señor Preston lo saludó con un cabeceo, muy circunspecto en comparación con la actitud locuaz que había mantenido durante el desayuno. Recibió sin ceremonias sus papeles de empleo. Otros tripulantes estrecharon la mano de Toby sin la fría indiferencia con que trataban a los pasajeros. Los clientes que pagaban su pasaje eran desdeñados por todos los de a bordo, incluidos los camareros. Toby notó, en la mirada distante y vidriosa de los hombres y mujeres de la tripulación que, al menos, por el momento lo consideraban parte de la familia humana.

—¿Pasaste por ese remolino que hay más adelante? —le preguntó el señor Preston cuando subieron los tres tramos de escalera que conducían a la cabina del piloto.

—No. Me acerqué a la costa, guardé el esquife y lo sorteé.

—Mmm. Qué lástima. Creo que iré de través, me mantendré a distancia.

—Entendido.

Para Toby esa Vía exótica era una continua fuente de sorpresas. Empezó a entender por qué la gente quería que fuera así, una bolsa apartada de los mecs y de todo el peso de la historia. No importaba que estuvieran recreando una antigua modalidad del pasado; aquí y ahora era real.

Estaban terminando de cargar, y la energía de la nave hacía vibrar el aire. La carga era bajada de las carretas y subida a bordo por cuadrillas de trabajadores compuestas en su mayoría por zoms. Los pasajeros rezagados se abrían paso entre las cajas y los toneles que aguardaban en el muelle. Mujeres que llevaban sombrereras y comida urgían a maridos sudorosos que cargaban con bolsas y bebés chillones. Carretillas y triciclos de equipaje rechinaban sobre los adoquines y se entrecruzaban más de lo que parecía posible según las leyes de probabilidad, haciendo trizas cajas y jarros. Los insultos poblaban el aire. A proa y a popa rechinaban los cabrestantes.

Toby adoraba esa algarabía entusiasta.

—Los que no viajan deben bajar a tierra —anunció el recaudador.

Sonaron campanillas, y las atestadas cubiertas del *Natchez* descargaron su lastre por la pasarela: una corriente presurosa contra la cual lucharon algunos pasajeros que llegaban con retraso. Izaron la pasarela y un hombre alto llegó corriendo y trató de saltar. Logró aferrarse del flanco de metal y una tripulante le ayudó a subir, pero su bolsillo trasero se abrió y se le cayó la billetera al río. La muchedumbre de la costa rio y una mujer tuvo que impedir que el hombre saltara al agua.

Toby lo observaba todo desde el santuario de la cabina. Era un lugar elegante, con tanto vidrio que tuvo que contar para asegurarse de que había sólo cuatro paredes

transparentes. El capitán estaba junto al piloto, que también vestía el uniforme azul y dorado, y tocó un silbato. Izaron la bandera anaranjada y la nave dejó de moverse a la deriva. La cubierta palpitó y las tres chimeneas eructaron un humo aceitoso.

La multitud del muelle gritó mensajes de último momento y ovacionó mientras la nave se alejaba, acelerando mientras recibía el profundo impulso del metal del río en sus campos de inducción. La ciudad se redujo con desconcertante velocidad, y las personas del muelle se convirtieron en muñecos animados que se volvían rosados.

—El flujo del tiempo —dijo el señor Preston en respuesta al asombro de Toby—. Nos he puesto en tiempo de a bordo, así que vemos sus imágenes comprimidas y distorsionadas.

La costa se iba salpicando de rojo y azul a medida que el tiempo aureolaba la nave con su flujo, y el bofetón de las corrientes resonaba en notas graves que Toby sentía bajo sus botas de tacón alto.

Surcar la duración misma, sustraerse a la certeza del tiempo paciente y tenaz... Toby sintió náuseas que le apretaron la garganta. La confusión lo embargaba. Acelerones que se sentían en las entrañas. No sólo un aumento de la velocidad sino de la magnitud que regía el esti pero que ningún hombre podía percibir: la fuerza del espacio y el tiempo entrelazados. La firme cubierta se volvió escurridiza como una serpiente, el aire denso zumbaba, volaban chispas a su alrededor. Durante mucho tiempo su cuerpo combatió los urgentes tirones, el pecho oprimido, las tripas flojas, las rodillas blandas. De pronto sus tendones recobraron el equilibrio, sin esfuerzo consciente. Tragó aire y lo encontró húmedo y sabroso.

—Estable —dijo el señor Preston, observándolo—. Supuse que saldrías bien parado, pero nunca se sabe.

—¿Y en caso contrario?

El piloto se encogió de hombros.

—Te habría hecho bajar en la próxima parada. ¿Qué si no?

—¿Qué hay de los pasajeros?

—Abajo es más fácil. Aquí arriba las mareas son peores.

—¿Mareas? —Toby estudió la extensión plana del río.

—No las mareas del río, sino las mareas de tiempo. Los pasajeros que sufren jaquecas o trastornos estomacales pueden acostarse hasta que llegemos a su punto de desembarco. La mayoría, al menos.

Toby siempre había pensado que la tarea de un piloto consistía en mantener su nave en el río, lo cual no era una gran hazaña, pues el río era muy ancho. Mirando en silencio cómo el señor Preston se deslizaba entre las protuberancias de lodo marrón y navegaba con gracia líquida a lo largo de un dorado arrecife de bromo, apreció la gracia danzarina del susurrante timón de rayos de roble, el orquestado murmullo animal de los motores de inducción, la artesanía geométrica del timón y la proa. Interrumpir aquella elegante danza no sólo era un inconveniente y un peligro, sino una crueldad estética.

Toby lo supo cuando una chalana mercante que bajaba por la corriente principal se cruzó en el camino del *Natchez*. En vez de modificar su elegante trayectoria, el señor Preston atravesó los dos remos de popa que la chalana usaba para gobernar la dirección. Apenas habían cesado los crujidos cuando una andanada de insultos llovió desde el grupo de caras rojas que pasaban a estribor. El rostro del señor Preston se iluminó de alegría, pues aquellas víctimas podían replicarle, a diferencia de los tripulantes del *Natchez*.

¡Alegría de alegrías! Abrió la ventana corredera, asomó la cabeza y respondió a los insultos. Y mientras las dos naves se distanciaban y las maldiciones de los tripulantes de la chalana se perdían a lo lejos, el señor Preston redoblaba su énfasis y su saña, invocando dioses y actos que Toby jamás había oído nombrar. Cuando el señor Preston cerró la ventana, estaba muy sereno, pues de aquella forma había descargado toda la tensión de la partida.

—Vaya, eso sí que ha estado bien —dijo una voz al lado de Toby. Era el risueño Stan, que elogiaba aquellas obscenidades tan ofensivas.

Su aparición no era oportuna, y el señor Preston lo fulminó con la mirada.

—¿Peones con opiniones? Lárgate a fregar el suelo.

Así que transcurrieron horas hasta que Toby supo por qué Stan estaba en el *Natchez*, ya que Stan se pasó todo el tiempo limpiando la immaculada cabina, las escaleras de hierro y las tablas de pino. Cuando Toby lo encontró, se tomaba un humeante caldo de legumbres en la cocina de popa. Stan se puso locuaz.

—Por el tesoro, por eso me anoté. En este trabajo no te pagan nada y la corriente temporal me ha dado náuseas, pero pienso aguantar.

—¿Tesoro?

—Ya estoy buscando esos sombreros de hidrógeno. Nadie los ha buscado tan corriente abajo, así que supongo que te pasaste, Toby, cuando llegaste a nuestra ciudad. Tienen que estar río arriba, seguro.

Toby asintió y escuchó la cháchara de Stan sobre los zafiros y rubíes que los esperaban, y apenas pudo contener la risa para no delatarse. Por otra parte, había encontrado un amigo en un lugar que le intimidaba.

—Lástima que tuvieras que abandonar tu búsqueda —dijo astutamente Stan.

—¿Qué? —Toby estaba masticando granos para mantener la boca ocupada y quedó sorprendido de este comentario.

—Te pasaste en otro sentido. Ese zom era lo que deseabas encontrar. Sólo que querías al hombre en su primera vida, y eso está corriente arriba.

Era desconcertante que Stan se tragara aquellas patrañas sobre los sombreros de hidrógeno y al mismo tiempo descubriera la verdad acerca del padre de Toby disponiendo de tan pocos elementos de juicio. Toby asintió con un lacónico gruñido, pero no continuó la charla. Todo el mundo daba por sentado que el río era infinitamente largo y que el resto del esti no era más que una sombra que aureolaba el túnel que impulsaba el río hacia delante. El exterior, la naturaleza del esti, los mecs y

todo lo demás constituían una distracción.

Había aprendido al principio de su viaje a no permitir que otros se regodearan con una historia sentimental más acerca de un pobre chico que carecía del reconfortante amor de la madre o del fuerte brazo del padre, abandonado a las inclemencias de un mundo insensible. No era la verdad, y si les contaba la verdad retrocedían espantados.

Lo estás manejando bien.

La repentina aparición de Shibo lo sobresaltó. La silenció, sintiéndose extrañamente culpable.

7 - Turbulencia temporal

Las aguas plácidas del río estaban cerca de la costa, donde las profundas corrientes de bromo y mercurio permitían que las serpentinadas de inducción se agarraran con firmeza, aunque la corriente era más rápida en el centro. Allí no afloraban destructivas corrientes de bromo, así que no había mayores sobresaltos.

El señor Preston le explicó que el *Natchez* tenía que mantenerse pegado a la orilla, separándose así de las naves que avanzaban río abajo por el centro, aprovechando la corriente. Toby aprendió algunos trucos para doblar los recodos, cabos, bancos, islas y promontorios que entorpecían el camino. Si alguna vez se convertía en piloto, decidió, viajaría tiempo abajo y dejaría el trayecto contrario para los imprudentes.

Pero la tormenta de tiempo afectaba a cualquier tipo de embarcación.

Cayó una susurrante oscuridad mientras cruzaban el río delante del torbellino de tiempo que los aguardaba. Se elevaba como un chorro en medio del río, aunque en la ciudad los informes recientes decían que se aferraba a la orilla opuesta a aquella por donde ahora iba el *Natchez*.

—Se está moviendo deprisa —declaró el señor Preston desde el timón.

La turbulenta y espumosa columna enturbiaba y enrojecía las imágenes del bosque y la planicie. Toby permaneció en el rincón de la cabina y pronto agotó todo lo que recordaba sobre su visión de la tormenta de días atrás, que de poco servía, pues la tempestad había crecido y tomado la forma de un complicado nudo que escupía agua negra y borbotones de metal gris.

La lluvia tamborileaba sobre las ventanas. El aire huracanado succionaba la luz. Azuladas tracerías formaban filigranas en el cielo. En la costa los árboles se reducían a contornos borrosos. Los vientos azotaban y castigaban el *Natchez*, curvando los árboles y moviendo las hojas de tal modo que olas de color flameaban sobre la espesura. Los árboles alzaban los brazos como si el pánico los atenazara. Una de las chimeneas del *Natchez* se desprendió con un chirrido y se partió, y su mitad superior cayó en la cubierta de proa. Los tripulantes corrieron para cortarla y arrojarla por la borda. Toby vio a Stan entre ellos, aserrando frenéticamente mientras el viento hacía que se tambalearan. Todos maldecían tan cerca que Toby podía leerles los labios, pero la tromba se llevaba las palabras.

No era un viento común. Desgarraba y hendía el aire, distorsionando las imágenes de tal modo que los hombres parecían trabajar a cámara lenta, luego con frenética velocidad, mientras fuerzas invisibles los estiraban, tirando de ellos y deformándolos.

Un siseo arrojó un glorioso resplandor al cielo. Un fulgor etéreo bañó la cubierta. Pero en la costa persistía la oscuridad. Las copas de los árboles caían y luchaban con antagonistas imaginarios. En medio del río hervía la espuma.

Otro siseo, una crepitación y la nave dio un salto, sumergiéndose en un baño de efervescencia caliente. En una fracción de segundo el aire se puso negro como

azabache y el trueno retumbó en el cielo como toneles vacíos rodando por escaleras de piedra.

Y de pronto salieron. La tormenta se convirtió nuevamente en un grato espectáculo en medio del río.

—La turbulencia temporal ha sido moderada esta vez —comentó el piloto.

Toby no pensaba lo mismo mientras procuraba recobrar el aliento, sentado en un taburete.

Cuando vio a Stan más tarde, el joven dijo sorprendido:

—¿Distorsión? ¿Piernas estiradas? Nunca he sentido semejante cosa...

Toby comprendió que las variaciones y vibraciones del tiempo y del espacio afectaban a cada observador de una forma particular. Nadie sentía los mismos efectos. Pero la chimenea partida que ahora Stan y los demás reparaban rápidamente indicaba que las ondulaciones temporales podían ser muy reales.

Avanzaron una vez más, esquivando un gran banco de aluminio que relucía y podía desgarrar el casco de una nave de inducción en un santiamén. El *Natchez* se aproximó a la orilla donde Toby había dejado el esquite. El señor Preston escrutó los azulados matorrales con los binoculares pero no encontró ni rastro de él.

—Alguien lo robó —dijo Toby con enfado.

—O se lo comió —dijo el piloto, sonriendo.

—Yo no cultivé ese esquite, no está vivo. Lo fabriqué con metal de desecho, a golpes de martillo.

—Tal vez se lo ha comido el tiempo —comentó el piloto.

La costa parecía acuosa e indefinida, una emulsión azulada. Mientras avanzaban río arriba, Toby sintió crecer su respeto por el piloto. Ninguna protuberancia conservaba la misma forma el tiempo suficiente para que Toby distinguiera qué era. Los cerros se disolvían como montañas de mantequilla.

Pero el señor Preston sabía cómo conducir el *Natchez* a un punto preciso de estribor, pues de lo contrario —explicaba— la nave tendría un grave contratiempo con un trozo de metal que los desgarraría de popa a proa en un abrir y cerrar de ojos. Aquel turbio yermo de agua y metal tendía trampas a todas las embarcaciones.

El señor Preston bordeó una isla donde un pequeño vórtice temporal acababa de aflorar en la brumosa epidermis del río, tan cerca que los árboles rozaron la proa y casi tumban a un pasajero curioso que se apresuró a desembarcar en la primera parada, abandonando su equipaje. Hablaba sobre visiones encantadas de mujeres decapitadas que había visto en el aire. Los tripulantes rieron a carcajadas. Toby también.

8 - Hielo voraz

Las peripecias de las naves de inducción constituían una aterradora leyenda. La mayoría de los que vivían a orillas del río —y muchos optaban por no hacerlo— comentaban que habían visto naves que aparecían súbitamente ante un muelle, descargaban personas y bártulos con precipitación y se alejaban con motores zumbones, para desvanecerse momentos más tarde, convirtiéndose en una delgada cuña que se elevaba en el aire antes de disolverse en la nada.

Las gentes que trataban de seguir una nave sentían una presión semejante a la de una mano maciza e invisible. Se cansaban, especialmente cuando viajaban río arriba. Así la mayoría vivía a menos de un día de marcha de donde habían nacido. Con gran esfuerzo un hombre o una mujer fuertes podían viajar a pie o a caballo hasta un poblado distante para averiguar el precio de un nuevo grano o para comprar mercancías. La mayoría prefería que las naves de inducción se encargaran de ello, llevando fardos de paño, por ejemplo, y regresando con bienes prodigiosos pedidos por medio de un vistoso catálogo.

Algunos, sin embargo, compraban un billete para viajar, tan interesados en el viaje como en el destino. Las habitaciones principales del *Natchez* contaban con opulentos sillones y sofás mullidos, puertas guarnecidas con blancas y caprichosas filigranas de madera y escenas de distorsión temporal famosas. Había un mural simbólico a todo color de grandes pilotos en la sala principal, y en los camarotes de primera clase los picaportes eran de porcelana y una lámina de imágenes cubría la pared y ofrecía una visión artística en respuesta a una caricia. Las habitaciones públicas tenían un techo curvo, realzado por toques dorados, y candelabros de bombillas relucientes. Toby miraba estos ricos objetos y recordaba un auténtico Candelero: una de las grandes ciudades que sus antepasados habían construido en el espacio. Le gustaba ese lugar, pero su gente llevaba una vida, aunque plena, humilde.

Los pasajeros podían quedarse en mangas de camisa y usar los lavabos de la barbería, que también disponía de toallas, peines y fragante jabón de uso público. Todo esto impresionaba a Toby. Nunca había visto tanta opulencia y refinamiento, ni siquiera en casa del piloto. El *Argo* era una nave limpia y pulcra, pero no tan espléndida e imponente.

Los pasajeros que embarcaban en las destartadas aldeas de la costa compartían su asombrada reverencia. A los tres días de viaje, sin embargo, había adquirido cierto aplomo, y miraba a esos viajeros harapientos con el mismo aire de superioridad que los demás tripulantes.

Claro que no vivía en la misma esfera celestial que el piloto. El señor Preston se había ganado las arrugas de su rostro observando los choques de diferentes potenciales temporales. Su modo de hablar abarcaba desde las elegantes y cultas cadencias de río abajo hasta el gangoso y pintoresco acento de los poblados. Los pilotos navegaban por la eternidad, y lo sabían.

Toby había sido contratado por sus conocimientos, provisionalmente útiles, no por su destreza. Así que cuando las serpentinas de inducción se congelaron, se acurrucó abajo obedeciendo una estentórea orden del capitán, como Stan y los demás. El señor Preston permaneció arriba.

La gran sala de máquinas era una confusión de órdenes y empellones. La energía que los impulsaba río arriba procedía de una enorme estructura de cobre que giraba, cuando funcionaba bien, entre negros y mastodónticos imanes negros.

Normalmente el metal giratorio debía generar grandes borbotones de energía para internarse en el pasado del río. Pero al zigzaguear por el río, eludiendo arrecifes y protuberancias de bromo, a veces el piloto terminaba por ir contra la corriente normal, y se desplazaban un rato corriente arriba por el agua, pero corriente abajo y tiempo abajo respecto de las distorsiones temporales.

No había indicios de que eso estuviese sucediendo, aunque Toby creyó ver en la distancia una nave enorme y fantasmal que pareció existir durante breves segundos. Tenía unas torres enormes que escupían humo y hollín, las portillas bañadas en luz violácea, y un vehículo que revoloteaba en el aire como un insecto gigantesco, batiendo la niebla con las aspas, como un enorme mosquito dispuesto a atacar una ballena de metal.

De pronto sopló el viento donde flotaba esa visión, y un grito procedente de abajo convocó a la tripulación.

Stan le mostró los tubos y cables revestidos, cubiertos ya de hielo duro y blanquecino. Las calderas irradiaban un calor muy intenso, pero el curso del tiempo dentro de los tubos y cables consumía energía tan rápidamente que el hielo no se derretía.

Toby y los demás se pusieron a golpear el hielo para quebrarlo y apartarlo. Era materia sólida. Un fragmento cayó en la mano de Toby y por un momento vio la superficie de un tubo que conducía al interior de los motores de inducción. Aunque era de cobre lustroso, el tubo estaba turbadoramente negro.

Toby asomó la nariz para ver y oyó el crujido del aire que se congelaba.

—¡Oye, retrocede! —le gritó una mujer, apartándolo mientras la brecha que él había abierto se cerraba abruptamente, con un siseo de aire en el vacío, congelándose al instante y sorbiendo más aire.

Otro hombre no fue tan afortunado, y se le congelaron tres dedos en una momentánea grieta del hielo. Sus gritos apenas llamaron la atención, pues todos trajinaban para romper y derretir la creciente carga blanca.

Un cable cedió debido a la acumulación de peso y se partió. El chillido de la energía eléctrica descendió, y Toby sintió miedo.

Había oído historias acerca de naves de inducción que se congelaban de esta manera: el frío infinito del tiempo invertido sorbía el calor, la vida, el aire y el yo. Tales naves reaparecían a años y kilómetros de su presunta posición, perpetuos témpanos marfileños a la deriva en un río aparentemente plácido.

Toby cortó y arrancó y golpeó el hielo. La escarcha gruñía, crepitaba y crujía, hinchándose como una criatura viva que gimiera con sus dolores de crecimiento.

Oyó otro grito en la sala de máquinas cuando el hielo apesó el tobillo de una mujer. Las ráfagas entraban chillando para reemplazar el aire condensado. Las voces de los tripulantes se elevaban con pánico.

Y el bramido del capitán vibraba por encima de todo, impartiendo órdenes.

—¡Deja eso! ¡Suelta esa barra, hombre, que la sueltes! Thomson, corre allá. ¡Destrózala, hijo!

Y de pronto los vientos aullantes callaron, el hielo dejó de crecer.

—Ah —suspiró el capitán—, al fin el piloto se ha dignado a conducirnos por donde debe.

Toby se ofendió un poco al oírlo, pues ningún piloto podía leer el verdadero vector del flujo temporal. El señor Preston los había sacado del atolladero, y no era cosa fácil.

Se contaban historias espantosas sobre naves cuyos pilotos eran unos ineptos. Naves de inducción embarrancando tiempo arriba, témpanos cuya congelada tripulación se lanzaba hacia el principio del tiempo. Naves a la deriva río abajo, estrías calientes que estallaban mucho antes de llegar a la legendaria cascada del filo de la eternidad.

Pero el capitán no reflexionaba sobre ello. Toby aprendió entonces que el elevado puesto del piloto implicaba duras críticas a la más leve imperfección.

9 - El Cairo

Cascos, toneles y barricas bloqueaban el muelle, pero desde la cabina del piloto se podía apreciar la verde belleza de la ciudad.

Incluso las manzanas de almacenes comerciales brotaban verdes y primaverales del suelo. El Cairo había perfeccionado el difundido arte de cultivarse a sí misma en su fecundo terrón.

Este arte era mucho más fácil que el de plantar árboles para talarlos, aserrarlos, alisarlos y darles forma de tablones, vigas, viguetas, brazas, puntales y clavijas para construirse un techo.

Ese don tan cómodo requería conocimientos profundos. Los habitantes de El Cairo sondeaban el complejo corazón de las cosas vivientes.

El *Natchez* atracó con tres campanadas. La gente de río arriba a menudo tenía una mujer en cada puerto y las campanas anunciaban quién era el capitán, para que la dama apropiada le diera la bienvenida —a veces sólo durante un par de horas— en su camarote, antes de la partida hacia el próximo puerto. Los caprichos de las corrientes temporales tenían como consecuencia muchos encuentros precipitados. Pero el capitán de una nave rápida podía disfrutar sin tardanza de otra cita de placer, si era físicamente apto.

Una dama rubicunda se cruzó con Toby en la pasarela cuando él bajaba a la costa. No reparó en ella mientras pensaba en quedarse allí, en la ciudad más grande del río.

Tenía la cabeza llena de las cosas que había aprendido en la cabina del piloto. Fue al Ayuntamiento de El Cairo y consultó la lista de ciudadanos. No había ningún registro relacionado con su padre, pero de todos modos no había abrigado grandes esperanzas. Su padre no era de los que permitían que un papel le siguiera el rastro como un perro, sólo para morderlo después. Toby se tragó la decepción y sacó nuevas fuerzas de su enfado.

Stan se reunió con él y juntos recorrieron las calles. Stan parloteaba y Toby caminaba con las manos en los bolsillos, deslumbrado por lo que veía. Había dejado su vapuleado equipo de combate en la nave y caminaba ligero. Casas que crecían solas se elevaban del suelo fecundo. Los artesanos de semillas hacían publicidad con vistosos letreros, algunos fabricados con esa nueva clase de neón que formaba palabras enteras de una brillantez chillona: *Sembrador hábil*, *Criador de casas* e incluso *Cultivo de casas personalizadas*.

Recorrieron bares bulliciosos, paseos con arcadas y factorías frondosas; encontraron todos aquellos lugares muy elegantes, con una atmósfera impregnada de las fragancias que brotaban de sus maderas satinadas. Las mujeres trabajaban en telares que crecían directamente de la tierra húmeda. Stan le preguntó a una de ellas por qué no cultivaba su ropa directamente en las matas y ella se echó a reír.

—La moda cambia con demasiada frecuencia para hacer eso —le respondió, y ahogó una risita al ver los pantalones deformes y la delgada chaqueta de Stan.

Esto puso a Stan de buen humor, y pronto Toby se encontró recorriendo una calle sombría que apestaba, como decía Stan, a «cerveza usada».

En las puertas había mujeres con aspecto de ser prostitutas, vestidas con corpiños rojos y corsés negros. Eran muy diferentes de las mujeres fornidas y musculosas tan valoradas en la Familia Bishop.

Toby se sonrojó y recordó algo sucedido hacía mucho tiempo, en la escuela de la Ciudadela Bishop. La Familia era estricta en cuestiones de linaje, lo cual se traducía en un severo código sexual al que había que someterse hasta la edad del apareamiento.

El instructor de los niños había entregado a cada uno un papel especial y una pluma de tinta invisible, y les había ordenado trazar un círculo cada vez que se masturbaran. «Darle la mano a nuestro mejor amigo», lo llamaba. La tinta invisible era para asegurar la discreción y evitar la vergüenza.

Al cabo de un mes, entregaron la hoja. El instructor las colgó todas en hileras, oscureció el aula y encendió una lámpara especial. El fulgor violáceo revelaba los círculos, filas y filas de ellos. Los niños callaron.

—Así es como os ve Dios —había dicho el instructor—. Vuestra vida interior.

El objetivo de exhibir este pecado era que lo cometieran menos, pues el pecado de Onán, según decían, atentaba contra las facultades intelectuales. Su Aspecto Isaac le había dado datos sobre Onán, diciendo que era una «leyenda popular» y desdeñando una costumbre sexual tan primitiva.

En cambio, el ejercicio dio pie a los alardes, en cuanto entró de nuevo la luz diurna; cada cual conocía su propio saldo, pero todos podían reclamar como suyo el más alto, que era de ciento siete.

Toby sólo había alcanzado la cifra de ochenta y seis, un poco abrumado precisamente por el ejercicio.

Más tarde pensó que de haber conocido la finalidad de aquello, habría superado fácilmente las cien veces.

En El Cairo, las mujeres sofisticadas eran fácilmente accesibles. Sentía una vaga lealtad hacia Besen, perturbado por el recuerdo de su imagen atrapada en el cubo de la casa del señor Preston. ¿Aún estaría viva? ¿Le molestaría que él buscara alivio en otra mujer?

El deseo barrió esas cavilaciones, dejándolo tenso y nervioso. Pero no le atraían aquellas mujeres que lo llamaban enarcando las cejas, con una sonrisa maquillada y las uñas pintarrajeadas. Recordó la sonrisa de Besen y la echó de menos terriblemente.

Stan se burló de él. Toby le respondió con ofensivos juramentos, la mayoría recién aprendidos del señor Preston.

La furia le revolvía el estómago. Dejó a Stan regateando con una mujer de piel lechosa que usaba como reclamo un cabello rojo y unas caderas tan anchas como el río, y se internó en la umbría ciudad. Si su padre había pasado por allí, habría una

señal. Sólo tenía que encontrarla.

10 - Tratante de zoms

Lo envolvieron laberintos de oscura geometría. Oía jirones de conversaciones ahogadas y discordantes mientras avanzaba entre los grandes edificios comerciales de las inmediaciones del puerto. Allí florecía el comercio, y abundaban las fundiciones, los talleres, los lagares, las hilanderías y los silos, todo gracias a las intrincadas bioartesanías tan conocidas en El Cairo.

Claro que esas artes tenían sus defectos. Relucientes hongos amarillos cubrían las calles adoquinadas; plagas resbaladizas que succionaban los talones de Toby, ansiando digerirlo. Las alcantarillas estaban pobladas de fluidos fétidos, algunos estancados y cubiertos de espuma marrón, otros que no tardarían en subir hasta las gruesas piedras del borde.

Cada edificio tenía un casco de varios pisos de altura que nacía del edificio mismo y echaba unas raíces semejantes a estacas para soportar el peso del agua de lluvia que contenían. Cerca del río no había suelo suficiente para los pozos. Las lloviznas puntuales eran todo lo que tenía El Cairo, y, para demostrarlo, empezaron a formarse gotas en la niebla y comenzó a llover mientras Toby buscaba.

Llegó a una zona baja de la ciudad donde las calles silenciosas tenían un aire dominical. Pero los símbolos de hierro forjado de los destartados edificios explicaban el porqué. Formaban gruesas y rugosas cifras y anagramas, con delicadas telarañas de intrincada y desconcertante urdimbre. Toby pudo distinguir en la penumbra los emblemas de los tratantes de zoms, adornados con huesos y calaveras. Esta solidez compensaba otras fragilidades. El Cairo estaba tan cerca de los grandes arcos de tormentas temporales que sus habitantes siempre hablaban con cierta cautela, terminando sus frases con un «hasta ahora», «al parecer» o «quizás alguna vez».

La mala suerte quiso que el fulgor de la piedra de tiempo se redujera en ese momento. La lluvia cesó, dejando un frío húmedo. Toby miró hacia arriba y a lo lejos vio una isla ancha y arenosa que interrumpía la piedra de tiempo, y dejaba aquella parte de la ciudad en permanente sombra. Habían instalado la industria de los zoms en una constante oscuridad.

Orinó contra un edificio porque se dijo que lo ayudaría a crecer como a cualquier otra planta, pero se internó púdicamente en un callejón lateral para hacerlo. Así que Toby estaba fuera de la calle cuando pasó una cuadrilla de mujeres zoms.

Se contoneaban, tiritando de frío y con el rostro amarillo, mirando a su alrededor con curiosidad enfermiza. Una vio a Toby. Sonrió, hizo una mueca, se relamió los labios y se alzó la falda con una mano, gesticulando con el índice de la otra mano y enarcando las cejas. De la sorpresa, Toby dejó de orinar y se quedó petrificado hasta que la zom se alejó con un gesto de indiferencia. Por fin se tranquilizó y se abrochó la bragueta.

Los zoms eran considerados necesarios para ciertas tareas, se dijo. Aun así le

faltaba el aliento, se le cerraba el pecho. Se sintió molesto consigo mismo.

Seguir a los zoms fue fácil. El criadero estaba en una calle con fluctuantes lámparas de aceite.

El encargado era un hombre alto que llevaba un traje negro. Estaba sentado en una habitación amplia, y trabajaba en un antiguo escritorio de piedra, pulsando las teclas de un ordenador plano. A lo largo de las paredes había nichos profundos sumidos en la sombra.

—Estoy buscando a mi padre. Pensé que tal vez...

—Sí, sí —rezongó el hombre—. Una vieja historia. Anda, echa un vistazo.

Esta brusquedad sorprendió tanto a Toby que tardó unos instantes en comprender lo que veía.

Lámparas grasientas arrojaban una luz tenue sobre largas hileras de tablas inclinadas, todas con cadáveres de adultos. No estaban amortajados, sino que llevaban ropa de trabajo, a veces enlodada. Toby caminó a lo largo de aquellas filas escrutando los rostros pálidos y rígidos. En los nichos había niños envueltos en mortajas blancas.

Todos estaban rodeados de barrotes. Pálidos fluidos de revitalización circulaban por tubos que se introducían en sus fosas nasales, bombeados por corazones externos: unos músculos bulbosos y rojizos que palpitaban unidos a sus costillas. Los fluidos actuaban despacio en el organismo, enviando lentas ondas que iban desde el jadeante pecho y las gruesas entrañas hasta las trémulas piernas. Agotada su energía, los fluidos salían verdes de las nalgas para caer en los canales de desagüe del suelo de madera.

En medio del eco de goteos y chapoteos, Toby regresó al escritorio de piedra, una isla de luz en aquel silencio fresco y pegajoso.

—No está aquí.

—No me sorprende. Los movemos con rapidez.

Los hundidos ojos del hombre no decían nada.

—¿Has criado a alguien parecido a mí?

—¿Tiene nombre?

Toby se lo dio. El hombre estudió un libro encuadernado en cuero.

—No, no figura en los registros. Sin embargo, creo recordar algo.

Toby cogió al criador de zoms por los hombros.

—¿Qué?

—Suéltame. Que me sueltes, te digo. —Retrocedió, se zafó de las manos de Toby y se arregló la ropa como un pájaro alisándose el plumaje—. Odio a los tontos que vienen aquí con esos modales...

—Cuéntame.

La voz de Toby instó al hombre a callarse. Estuvo estudiándolo un buen rato.

—Trataba de recordar. Debo de haber visto como una docena que se parecían a ti, si no recuerdo mal.

Toby sintió un nudo en la garganta. Sabían que estaba allí y estaban copiando a Killeen para localizarlo.

—El repartidor viene una vez por semana.

—¿De dónde?

—Los consigues en el campo, según dice. Los trae aquí para que recobren sus fuerzas. Tiene un depósito para guardarlos.

—¿Dónde?

—Por lo que sé, a unas siete calles de aquí.

—¿Dónde exactamente?

—Entre Anunciación y Poydras. Es un cobertizo grande y largo con el techo de cinc.

Toby se internó en las lluviosas calles; se perdió dos veces en su confusión y patinó sobre algo resbaladizo que prefirió no mirar. Llegó al edificio cuando alguien salía por el otro extremo y algo le hizo regresar a la calle para mirar al hombre que se marchaba. Entró y no encontró a nadie, salvo cinco zoms que yacían sobre bastidores, congelados y con amuletos de bronce sobre el rostro. Presintió que era una encerrona y recorrió los corredores desiertos donde los zoms trabajarían durante el día. La luz oblicua y gris daba un aspecto fantasmal y amenazador a los objetos.

Comprendió que el tratante de zoms lo había engañado. Mientras Toby iba hacia allí, el hombre había llamado al almacén para dar la alerta.

Había esperado que el verdadero Killeen estuviera allí, que su padre estuviera haciendo copias de sí mismo para ayudarlo en la búsqueda. Pero era mucho más probable que los mecs tuvieran humanos a su servicio. Tenía que huir. No quería desistir, pero el asunto era evidente. Ya se volvía cuando una cosa cayó del oscuro techo.

Toby se arrojó sobre un zom. La cosa cruzaba el aire como un pájaro sin alas. Le golpeó la pierna. Un resplandor azul eléctrico brotó en los ojos de Toby. Su sistema sensorial se sobrecargó y relampagueó causándole un dolor lacerante. La carne del zom sobre el que había caído era dura y fresca. El dolor le subía por la espalda. Su abrasadora intensidad le dijo que se trataba de un arma mec de alta jerarquía. Se retorció sobre el pegajoso y fresco zom y las piernas se le entumecieron con el cosquilleo. Le costaba rodar, pero cogió la cabeza del zom. Era una mujer, tuvo que hundirle la mano en la boca abierta para obtener apoyo. Se deslizó bajo aquel peso. La cosa lo agarró, pero él tomó impulso y le pegó con la mano enguantada. Los dedos tiesos se hundieron en una resistencia pegajosa. El dispositivo se alejó y él cayó al suelo. El arma mec vertió una mancha viscosa sobre el zom.

Tal vez había confundido al zom con él. Toby no esperó para averiguarlo.

11 - El pasado laberíntico

Tres profundas y blandas campanadas flotaban sobre la superficie del río y poco después se repitieron, más agudas y breves.

—Significa que nos estamos aproximando al arco —dijo el señor Preston.

Toby entornó los ojos, escrutando la oscuridad.

—No veo nada.

—El viento del tiempo comprime las campanadas, que rebotan y regresan a nosotros. A veces es mejor guía que ver los arcos. Retuercen la luz, te dan imágenes distorsionadas.

Toby habría preferido mirar las traicioneras curvas del agua espumosa, pues una vez había visto cómo una despedazaba una lancha en su viaje río abajo.

Un profundo silencio cubría el río. Toby tenía una opresiva sensación de aislamiento después del bullicio de El Cairo, aunque estaban a pocas horas de distancia. Había temido lo que sucedería si los mecs lo seguían hasta el barco, así que se había escondido en un bar hasta último momento. Con el sistema sensorial a cero, aguardó y caviló; decidió que nunca más lo activaría. No era tanto por el riesgo para sí mismo como porque pondría en peligro a las personas que trabajaban con él.

Se refugiaban allí como solía refugiarse la humanidad en todas partes, si tenía la oportunidad. Se aferraban al pasado y él andaba entre ellos peligrosamente disfrazado. No podía atraer a los mecs hacia sus amigos.

Descendió sigilosamente hacia el río, hacia la nave. Cuando subió a bordo no vio nada que le llamara la atención. Había tardado un poco en recobrar la calma, en ponerse a pensar de nuevo.

A estribor distinguía sólidas murallas de bosques crepusculares disolviéndose en un gris sombrío. El señor Preston tocó de nuevo las campanas y los agudos ecos llegaron más rápidos y vibrantes.

El río pareció abrirse, revelando primero los espumosos pedestales y luego la maravillosa curva de los arcos. Pasaron en silencio junto a los gruesos pedestales, que proclamaban su poder con su oleaje. Pero cuando el *Natchez* se aproximó, bordeando la orilla opuesta, el agua era lisa como vidrio; el mercurio que afloraba en medio del río proyectaba espectrales jirones de niebla reluciente en el aire turbadoramente quieto.

Esta tranquilidad se fracturó. Una muralla de trueno sacudió las ventanas de vidrio de la cabina del piloto.

—¡Atención! —exclamó el señor Preston, aumentando la potencia. Los motores de inducción hicieron temblar la cubierta.

—¿Tenían este aspecto la última vez que los viste?

El señor Preston no apartaba los ojos de los arcos, que ahora emitían un fulgor rosado y azul.

—Sí, sólo que los pedestales del más alto eran más grandes.

—¿Pasaste por aquí?

—No. Pasé por aquel banco de arena.

—Pues hiciste muy bien.

Zarandeado por el río, Toby no había tenido otra opción, pero no dijo nada. La cubierta corcoveó, crujió, chilló.

—El remolino va ribera arriba hasta más allá del cabo —dijo el señor Preston, demostrando cierto entusiasmo a su pesar—. Podríamos pasar sin despeinarnos siquiera.

Aceleraron tan cerca de la costa que algunas ramas se partieron contra las chimeneas. La niebla teñía de rosado el aire febril. Graves notas resonaron en las botas de Toby.

—¡Preparados para el embate! —anunció el señor Preston, como si alguien no estuviese preparado. Y llegó el golpe.

El *Natchez* chocó contra el vórtice, zambulléndose cerca del cabo. La succión cruzó el río: una enorme boca de mercurio y bromo, un hervor pardo y plateado con curvas borrosas. La nave giró y Toby recordó, con el estómago revuelto, un trompo que le había regalado su madre y que poseía la misteriosa capacidad de permanecer erguido mientras giraba.

Este recuerdo abstracto duró un segundo y luego el agua se abatió sobre la cabina del piloto y partió la ventana de popa. La nave escoró a babor. Las torsiones de tiempo fustigaron los crujientes maderos. Un remolino sorprendió la nave y estrujó una chimenea conviniéndola en chatarra. El impacto hizo vibrar los oídos de Toby y le dejó un zumbido en la cabeza. Rápidos relámpagos de resplandor rojo surgieron del río y acariciaron las cubiertas.

Gritos. Alaridos.

Contra la corriente, luego a favor de ella, el *Natchez* se zafó del aullante remolino. Al cabo de un instante chocaron contra la arboleda del siguiente recodo. Normalmente, esto habría sido vergonzoso para un piloto, pero acababan de pasar tiempo arriba contra los arcos, así que fue una liberación, un precio tan insignificante como una pequeña propina después de un banquete.

En la calma posterior trajinaron río arriba y Toby escrutó la costa en busca de rasgos que recordase. Regresar aquel lugar significaba que en parte podía revertir el gradiente del esti. Se imaginaba que eso lo llevaría a un eje temporal más próximo al período que compartía con las ciudades-portal. Tal vez —sólo tal vez, porque la gente de allí no quería hablar del esti— se aproximaría a la fuente de las copias de Killeen.

No se lo había dicho a nadie, pero el señor Preston lo miraba de soslayo de cuando en cuando. Stan, después de burlarse de Toby por haber huido de las mujeres de vida fácil, seguía insistiendo con el tema de los sombreros de hidrógeno. Así que Toby se pasaba horas fingiendo, mirando sin ver la tupida floresta de la orilla.

Le parecía que allí había más riqueza que río abajo, mayor densidad y misterio. No tenía el ingenio ni los años para saborearlo en toda su magnitud; el gusto se

adquiere con la edad y quizá sea su única recompensa; algunos lo llamaban sabiduría.

Veía las grandes y lentas cadenas de causa y efecto en el río, fuerzas que, aunque elusivas en esa profusión natural, constituían el fundamento de todos los paisajes, los airosos reinos, las infinitesimales maquinarias de madera y hojas. Los jóvenes deben abrirse camino en un mundo que es para ellos un inmenso acertijo, así que Toby observaba con fijeza los matices cambiantes, estudiando el fluir eterno, sabiendo que el río de plata podía hervir de pronto para arrastrarlo al fondo o para elevarlo en un espumoso geiser. Acontecimientos hermosos, quizá, pero no por ello menos mortíferos.

Toby seguía asesorando al señor Preston sobre bancos y arrecifes. Inspeccionaba las inmensas balsas de troncos, grandes plataformas detrás de las cuales podía ocultarse la lancha que las impulsaba, así como las barcasas y chalanas mercantes que iban de granja en granja, con la familia del buhonero en cubierta, los niños saludando. Así que cuando Stan gritó desde la cubierta «¡Mira eso! ¡Debe de ser uno! ¡Debe de serlo!», a Toby le irritó que lo distrajeran de su trabajo.

Stan fue a popa, recogió unos desechos flotantes y cometió la temeridad de llevarlos a la cabina del piloto.

El señor Preston frunció el ceño y se mordió el bigote por la intrusión, pero antes que Toby pudiera echar a Stan vio la cosa gris que traía, semejante a una flor.

—¡Un sombrero! Sin lugar a dudas —exclamó Stan—. Hidrógeno puro. Ya es valioso de por sí, te lo aseguro. Y mira aquí.

Stan señaló orgullosamente broches y alfileres incrustados en aquella cosa gris, que para inmensa sorpresa de Toby parecía un sombrero. Casi no pesaba pero era dura, y las joyas relucían con un resplandor interior.

—Y tú me has conducido hasta él, Toby. No lo olvidaré —dijo Stan—. Compartiré el botín; sí, señor.

—Sí, claro.

El sombrío rostro del señor Preston se ablandó cuando estudió el sombrero.

—Nunca había visto nada semejante. ¿De qué parte de río arriba dijiste que venías? —le preguntó a Toby.

—Queda bastante lejos —fue todo lo que Toby pudo decir, pues así era, pero la costa ya le parecía rara y deforme, como si su memoria se estuviera distorsionando.

Eso no era nada en comparación con la consternación que sentía pero no podía confesar, pues la historia del sombrero era un invento. Sin embargo, ahí había un auténtico sombrero enjovado de hidrógeno que valía la paga de varios meses.

Pronto las tortuosas exigencias del río se impusieron a su desconcierto. Bajo la guía del señor Preston comenzaba a ver que el rostro de esa fusión de agua y metal era un libro prodigioso que si antes parecía escrito en una lengua muerta ahora le revelaba valiosos secretos.

Cada recodo que doblaban le contaba una nueva historia. Ninguna página estaba en blanco. Un hoyuelo hirviente en las aguas podía agradar a un pasajero, pero para

un navegante era una advertencia en mayúsculas de que una catástrofe, un arrecife o un vórtice desgarrador de espacio-tiempo estaba a punto de irrumpir desde la corteza de piedra de tiempo.

Los pasajeros admiraban las bonitas figuras que el río de plata pintaba para ellos sin leer una sola palabra del oscuro texto que formaban en realidad. Un leño solitario flotando a proa podía ser una bestia de feroces mandíbulas dispuesta a comerse el sabroso casco de madera para cenar. Un conjunto de anillos hirvientes indicaba un remolino que podía devorar todo un disco de inducción.

A veces el señor Preston reflexionaba en voz alta mientras doblaban un recodo y contemplaban una nueva vista.

—Esa marca parda oblicua... ¿qué te parece? Yo diría que es un banco de metal disolviéndose en la corriente de bromo. ¿Ves ese punto lustroso? Se está extendiendo, será peor a nuestro regreso. Aquí el río pesca naves de inducción, recuérdalo.

Pero en general el señor Preston le hacía preguntas, pues el río se bifurcaba continuamente, bailaba sobre sus propias orillas, se burlaba de los recuerdos. Vieron que un granjero había colocado pilotes para apuntalar su terreno, e incluso levantado una cerca, pero el díscolo prisionero se había liberado de sus grilletes y el torrente — al parecer irritado por el encierro— había assolado la finca.

Y Toby siempre buscaba a su padre. Había pocas señales de cosas del exterior en aquel gran río. Pero se sentía retroceder en el tiempo mientras la nave los empujaba contra el gradiente del esti.

El señor Preston llevó a bordo a un lugareño, un «memorión», para ayudarles a sortear un conjunto de oscilaciones tortuosas; el hombre padecía una dolencia que Toby había oído mencionar aunque nunca había visto un caso. Recordarlo todo significaba que todos los acontecimientos tenían la misma dimensión.

El hombre bajo y moreno se sentó en la cabina del piloto y los guio bien por los primeros meandros, llenos de arrecifes y obstáculos varios, pero llegados al tercero comenzó a contar la historia de un árbol dentado que había caído en la orilla, así que les impidió usar aquel paso; de ese árbol pasó a la famosa erupción de piedra de tiempo hirviente que había escaldado el árbol, y de allí a una descripción minuciosa de los esfuerzos del granjero Finn, que había salvado sus cosechas construyendo una esclusa que desviaba el río, y a la esposa de Finn, que había huido con un predicador, aunque la gente después descubrió que no era un predicador sino un delincuente prófugo de una cárcel de río arriba, lo cual sugería al memorión que allí había que deformar las leyes de acuerdo con el tránsito en el tiempo de parientes y cónyuges, lo cual le recordó el escándalo de la mujer de vestido rojo que en un baile había decidido follar con todos los hombres, fuera y contra la pared, y de ahí pasó a un intrincado comentario sobre los pasos de baile que él había aprendido (pues aprendía cualquier cosa con verla sólo una vez) y a una demostración en cubierta.

Al fin el señor Preston tuvo que obligarle a fijarse en el tortuoso río antes de que los destrozara un arrecife de aluminio.

Pero minutos después el memorión volvía a divagar sobre lo que acudía a su mente panorámica. El señor Preston lo soportó mientras duraron los vaivenes de aquellos recodos, y luego lo devolvió a la orilla con su paga completa. Al hombre no pareció molestarle, y mientras se iba siguió perorando sobre grandes accidentes del pasado y dónde vivían ahora los supervivientes y a qué se dedicaban.

Toby envidiaba en silencio al hombre, pues por lo menos conocía exactamente aquella zona del río, mientras que la memoria traicionaba a Toby en cada recodo. Había islas y bancos donde antes no había nada, según él recordaba.

El río circulaba por nuevos canales laterales, y al parecer había cruzado promontorios para forjar nuevas entradas apartando monumentales cerros y limando todo malentendido que hubiera surgido con aquel bosque esponjoso y flexible.

—Aquí parece haber una curva en herradura. ¿La recuerdas? —preguntaba el señor Preston, y Toby escrutaba las aureolas de niebla que envolvían el río y sacudía la cabeza.

Bajaron a la orilla porque un pasajero pensaba que vivía en las cercanías, y aunque tampoco localizaba ningún elemento conocido quería probar suerte. Toby fue a la costa y avanzó entre zarzas por un terreno arenoso siguiendo la curva de la herradura, y llegó mucho antes que el *Natchez* doblara el recodo.

Esos ramales y caletas pertenecían a su pasado, pero a pesar de su aparente solidez se habían ramificado en nuevas formas, rarezas de crecimiento, e incluso casas nuevas con pórtico. Toby comprendió poco a poco que nada de aquello sorprendía al señor Preston.

—Cada vez que viajamos río arriba, las cosas son diferentes —dijo el señor Preston, limpiándose la boca con un mondadientes, único signo de su agitación.

—¡Fuego y maldición! —exclamó Toby, enorgulleciéndose de usar ese nuevo juramento que había aprendido—. ¿Entonces de qué sirve un memorión?

—Es mejor que nada.

Había poca agua en el canal, pues una curiosa marea la había arrojado hacia las nubes de arriba. El casco se atascó y se liberó y luego se trabó de nuevo, así que el señor Preston ordenó poner los motores de inducción a toda potencia, hasta liberarse del lecho del río a base de ferocidad magnética.

—Eso parece —dijo Toby—. ¿Entonces por qué me contrataste como guía?

—Sin duda tienes información más reciente que cualquier otro. Además eres joven y no crees saberlo todo.

Avanzaban despacio, flotando sobre cojines magnéticos que Toby definía como nudosas serpentinatas de acero. El señor Preston decía que no estaba tan equivocado, aunque no pudieran verse ni notarse los cables. Se parecían más a fantasmas magnéticos en pugna.

—A veces llega una marea de tiempo y abre un pequeño canal en un brazo de tierra —continuó el señor Preston—. Lo vi una vez mientras navegaba río abajo, no era más grande que el sendero de un jardín. Titilaba, serpenteaba y proyectaba un

fuego amarillo. En la costa había fincas de valor. Pero tierra adentro había una granja vieja e inservible. Cuando regresé tiempo arriba en el viejo *Reuben*, la distorsión temporal había abierto un gran cauce. Desvió todo el río. Aún despedía chispas carmesíes. Ahora la vieja granja estaba a orillas del río; sus tierras fecundas valían diez veces más. Las grandes fincas que habían estado en la costa se encontraban tierra adentro y ningún barco podía llegar a ellas.

—Qué suerte —dijo Toby.

El señor Preston sonrió.

—¿Tú crees? Muchas personas enloquecieron; acusaron a los dueños de la vieja granja de iniciar la distorsión temporal.

—¿Cómo podrían haberlo hecho?

—Quién sabe. ¿Hay algún modo de averiguarlo? El pasado es laberíntico. Empujas el tiempo por aquí, tiras de él por allá. Si alguien sabe cómo hacerlo, no cometerá la tontería de revelarlo.

12 - Torbellino

Toby se sentía perdido en un denso e impenetrable laberinto de cauces. Ahora la presión del tiempo provocaba refracciones en el aire.

Aquella majestuosa extensión estriada de lodo le había parecido lisa y serena mientras bogaba distraídamente en su esquife. Ahora en la costa se veían pantanos, cañaverales y plantaciones, y las suntuosas casas eran muy bellas con sus columnas de marfil. A menudo miraba también el mundo que pendía allá arriba: tierras de brumoso misterio. Pasó una onda, flexionando el esti tubular, y Toby tuvo la repentina sensación de que todos vivían en las entrañas de una gran bestia, una criatura enigmática que infligía las más atroces calamidades a los simples humanos sólo con que vaciara las tripas.

El torbellino se abatió sobre ellos bruscamente. Irrumpió por un canal de bromo, enroscándose como una serpiente azul en el aire vibrante. Un trueno sacudió la cabina del piloto y voló dos ventanas.

Toby lo vio desde la cubierta donde ayudaba a Stan y a otros dos hombres con algunos fardos. El vidrio de la ventana se astilló, pero no lastimó al señor Preston en la cara, así que cuando acudió Toby el piloto ya guiaba el *Natchez*, alejándose de aquella nube devastadora en expansión.

El remolino se elevó lanzando llamas que rasgaron el aire congelado con relámpagos amarillos. Toby lo vio titubear en su punto más alto, como si pretendiera continuar y sepultarse en el bosque que colgaba en lo alto. Luego se sacudió con el vigor de un recién nacido y se lanzó hacia el río.

El río plateado parecía anhelar esta consumación, pues se estiraba para besar la columna descendente. Al instante una espuma de agua lodosa y una bruma metálica atravesaron el torbellino de tiempo, formando una gran U invertida que burbujeó y humeó en medio de nuevos truenos.

—¡Maldición! —exclamó el señor Preston—. Esto nos bloqueará.

Toby se aferró a un puntal.

—¿Podemos seguir de largo?

—Nos partirá en dos si lo intentamos.

Una ráfaga arremolinada barrió el *Natchez*.

—¿Crees que durará mucho tiempo?

—Es uno grande, no cabe duda.

El *Natchez* se alejó paulatinamente del remolino, que se cimbreaba con pies de agua sobre la superficie del río. El lodo y los troncos que absorbía cayeron, parecieron partirse y unirse de nuevo. En medio de lo que parecía una ola de agua, Toby vio un tronco que estallaba en llamas anaranjadas. Giró en cámara lenta, escupiendo humo negro, y chocó contra el río.

Entonces Toby vio a los mecs. Estaban escondidos entre unos sauces llorones. Plateados y veloces, huyeron cuando el remolino atacó las orillas.

De pronto lo comprendió. El remolino era un camino hacia aquel tubo del esti y por tanto un portal que debía ser custodiado. También era el lugar obvio para esperar a alguien, si uno conocía sus costumbres.

Los mecs no lo conocían, pero Killeen sí.

—¡Aguarda! —gritó Toby—. Esperemos un rato para ver si...

—Cállate, muchacho. Vamos tiempo abajo.

Ni siquiera el capitán podía contradecir la decisión de un piloto que invertía el curso por motivos de seguridad. Toby permaneció petrificado mientras los mecs se elevaban de la línea costera. Eran angulosos y le recordaron al espécimen que por poco lo había matado tiempo atrás. Estos eran más avanzados.

Se aproximaban. Matarían a sus amigos.

Como una prueba resucitó su sistema sensorial. Nada. Luego...

Un eco tenue, una nota que no oía hacía tiempo.

No pensó nada más y echó a correr, bajando por las escalerillas de hierro y la pasarela de pino. Se arrojó al agua. Braceó desesperadamente —se había olvidado de su equipo de combate— y se dirigió hacia la costa.

Stan gritaba a sus espaldas, pero él no miró atrás. Calculó que los mecs ya podrían verle claramente. Bien.

Pero entonces oyó un estruendo susurrante, como el de un gigante exhalando su aliento. Los mecs se deslizaron junto a la boca de embudo del remolino, proyectando una luz estriada y palpitante. Empujaban el remolino a creciente velocidad. Pero no hacia Toby, sino hacia la nave.

La succión resbaló sobre las aguas encrespadas y plateadas. Se abatió con ferocidad sobre el *Natchez* y lo absorbió, alargando las cubiertas como goma estirada al límite. Un tripulante saltó por la borda y su cuerpo se estiró hasta volverse delgado y traslúcido.

El *Natchez* se contrajo y se dobló y respondió a la llamada de las fuerzas de torsión. Subió por la boca del remolino. Un vendaval lo desgarraba, y al fin desapareció con un brillante fogonazo perlado. El resplandor quemó el rostro de Toby.

Toby no tenía tiempo para pensar ni para llorar. La boca corcoveó, crepitó, serpenteó y se abatió sobre él. Tuvo tiempo para tragar aire. Una ardiente espuma anaranjada le cayó encima.

Estiró involuntariamente piernas y brazos, como si un dios jugara con sus cuerdas, pero no tenía peso. Supo que debía de estar subiendo en el torbellino pero sentía un vacío vertiginoso que le abría el vientre, un vacío de caída. Luchó para no llenarse los pulmones mientras la espuma le azotaba la piel, le tapaba la nariz, le tamborileaba en los párpados. *No respire*, pensaba mientras se preparaba para el impacto de tiempo que sin duda sufriría al final de semejante caída.

Una caída brusca. De nuevo en el río.

Emergió. Braceó, jadeando. Ignoró las encrespadas aguas. Llegó a la costa y echó

a andar.

13 - Persecución

Los mecs yacían destrozados en la costa. Algo les había arrancado grandes trozos de su epidermis de marfil.

En cada orificio había una mente astillada. El modo infalible en que cada disparo había encontrado la inteligencia operativa le hizo sonreír sin ganas.

Una dulce polvareda de tiempo flotaba sobre el río y no había ni rastro del torbellino. Ni del *Natchez*.

Toby siguió las huellas de botas que encontró pasada la siguiente loma. Las largas zancadas conducían tierra adentro, así que no debía luchar contra la presión del tiempo. Estaba empapado y aturdido, pero apresuró el paso.

Tierra adentro, el exuberante bosque raleaba hasta convertirse en un desierto achaparrado. Comprendió que alguien podía seguirle el rastro, así que volvió sobre sus pasos y borró las huellas de su trayecto desde el agua hasta la piedra. Eludía la vegetación cuando era posible y se deslizaba entre las matas para que los tallos se curvaran sin partirse. Esto era crucial, pues un tallo roto no se puede reparar sin cuidadosos cortes y aun así un buen lector de huellas lo notaría. No podía permitir que su entusiasmo lo llevara a la muerte. También era malo dejar tallos o ramas apuntando hacia el lugar de donde venía. Tenía que ponerlos suavemente en una posición que no lo delatara. Preparó un arbusto y un árbol cortados para que pareciera que un animal los había mordido o se había frotado contra ellos. Era más seguro ser precavido.

Tenía un dolor de cabeza que le llegaba hasta los ojos. Habían pasado muchas cosas pero no pensó en ellas. No pensó en el señor Preston ni en Stan. Sólo siguió su camino. Estaba más seco y una criatura alada y dentada surcó el cielo, estudiándolo. Le arrojó una piedra.

Buscaba un árbol-trabuco, recordando al hombre que lo había amenazado con una de esas precarias armas. Pero una gran rama caída le sirvió como garrote una vez descortezada.

Los talones hundidos de las huellas indicaban apresuramiento. Dejó que sus sentidos lo precedieran. Su sistema sensorial fluctuaba.

Todos los habitantes de la comarca huían de sus pisadas. Los lagartos se dispersaban en la grieta de una roca. Perdices de cuatro alas revoloteaban en la sombra, esperando que las confundiera con piedras, pero en el último momento se ponían nerviosas y echaban a volar frenéticamente.

Las serpientes se escurrían, las palomas levantaban el vuelo, los conejos correteaban. Zorros, cabras y coyotes se alejaban, dejando sólo huellas y estiércol. El corazón del desierto era de arena clara, un campo cuya aridez indicaba a las claras la fragilidad de la vida. Las plantas del desierto parecían temerosas de sus vecinas y acaparaban los círculos de agua que sus tercas raíces exploraban bajo la arena. El vacío era vida.

Sintió un olor fétido y pestilente y supo al instante qué era. Lo había oído en los campos de exterminio de varias Vías.

Se guio por el olfato. Despacio, despacio. Cuando al fin miró aquel campo cóncavo sólo vio muertos despatarrados; cadáveres putrefactos, con el rostro hinchado y los labios amoratados. La mayoría estaban destripados, como si dieran a luz sus propias entrañas.

A veces los torbellinos de tiempo causaban estas mutilaciones, destrozando a personas o cosas de tiempos y lugares que nadie conocía. Un fogonazo de espacio-tiempo podía lograr en un instante lo que hacían las naves de inducción trajinando tiempo arriba. A veces esta carroña podía ser rescatada para la industria de los zoms.

Pero todos aquellos hombres tenían el mismo rostro.

Toby se volvió para refugiarse en la espesura, y allí estaba.

Los mismos rasgos angulosos, ojeroso de fatiga, un corte familiar en la mandíbula y la boca curva. Toby lo comparó con sus recuerdos, los cuales había repasado todos los días durante lo que parecía una eternidad.

—¿Quién eres? —preguntó.

—¿Qué deseas? —preguntó el otro con voz cortante.

—¿Eres real? Es decir...

Los ojos del otro no decían nada. Pero así habían sido siempre.

—Me conoces, hijo.

—¿En este lugar? Ya no sé a quién conozco.

El rostro se contrajo como si recuerdos lobunos lo devorasen por dentro.

—Los mecs enviaron copias de mí. Traté de advertirte. Antes de que los mecs atacaran la ciudad-portal, Andro me ayudó a enviar un mensaje general.

—Lo vi. Había un tal Walmsley que tenía una enorme biblioteca, una pirámide.

—¿Has estado allí? —preguntó el otro, sorprendido.

—En efecto. Los mecs la atacaron. Tuve que escapar.

—He oído hablar de Walmsley. La gente del portal (¿te acuerdas de Andro?), dice que pertenece a un pasado remoto. Me advirtió sobre él.

—Parecía un enano encogido, nada más.

—Aquí no puedes juzgar por las apariencias.

Toby se alejó cautelosamente de los cuerpos. Este Killeen parecía real, pero también los que yacían destripados.

—¿Qué son? —preguntó Toby, señalando los cadáveres.

—Copias. Los mecs que acabo de derribar las estaban fabricando.

—¿Para enviarlas río abajo?

—Supongo. Eran guardianes, creo.

—¿De ese remolino del río?

—En efecto. Saben abrirlo y cerrarlo. —El hombre que parecía Killeen señaló con el pulgar el río donde yacían los mecs—. Aprendieron a entrar y salir de las Vías.

—Yo también sé hacerlo.

El hombre pestañeó sorprendido.

—¿Cuándo aprendiste?

—Lo deduje.

—Entonces larguémonos de aquí.

Toby no quería aparentar que postergaba las cosas y despertar suspicacias, pero todavía no estaba seguro.

—¿Dónde está Besen?

—No lo sé. Perdí el rastro de toda la Familia cuando los mecs bombardearon la ciudad-portal.

Sonaba demasiado conveniente. Podría matarle si lo cogía por sorpresa. Usaba equipo de campaña, pero sin casco.

—Mira —dijo el hombre—, pronto vendrán más mecs para reemplazar a estos.

A Toby le desagradaba la insistencia del hombre. Y este Killeen estaba demasiado ojeroso y agotado. Tal vez eso se debiera al proceso de copia, fuese cual fuese.

—No estoy tan...

Déjame hablar con él, por favor.

Era Shibo. Un fragmento se elevaba en su interior.

Por favor. En nombre de todo lo que hemos significado el uno para el otro.

Shibo hablaba con una autoridad para él desconocida. Como si hubiera estado aguardando aquel instante, reservando sus recursos.

Toby titubeó y ella logró aflorar de algún modo. Por un segundo Toby sintió lo que ella había sentido. Había logrado reinscribirse en el circuito neurológico de Toby, alojando fragmentos de sí misma en sus Aspectos a escondidas. Todo eso antes de que él decidiera extraerse el chip de la espalda.

Si permitía que ella lo dominara, ese Killeen lo vencería fácilmente. Comenzó a rastrearla en su interior. Shibo huyó. Luego su voz sonó claramente, sin temor.

Primero pregúntale si recuerda si en la Familia Knight se quitan las botas.

—¿Eh? —preguntó Toby. El hombre lo miró extrañado.

Si los Knight se dejan las botas puestas cuando están encima.

Sin saber por qué, Toby repitió la frase.

El hombre abrió y cerró la boca.

—¿Qué? ¿Quién habla?

—Shibo.

—Creía que una vez habías dicho que no lo sabías —dijo el hombre lentamente. La astilla de Shibo habló.

Los Knight están siempre a punto para huir.

Toby lo repitió y el hombre dijo:

—Así que el que está encima tiene que quedarse con las botas puestas.

Ella respondió:

¿Por qué dices «el de encima» y no «la de encima»?

—Dijiste que tú nunca te ponías encima —respondió Killeen.

Toby estaba incómodo, pero volvió a repetir las palabras de Shibo cuando dijo:

Yo quería estar encima, ser una fresca, llevar botas.

—Y aprendiste.

Tuve un buen maestro.

El hombre sonrió.

—Me parece que ya lo habías aprendido antes de conocerme.

Nunca aprendí tus movimientos, no.

—Te felicito, de todos modos. Parece que siempre te sales con la tuya.

Toby intentó decir algo. Toda la tensión que rodeaba a Shibo —su presencia como Aspecto, el hecho de haberla extraído con herramientas toscas cuando ella se rebeló — le provocaba un nudo en la garganta.

Haría cualquier cosa con tal de conseguirlo de nuevo.

En la diminuta voz había tanta desesperación que inundó a Toby de tristeza. Graznó las palabras, repitiéndolas. El hombre abrió los ojos y Shibo le gritó a Toby:

¡Es él! ¡Es él!

—Tal vez exista una manera...

Killeen escrutó los ojos de su hijo, pero sin mirarlo.

De eso se trata.

Cuando Toby repitió estas palabras, se sorprendió al notar que las lágrimas le humedecían los labios.

—Siempre te gustó bromear sobre ello.

En realidad no bromeaba.

—No, creo que no.

Toby abrazó al hombre y supo que era Killeen. Shibo rio con ambos, de pura alegría.

Pasó un buen rato.

—Papá, papá... —No le salían las palabras.

Toby sonrió y ambos se palmearon la espalda, riendo entrecortadamente, así que tardaron un instante en registrar las tensiones que vibraban en el aire, una presencia opresiva.

El cielo se desgarró.

Una negrura cubrió las alturas como un líquido viscoso.

—¡Abajo! —gritó Killeen.

No tiene sentido, pensó Toby. Se agazapó. Lo que estaba arriba descendía deprisa. Devoraba la Vía. Los bordes se plegaban como las páginas de un libro, pero aquella cosa consumía el esti mismo.

No pude impedir que los Supremos permitieran esto.

Supo al instante que era el Mantis. Su manifestación era diferente, teñida con corrientes de emoción y conocimientos que él no podía detectar.

Miró a su alrededor y percibió al Mantis como un burbujeo en el aire. Killeen se había preparado para abrir fuego, pero era evidente que sus armas no servirían de nada.

Una punzada de dolor. Una cosa alada se elevó de su brazo derecho. Un zumbido metálico y afanoso que se alejaba.

He tomado una muestra de ti. El tuyo es el último ADN que necesitamos.

—Vi una copia de Abraham, papá. Los mecs deben de necesitar su ADN y su mente también.

—¡Maldita sea! —gritó Killeen. Pero sabía que no tenía contra qué disparar.

Soy el más bajo de mi Orden que puede hablar con vosotros, los primates. Los Exaltados no pueden ocupar un espacio conceptual tan estrecho. Me han otorgado facultades especiales para esta tarea suprema. Pero otras lógicas prevalecen también. La Vía está a punto de desgarrarse en el abrazo del Comilón. No puedo salvaros, pero he venido para cosechar el material genético más joven.

—Hijo, pensé que me ayudaría a encontrarte, así que...

—Permitiste que te ayudara a llegar aquí.

Soplaban vientos gruñones. Se desprendían hojas de las ramas.

—No me dio muchas opciones —dijo Killeen con amargura.

—Lo sé.

Toby cogió el brazo de su padre. Intercambiaron un callado mensaje mientras se agazapaban, cubriéndose bajo una ráfaga violenta que gritaba en la negrura.

Siempre te he seguido con benevolencia, Killeen. Tenía la esperanza de cosecharos a todos, una vez cumplidas mis obligaciones para con los Exaltados. Entonces podríamos estar juntos.

—¡Te arrancaremos las entrañas! —replicó Killeen. Toby admiró la valiente respuesta de su padre, aunque por supuesto era inútil.

Tal consumación es el destino más grande al cual podéis aspirar.

Killeen disparó un rayo contra un fulgor que rozaba el aire. No era el Mantis, no, pero su padre no era de los que escuchan dócilmente.

Además has contribuido a que tu especie alcanzara su destino. Cuando se lea esta muestra, junto con tus códigos, Killeen, y los de tu padre... quizá podamos hablar entonces.

—¿Hablar? —gritó Toby en medio del aullido del viento—. Moriremos aquí.

Me temo que no puedo intervenir para rescataros. El esti se está destruyendo. Debo partir.

—¡Tú puedes sacarnos de aquí! —bramó Toby.

No puedo perder tiempo y energía abriendo un portal. Mi tarea central, impostergable, consiste en salvar esta manifestación de mí mismo para llevar la muestra de Toby a los Supremos.

Voraces lenguas negras lamían el cielo.

—¡Salva a Toby! —exclamó Killeen—. No sabes si necesitarás algo más de él. Déjame a mí, llévate a...

Pero el Mantis se había ido.

Las primeras detonaciones llegaron como tambores batientes, arrasando árboles y tumbando a los hombres.

Toby rodó aturdido. Escrutó el cielo y vio adonde conducía la negrura. Nudos pulverizados y anaranjados huían de ella, hacia atrás y hacia abajo. Fragmentos de la Vía. Desgarrados, incandescentes.

Lejos, hacia dentro. Hacia el punto de consumación final del Comilón, la singularidad envuelta en su retorcida geometría. El esti se estaba derramando en el agujero negro. La trampa de la curvatura había vencido al fin. Los arrastraría hacia ella, la tumba definitiva.

Al principio vio el remolino de polvo por el rabillo del ojo. Estaba tratando de concentrarse en las voraces tinieblas del cielo, a pesar de los bofetones del viento. Una rama le golpeó una pierna y le produjo un corte. Killeen trató de decir algo, agitando los brazos. La turbulencia abrumaba sus sistemas de comunicaciones.

Arbustos, hierba, nubes marrones de tierra, todo le golpeaba.

La cosa brumosa que estaba junto a él no se movía.

La miró de frente y la cosa dijo:

—Me abriré.

Trató de adoptar la forma de un hombre pero era imposible con aquel vendaval. Estaba formado de motas diminutas que conservaban una tosca forma a pesar del viento.

Le oyó decir claramente:

No creas que te hemos abandonado. Esperamos que vivas para ayudar.

Había recibido antes aquel mensaje. Lo había salvado sin que él supiera por qué. El esti se esfumó. Cayeron.



SEXTA PARTE

NUPCIAS CON EL SUSTRATO

1 - A favor de los primates

Nigel Walmsley sabía que el pájaro llegaría. Pero al menos podía consagrar unos instantes a sí mismo. Tal vez fueran los últimos.

Había huido a aquella bolsa de esti porque el tiempo circulaba de otro modo. Lo usaba para descansar y reinventarse.

El ataque contra la Biblioteca había sido una sorpresa, pero en su larga vida había tenido muchas sorpresas. No sabía si encontraría el almacenamiento magnético de su Nikka, pero también esto le había sucedido antes.

Había escapado a duras penas, creía que ayudado por los Supremos. Todo eran jirones de memoria.

Sabía que en esa manifestación debía tener mayor sentido del yo y eso requería tiempo. Pero los Bishop y otros se estaban moviendo deprisa. Así que fue allí. Un lugar aislado donde descansar antes de regresar a la partida. Se aproximaba el último acto.

Había comida suficiente para la reunión, al menos durante algún tiempo. Un pájaro se manifestó en las cercanías y le dijo que con los flujos de tiempo esperados en las Vías de interés él podía permanecer allí una temporada. Lo necesitarían más tarde. No preguntó para qué porque sabía que no tenía sentido preguntar.

Recorrió la angosta y bulbosa Vía. Siguió métodos que había aprendido hacía mucho tiempo en el suroeste de los Estados Unidos, cuando se entrenaba en la NASA y pasaba fines de semana solitarios vagando por los secos cañones de Nuevo México y Arizona.

Au revoir, États-Unis. En alguna parte de la turbulenta galaxia, los Estados Unidos de América eran una ruina, muros desmoronados en una planicie. Ni siquiera eso. Pero en Nigel el eco de ese nombre aún perduraba.

Siguió las cuencas corriente arriba. Estudió grietas umbrías bajo las paredes de los cañones. El suelo arenoso era el testimonio de la verdadera edad del esti: suficiente para hornear materia prima galáctica hasta formar estratos y reducirla nuevamente a polvo. Los animales habían dejado desechos —buscaban refugio, al menos tanto como los humanos— y las ratas almacenaban sus preciosas baratijas. Los humanos eran como otras especies indolentes y errabundas. Habían dejado desechos mientras remoloneaban, y la basura era un auténtico archivo de las celebraciones pasadas. Astillas, trozos, fragmentos de metal y vidrio y materiales desconocidos, todo mezclado. La distorsión del tiempo impedía saber cuántos siglos de intervalo relativo hacía que estaban allí, pero aun así la basura le infundía una rara seguridad.

Pasaba gente, incluso por allí. Habían oído decir que había problemas en otra parte, pero como los mecs no habían llegado a sus remotas Vías desestimaban los comentarios como si fueran meras habladurías. Aun así, todos sabían que los viajes eran esclarecedores.

Algunos eran comerciantes y otros viajaban sin tener en mente un destino específico. El esti ofrecía al viajero la garantía de que siempre llegaría a un determinado lugar a tiempo y también estaban acostumbrados a eso. No los mejoraba mucho pero al menos los hacía más interesantes.

—Cielos, nos ha costado llegar aquí. ¿Cuándo os decidiréis a mejorar esto?

—Cuando yo me marche —dijo Nigel sin inmutarse.

—¿Qué clase de mejora? Yo sugeriría...

—La mejora que tenía en mente era mi partida.

—Ja, ja. Bien, ¿hay un punto de flujo mejor más adelante?

—No lo creo. La mejor salida es el lugar por donde entrasteis.

—Veríamos el mismo paisaje dos veces.

—Tiene mejor aspecto cuando te vas.

—¿No estamos un poco lejos, en coordenadas esti, de la Vía Majumbdahr?

—¿Cuál es?

—Ahí donde tienen esa ciudad tan bonita.

—No sé cómo medir a qué distancia está, pero sospecho que nunca está demasiado lejos.

—Bien, yo prefiero las ciudades a este desierto sin caminos.

—La falta de caminos es su mayor atractivo.

—Con más agua se parecería más al lugar de donde venimos.

Nigel sonrió.

—¿De qué serviría visitar un lugar similar al que ya conocéis?

—De todos modos, aquí no hay nadie con quien hablar.

—Yo suelo hablar conmigo mismo.

Una risa turbada de los viajeros.

—Debes de sentirte muy solo —comentó uno.

—Tengo buena compañía.

—¿Dónde está?

Nigel se señaló la cabeza.

—Aquí dentro.

—Ah. ¿Y hay algún peligro por aquí?

—Vosotros.

—¡Nosotros no somos peligrosos! No mataríamos ni una mosca.

—Tendré que preguntárselo a las moscas.

—¿Sabes?, me gustaría vivir aquí a solas, como tú.

—No puedes.

—¿Por qué no?

—Si vienes, yo estaré aquí y no estarás solo. Y tampoco yo.

—Bien, quise decir casi a solas.

—Eso es como estar casi encinta.

—Te lo tomas todo muy literalmente.

—No todo. Más aún, ahora ya casi nada.

Seguían de largo a toda velocidad, y él se sentía mucho mejor viéndolos de espaldas que de frente. Uno de los tópicos más extendidos en la Tierra era que todas las personas son básicamente iguales. En la medida en que eso era verdad en cierto sentido, también era inútil, porque nunca se sabía si se parecían por su maldad, su bondad o algo intermedio. En todo caso, la diversidad era más interesante que la similitud.

Pero a fin de cuentas, pensaba Nigel con cierta indiferencia, ¿cómo podía perder la fe en una especie que poseía un rasgo tan entrañable? Uno podía decirles lo que quisiera y nunca se lo tomaban en serio ni se ofendían, siempre que fuese la estricta verdad. Nunca la reconocían.

El pájaro llegó cuando él descansaba. —No creas que nos hemos olvidado de ti— gorjeó desde una rama.

Nigel miró el brillo de las alas. A veces la luz atravesaba el ave y la ilusión se hacía evidente. Se manifestaban de esta manera para llamarle la atención. Él sabía que no era necesario, pero agradecía que se tomaran la molestia.

—Necesito pasar más tiempo aquí.

—No hay. Has vivido demasiado en esta distorsión.

—Yo mismo estoy bastante distorsionado.

El ave jamás respondía a la agudeza, el sarcasmo, la ironía o sus otros recursos habituales. Nigel se preguntó si esa búlleme masa de partículas hablaba realmente en nombre de una inteligencia superior. ¿Acaso el humor no era esencial?

—Aciago rumbo han seguido ciertos menesteres.

¿Creían que hablando así lo hacían en su idioma? Tal vez hubieran leído algo de Shakespeare.

—¿No había poesía isabelina en la Biblioteca? —Que el pajarraco se las apañara con aquella asociación de ideas.

—No hay tiempo para entretenimientos.

—¿Te refieres a la conversación?

—Los mecánicos tienen la información genética que necesitan.

Sintió una punzada de tristeza. Durante milenios había presenciado la saga de la Familia Bishop y muchas otras desde refugios como aquel.

—¿Los portadores han muerto?

—Seguramente. Estaban en una Vía que los mecánicos abrieron.

—¿Para entrar?

Era algo rutinario. Costoso, dadas las defensas del esti, pero los mecánicos podían aplicar su poder en los puntos adecuados y salirse con la suya. Lo habían hecho antes.

—Para destruirla.

—¡Caramba!

—Descifraron la estructura de coordenadas.

—¿Cómo?

—Un mapa puntual de coordenadas cuánticas en un multiconjunto doblemente infinito.

—Entiendo. —El ave lo trataba con paternalismo, pero Nigel estaba acostumbrado—. Impusieron una identidad de las coordenadas al primer multiconjunto...

—Y pasaron al segundo.

—El esti se abrió.

—Sólo en algunos centenares de Vías.

—Sólo.

El ave no captó el sarcasmo.

—Escogieron Vías donde había una probabilidad elevada de que uno o más de los portadores genéticos estuvieran presentes.

—¿Cuántos muertos? —Una pregunta inútil, pero instintiva.

—No lo sabemos con certeza, pero superan los cinco millones de primates. La cantidad de especies es aún más grande.

—¿Más de cinco millones de especies?

—Somos vastos.

—Entonces los Códigos de Éxtasis están fuera.

—Pronto se propagarán. Para evitar la catástrofe debemos reunir toda la ayuda posible.

—Yo no sirvo de mucho.

—Has sido eficiente en el pasado.

—Mmm.

Había visto los códigos originales, conocidos en épocas más recientes como Órdenes de Activación. Porciones de ellas habían terminado en la Biblioteca Galáctica. Para tener una copia de seguridad, los antiguos Naturales las habían almacenado genéticamente, ese había sido el propósito, a decir verdad, de la expedición Natural a la Tierra, mucho tiempo atrás. La nave náufraga del cráter de Marginis, conservada en el vacío de la luna terrícola y que él había ayudado a explorar, había sido una baja más en la lucha entre los mecs y los Naturales, un jalón en una vasta historia previa al surgimiento de la humanidad.

Recordó melancólicamente que allí había conocido a Nikka. Atraídos por aquel sombrío misterio, habían descubierto una profunda afinidad entre ambos.

Apartó los recuerdos. Algunos persistían, a pesar de sus esfuerzos.

—Es un poco difícil saber a quién salvar en todo esto.

—Los mecs están trabajando en el Gran Problema.

—Mmm. Lo he visto.

Recordó su larga expedición al trémulo final del tiempo, usando el gusano. Sus hijos Benjamín, Ito y Angelina se habían internado en las Vías, persiguiendo

apasionadamente su propio destino. De cuando en cuando Nigel usaba los recursos de la Biblioteca para localizarlos. Celebraban grandes reuniones, prometían mantenerse en contacto, y cada uno proseguía su camino.

—¿En qué estás pensando?

—No te impacientes.

—Los mecánicos perecerán.

—¿Y? Los primates ya están pereciendo.

—No podemos tomar partido en el sentido en que puede hacerlo una especie específica.

El ave se movió en la rama que parecía, aferrar con sus afiladas garras. Alarmante, tal vez, si no hubieran tenido una décima de milímetro de profundidad.

—¿Vosotros no sois una especie?

—Pertenece a un phylum para el cual dichas subsecciones no tienen sentido. Las especies son una categoría humana.

—No entiendo.

—Por eso estás en tu phylum.

—Ah. ¿Acabas de insultarme?

—¿Alguna vez has insultado a una hormiga?

—Ahora sé que me has insultado.

—No podemos tomar partido por los primates, te lo recuerdo.

—¿Entonces crees que estoy demasiado atrapado en conductas específicas de mi especie?

—Debes venir.

El ave correteó de un lado para otro sobre la rama, imitando la nerviosa conducta de una paloma que aguarda una migaja. Buena imitación. Estaban mejorando con las señales no verbales.

Nigel suspiró. ¿Cuántas veces había corrido para colaborar en la crisis del momento? No lo sabía, no podía saberlo. Con el tiempo, aun los recuerdos intensos se desechan si no son esenciales. Y muchas cosas que él había hecho con el correr de los milenios representaban muy poco.

Envejezco, envejezco, llevaré los pantalones arremangados.

Los Bishop eran otra historia.

—Iré a buscar mis botas.

2 - Reencuentro

Killeen y Toby necesitaban reparaciones para estar en condiciones de funcionar. El deslizamiento por las paredes del esti les había dejado magulladuras y producido esguinces. Habían caído en una masa de vegetación grasienta y terminaron entrando en una Vía que ambos desconocían.

Toby estaba eufórico de alegría. Killeen lo miraba y su corazón se llenaba de recuerdos de la madre de Toby, de todos los tiempos difíciles que habían compartido. Había reencontrado a su hijo al cabo de lo que parecían años, aunque en el esti nunca sabría cuánto había sido, y estaban de nuevo en marcha. Avanzaban sin hablar demasiado y eso también estaba bien.

La sombría figura que había hablado no apareció de nuevo.

—Tal vez tenga mejores cosas que hacer —suspiró Killeen, acariciándose la pierna derecha. Sus placas internas indicaban que debían realizar muchas reparaciones químicas y él debía sentarse o acostarse. Ninguna de ambas cosas era fácil.

—Vamos, papá. Descansa un poco.

—Pero algo está pasando.

—Sin nosotros, esta vez.

—Pero el Mantis...

—No creo que debamos preocuparnos por eso. Nos encontrará.

—En eso trato de pensar.

—¿Para qué? Todavía puede derrotarnos.

—No. No si funcionan esos Códigos de Activación.

Toby frunció el ceño. Killeen le había contado todo lo que sabía pero a su manera, poco detallada y un tanto imprecisa.

—¿Los matarán? ¿Su muerte será definitiva?

—Por lo que he oído decir, es como una enfermedad. Enferman, luego mueren.

—Sus funciones se debilitan hasta cesar completamente.

—En efecto.

Killeen se levantó y caminó. Cojeaba, pero valía la pena sentir esa molestia con tal de caminar.

—Aun así, será mejor que tengamos cuidado con el Mantis, si nos encuentra.

—Pero esta vez quizá podamos matarlo definitivamente.

—Hay muchas más cosas en juego que el Mantis.

Killeen frunció el ceño.

—No para mí.

No para mí.

Había aprendido algo en su tránsito por aquel lugar distorsionado, comprendió

Killeen. Había sido un alcohólico fracasado y luego capitán. Conocía las tradiciones de los Bishop. La gente que vivía allí era diferente.

Los guerreros pertenecían a un mundo aparte, un mundo antiquísimo que era paralelo a esa porción de la humanidad que llevaba una vida más cómoda. Había escuchado a sus Aspectos cuando le hablaban de ello. Por primera vez la historia y las tradiciones le resultaban útiles.

La cultura de los guerreros no podía ser nunca la cultura de la civilización, aunque todas las civilizaciones de la historia debían su existencia misma a los guerreros. Había aprendido lo suficiente para saber que los humanos eran un producto de la naturaleza, y que por ello compartían el instinto de fuga, la cobardía inteligente, el interés personal. Para legar nuestros preciosos genes, diría alguien, pero se trataba también de algo más: del yo, tanto individual como colectivo, y de conocer la tensión que existía entre ambos polos.

Cuando los humanos llegaron allí, se habían instalado y huían si los atacaban. Luego los humanos perfeccionaron el arte de la guerra. No llegaban a ser tan buenos como los mecs, al menos en el vacío, pero sabían defenderse.

En la época de los Candeleros la humanidad había valorado la obediencia total, el autosacrificio, el coraje tenaz, el honor. Había organizado una maquinaria vasta e implacable, con rangos, órdenes y acatamiento sin reservas.

Killeen prefería aquello que según su Aspecto Arthur era el viejo estilo: luchar por gusto, con arte y calculando los riesgos, no por orden de nadie.

La lucha no era un modo de morir sino todo lo contrario. Uno no se concentraba en atacar al enemigo porque entonces sufría más bajas. Siempre quedaba otro día.

Las virtudes de los guerreros humanos, después de que los Candeleros fuesen reducidos a ruinas, volvían a ser las antiguas: paciencia, capacidad para eludir y sigilo para desgastar al enemigo con ataques rápidos por sorpresa.

La Familia. Los Bishop. Uno podía hablar de genética y eslabones y demás, pero sólo significaba Familia. Y la lucha no cesaba nunca.

—¿Capitán?

Killeen estaba sumido en sus cavilaciones. Todavía caminaba. Giró alarmado y desenfundó un arma instintivamente. Cermo.

—¿Eres real?

—Ya lo creo que sí.

Le dio una palmada y lo abrazó. Sí, y comprobó que además olía como Cermo. Por si acaso.

A lo largo de los años, Cermo había sido siempre estable y sólido, un suboficial digno de confianza en caso de aprieto, y Killeen nunca lo había visto más feliz.

—Ven aquí, Toby...

—¡Vaya! —Cermo lanzó una sonora carcajada—. Qué crecido estás, muchacho.

Toby sonrió.

—Y tú qué delgado.

—Y ya no soy tan lento.

Había sido Cermo el Lento pero siempre terminaba en pleno centro de la pelea. Killeen había llegado a preguntarse si aquel hombre era capaz de tener miedo.

—Has llegado aquí bastante pronto —dijo Killeen.

—No por mi cuenta. Vino a visitarme una criatura rara. Yo estaba en medio de la nada y se me apareció de pronto.

Toby dejó de sonreír.

—¿A qué te refieres?

—Dijo que necesitaba ayuda.

—¿Algo parecido a «No creas que nos hemos olvidado de ti»?

—Eh, sí. De hecho...

—Las mismas palabras.

Cermo sonrió y asintió.

Pasó un día sin que sucediera nada. No hubo convocatorias ni nuevas revelaciones. Y tenían hambre.

No era fácil encontrar comida en un paisaje incomprensible.

Aquella Vía demostraba que no todo el esti estaba configurado para complacer al género humano. Parecía que los peñascos y riscos hubieran sido modelados precipitadamente con una espátula para masilla. El único árbol que vieron se mecía en un viento furibundo, y su copa al fin echó a volar, aleteando sobre llanos sombríos como un pájaro despedazado. Estrías amarillas arañaban los flancos de mesetas erosionadas y tapizadas de gris; eran hilos que se convertían en una tintura tostada que recordaba la herrumbre. En el cielo nadaban comarcas lejanas y similares que se curvaban como un techo distante con su propia piedra de tiempo cubierta por una vegetación persistente y grasienta, azotada por los vientos. Buscaron comida en vano. Empezó a caer una llovizna fría sobre una planicie reseca y roja que parecía envenenada por siniestros desechos, como un monumento topográfico a lo peor de la vida.

Encontraron gente, pero las conversaciones no tenían sentido. Eran personas recias, cuyas manazas parecían hechas para cargar leña sin guantes durante el invierno. Killeen usó sus chips idiomáticos, cortesía de Andro en la ciudad-portal. Eso le permitió entender casi todo lo que decían.

—¿Qué cord es esta?

—¿Pues cómo es que tú logras aquello, tú?

—Mientras yo reventaba las costuras, yo, algo se soltó cuando no se suponía que sí y de repente se hizo pedazos.

Pero un grupo dio a los tres hombres algo de comer. Pudieron digerirlo casi todo.

Todos habían atravesado varias Vías, y tenido experiencias muy diversas.

Cermo describió una criatura que crecía en toda una Vía, cosechando los

diferenciales gravitatorios a lo largo de un eje sinuoso. La gente que vivía en las cercanías decía que no era una planta ni un animal, sino una combinación, lo cual no tenía sentido.

Toby describió su vida en aquello que los nativos llamaban la Vía del Río. Pensaban que era infinitamente largo porque nadie que se aventurara muy lejos regresaba. Era arriesgado llevar cosas río arriba, pues eso incrementaba algo que llamaban su «potencial temporal», y la menor perturbación podía causar que regresaran tiempo abajo, escupiendo estrías amarillas. Los intentos de insertar electrodos en el río para extraer corrientes generaban una ribera temporalmente inestable y una arrasadora destrucción.

Para Killeen, la gente era lo más perturbador. Había atravesado una región gobernada por un respetado personaje a quien llamaban el Tirano. Este apelativo era afectuoso, no crítico. Killeen llegó a verlo a distancia, en su corte. El Tirano celebraba audiencias y cuando no estaba complacido movía la cabeza en redondo, una mezcla de asentimiento y negativa que se parecía a una oscilación. Su significado no estaba a medio camino entre el sí y el no, sin embargo, como supo Killeen cuando descubrió que una mujer acuclillada a poca distancia oficiaba de verdugo. La estera de cuero era para impedir que la sangre manchara las inmaculadas baldosas verdes del patio del palacio.

—Todos parecen muy concentrados en sí mismos —dijo Toby.

—Han pasado tanto tiempo bajo el paraguas que creen que la lluvia no existe —explicó Cermo. Killeen evocó la vida de los Bishop.

—Nosotros siempre estamos buscando perspectivas nuevas, oteando el horizonte —comentó—. Es lo que se requiere para llevarles la delantera a los mecs. Toby y Cermo asintieron, y convinieron en que la gente de allí sabía resistir los ataques mecs, pero era diferente. Y ningún Bishop querría ser como ellos.

Compartieron sus historias, hablando sobre todo del caos que se produjo cuando los mecs destruyeron la ciudad-portal. Cermo había estado con el grueso de los Bishop y había visto caer a muchos. Killeen estaba enterado de la muerte de Jocelyn y Toby no sabía nada sobre nadie. Killeen notó que Toby tenía dudas sobre su abandono de la Familia, poco antes del ataque. En vez de hablar de ello, abrazó a su hijo y más tarde los tres, respetando una tradición Bishop, se dedicaron a intercambiar insultos, cuanto más ofensivos mejor. Esta costumbre sacaba a relucir muchas cosas y el código prohibía que nadie se lo tomara a mal, de modo que los insultos purgaban los rincones oscuros y eliminaban la basura sin estudiarla demasiado.

Después se sintieron mejor e incluso consiguieron un poco de bebida que les dio un lugareño a cambio de unos pantalones de Cermo. Se sentían bastante bien cuando apareció el Mantis.

3 - Prodigio estremecedor

En ese mundo llovían instrucciones. Nigel Walmsley estaba agazapado bajo un árbol inmenso y ondeante y miraba las semillas plumosas que salían de las grandes ramas. Las plantas de esa Vía procedían de un linaje evolutivo que él nunca había visto. Desarrollaban las semillas en su interior, pariéndolas vegetalmente cuando las condiciones eran favorables para que echaran raíces en las inmediaciones. Los árboles progenitores también rezumaban una savia que seguía a las semillas en el viento. La savia era un nutriente, un repelente para insectos o ambas cosas. Nigel no podía deducirlo dado que su educación en biología era incompleta. Se había graduado en Cambridge sólo una generación después de que Crick y Watson descubrieran la doble hélice, y eso había sucedido hacía casi treinta mil años. Se le podían perdonar ciertas carencias.

Los paracaídas algodonosos de las semillas daban sabor al aire. Volaban en ráfagas de viento inquieto, se amontonaban en arbustos aceitosos, caían infructuosamente en estanques. Su plumosa celulosa era blanda, paquetes que entregaban el ADN esencial. O tal vez alguna otra matriz entrelazada llevaba las instrucciones genéticas; la galaxia había producido una profusión de herramientas de copia. No importaba. Al margen de las moléculas que se combinaran en una sinuosa danza de apareamiento, el propósito era propagar órdenes para hacer árboles más grandes, o mejor aún, semillas que dieran instrucciones para fabricar más semillas. La aparente caridad del árbol era autopromoción, el fundamento de la vida. Los árboles lanzaban una lluvia —en el lenguaje del muerto siglo xx, cuando él asimiló sus conceptos— de programas escritos al estilo antiguo: digitales como un disco de ordenador. Algoritmos atómicos que generaban árboles y distribuían semillas.

Otros programas surcaban también el aire: señales mecs, comprimidas en angostos borbotones que siseaban energía. Alarma, temor, pánico. Al menos, así los habría calificado en un tiempo. Los mecs tenían lo que él llamaba superprogramas o metainstrucciones, no emociones. Se correspondían al bagaje prehistórico de pulsiones y profundos impulsos inconscientes que los humanos llevaban.

Y sus ecos resonaban en el sistema sensorial de Nigel, evocando turbadoramente los graznidos de bandadas de pájaros.

Se agazapó, caminó desde la arboleda hasta el borde del peñasco.

Miró hacia arriba. Tal vez la semejanza fuera un ejemplo de convergencia evolutiva. En la Tierra, la maravilla del ojo había surgido en varios organismos diferentes, en pulpos y mamíferos por igual. Allí los extraños y diáfanos mecs que revoloteaban parecían una bandada de pelícanos.

Lanzaron fuego. Las sinuosas llamas se abatieron sobre las formas que huían por una ancha llanura.

Desde abajo llegaron débiles señales de terror y dolor. En el Laberinto había

muchas formas alienígenas escondidas en sus respectivas Vías. Los implacables mecs aleteaban para conducir las e interrogarlas electrónicamente, infligiendo la muerte por error con indiferencia. Todo formaba parte de la misión de buscar a ciertos primates molestos. Y a otros.

Nigel había llegado allí siguiendo señales tenues y desperdigadas. Llevaban la impronta del alienígena, aunque también poseían cierto sabor humano.

La fuente de las señales huía cuesta arriba. Un buen blanco para los mecs volantes. Detectó a dos mecs de alas anchas que se lanzaban sobre la criatura.

Un fogonazo brincó del cielo, dio en el peñasco. No hubo espasmo de dolor, ninguna reacción. Algo respondió con otro relámpago. Los dos mecs giraron, ardieron, piras aladas.

Aquello que se aproximaba era temible. Nigel retrocedió hacia los árboles.

Un gran cuerpo semimecánico asomó con asombrosa velocidad sobre el borde del peñasco. Iba hacia él. Nigel sabía que correr era inútil.

«Yo también te olí», envió la criatura.

—¿Cómo?

Nigel había tenido encuentros con las miriapodia, pero era mejor ser cauto con criaturas tan diferentes.

«Buscas a los Bishop».

—¿Eres su... aliada?

«Mi especie es su aliada, ahora».

—Conozco vuestro phylum. —No tenía sentido adoptar medidas defensivas contra esa criatura de muchas patas, que podía matarlo en un santiamén. Notó distraídamente que no tenía miedo; si se lo proponía, podía incluso sentir nostalgia de tal emoción, ya infrecuente—. Recuerdo a vuestras Iluminadas, su compleja diplomacia de colmena. Sí, una vez traté con ellas.

«Ellas me enviaron aquí».

—Siempre tuvieron buen juicio.

«Tú conoces muy bien nuestro pasado».

—Razonablemente. Y he leído mucho.

«La Biblioteca».

—Una parte. Casi todo me resulta ininteligible.

«¿Sabes...?».

—¿Sí?

Las transmisiones de la enorme criatura tenían un extraño sabor múltiple. Aludía tímidamente a un antiguo y profundo interrogante.

«¿Sabes quién nos fusionó?».

—¿Te refieres a la mezcla entre especies? Eso fue hace mucho tiempo.

«Antes de nuestra historia».

—Por lo que recuerdo, no fuimos nosotros.

Involuntariamente, la criatura emitió reacciones confusas: alivio, entusiasmo,

todo bajo una capa de tristeza melancólica.

«He llegado a comprender a los de vuestra especie. Tenía la esperanza».

—Lo lamento, no. Nosotros llegamos después. Somos huéspedes recientes a quienes nadie invitó.

«¿Entonces quién?».

—Las razas orgánicas de los Naturales que no fueron domesticados por los mecs; extinguidas.

«Me lo temía. Pero nosotros no nos hemos extinguido».

—Somos diferentes. Vosotras sois difíciles de matar, y a nosotros nos han conservado con vida en el Centro porque los mecs no sabían qué pensar de los humanos.

«¿Y ahora sí?».

—En efecto. El secreto se ha descubierto.

«Lleváis los Códigos».

—Los lleva incluso un viejo achacoso como yo, sí... aunque sólo en parte. Deriva genética... u otra palabreja que he olvidado hace tiempo.

«Yo puedo ayudar en esto. Mi apellido completo es Quath'jutt'kkal'thon».

—Nigel Walmsley. Tu apellido significa algo, sin duda, pero el mío es simplemente una etiqueta que llevo pegada.

La matanza continuaba en la llanura, pero ambos habían interrumpido el contacto. La bandada de mecs descendió para rematar a sus víctimas.

—Se lanzarán sobre mí si me huelen. Yo no tengo tus defensas.

«Ni yo las tuyas».

Una ocurrencia extraña. Pero los mecs alados se acercaban.

—¿Y cuáles son?

«Ellos han sido precipitadamente adaptados a estos entornosseudoplanetarios. Una vez fueron los que pacían luz».

—Ah, los fotóvoros.

Un disparo. El rayo calcinó un árbol y Nigel sobrevivió sólo porque Quath proyectó al instante un escudo protector. Era una intensa burbuja de energía electromagnética que poblaba de venillas el aire fracturado. Suficiente por el momento. Aun así...

—Me temo que deberé acudir a esas reservas ocultas, Quath.

Nigel envió una señal que graznó en su sistema sensorial. Le habían dado un circuito de llamada pero no tenía la menor idea de cómo funcionaba.

«No puedo protegerte mucho más tiempo».

La brumosa ave era enorme esta vez. Al principio Nigel creyó que era un mec, pero mientras sobrevolaba los árboles vio que era traslúcida, un delegado de los Supremos. Revoloteaba mirándolos con ojos penetrantes. Nigel recibió un rápido bip de información.

—¿Las alas de estos fotóvoros todavía son fotosensibles? —preguntó.

Quath estaba examinando el gigantesco no-pájaro compuesto de partes móviles y zumbonas. Era evidente que millones de motas diminutas componían esa manifestación tan enorme, tratáranse de seudoinsectos o de algo aún más extraño que Nigel no llegaba a discernir. Nunca había podido determinarlo a pesar de que la cosa escogía aquella manifestación con bastante frecuencia en los últimos tiempos. Nigel sabía que la forma física no significaba nada y que lo que había detrás procuraba facilitarle las cosas a él y a Quath.

—¿Quath?

«Sí, lo son».

—Bien. Esta criatura necesita saberlo. Los detalles no son su fuerte.

Mentira, pensó. Pero la criatura era finita.

En lo alto la piedra de tiempo llameó súbitamente convirtiéndose en un arco anaranjado. El chillido de un flujo intenso derrumbó a Nigel, que se agazapó bajo los árboles. Notaba que era principalmente de infrarrojos, pero la luz visible bastaba para cegarlo.

«Ah... no».

Quath se refugió con él bajo la fronda.

—Esta criatura prefiere soluciones simples.

Un vapor estalló en la arboleda. La repentina niebla burbujeó y a través de ella Nigel pudo ver a los fotóvoros. Al instante se sobrecargaron. Sus alas estallaron en una negrura abrasadora y cayeron en picado.

La numerosa bandada descendió en cámara lenta hacia la planicie. Se reunirían con los seres que acababan de rematar con tanta displicencia.

—He visto antes a estos malditos —gritó Nigel en medio de la humareda—. Están perfectamente ideados, pero no para esto.

«En otras partes, los he visto arrojar bombas de esti».

Un fotóvoro cayó en un árbol cercano. El grueso tronco se derrumbó con un crujido desgarrador.

—Maldita sea, ¿dónde está ese pajarraco? Tenemos que largarnos de aquí.

Sabía ahora que los mecs usaban bombas de esti, desestabilizando un fragmento del espacio-tiempo para que se estirase y aplanase. Eso desgarraba todo lo que había en las inmediaciones, cualquier cosa que necesitara una estructura geométrica para existir, incluso una Mente Magnética. No había defensa posible.

«Es tu salvador, no el mío».

—Dijiste que llevabas a un humano, ¿verdad? «Así es. Pero apresúrate, mira los fuegos».

—Te cambio un viaje por ese humano.

«Sería pertinente si pudieras escapar de esta Vía».

No podía, desde luego. Pero el pájaro estaba en las cercanías y para él la materia misma era un *soufflé* de espacio vacío y frenéticas probabilidades.

—Ese humano... apuesto a que puedo adivinar su nombre.

«Primero huye de aquí».

—De acuerdo. ¿Dónde está ese pajarraco cuando lo necesitas?

Nigel envió una llamada rugiente. Atraería a los fotóvoros, aun en su tormento final, pero sólo le quedaban milésimas de segundo. Tal como tenía por costumbre últimamente, pensó en Nikka un instante, saboreándolo, como si fuera el último.

4 - Finitudes

Huir no tenía sentido.

El Mantis llegó como una vasta fluctuación en los lindes de la visión de Killeen. Estaba cansado y algo se aflojó en él cuando percibió ese vacío creciente, muda prueba de la facilidad con que el Mantis podía eludirlos.

Killeen se levantó despacio. Toby y Cermo lo imitaron. Los Bishop estaban dispuestos a moverse, aunque resultara inútil. Lamentó que hubieran bebido, pero por otra parte quizás eso no cambiara las cosas.

Era una tontería dispararle. Como dispararle al viento para que trajera sol, había dicho una vez su padre Abraham, describiendo una idea tonta en Nieveclara. Bien, al menos probaría suerte con la petulancia.

—¿Sorprendido de vernos?

No tenemos una reacción similar a vuestra sorpresa. Todas las formas ordenadas integran los nuevos datos al instante, reorganizándose. No retienen recuerdos de su actitud del momento anterior, así que no es posible ninguna comparación.

—Debe de ser aburrido.

Esa categoría tampoco es aplicable a nosotros.

—Si voy a la izquierda... —susurró Cermo.

—Quédate quieto. Es mucho más grande de lo que pensamos —dijo Killeen. Toby asintió.

—El Mantis que vimos en Nieveclara era una especie de versión primitiva de este.

Si insinúas que simplemente estoy constituido por más términos en secuencia lineal, no has comprendido.

Killeen recordó cómo había matado a Andro, Fanny y a muchos otros. Matado, usado y desechado como material de entretenimiento.

De nuevo hablo en nombre de los Exaltados. Ellos no pueden expresarse en el orden serial de vuestra modalidad acústica.

—Parecen bastante limitados —dijo Killeen. Mientras el Mantis siguiera

hablando, ellos seguirían con vida.

Ellos delegan estas limitadas tareas. No seas presumido, o haré que tu fin sea doloroso.

—Eres un maldito —dijo Toby, la voz aflautada por el mismo agotamiento que Killeen reconocía en sí mismo. Una fatiga mental que le llegaba a la médula.

Sería una variación sobre un experimento anterior. No debéis creer que el concepto de la compasión es patrimonio exclusivo de vuestra especie. Pero debéis reconocer que tiene límites entre las especies, los phyla y los reinos. Los Exaltados constituyen un reino superior, el más elevado. No podéis esperar que vuestras nociones se extiendan a vuestros superiores.

Killeen resopló desdeñosamente.

—Ellos y tú nos abandonaron a nuestra suerte cuando desgarraron el esti.

Debía llevar la muestra del registro genético de Toby. Era suficiente.

—Creí que necesitabas tres generaciones, más los datos sepultados en los Legados.

Killeen le hablaba al aire. Sentía al Mantis sólo como un vacío espasmódico y fragmentario en su sistema sensorial.

Hay un pequeño código que libera los placeres que buscamos. Se dice que es portado socialmente.

—¿Memorizado, quieres decir? —preguntó Toby.

Por lo que sabemos, fue entregado como precaución cuando los Códigos de Activación se implantaron en las hélices genéticas. Deseo que lo entreguéis.

Killeen rio.

—No lo conozco.

Todo intento de ocultarlo significará que deberé explorar a cada uno de vosotros por turno. Hay poco tiempo y mis métodos serán

destructivos. Vuestro yo no sobrevivirá a mi búsqueda.

Como a modo de ejemplo, Killeen sintió que algo le pinchaba la mente, despertando recuerdos del pasado: dolores y éxtasis agudos, rápidos. Erizados de dolor de un modo que nunca había sentido. Se tambaleó. El aguijonazo del pasado era un golpe que le paralizaba los pulmones, cerrándole la garganta en torno de un grito ronco.

... su esposa Verónica, meciendo a Toby a la luz de las velas...

... la rubicunda Fanny, impartiendo órdenes en una planicie árida...

... Abraham sonriendo adustamente en un parapeto de la Ciudadela...

Tajadas compactas, instantes que rociaban las paredes de su mente.

Recordaba los hechos al ritmo de su pensamiento, y el Mantis los «cosechaba» con una lectura instantánea.

—¿Cómo se supone que debemos obtener este código?

Se debe transmitir acústicamente.

—¿Alguien nos lo reveló? —preguntó Toby.

Cermo sacudió la cabeza.

—A mí nadie me reveló nada semejante.

Entonces estás mintiendo. No existe otra posibilidad. Es una instrucción específica para vuestra especie. Los Exaltados han leído en vuestras hélices que existe.

Killeen sacudió la cabeza.

—Pues entonces la hemos perdido.

Imposible. La continuidad humana es poco común entre los órdenes inferiores. Las grandes tradiciones se heredan. Esto está profundamente entrelazado con vuestro sentido individual del yo, una herramienta social común entre los «naturales».

—Tal vez deberías probar suerte con otras Familias —sugirió Toby.

No. Los Rook, los Knight y otros no lo tienen. Existe una clara diferencia genética.

Tal vez los mecs no tuvieran lo que llamaban emociones, pero esta manifestación

del Mantis delataba más de lo que creía. Se desvivía por encontrar esa orden perdida.

Tal vez hasta los Exaltados anhelaban los exóticos placeres que eran patrimonio de los simples mamíferos.

—¿Por qué lo tienen los Bishop? —preguntó Killeen con cautela.

Habéis sufrido menos deriva genética que los demás. Así lo quiso el destino.

Killeen no veía manera de salir del atolladero. No estaban mintiendo. Las cosas habían ido demasiado lejos para eso.

Simplemente no lo sabían.

Pero el Mantis les hurgaría la mente para cerciorarse. Sólo se le ocurrió la maniobra más antigua: buscar evasivas.

—Entonces no somos algo especial, ¿verdad?

Hay varias teorías acerca de por qué los humanos despacharon colonos espontáneamente desde sus Candeleros. Ninguno parecía especialmente favorecido, y los Bishop constituían una de las Familias más pequeñas.

—Pero más tenaces, ¿verdad? —dijo Toby.

Por el tono, Killeen supo adonde pretendía llegar. Trataba de convencer al Mantis de que les diera lecciones, procuraba tentar al erudito que había en esa inteligencia polifacética.

Ahora, tal vez, pero vuestra historia es bastante vulgar. Aun en Nieveclara, los Rook y los Pawn eran más problemáticos para nuestros proyectos.

—Pero tenemos nombre de guerreros. Los Bishop descienden y golpean, moviéndose con celeridad.

Ahora Toby lo decía seriamente, no sólo para alargar la conversación. Titubeó, y al fin entonó:

Embestimos a los Rook, atacamos a los Knight, ponemos en jaque a los gordos King...

Veo que citas un antiguo cántico Bishop. Un canto de aliento que una vez oí en vuestra Ciudadela. Admirable. Vuestro modo de azucar a una

tribu contra otra, supongo. Un modo poco económico de seleccionar a quienes merecen propagarse.

—Somos mejores que ellos. Nuestro nombre.

Se tomó de un juego de mesa. Los Sox y Dodgers de una Vía adyacente obtuvieron el suyo de un arte perdido que se practicaba con el cuerpo. Los Ace, Eight y Jack del planeta que visitasteis —creo que lo llamabais planeta de los naipes— debían su nombre a un pasatiempo relacionado con cartones. Otros vestigios culturales explican las divisiones tribales, y todas son completamente artificiales, creedme. Y en el Centro he visto más historia humana de la que vosotros podéis recordar.

—Nosotros dimos un nombre a esos juegos —repuso Killeen.

—Así es —confirmó Cermo.

—A mi entender —dijo Toby con tono triunfal—, esos Yankees y demás no eran gran cosa. Llamaban *pitcher* a un guerrero. ¡Vaya luchadores!

Vuestra finitud me divierte. No obstante, no confundáis mi tolerancia con otra cosa.

Killeen supo que se les habían acabado los recursos cuando el vivido perfil del Mantis se solidificó en los cerros lejanos. Era enorme y cambiante y Killeen no atinaba a discernir la forma.

—Espera...

La espera ha terminado. Si no reveláis la orden acústica, debo interrogaros por separado y a fondo. Vuestro yo no sobrevivirá. Cosecharé mientras inspecciono.

El tono glacial del Mantis indicó a Killeen que no era una bravuconada. Respiró entrecortadamente, reflexionó, pero su mente no llegaba a ninguna parte.

El Mantis había prometido que con el tiempo los absorbería como parte de su «misión de preservación», y no había manera de detenerlo.

—Yo iré primero —dijo Killeen—. Soy el capitán, y es lógico que sepa más que ellos.

Cierto. Tal vez sea una tradición sepultada e ignoras que la llevas. El

desorden de tu interior, con tu subconsciente y otros berenjenales, lo permitiría. Muy bien, pues. Esto será más fácil si entras en receso y te preparas para una ejecución por borrado.

Un rectángulo verdoso se abrió en el aire a pocos pasos. Killeen notó que el Mantis estaba muy cerca y que simulaba esa campiña con absoluta fidelidad. Él ni siquiera había notado que estuviera tan cerca, y ahora esa puerta hacia otra realidad pendía como una pintura contra los crepusculares cerros. Pero los cerros eran ilusorios y la puerta era real. El fin había llegado.

5 - Un abismo de duración comprimida

Nigel Walmsley aterrizó sentado.

Quath le había advertido que era más seguro huir por separado, pero cuando miró hacia arriba Quath estaba erguida como si nada hubiera ocurrido y él estaba cubierto de polvo, con las articulaciones doloridas y las ropa hecha trizas.

—Dijiste que esto...

«Debía hacerse rápidamente», dijo Quath, y echó a andar cuesta abajo. «Hemos tenido suerte de llegar».

—Ya lo creo.

Los habían rescatado, en efecto, pero Nigel no había visto el pájaro. En cambio, los cerros parecieron enrollarse como una lámina parda y lanzarlos a un limbo sin gravedad. Quath había estado transmitiendo, hablando con entidades. Nigel no podía ver. Todo muy rápido. Luego había caído allí.

—¡Baja la velocidad!

«Muy bien».

Quath lo recogió y continuó la marcha.

Nigel colgaba del flanco derecho como una idea desechada. Los cerros circundantes temblaban como en una vaharada de calor. O quizá se estaba cansando. Parpadeó y los cerros ondularon de nuevo y de pronto vio que no eran cerros. Era algo enorme y sombrío y olió un viejo y conocido hedor.

—El Mantis.

«Por eso me apresuro».

Vio algunos Bishop en ese paisaje. Killeen, sí, Toby, y un suboficial. Quath envió un saludo alegre al tradicional estilo de las miriapodias. Nigel trató de pensar.

Sin duda el pájaro aún participaba en el juego, pues de lo contrario no se habrían deslizado tan rápidamente por las distorsiones del esti para llegar precisamente a ese lugar. Llevaba la situación a un punto culminante, ¿pero con qué finalidad? El Mantis aún podía liquidarlos en un microsegundo. Su única defensa era la esperanza de que en ese momento no estuviera interesado en matarlos.

Nadie le prestó mucha atención mientras bajaba del flanco de Quath. Para aquellos gigantes, Nigel era una esmirriada masa de arrugas, no un personaje legendario.

Al fin dedujo que estaban hablando de un Código de Activación acústico. La mente del Mantis examinaba la conversación, analizando de una en una cada conciencia humana. Como un catador en una degustación de vinos, pensó Nigel; pero por debajo palpitaba una angustia flotante. El tiempo también corría contra el Mantis.

Obtuvo todo esto de su sistema sensorial. Era más sensible y complejo que el de los Bishop, pero un juguete comparado con el del Mantis. Sintió que las mentes de la máquina lo sondeaban y regresaban a los Bishop para compararlos según la especie, y que luego volvía a explorar una vez más su cerebro. Creía que se acostumbraría a

ello, pero no fue así.

Te inspeccionaré a ti también, miriapodia. La señal acústica podría residir en una inteligencia como la tuya.

«No lo creo», respondió Quath.

—Yo estoy seguro de que no —señaló Nigel.

Todos se volvieron hacia él. Excepto el Mantis, que todavía era una leve disonancia en aquel mundo aparente.

—¿Quién eres? —le preguntó Killeen.

—Te lo contaré después —le susurró Toby a su padre.

—Creo, sin embargo, que Quath posee el secreto —dijo Nigel.

«Hablas literalmente. Y con franqueza».

El vientre lateral de Quath se abrió —una síntesis de acción mecánica deslizante y nacimiento orgánico— con ruido de membranas.

Un hombre corpulento salió a trompicones. Se restregó los ojos, bostezó, miró a su alrededor.

—Estaba durmiendo —dijo.

—¡Abraham! —exclamó Killeen.

Los otros se sumaron a la exclamación. Nigel los observó pero fijó la atención en el Mantis. La criatura atesoraría ese espectáculo, ese reencuentro, pero calcularía y juzgaría más rápidamente que Walmsley. A partir de ahora, cada movimiento podía ser fatal.

Toby y Killeen abrazaron a Abraham, gritaron de alegría. Actuando como humanos, pensó Nigel de manera abstracta. A pesar de sí mismo, también le embargó la emoción. Palmeó la espalda de Abraham, sonrió, y por un momento fugaz su tensión se alivió. Luego el Mantis dijo:

Tú eres el más viejo y tienes la orden acústica.

Abraham parecía una cenicienta combinación de Toby y Killeen; tenía el mismo destello cauto en los ojos.

—En efecto.

Entrégala.

—Eso es —dijo Killeen—. Entrégasela.

Nigel no sabía si Abraham sabía de qué se trataba. Le dijo a Killeen:

—¿Esto nos conviene?

Killeen lo miró con firmeza.

—Claro que sí.

—A fin de cuentas buscan lo mismo —dijo Nigel. Trató de hablar con aplomo, pero era un poco difícil cuando apenas le llegaba a la cintura a Killeen.

—¿Qué quieres decir?

—Están trabajando en el gran problema. Preservando todas las formas de vida, con mucha antelación.

Killeen frunció el ceño incrédulo.

—¿Qué?

—Preservándose en plasmas de electrones y positrones. Una apoteosis un poco abstracta, lo admito...

—Nos han asesinado —estalló Killeen.

—Cierto —dijo Nigel—. La cuestión consiste en decidir qué es lo correcto ahora. No podemos permitir que el pasado...

—Esta cosa —Killeen señaló el contorno vibrante del Mantis, que descendía de las colinas envolviéndolos a todos— nos cazó, nos mató, descuartizó bebés para divertirse.

Debes entregarme ese código acústico y terminar con esta comedia. Está destinada a disuadirme a mí y a mis representados, los Exaltados, de que sigamos nuestro camino. No imaginéis que un engaño tan burdo os permitirá retrasarme. Vuestro destino está sellado. Sólo falta que se concrete.

—¡Ya te llegará el tuyo! —gritó Killeen.

Nigel cogió la mano de Abraham y escrutó sus profundos ojos. Aquel anciano había sido rescatado de la caída de la Ciudadela, a manos —metáfora errónea, pero qué diablos— del pájaro. Entonces habían muerto algunos mecs y otras criaturas, seres cuyo nombre Nigel ignoraba. Todo para que el arrugado anciano pudiera llegar a ese sitio y entregar su parte de un acertijo que ninguno de ellos comprendía a no ser parcialmente.

—¿Sabes qué sucederá si...?

Nigel no llegó a terminar la frase. Cermo se adelantó de repente y apartó a Nigel.

—Déjalo en paz.

Nigel se encogió de hombros.

—Creo que ninguno de nosotros comprende...

«Este es un abismo de duración comprimida —dijo Quath—. Se parece a los pasajes que unen las Vías, donde el propósito es cautivo de lo desconocido. Creo que debemos aventurarnos en él, a pesar de nuestros temores».

Nigel vio una expresión artera en el rostro del anciano. Sí, recordaba algo, y quizá se proponía comunicar a Killeen aquel secreto subversivo. Pero el ataque mec contra la Ciudadela lo había aislado de la Familia.

Conque la clave final se había transmitido en la frágil copa de la cultura humana.

Hacía mucho tiempo, los diseñadores habían escrito en los Bishop y muchos otros Equipos, Familias y Cuerpos diversos mensajes secretos, todos enmarcados en una cultura. Sabían que el rasgo fundamental de la humanidad era la continuidad, y que sin ella los humanos estaban perdidos.

La gente escapaba de su mortalidad por medio de la risa y el contacto, los dos grandes consuelos.

Unir ambas cosas era sabio. Así que presuntamente habían escogido algo que producía alegría y garantizaba el contacto. Algo antiguo y duradero que para los mecs merecería poca atención.

«La osadía forma parte de vuestra naturaleza primate —les reprochó Quath—. Las miriapodia habíamos sospechado que llevabais el código en trozos desperdigados. Tanto en la mente como en el cuerpo, al parecer».

Nigel miró con renovado respeto a la alienígena.

—Todavía creo...

—Hazlo, padre —dijo Killeen con vehemencia—. ¿Cuál es el código? Dilo.

El rostro del anciano se pobló de arrugas de confusión.

—¿Código?

—Algo que debes comunicar.

—Bien, hay algo... pero no contiene ningún código.

—Veremos.

—Quiero decir, es sólo...

Debes entregarlo, o bien sufrir dolores infinitos e infinitamente prolongados.

La alarma que cruzó el rostro de Abraham indicó a Nigel muchas cosas acerca del modo en que la vida en los planetas durante tantos siglos había afectado a los hombres. Sintió un retortijón, pero no era momento de pensar.

—¡Habla, Abraham! —exigió Killeen.

El viejo se puso a cantar.

6 - Usos del arte musical

Killeen se quedó boquiabierto. Su padre cantaba una canción que él conocía, un hermoso pasaje de la música más sagrada para los Bishop. La habían tocado juntos en las largas marchas, conocían su letra de memoria. Se llenó los pulmones y también se puso a cantar, entonando aquel supremo pasaje. El arte musical, el más elevado de todos.

Cuatro humanos, una miriapodia y el vibrante Mantis. Ninguno se movía.

Todos parecían transfigurados por las antiguas cadencias, las frases de ritmo marcado, las notas veloces que se amontonaban hasta que parecían a punto de derrumbarse caóticamente. Pero el arte musical prolongaba sus briosas energías y franqueaban airosamente brechas imposibles.

Entiendo la relación. Los sitios no utilizados del ADN de los Bishop... he ahí la clave. Las notas de esta pieza, dispuestas armónicamente, nos dan la solución. Transmitiré esto a los Exaltados.

—Buen chico —dijo Killeen con alivio.

Abraham seguía cantando.

«¿ADN?», preguntó Toby por el comunicador.

«Nuestro código genético —envió el viejo enano—. La información que indica cómo construir un ser humano está inscrita en una molécula. En dos hélices, mejor dicho, entrelazadas. Allí se alojan las instrucciones para la creación de proteínas (trozos de materia orgánica esenciales para nosotros) como abalorios a lo largo de esas hélices...».

Un chillido repentino, agudo y múltiple irrumpió en el sistema sensorial de todos. El Mantis estaba difundiendo la información.

Toby frunció el ceño.

«¿Cómo construiríamos Códigos de Activación encima del material reproductivo...?».

El enano Walmsley agitó las manos con impaciencia.

«Nuestro código genético determina cómo funcionan nuestras células. Pero esa información ocupa sólo un diez por ciento del espacio del ADN. El resto sobra. Se reproduce en cada individuo, pero no representa ninguna diferencia en nosotros. Todas las formas de vida tienen un código con espacios libres. Por eso, hace mucho tiempo, los Naturales empezaron a preservar los Códigos de Activación en ese espacio inservible...».

Killeen creía entenderlo.

«¿Nunca lo sabríamos? ¿Porque nunca se manifestaría en el hijo de nadie?».

Toby se miró la mano maravillado.

«¿Ha estado allí siempre? ¿Dentro de nosotros?».

«Los mecs podían leer nuestro ADN —comentó Walmsley—, pero son buenos técnicos. Sabían que ese espacio era inservible, así que no le prestaron atención».

«¿Cómo es posible que no haya cambiado? —preguntó Killeen—. Quiero decir, los ojos de Toby no tienen el mismo color que los míos, ni los de Verónica, su madre».

Walmsley sonrió, arrugando el rostro.

«Los códigos eran repetidos una y otra vez, por si surgía una mutación, un cambio, que estropeará una versión. Todavía había muchos duplicados».

«Parece un modo muy raro de guardar algo —dijo Killeen. Abraham seguía cantando y el sonido le recordaba su infancia, cuando Abraham cantaba esa misma aria bajo la ducha—. Yo lo pondría en un monumento o lo sepultaría. Lo mantendría a buen recaudo...».

Walmsley sonrió.

«¿Cómo ese Taj Mahal que yo había construido en vuestro mundo?».

Killeen pestañeó. Recordaba haber abandonado ese lugar y haber mirado atrás y visto unas grandes iniciales en uno de sus lados: NW. ¡Diantre!

«Logramos dominar un ejército de mecs durante un rato, y decidimos divertirnos un poco...».

«¿Y quién estaba sepultado allí?», preguntó Toby.

Una sombra de dolor cruzó ese rostro marchito.

«Nadie importante. Lo que importa es cuánto crees que durará ese montón de piedras».

Killeen se encogió de hombros. Los lugares permanentes no eran su especialidad.

«Unos cuantos miles de años, a lo sumo. —Walmsley sonrió—. Nada dura en el Centro Galáctico. Las estrellas chocan cada cien mil años, destrozando sus planetas. Tuvimos que crear Nieveclara partiendo de cero. Cuánto trabajo. Y no durará».

«Pero guardarlo dentro de nosotros...», dijo Toby.

«Parece arriesgado, ¿verdad? Por eso los Naturales redujeron el riesgo haciendo que los datos resultaran inteligibles sólo si uno juntaba las versiones de tres generaciones consecutivas. Buen trabajo. De cualquier modo, no es posible entender a los humanos a partir de una sola generación. La continuidad es esencial». Abraham llegó al final del aria y sonrió.

—Apuesto a que no lo sospechabas, ¿verdad?

Killeen sacudió la cabeza maravillado.

—¿Y por qué nunca me lo dijiste?

—Demasiado peligroso. Los mecs avanzaban. Me imaginé que estarías en campaña, con probabilidades de ser capturado, interrogado. Yo era un viejo, me quedé en la Ciudadela. Pensé que era más seguro.

Killeen abrazó a su padre y recordó la Calamidad. Las torres reducidas a escombros. Las paredes del hogar que había compartido con Verónica y Toby, dientes

afilados entre las llamas.

—¿Cómo escapaste?

—Vino el pájaro...

Un violento crujido rechinó en el sistema sensorial de Killeen.

Todos se arquearon, apagaron los sistemas. Los cerros circundantes temblaban. Deformados. Despedazados en chorros de mica rodante.

—El Mantis...

Killeen se había preguntado cómo escaparían y ahora veía que todo el entorno era una ilusión. Estaban en un terreno desnudo y calcinado, un reciente campo de batalla.

Una silueta se movía dando tumbos. Enviaba notas desesperadas, frágiles tartamudeos de datos.

**Algo... el placer... es espantoso... y magnífico... pero devora...
carcome...**

—Funciona deprisa —dijo Killeen. Se incorporó cautelosamente.

Estaban en una vasta bolsa del esti. Rugosas montañas se erguían a lo lejos contra nubes sombrías coronadas de amarillo.

—Creo que la plaga del placer se manifestará de diversas maneras en los muchos niveles de mecs. Este tiene defensas. Es peligroso.

Killeen se sintió presa de una vieja cólera.

—Esta vez hemos vencido.

—Yo me andaría con cuidado —dijo Walmsley—. Debo deciros muchas cosas y no hay mucho tiempo...

—¿Papá? —preguntó Killeen.

—Estoy bastante achacoso.

Pero Toby, Quath y Cermo enviaron su asentimiento. Killeen sentía un vertiginoso cosquilleo de entusiasmo.

—Ahora necesito hablar con los Órdenes Superiores —dijo Walmsley—. Este es un gran acontecimiento. Las Órdenes de Activación se propagarán por las Vías.

—¡Quédate aquí, entonces! —dijo Killeen.

«Ellos llevan nombres verdaderos», le dijo Quath a Walmsley.

Walmsley rio.

—Es verdad. Toby es *To Be*, «ser». Y Killeen es *Killing*, «matando».

Killeen resopló con desdén

—Tienes que ser lo que puedes ser.

La forma tambaleante lo llamó. Se puso transparente pero aun así Killeen llegó a ver su contorno en el sistema sensorial. Su perfil se encogía.

—Se está esfumando.

—Que se vaya —dijo Toby.

—No. Vamos.



SÉPTIMA PARTE

DIOSES PROVISIONALES EN DESCENSO

1 - Vacío de Mantis

Toby y Quath encontraron al Mantis en plena oscuridad. Quath envió una advertencia electromagnética, un estallido anaranjado en el sistema sensorial de Toby. Luego silencio.

Toby aguardó. Quath se movió silenciosamente a la derecha, envuelta en una neblina cerrada, tan profunda que Toby no se veía la mano sin recurrir al sistema sensorial. El Mantis estaba delante. Sentidos que Toby desconocía le indicaban que también había otras criaturas. No tenían emisión electromagnética pero los estaban rastreando, siguiendo rastros químicos dejados por otros, aromas que surgían de glándulas profundas, volutas de aroma persistente liberadas por accidente o diseño. Allí todas las criaturas dominaban esos canales químicos.

Los sentidos naturales de Toby estaban muertos para ellos. Los humanos absorbían sonidos y visiones, era el fuerte de los primates. Allí los ruidos y correteos le indicaban que había otros teatros, que se representaban otras obras, y que él nunca formaría parte del público. Pero él y Quath habían pertenecido a ese teatro, y a partir de allí habían llegado a ese extraño mundo de sombras y aromas electromagnéticos y espasmódicas muertes de voltaje.

Un hilillo inquisitivo se introdujo en su sistema sensorial. Quath. Juntos se internaron en un matorral pegajoso. Se tomaron su tiempo para deslizarse junto a los obstáculos. Incluso una pequeña lágrima podía alertar al Mantis, y también podía haber una trampa.

Quath temblaba de emoción. Riachuelos de excitaciones electromagnéticas llegaban a Toby, desperdigadas y próximas, efusiones involuntarias.

El murmullo de la vida química cesó. Silencio. Toby no veía nada por los ojos ni por el sistema sensorial. Quath se aproximó, una presencia que él sentía como una cuña de aire a su izquierda. Entonces lo detectó. El Mantis era un retazo de ausencia a la derecha. No podría haberlo sentido sin estar totalmente quieto y alerta.

No lo percibió por el parloteo de su equipo de detección, esparcido por sus nervios y sus huesos. Estos guardaban silencio. El Mantis estaba tan tieso que constituía un vacío, una ausencia.

Se desplazaba junto a ellos a distancia indeterminada, pero de algún modo Toby podía olerlo. Los viejos sentidos le traían un tufo a ozono. No se atrevía a moverse, pero el olor que flotaba en el aire fresco era suficiente. El Mantis se movía deprisa y el retazo de vacío se encogía. Ahora estaba aureolado de gris. Tenía un aspecto común, pero Toby sabía que era un vacío de Mantis. En cualquier momento podía lanzarle una sinuosa descarga. Muerte o heridas en vientos electromagnéticos.

Luego se convirtió en un punto. Todavía en movimiento. Toby le susurró a Quath por el sistema de comunicaciones:

«¿Tienes sus marcas?».

«Varias. Está herido, como dijo tu padre».

«¿De gravedad?».

«Las entidades voraces lo invaden. Carcomen sus subidentidades».

«¿Crees que puede deshacerse de ellas?».

«Posee grandes recursos. Tal vez pueda curarse a sí mismo».

«Entonces tenemos que eliminarlo».

«Alguien debe hacerlo. Para asegurarnos de que no sobrevive».

Retrocedieron. Cautelosamente, replegándose en esa negrura total. Se cruzaban criaturas en su camino. El Mantis ya no era ni siquiera un punto y Toby se dejó ir, sin reparar en los rasguños que le causó un arbusto. Su traje tardaría sólo un rato en autorrepararse, pero no podrían compensar el tiempo que perdieran ahora salvo mediante duros esfuerzos. Él y Quath habían rastreado y buscado durante mucho tiempo, y por debajo del zumbido de energía de sus piernas sentía el lento hervor de la fatiga.

El viento arreció, y el suelo se movió bajo sus pies. Allí el esti ondulaba y se dilatava enérgicamente, y tenían que pisar con cuidado. El Mantis parecía saberlo bien.

Recogieron las provisiones que habían dejado antes. Toby también había dejado su arma: un disparador de dardos largo y elegante, con energía en la culata. Usarlo contra el Mantis era una bravuconada, pero ahora podía suceder cualquier cosa.

«Si hubieras llevado esa arma, nos habría visto», dijo Quath.

«¿Estás segura?».

«Ahora nada es seguro».

«Eres el mismo bicharraco de siempre —rio Toby—. Tal vez deberías refugiarte detrás de tu eterno [intraducible].»

«Aunque está lesionado, conoce mil artimañas».

«Nosotros también conocemos algunas».

«Él vive en el mundo electromagnético. Nosotros somos simples visitantes».

«Tú también eres medio mec, amiga».

«Parcialmente, sí. Pero mi mente es Natural, con todos los imprevistos que aporta la evolución. El Mantis se ha revisado a sí mismo una y otra vez».

«A mi entender, eso significa que es una chapuza».

«Creo que manifiestas una parcialidad nacida de la inseguridad».

«Ja. ¿Inseguridad? ¿Cuando el Mantis y los suyos han matado a tantos de nosotros?».

«Tal vez he escogido una palabra poco adecuada. No deseo molestarte».

«Ese Mantis liquidó a más de la mitad de la Familia Bishop».

«Lo sé, y no deseo provocar reacciones primates».

«¿Eh?».

«Sois famosos por vuestro ánimo vengativo y vuestro apego al territorio».

Toby no entendía muy bien a qué se refería Quath, pero eso no era nada nuevo. Ella era una mezcla de una raza orgánica con apariencia de insecto —su «sustrato»,

como lo llamaba Quath— y añadidos mecánicos. En su mole llevaba la capacidad informática para comunicarse con los humanos. El camino inverso, procurar que la gente hablara con las miriapodia en su *staccato* digital, había fracasado. Los humanos no tenían la capacidad ni los medios.

«Somos famosos por ser difíciles de matar».

«También».

«Si un Bishop avista al Mantis, salimos a cazarlo. ¿Eso es “ánimo vengativo”?».

«Nunca olvides el dato básico de su naturaleza alienígena. Pertenece al reino de las máquinas. Yo, a pesar de mis modificaciones e incrustaciones artificiales, pertenezco al reino de la carne. Como tú».

«Supongo que sí. Y en este momento, esta carne necesita un descanso».

2 - Territorios de pensamiento

El pájaro descendió aleteando desde la bóveda del esti.
—Agradezco el esfuerzo adicional —dijo Nigel, estudiándolo—. Buena simulación.

—Una palabra inadecuada —respondió el pájaro, revoloteando.

—Trataba de ser cortés.

—Error de categoría.

—¿Por qué?

—La cortesía se da entre iguales.

—Ah.

—Y nosotros no lo somos. Por un phylum o dos de diferencia.

Las alas no producían viento. El pájaro era un conjunto de motas y no cabía esperar otra cosa, pero el detalle no dejaba de ser perturbador.

—Pronto habrás cumplido tu función —dijo el ave.

—¿Entonces es el final?

—¿Tu término? No necesariamente.

Una respuesta poco tranquilizadora, pensó Nigel. Una mano le tironeó la manga.

—¿Qué es? —preguntó Abraham.

Se había olvidado del anciano Bishop. El hombre se había ido a inspeccionar la vegetación, quizá buscando comida. Los Bishop se pasaban el tiempo buscando comida. Los otros, Killeen, Toby y Quath, habían partido en pos del Mantis. Esos tíos de la Agachada eran gente muy ansiosa, pero los Bishop habían transformado esta característica en una obsesión.

—Una manifestación de los Antiguos. También conocidos como los Supremos.

—¿No es mec? —preguntó Abraham con suspicacia.

—Mucho más antigua.

—Parece mec.

—Puede parecer cualquier cosa. —Nigel le hizo una seña—. Cambia de forma.

El pájaro dejó de batir las alas y colgó en el aire. Aquello era aún más perturbador. Nigel le hizo otra seña y se convirtió en una criatura sinuosa y viscosa.

—¡Cielos! ¡Qué vuelva a ser un pájaro!

Abraham se acercó, atravesó la forma con la mano.

—¿Puedes ordenarle que lo haga?

—No puedo ordenarle nada. Sólo accede a las demandas sin importancia.

—El momento se aproxima —dijo el pájaro.

—¿De veras?

Nigel se sentía débil y distante, y recordó unos antiguos versos:

Tiempo universal y sideral, tiempo atómico y efímero, tiempo andante y

tiempo detenido.

El pájaro movió el pico y los ojos sin mover la cabeza; al parecer era su modo de asentir.

—Es verdad, definir la simultaneidad es imposible. Pero se aproximan acontecimientos.

Nigel se avergonzó del pequeño placer de lograr que aquella criatura asintiera.

Era difícil vivir como un microbio consciente en un envoltorio alienígena.

—Perderéis mucho.

El pájaro aleteó. ¿Para tranquilizarlo?

—Una poda.

—Una poda darwiniana.

El pájaro entendió la alusión, desde luego. Había leído toda la Biblioteca Galáctica, notas a pie de página incluidas. Y nunca se reía.

—¿Alguna vez ha sucedido algo tan vasto y espantoso? —preguntó Nigel.

—Cuando éramos cerámica, sí.

—¿Cerámica?

—La vida no comenzó en vuestra encarnación. Primero llegaron arcillas que podían dejar su impronta y copiarse. Disfrutaban de amplias y variadas energías, en la fase inicial de este universo. Todo era mucho más caliente entonces.

Nigel nunca había oído decir eso.

—Y perecieron.

—Luego generaron los elementos de la vida celular. Luego fueron eliminados.

—¿Por vosotros?

—Ellos eran nosotros.

—Entonces ellos existen... en vosotros.

—Ahora somos otro phylum.

—¿Y cuál es?

Esta criatura nunca se había dignado hablar de sus propiedades. ¿Por qué ahora?

—No puedes saberlo.

—¿Por qué?

—No lo comprendes. Es una propiedad fundamental de nuestro phylum.

—¿El que nosotros no podamos saber qué sois?

—Sí. Así, para vosotros, no podemos tener un nombre verdadero.

—Mmm. ¿Entonces no te molestaría que te llamara Fred, por ejemplo?

Ninguna respuesta. El pájaro pareció disolverse y luego volvió a adquirir un contorno preciso. Parecía muy real, pero aún tenía un milímetro de profundidad.

—Vosotros procedéis de la arcilla.

—Y luego nos unimos con cuerpos autoorganizados que reproducían información. —Ahora el pájaro hablaba deprisa.

—¿Eso significa cuerpos que no son reales? —le preguntó Abraham a Nigel.

Nigel asintió.

—Criaturas que vivían de los mecánicos superiores.

—¿Parásitos?

—Para una planta, los vegetarianos son parásitos. Supongo que estos «datos organizados» se alimentaban de las mentes mecs del mismo modo que una vaca se alimenta de hierba.

Súbitamente el pájaro adquirió un tamaño inmenso. Nigel tuvo la sensación de caer dentro del ave, como si su delgado contorno se abalanzara sobre él.

Una voz enorme le habló, pero no en los oídos.

A simple vista, la competencia en el mundo concierne al destino de los organismos. Su trajín y su energía, su tragedia y su comedia, ocupan el centro del escenario. Luchan para reproducirse, para estar en escena durante el siguiente acto. Hay un panorama más profundo. Por debajo de las inquietas energías de los organismos, los genes de estos seres son auténticos actores, aunque limitados. También ellos se copian. Un organismo, pues, es un dispositivo para crear más copias de su ADN. Los genes luchan para que esto ocurra. En cierto sentido, ellos mandan. Para sobrevivir mejor, los genes «inventaron» los cerebros. Estos evolucionaron a su vez para soportar mentes. Con el tiempo, las mentes aprendieron a comunicarse entre sí, por medio del lenguaje y la cultura. Esto creó un escenario más amplio. Las mentes almacenan sus modelos internos del mundo externo. Estos modelos son intrincados, cambiantes, y están sostenidos por un continuo flujo de alimentación a partir de fuentes más simples. La evolución, natural o artificial, puede mejorar las mentes. Los genes se perfeccionan con la incesante y fatídica poda darwiniana. A menudo modelan nuevo hardware mental, mentes más sutiles y flexibles. Los genes son menos que organismos porque no tienen conocimiento directo de los organismos. Sólo la cruda realimentación de la supervivencia «habla» a los genes acerca del furioso combate y las sutiles estrategias que se representan en el escenario de los organismos. En una visión más amplia, los organismos son tan ciegos como los genes.

En una fase crítica de la evolución, se desarrolla una nueva etapa una vez que aparecen y medran las mentes. Por encima del orden aparente del mundo de los genes, incluso por encima del drama de los organismos, se representa una obra más complicada. Este teatro es el más vasto de todos. En él, las ideas que se copian a sí mismas en la mente de las máquinas siguen las mismas leyes evolutivas. Estas se llaman kenés.

Nigel trastabilló. Todavía estaba ahí, de pie junto a Abraham, en una pradera. Y también estaba encerrado en un sitio donde las ideas fluían como fuego

ambarino. Los conceptos ardían con intensidad atemporal, nítidos, precisos, veloces. Estaban en otra parte de su mente, un sitio tan próximo como la hierba que pisaba.

No había pájaro. ¿O estaba dentro del pájaro?

Trató de caminar y tuvo que arrastrar los pies en un lodo oscuro como melaza. Miró hacia abajo y no vio sus pies.

Para un kene, comprendió, el territorio del pensamiento era tan real y vital como una sabana donde los depredadores y las presas ejecutaban su danza eterna.

—Las arcillas, las que vinieron primero... —murmuró Nigel.

Rápidas imágenes de algo semejante a una colmena lodosa. Pero sin abejas. En cambio, enjambres de cristales cubrían las paredes de las celdas. Un brillo viscoso brotaba de los rincones hexagonales, de las losas intrincadas. ¿Un sistema circulatorio?

En esas estructuras vibrantes el orden temblaba, titilaba.

—¿Ellas contribuyeron a crearos?

—Y también a vosotros, las formas biológicas primitivas, por supuesto.

La voz del pájaro había regresado, pero Nigel no podía verlo. La enorme voz hablaba ahora valiéndose del pájaro. Y apenas empezaba a exponer un argumento, a contar una historia.

—Las arcillas persistieron —dijo la voz de pájaro— en algunos lugares de esta galaxia. Transformaron la corteza de sus mundos en mentes estructurales e integradas.

Nigel jadeó. ¿Lo estaban devorando?

—Entonces, cuando se formaron estos kenes...

Montones deslizantes de fosforescencia en una bóveda fría y negra sin fin. El reino de los datos de la autoconciencia. Alimentándose del forraje conceptual de las mentes mecánicas. Glacial, sereno, y aun así procedente de Darwin. Alienígena.

—Había cierta afinidad. Los kenes se unieron con los de sustrato inferior. Las arcillas eran estructuras analógicas con almacenamiento digital. Juntos realizaron... experimentos.

—Si es tan listo, ¿por qué habla tan despacio? —preguntó Abraham.

A Nigel le costaba muchísimo hablar.

—No tenemos las palabras adecuadas. Las frases son... bien... limitadas. —Es como empujar un océano por una tubería de desagüe con un vaso de papel.

—La síntesis inicial de ellos/nosotros originó los arcos que enmarcan el Centro Galáctico —dijo el pájaro con una voz hueca.

Nigel recordó aquellas colosales estructuras luminosas, con cientos de años-luz de longitud, ondeando bellamente, cada cual con un año-luz de anchura.

—¿Cómo funcionaron?

Dolores viscerales, conflictos desgarradores, mechones rasgados, vacíos aullantes.

—La evolución es dolor. Aprendimos de ellos.

Al cuerno con las nociones de inteligencia avanzada de la Iglesia Anglicana.

—¿Esa Mente Magnética surgió de todo ello? —preguntó Abraham.

—Como una aplicación devuelta. Es un lugar útil adonde enviar seres/información que ya no se necesitan en nuestro/su nivel.

Abraham asintió, una sombra borrosa a la izquierda de Nigel.

—Una criatura molesta.

Nigel ya había asimilado bastante por el momento. Necesitaba un toque humano. Desesperadamente.

Estudió al arrugado anciano. Más alto y mucho más joven que Nigel, en cuanto a total de memoria almacenada, pero extrañamente parecido. Quizá la memoria no fuera la única clave de la experiencia. El hombre había sufrido por muchas cosas. Por primera vez Nigel miró a Abraham y lo vio como una constelación de merecida maduración; le otorgó el lugar que corresponde a un igual. Había perdido esta costumbre, comprendió. En sus todopoderosas manifestaciones, había perdido un cierto tacto. O un incierto tacto, pensó con ironía.

—Ignora a estos mirones —le dijo a Abraham—. Incluso los dioses pueden no ser más que un trasfondo, si así lo deseamos.

Abraham asintió adustamente. Nigel sonrió. Aquel vejete astuto le agradaba.

—Cuéntame cómo fue, entonces.

3 - Cacería

—¿Estás seguro de que no te detectó? —preguntó su padre.
—Seguro.

—¿Quath? —Killeen estudió la enorme cabeza de la miriapodia. Toby nunca sabía por qué se molestaba en hacerlo. Hábito, tal vez. El rostro de la alienígena era un despliegue de sensores y Toby nunca había podido leer en él ninguna expresión.

«Está en la naturaleza de lo electromagnético que nunca se pueda descartar la detección».

—Maldita sea —dijo Killeen—. No te he pedido una conferencia.

«Estimo que él no supo que estábamos allí».

—¿Nivel de confianza?

«Aproximadamente setenta».

Killeen cabeceó.

—De acuerdo. En marcha.

—¿Ahora? —Toby quería descansar un rato.

—No tiene sentido esperar.

Cermo subió jadeando hasta el reborde donde esperaban todos.

—No recibo ninguna señal.

Tenía el ancho rostro arrugado de preocupación pero no dijo nada más. El hombretón se acomodó en el reborde y miró hacia fuera. Una luz grisácea aureolaba lejanas cumbres de piedra de tiempo. Era como una tímida alborada en un mundo que se hubiera enrollado sobre sí mismo. En lo alto colgaba un distante paisaje de desierto pardo. Cauces secos atravesaban esa comarca a cientos de kilómetros de distancia, pero visibles en la bruma algodonosa. Eran valles de aspecto antiguo, y Toby sabía que podían llegar a ellos con una semana de marcha a toda carrera, a través de cuevas de esti y cordilleras escabrosas. Tal vez el Mantis los condujera hacia allá. En esa Vía deforme y torturada, el espacio-tiempo se plegaba en nudos que resultaban inimaginables hasta que se experimentaban.

—A buscarlo, pues —dijo Killeen, incorporándose.

Toby sintió una oleada de entusiasmo mientras echaban a andar, y le duró hasta que encontraron el rastro del Mantis. Al principio se creía más fuerte que Killeen y Cermo y se impacientaba ante la lentitud con que ambos inspeccionaban la zona en busca de huellas. Killeen se paraba a descansar cada hora, según la vieja disciplina de la Familia, pero al principio de una persecución esto irritaba a Toby.

«Seguro que yo podría adelantarme bastante», le envió a Quath por canales privados.

«También yo. Pero eso no viene al caso».

Quath funcionaba con organismos internos de alta energía. Podía dejarlos atrás a todos.

«Tal vez deberías adelantarte».

«Conozco mis limitaciones».

«¿Cuáles son?», preguntó Toby con verdadero interés.

Las miriapodia parecían tener aptitudes que superaban todo sueño humano.

«No soy un primate».

«Ah. ¿Eso es todo?».

«Por el momento, y para este propósito, es suficiente».

Quath no dijo más. Toby se quedó intrigado, pero ya comenzaba a cansarse y Killeen y Cermo todavía se desplazaban a la misma velocidad. Siempre se tomaban un breve descanso cada hora y después reanudaban la marcha. Quath también seguía ese ritmo. Poco a poco, el sudoroso Toby se apresuró con renovada energía, nacida de la fatiga misma.

Encontraron el primer vestigio del Mantis en una cuesta de piedra de tiempo vibrante.

Cermo avistó el pequeño y lustroso hexágono.

—El Mantis se está desarmando —dijo, pateando el objeto.

«No. Tal vez yo pueda leer».

Así lo hizo.

«Contiene astillas del yo del Mantis».

Killeen tensó el curtido rostro.

—¿Por qué? ¿Qué está haciendo?

«Sospecho que está desechando componentes y submentes».

—¿Con qué intención? —preguntó Toby.

—Eliminar lastre —dijo Cermo.

Toby recogió el objeto y lo sostuvo en la palma.

—Esta cosa no pesa.

—Tal vez desechó un segmento entero. Esto es un fragmento —dijo Cermo.

Había rastreado mecs de todo tipo y sentía por ellos un altanero desdén a pesar de que los mecs habían abatido a muchos de sus amigos.

—Buena señal —dijo Killeen, y continuaron.

El suelo empezó a moverse. Lo peor era la confusión, la náusea, los espasmos en el vientre. Los ojos de Toby no le daban indicios sobre lo que sentían sus pies y su cuerpo. Recordó que Quath había dicho una vez que la característica definitoria de la piedra de tiempo era su falta de definición. Entonces le había parecido una broma.

Ahora no. La roca se resquebrajaba y un vapor perlado surgía de la grieta. El esti se plegaba en láminas traslúcidas, disolviéndose al elevarse. Un rocío ascendía, envolviéndolo en un reflejo de sí mismo, apresado y momentáneamente reflejado en la bruma de acontecimientos, como si estuviera allí y al mismo tiempo se fundiera con el entorno. Ese otro yo se desprendió, subió a la cima de los peñascos y pronto se convirtió en una voluta de vapor que se disolvió en el viento.

—Aquí se vuelve más difícil —comentó Killeen. Se internaron en el escabroso terreno.

Tal vez él tendría que haberse quedado atrás después de localizar al Mantis. Ahora era un Bishop hecho y derecho, pero para esto se requería experiencia en persecuciones, y él tenía muy poca. El Mantis y Killeen habían combatido entre sí desde que Toby tenía uso de razón. Toby quería estar allí pero sabía que era una carga para los demás, aunque ellos no lo dijeran.

Cermo lo daba a entender con sus ojos firmes y negros. No había nada que hacer, la decisión era irrevocable. El terreno era demasiado peligroso para que Toby desandaré el camino por su cuenta. El Mantis no era allí el único mec de alto nivel. Habían mirado desde lejos mientras los peones y cavadores minaban y buscaban desechos mecs.

Así que decidió seguir a los demás sin decir nada. A su alrededor hervían extrañas formaciones vegetales, la roca era rizada y el aire pegajoso; la energía del esti expresada en espumosa abundancia. Toby tenía la sensación de que un dios bobo se empeñaba en distorsionar aquellos parajes sin motivo. La verde profusión parecía demencial, inmerecida. Comprendía vagamente que su irritación nacía de la fatiga. Contra eso nada se podía hacer, y lo veía en el semblante de su padre. Toby se seguía rezagando y se alegró cuando ellos se detuvieron de pronto. Para permanecer de pie mientras ellos estudiaban el terreno, se apoyó contra una roca, pues temía que la fatiga lo tumbara.

Era un charco de algo traslúcido pero brillante como mica.

«Más identidad desechada —dijo Quath—. Mirad también los componentes motrices que ha descartado».

En un hueco había piezas polvorientas, una estructura de tracción, pies, pura chatarra. Toby les echó un vistazo y notó que eran modulares.

«Los ha abandonado. —Quath hizo cascabelear sus flancos—. Defectuosos. O demasiado peso que impulsar».

Cermo y Killeen inspeccionaron el terreno. Lo habían hecho durante todo el trayecto, hablando de los rastros. Toby miró las depresiones redondas y las huellas planas y angulosas, y vio ramas rotas en los lugares por donde había pasado la criatura. Los tallos aún no se habían secado y Cermo los palpó y observó el resplandor que brotaba de la piedra de tiempo. La hierba aplastada aún no se había secado del todo.

—Se desenvuelve bastante bien, para tratarse de un terreno tan accidentado —dijo Cermo. Killeen frunció el ceño.

—Será difícil.

—Si yo pudiera distinguirlo —dijo Toby—. Tal vez sus sistemas estén tan deteriorados...

—Dijiste que no lo veías —dijo Cermo—. Que sólo lo sentías.

—En efecto.

Cermo sacudió la cabeza, mirando la hierba pisoteada.

—Si nos topamos con él, no será yendo a tientas.

Tenía razón. El Mantis era invisible para los sistemas sensoriales humanos. Podía desviar la atención, dispersar las señales deladoras, valerse de mil trucos tecnológicos. Toby miró en silencio una piedra.

«Creo que sus facultades están disminuyendo», dijo Quath.

—¿Tanto como para no tendernos una emboscada? —Killeen miró escépticamente a Quath.

«Tal vez. Mira las piezas motrices. Las desecha, trata de avanzar deprisa».

—O eso quiere que creamos —replicó Killeen. Sonrió para que la frase no resultara tan cortante. Toby se preguntó si Quath comprendería ese destello de dientes amarillos en aquel rostro curtido y moreno.

4 - Abraham

Nigel se sentó a escuchar. Ignoró a los dioses que acechaban como sombras acústicas alrededor de él y Abraham. Se concentró en oír lo que decía una voz humana y dejó que eso lo anclara nuevamente a un lugar donde podía conservar la cordura. Lo había hecho antes, los recuerdos estaban allí, y sabía que aunque este acto era aparentemente simple, no realizarlo equivalía a morir. La inmensidad que lo rodeaba, presencias mastodónticas en su mente, más allá de la hoguera humana, lo aplastaría sin que llegara a darse cuenta.

Abraham no habló mucho de lo que habían hecho los Supremos. Le habían mostrado cosas, tal vez para enseñarle y tal vez por algún otro motivo oculto, y además no podía describirlas. Tal vez más tarde. No enseguida. Tal vez nunca.

Lo habían mantenido en una especie de estado ambiguo. Podía sentir su cuerpo y los espacios abiertos y desnudos que lo rodeaban, pero eso era todo. Podía caminar o correr, pero nunca llegaba a ninguna parte. La seca y lisa planicie nunca terminaba. Llegó a entender que era cerrada pero no tenía límites ni murallas. La llanura se plegaba sobre sí misma, aunque él no percibiera ninguna curvatura. Un fulgor perlado cubría la planicie y cuando se disipaba él dormía, aunque nada se lo ordenara.

Aparecían alimentos sencillos mientras dormía. Pasaba mucho tiempo haciendo ejercicio y siempre podía conversar con sus captores con sólo hablarle al aire. Era casi imposible entenderles y Abraham se cansó de sus involuntarios acertijos. Así había transcurrido el tiempo y él se había acostumbrado.

Pasó mucho tiempo ensimismado. Era sorprendente, se dijo, lo que uno podía recordar cuando recordar era lo único que podía hacer. Dio paseos imaginarios por la Ciudadela. Había visto su derrumbe y olía sus murallas calcinadas, pero podía recorrer mentalmente el pasaje de los Suspiros y cruzar la plaza Oblonga para llegar al parque donde la fragancia de panecillos fritos impregnaba el aire. Podía saborear aquellos panecillos y la bebida que los acompañaba. Luego echaba a andar por el Hipotético, contando las calles por orden. Cuando uno lo hacía a solas, las reglas eran aún más importantes. Si cometía un error, se obligaba a regresar al principio, repitiendo en silencio los nombres. Un día alguien necesitaría escribir una crónica de la Ciudadela y este era un modo de conservarla en una época en que los Bishop no escribían.

Con suerte, si alguna vez llegaba a ser un Aspecto, parte de las crónicas de la Ciudadela estarían incluidas en ese fragmento de sí mismo.

A veces también había otras personas. No podía hablar con la mayoría de ellas, pues la Agachada había generado idiomas nuevos. Pero todos intercambiaban anécdotas y llegó a sentir afecto por Familias apellidadas Steamer, United y Punjab, y gente que nunca había visto cobró vida a través de las narraciones.

Inventaban bromas sobre los Supremos, comentando que eran ininteligibles. Para divertirse, redactaron un libro de frases en Jerigonza Suprema, con oraciones útiles como «Es un placer aceptar vuestra amable invitación de ser usado y aburrido con propósitos superiores» y «Sois excepcionalmente amables al permitirme viajar por el trasero de vuestro ser». En esa época le parecían graciosas.

Las bromas se convertían en amargas riñas por detalles ínfimos. Lentamente, los humanos, reunidos en los brumosos y reverberantes espacios donde los dejaban los Supremos, aprendían que las bromas vulgares y las discusiones enconadas eran cruciales, esenciales para la especie. Sin ellas uno desistía. En la realidad perfeccionada de aquel lugar, todas las cosas eran desproporcionadas.

Con la charla, sin trucos de seudorrealidad tecnológica, organizaban visitas mentales al hogar de su Familia, a su planeta natal. Describían comidas imaginarias, peligros, narraban extensas y elaboradas crónicas. Todos esos mundos tenían visiones distantes del Comilón y estaban condenados. Todos lo sabían y eso daba a los acontecimientos un cariz especial.

Abraham decía que su aislamiento convertía la vida en una sala de espejos. No podía ocultarse de sí mismo ni de los demás, ni de los reflejos de sí mismo que ellos le ofrecían.

Siempre se representaban otros dramas y algunos a una escala que dificultaba el regreso a la perspectiva humana. La realidad era la lente que uno usaba.

Abraham ya se lo tomaba con cierta indiferencia. Dijo que no tenía sentido tratar de conocerlo todo. De todos modos, no les pertenecía.

5 - Ráfaga de confusión

Toby sintió mareo y se distrajo mientras seguían avanzando a creciente velocidad. La confusión mental y las divagaciones estaban siendo su verdadero enemigo. Seguía andando, inevitablemente a la zaga de los demás, tratando de penetrar la niebla que lo obnubilaba.

Siguieron las huellas del Mantis por terreno pedregoso. Cermo y Killeen se turnaban para registrar ambos flancos, por si volvía sobre sus pasos o dejaba una huella falsa. Miraban atrás para cerciorarse de que Toby aún estuviera a la vista. Era humillante, porque hacían lo mismo años atrás, pero entonces era un niño y ahora ya no lo era.

La piedra de tiempo se volvió opaca. Una luz brumosa aureolaba el tosco paisaje. Allí no había días y noches claramente definidos porque la iluminación provenía de luz atrapada en la curvatura del espacio-tiempo. La refracción y las demoras temporales infundían al resplandor una calidad hueca, como si lo hubieran pasado por un filtro y lo hubieran despojado de su nitidez. Se detuvieron para acampar y Toby se durmió apoyado contra una roca. Lo descubrió cuando chocó contra el suelo y los demás se rieron, salvo Quath. Se obligó a extender su jergón y al instante se durmió de nuevo y sólo se despertó cuando su padre le quitó las botas para cerciorarse de que no tuviera ampollas en los pies.

—Está bien —le murmuró en la penumbra.

Toby captó el aroma de verduras frías pero cocidas, y descubrió un plato junto a su cabeza. Comió en silencio y su padre le llevó un té de especias caliente. El fuego no era una llama sino un carbocalentador, para que ningún mec pudiera localizarlos por el humo o la luz.

—Aguantarás. Tus pies están bien.

—Sólo necesito dormir un poco —dijo Toby.

—Tú y Quath estabais levantados buscando al Mantis mientras nosotros dormíamos. No hay motivos para que no te rezagues un poco.

—Mañana me encargaré del rastreo.

—No te entretengas demasiado. Come algunas legumbres.

—No tengo tanta hambre.

Se durmió antes de que su padre apagara el calentador y no oyó nada mientras persistía la oscuridad. Pensó en el Mantis, o quizá sólo soñó que lo hacía.

Al día siguiente volvió a sentir necesidad de dormir a las pocas horas de marcha. Se sentía mal. Había comenzado con fuerzas renovadas pero se había agotado y sudaba más que nunca. Quath lo interpeló con preocupación, pero Toby hablaba poco. Llevaba una mochila tan grande como las de los demás, pero ellos llevaban el calentador y raciones extra, así que también en eso le superaban.

Cermo no sonreía ni malgastaba energías en charlar y Toby recordó nuevamente la intensidad del hombre en las planicies de su infancia, en la tórrida belleza de

Nieveclara. Cermo señalaba cada rastro del Mantis y lo interpretaba con seguridad. Estaba señalando una nueva huella cuando los sorprendió la ráfaga de confusión.

Abejas rojas. Parecía que lo picaban mientras avanzaban hacia él. Toby descendió deprisa, pero el haz en abanico lo derrumbó y no pudo ver más. Rodó cuesta abajo y chocó contra una roca. Lo hirió en el costado; la sorteó y siguió rodando. Era el modo más seguro de eludir el enjambre de turbulencia electromagnética. Sobre él zumbaba una maraña de campos magnéticos y descargas de plasma. Energías serpenteantes. Sus placas internas emitían chasquidos agudos.

Chocó contra un árbol rugoso y pudo ver de nuevo. Se quedó mirando a los demás, que también estaban aturridos.

Dos palpitaciones, tres. La ráfaga pasó sin más descargas.

El Mantis las usaba para ablandar a sus presas. No atacar no tenía sentido. Regresó cuesta arriba.

«Las está dejando como trampas para nosotros», dijo Quath.

—Menos mal, porque de lo contrario estaríamos muertos.

Cermo sonrió maliciosamente.

—Eso significa que está desesperado.

—Herido —dijo Killeen, y recogió su mochila, pues la había soltado al detectar un peligro.

Avanzaron más deprisa y la situación empeoró para Toby. La ráfaga de confusión había acabado con su entusiasmo y el aire seco le sorbía el sudor.

Durante la marcha Toby reflexionaba, pero no lograba concebir la magnitud del tiempo —y por tanto del daño y la angustia, de la amargura y la cólera y la tristeza— que el Mantis y su especie llevaban recorriendo las rojas estrellas. Habían envuelto la galaxia en un conflicto devastador que nunca cesaría del todo. Ese dolor primordial dejaba para su propia época una herencia de melancolía, un conflicto incesante que había modelado toda su vida.

—Está enfermo, eso es seguro —comentó Killeen.

—Nos estamos aproximando —respondió Cermo.

«Está tratando de curarse», dijo Quath.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Cermo, sorprendido.

«La enfermedad se podría contener si el Mantis se deshiciera de algunas de sus partes, de sus submentes. Una vez contagiadas, las expulsa».

—¿Ese charco? —preguntó Toby—. ¿Y el hexágono?

—Él esperaba que las pasáramos por alto —dijo Killeen—. Arrojó ese otro equipo para hacernos creer que sólo estaba aligerando peso. Tienes razón, Quath.

«Está titubeando. Los programas asesinos se han propagado por su interior, a pesar de sus mentes superiores».

—Espero que se esté cansando —graznó Toby, tratando de bromear, aunque en realidad su tono era de desesperación.

Su padre se detuvo para mirarlo.

—Aguanta unas horas más —dijo al fin.

—Iré delante —dijo Toby de repente.

Killeen miró a Cermo, quien cabeceó.

—Mantente alerta —dijo Killeen. Regresó a su puesto de la derecha.

El peón los sorprendió cuando llegaron a un pasaje angosto. Era el lugar apropiado para una emboscada, y si el Mantis hubiera hecho bien su trabajo los habría matado o mutilado. El peón era un mec menor que aparentemente el Mantis había construido durante la fuga.

Toby lo vio antes de que les disparase. Extendía sus grandes discos y la descarga electromagnética frío el flanco izquierdo de Toby. Los servos se le paralizaron y se le atascaron las piernas con un chasquido, dejándolo sin sensibilidad. Cayó de golpe.

El haz también alcanzó a Cermo, pero él había sido más rápido y abrió un orificio en el peón. Eso les salvó la vida.

Killeen estaba en el claro. Se tomó su tiempo y le acertó en pleno centro, de modo que las reservas electromagnéticas del mec estallaron con un alarido. Luego murió.

Descansaron mientras Toby reactivaba sus servos. Nadie hablaba demasiado, pero su padre lo ayudó con las conexiones y comentó:

—Esos peones no son tan lentos como la gente cree.

Toby sabía a qué se refería y recordó que el peón había sido bastante lento. Él estaba aturdido y no lo había detectado cuando apareció en su sistema sensorial. Era estúpido ignorar señales cuando uno iba a la vanguardia.

—Lo lamento —fue lo único que pudo decir.

Pateó el peón con exasperación y se agachó sobre la cubierta de metal. Arrancó algunos sellos, hurgó en el interior y extrajo dos objetos de cerámica de forma ovoide.

—Trampas magnéticas —dijo Cermo.

—Bien.

Killeen cogió una con cuidado. Tenía las habituales ranuras mecs de inserción y a Toby le parecía útil.

—¿Podemos usarlas?

—Déjame probar —dijo Killeen.

—Lo lamento —repitió Toby.

Killeen apretó uno de aquellos huevos contra el servo de la cadera. Encajó.

—Buen hallazgo.

Era el modo de Killeen de responder «¡Comamos algo!».

6 - Espacios conceptuales

Nigel estaba agotado. Extenuado. Le estallaba la cabeza, le dolía el cuello.
Y de pronto fue otra persona.

Sombras en las piedras. Atravesaba un patio. El suelo no era de piedra sino de cráneos blancos y aplastados, costillares, brazos triturados. Los hacía crujir con sus pisadas.

Burbujeaban susurros sobre esa calle de huesos. Palabras penetrantes y amargas, arrancadas de gargantas que alguna vez habían anhelado y añorado.

Caminó con delicadeza. Avanzaba a su pesar, y cada paso lo hundía hasta las rodillas en un pasado mohoso y sangriento.

La hedionda calle de lo perdido. El pantano de los deseos muertos.

La oscuridad bañaba las angostas paredes. Y todo ello bajo el delgado barniz de la mente consciente.

Impulsos luminosos luchaban y correteaban por el escenario del intelecto humano. Las facciones clamaban y chocaban. Un mundo interior de combate incesante. Instinto, razón, y todos los matices intermedios.

Y bajo esa delgada plataforma consciente sonaban acordes vigorosos. Allí trabajaba la mente profunda. La creación, el deseo, la exaltación... se entretejían y acechaban y carecían de voz consciente. Irrumpían en la conciencia sólo a la fuerza: actores repentinos en una obra que no escribía ninguna facción.

He aquí el sino humano, comprendió.

Estaba mirando su propia mente.

Un humano no podía hacer semejante cosa. No podía salir y observarse mientras tenía una idea, rastrear los orígenes del deseo, de la repulsión...

¿Entonces qué era ahora?

La voz enorme reapareció y él vio que lo habían llevado a otro lugar, a otra pequeña jaula en una mente laberíntica. Para continuar con su pequeña lección.

Toda la vida usa energía, la usa y desecha las heces, la energía degradada. La historia de la vida es una larga saga de ingenio inconsciente que encuentra nuevos caminos en los campos de la energía desbordante. El universo todavía es joven, y dilapida sus energías en floridos excesos: estrellas brillantes, turbulentas singularidades, encajes abigarrados. La vida saca partido de ello. Los organismos —naturales, mecánico-electrónicos o magnéticos— se alimentan de sus ecosistemas. Estos sistemas son a su vez impulsados por sencillas fuerzas energéticas inferiores: luz solar y sustancias químicas para los Naturales; masa, fotones y descargas eléctricas para otros.

Pero los organismos dotados de mente son también la fuente energética de órdenes superiores: patrones de información que se copian a sí mismos. Estos

pueden prosperar sólo en los cerebros, o en la vastedad de libros-cerebro, ordenadores, bancos de datos. Melodías mentales con un soporte de materia bruta.

En las células orgánicas, las enzimas y la materia prima forman una sopa para fabricar ADN. Los virus las secuestran para reproducirse. Las mentes también pueden generar parásitos. En el escenario de la mente se representan dramas. Las ideas pueden secuestrar angustias, necesidades insatisfechas, incluso la difusa hambre mental que se denomina curiosidad.

Las mentes son el sustrato de los memes.

Los memes más simples son como enfermedades. Algunos contagios son útiles, algunos destructivos, otros meramente paralizantes, pero todos extraen el sustento de los organismos mismos. Pues se alimentan de los procesos mentales de sus huéspedes. La evolución cultural se puede considerar como el avance de estos patrones: los memes son culturas que se autopropagan. En muchas formas de vida, las ideas religiosas fueron sus primeros ejemplos.

Aun los sistemas mentales simples pueden formular preguntas que no saben responder, que en realidad no tienen respuesta. La planificación del futuro constituye una gran ventaja para la supervivencia: comprender que uno no debe aventurarse de nuevo en un lugar peligroso significa que uno puede vivir para ver otro amanecer. La dependencia de las estaciones, especialmente en la agricultura, agudiza esta selección. Pero las consideraciones sobre el futuro suscitan interrogantes perturbadores. Plantean acertijos indescifrables. ¿Adónde iré después de la muerte? ¿Dónde estuve antes del nacimiento? Las tensiones mentales que nacen de estos problemas naturales crean un nicho. Por esta ranura del paisaje mental, las ideas pueden introducirse. Llegan allí, por mutación, a partir de ideas anteriores y emparentadas. Brindando respuestas plausibles a preguntas imposibles de responder, ocupan ese nicho. El huésped agradece esta ayuda, la aprovecha. Entonces pueden difundirse. Estas ideas que inducen copias de sí mismas en otros cerebros tienen más probabilidades de sobrevivir. Las religiones son memes parasitarios. Algunas instan al abandono total del mundo común, generando creencias que pueden conducir al suicidio masivo, al celibato o a intentos irracionales de propagar la fe por medio de la violencia. Estas pueden matar rápidamente al huésped, y así autolimitar el crecimiento del meme. Los memes parasitarios funcionales evolucionan hasta convertirse en simbioses mutuos. Las religiones estables y duraderas constituyen un ejemplo de ello. Sus adeptos transmiten doctrinas y formalismos a lo largo de milenios. Incluso pueden asimilar otras ideas y hacerlas circular, protegidas por el volumen y el impulso de la fe. Pueden hacer que el huésped se resista a otras ideas parasitarias. Todo concepto necesita alguna protección. La lógica es uno de ellos. Verifica la coherencia de los memes. Esos metamemes verifican otras ideas de menor envergadura

antes de permitir que ingresen en el teatro mental. Funcionan como los sencillos sistemas de alarma que advierten a una célula de que un virus la ha invadido.

El método científico, que es esencialmente sentido común ordenado, es una defensa similar para los memes. Es más discriminatorio e interactúa más con el meme invasor que la defensa más primitiva, la cual consiste en rechazar toda idea nueva sin estudiarla.

Todos los memes se pueden ver como entidades vivientes que luchan y compiten por conseguir espacio y energía. Una idea puede brincar de mente en mente, encerrada en una sola frase. Los seres inteligentes transmiten mucha más información a través de los memes que a través de los genes.

Nigel despertó acostado en el lodo. Frío, húmedo, pegajoso.

Se levantó despacio. La voz era suave y mesurada pero lo había sacudido por completo.

No era una voz, sino una lección. Le dolía el cuerpo y le costaba respirar. ¿Interferencia con los niveles inferiores del cerebro?

Miró a su alrededor, pero sólo había oscuridad. Echaba de menos el contacto humano, un dolor que había aprendido tiempo atrás en lugares como ese.

Echó a andar. Era un trabajo lento y penoso. Le temblaban las rodillas, pero continuó la marcha.

7 - Muertos definitivos

Su equipo usaba las nuevas trampas de positrones mecs, que eran livianas y llevaban mucha energía en una pequeña cavidad magnética. Las nubes de positrones giraban en su pozo magnético, y cuando las placas o servos necesitaban energías los positrones salían de su encierro, encontraban electrones y morían. Eso enviaba potenciales por su cuerpo, aunque Toby nunca pensó en cómo funcionaba. Usaban las trampas magnéticas del peón para incrementar sus reservas. La energía arrebatada a los mecs siempre tenía un sabor especial.

Killeen le palmeó la espalda.

—Esto demuestra que el Mantis está desesperado. —Killeen resopló con desprecio—. Improvisó ese peón. No puso defensas en las trampas magnéticas.

Toby se sintió mejor hasta que despertó esa noche. La piedra de tiempo irradiaba una luz débil, rojiza y opaca, y todos se habían acostado para aprovechar la momentánea noche. Toby estaba agotado y agradecía el descanso, que no era un favor de su padre sino del esti.

Pero despertó con nerviosismo y no pudo dormirse, pensando que se relacionaba con la energía positrónica. Se levantó para orinar, aunque no le urgía hacerlo, y entonces lo vio.

El contorno permanecía inmóvil contra las lejanas y rojizas colinas, pero no era un edificio. Proyectaba en su sistema sensorial una sombra que ya no era un vacío. Buscaba redes de lugares, motivaciones y submentes. Emitía una luz tenue, siguiendo la configuración de sus varillas y puntales. Luego se desplazó y al fin Toby lo sintió como una presencia. No un vacío sino una presencia.

Conocía por las leyendas el modo imposible en que se movía. Quedándose quieto, vio que la matriz se alejaba de él. Sin prisa, sin dar indicios de que supiera que él estaba ahí. Se encontraba a unos dos kilómetros, a su alcance, pero Toby ni se lo planteó. Siguió con la vista la vibrante mente fosforescente expuesta en la estructura oblicua de varillas y discos giratorios.

De repente fue hacia él.

Toby sintió el estallido antes de que sus placas pudieran responder. Se tambaleó y cayó. Un golpe fuerte, los brazos flojos. La descarga lo lamió, ardió, se disipó.

Se quedó inmóvil. Táctica Bishop. Aturdido, vio cómo se alejaba por el sistema sensorial. Energías angulosas, centrándose en un contorno menguante. Luego nada.

Sus placas efectuaron los diagnósticos e indicaron sobrecargas menores, fáciles de corregir con un reajuste. Se levantó con cuidado. Débil, las rodillas trémulas, pero bien.

No podía explicar lo que había pasado. Sabía que tenía que pensar en ello, pero no ahora. Estaba demasiado conmocionado. Una presión le hervía en los sistemas. Temor y una hueca ansiedad. Algo en ello le recordaba el modo en que lo intimidaban las mujeres, pero tampoco era eso. Mientras regresaba a su jergón

decidió no despertar a los demás.

Quath envió una señal electromagnética. «?», le preguntó, y él respondió con un «.^.», que indicaba a la submente de Quath que era él. Envidiaba el modo en que ella podía delegar funciones en sus mentes parciales y dormirse al instante si lo deseaba. Era un poco sorprendente que esa inteligencia necesitara el tiempo de inactividad para procesar los recuerdos y organizarse, algo que los humanos hacían dejando que los niveles subconscientes trabajaran durante el sueño.

Y los sueños se lo explicaron. Vio la larga procesión de los Bishop en la Ciudadela, en las planicies, en la guerra y en la paz. Muchos de esos fragmentos de experiencia guardada pertenecían a los momentos finales. Eso debía de significar que eran esquirlas rescatadas de las vidas de Bishop moribundos. Ojos abiertos de sorpresa, o entornados de dolor. Bocas jadeantes o endurecidas ante lo que veían venir. Pero había algo más que aquellos gestos externos. Toby sintió esos momentos, los vivió de una manera imposible de obtener a partir de una simple imagen.

Eran los registros de los muertos definitivos. Mentes Bishop saqueadas por los mecs —por el Mantis— en conflictos milenarios. Como volúmenes guardados en un estante que uno sacara para hojearlos. O para leerlos atentamente.

El Mantis le había enviado esos fragmentos de los muertos definitivos. ¿Desechándolos? ¿Perdiendo datos a medida que liquidaba sus propias submentes?

Rodó en sueños y despertó con los ojos inflamados. Durante el desayuno Killeen dijo:

—Tengo algunos diagnósticos en mi pantalla matinal. Dicen que anoche hubo un mec en las cercanías.

—Yo también —dijo Cermo.

Toby no dijo nada, sin saber por qué. El Mantis estaba agonizando, de todos modos. Los dos hombres lo miraron, pero él guardó silencio.

—Ahora detecto algunos ecos débiles por allá. —Cermo señaló colina arriba—. Pero no hay movimiento.

Toby no veía nada en su sistema sensorial. Cuando iniciaron la marcha, caminó a retaguardia. Perdieron el rastro del Mantis en un sitio donde marcas mecs superpuestas apestaban en el sistema sensorial de Toby, codificadas como hedores. Detectó hojas putrefactas, una fetidez húmeda y musgosa.

—Huele raro —dijo Cermo.

Siguieron los olores, meras señales electrónicas pero no menos interesantes por ello. Encontraron su fuente en un barranco angosto.

Los mecs habían muerto entre convulsiones. Los programas de contagio los habían afectado y habían terminado en una agonía de placer, los acumuladores sobrecargados, las trampas magnéticas chispeando y derritiendo el acabado gris. Por eso los Códigos de Activación eran tan eficaces. Provocaban un éxtasis intenso y el deseo de compartirlo con los demás, y los mecs lo enviaban a otros en alas electromagnéticas, en un delicioso delirio. Toby sabía que supuestamente era un

modo agradable de morir, pero las extremidades agarrotadas y los blindajes desgarrados eran horribles, espantosos.

—El Mantis pasó por aquí —dijo Cermo.

—Lo recibo —dijo Killeen.

Toby también lo recibía: un aroma tenue y especiado que serpenteaba entre los cuerpos de los mecs. Estos mecs eran de orden muy inferior al Mantis, y taponaban el barranco. El Mantis había pasado de largo junto a los caídos.

—Para presentarles sus respetos, tal vez —dijo Toby.

Los hombres se rieron, aunque él no lo había dicho en broma. Tocó uno de los destrozados cadáveres.

—¿Creéis que los mecs tienen... familia?

Cermo sacudió la cabeza.

—Por lo menos, no lo hemos notado —dijo Killeen.

Quath se había mantenido en silencio desde el ataque del peón.

«Parecen tener relaciones complicadas —comentó—, pero su base no es genética».

—Si no tienen familia, ¿qué? —preguntó Killeen.

«Lazos mentales. O modelos comunes del mundo».

Killeen frunció el ceño.

—¿Modelos?

«Marcos para comprender la experiencia».

—A mí me parece que entiendes las cosas o no las entiendes.

Killeen le sonrió a Cermo, como compartiendo una broma. Toby no la entendió.

«Parecen estar divididos socialmente por clases basadas en sus aptitudes. Dentro de esas clases mantienen estrechas relaciones laborales».

—No son familias, en absoluto —rezongó Killeen.

8 - Phylum Myriapodia

—¿Dónde encontraste a Abraham?
El pájaro había logrado que Quath se manifestara allí, en aquel lugar que ahora no causaba esa sensación áspera.

Sin duda era Quath, incluidos los arañazos en las vainas de las patas y su modo convulsivo de mover las cabezas. ¿Cómo podía lograr el pájaro que Quath se apareciera ahí?

Pero claro, si Quath era una inteligencia antológica, podía exhibir facetas de sí misma allí, recogidas por los Supremos. O algo/alguien.

«Las miriapodia pagaron un precio terrible por él».

La manifestación de Quath se retorció en el suelo pedregoso, apoyando segmentos intrincados en las cálidas piedras.

—¿Cómo?

«Las Tukar'ramin, las Iluminadas... todas perecieron».

—Por eso has guardado silencio.

«La Fisura era la única entrada del Laberinto».

—¿Fisura? Ah, esa que abrieron los mecánicos.

«Se vació en el borde interno de la ergosfera».

—Y tu especie...

«Huyó por esa lámina interior. El coste energético fue enorme. Aguardó. Cuando se abrió la Fisura, entró».

—No entiendo.

«Sabían que debían sorprender a los mecánicos. Todo eso era necesario para arrebatarse a Abraham».

Nigel echó una ojeada al musculoso pero curtido anciano que estaba comiendo una fruta.

—Tiene un aspecto bastante saludable.

«Vivió. Las miriapodia se sacrificaron. Era el único modo de activar los Códigos».

—¿Por qué? —preguntó Nigel.

«Eso no tiene respuesta».

—¿Está fuera de mi espacio conceptual?

«En efecto».

Siempre se preguntaría si en aquel momento la alienígena usaba adrede una expresión humana. Tal vez eso era lo que en su sistema de coordinación suscitaba aquello que él, como buen chimpancé, denominaría tristeza. O pesadumbre. O, dada la naturaleza de lo ininteligible, una broma.

9 - Acecho

—¿Por qué no vuela? —preguntó Killeen en uno de sus breves descansos. Toby también se lo había preguntado. El Mantis podía pasar de una Vía a la otra. Los hombres no tenían equipo de vuelo. No podían generar el impulso necesario para vencer la atracción gravitatoria y caminar al mismo tiempo.

—Tal vez ya no pueda hacerlo.

Cermo bebió agua y la escupió, un viejo ritual para quitarse el gusto a polvo de la boca. Luego echó un vistazo a la lejana techumbre esmeralda, a las plegadas terrazas que se erguían en lo alto.

—Tal vez lo primero que arrojó fueron los propulsores. Pero no nos cruzamos con ellos.

«Tal vez no desee volar —murmuró Quath—. Ir a pie y ser perseguido es una experiencia diferente».

Los hombres se miraron y se encogieron de hombros. Toby no sabía qué quería decir Quath, pero ella se alejó para inspeccionar la zona. No tuvo la oportunidad de pensar más, porque Cermo estaba escrutando nuevamente el brumoso esti. Frunció el ceño y señaló.

—Una cascada de materia —murmuró.

Masas verdes y pardas arrancadas del paisaje brotaban en un chorro silencioso. Los terrones caían y chocaban entre sí.

—Viene deprisa —dijo Killeen con voz tensa.

No había nada que hacer.

A veces el esti se partía. A lo largo de su superficie de gravedad, desaparecía abruptamente cuando se contraían tensas líneas de espacio-tiempo, como bandas elásticas liberando energía. La materia se encontraba repentinamente liberada.

—Esta vez no formará un arco —dijo Cermo.

A veces la trayectoria de una cascada de materia formaba un arco y la masa caía en las cercanías. Si los desechos liberados llegaban a suficiente altura, sin embargo, también podían esparcirse por el vasto espacio que había entre las murallas de las Vías. Esta vez el chorro tenía fuerza de sobra. Parecía acelerar y aún no se oía nada.

—Se aproxima.

Toby tensó las piernas, disponiéndose a correr. ¿Pero hacia dónde?

El gelatinoso chorro de masa saltó hacia ellos, hinchándose. Toby vio claramente árboles y rocas. El extremo estaba un poco desplazado hacia la izquierda; la masa no tardó en desplomarse sobre ellos.

Cerca, pero no les dio de lleno. Se estrelló contra la pendiente del esti. La onda de choque los sacudió, seguida por un trueno. Se doblaron bajo una lluvia de guijarros y sedimentos. Una piedra golpeó a Toby en el hombro, causándole dolor pero sin llegar a herirlo.

Duró pocos minutos. Se sacudieron el polvo y examinaron los daños. Algunas

colinas habían cambiado de aspecto y todavía rodaban pedruscos que se estrellaban contra un cauce.

—De momento aquel terreno será inestable —dijo Cermo.

—Me pregunto si el Mantis irá hacia allí a propósito —dijo Killeen.

Cermo frunció el ceño.

—Me temo que sí.

Eso fue lo que sucedió. Al cabo de una hora, pudieron confirmarlo por los rastros.

Pronto tuvieron problemas. El rastro del Mantis conducía al inestable terreno nuevo. Trajinaron gravedad arriba, hacia cuevas majestuosas e imponentes.

Allí las rocas consistían en gruesos pliegues de esti desnudo. La cascada de materia había liberado nuevas energías. De ella se desprendían acontecimientos, delgados instantes del pasado que se astillaban y evaporaban. Ir cuesta arriba era como trepar por una ola jadeante siempre a punto de romper en rugiente espuma. Se formaban cuencos en la piedra de tiempo oblicua. En ellos había lagos que no eran de agua sino de una gravilla triturada y fluida. Era fácil confundirlos con lagos de agua porque los gránulos de esti destrozado eran de color turquesa, como azules por el frío. Toby hundió la mano en ellos y se la escaldó. Bailoteó, agitando la mano y sintiéndose estúpido y furioso consigo mismo.

No estaba prestando atención, así que cuando el suelo tembló y se abrió le cogió por sorpresa. Cayó en una hendidura de bordes afilados como hojalata desgarrada. Trepó y salió rápidamente.

Ni Cermo ni Killeen notaron nada porque acababan de oír al Mantis. Quath se le aproximaba.

Toby corrió para alcanzarlos. De pronto el Mantis desapareció de su sistema sensorial. Ni siquiera dejó el vacío de Mantis.

—¡Ponedlo en visual! —dijo su padre, y Toby supo que los demás también habían perdido los rastros sensoriales.

Toby se lanzó cuesta arriba. Tuvo que usar toda su potencia para lograrlo, y no podía ver a los demás. Un grueso revestimiento cubría el suelo. Crujía cuando la piedra de tiempo se aflojaba. Toby oyó un estrépito y explosiones abajo. Si una pieza de esti se deslizaba hacia la inestabilidad, lo arrastraba todo. Los temblores se intensificaron y él cayó.

«¡Cermo!», transmitió. No hubo respuesta.

«.^», le envió a Quath. Tampoco hubo respuesta.

Aun así, podía oler al Mantis. No era un dato sensorial sino un sabor frío y metálico en el aire seco.

Comprendió esa maniobra desesperada. El Mantis los había conducido a un territorio inestable para sacárselos de encima. Quiso aferrarse al suelo tembloroso pero el olor era fuerte. La espesura crujía en lo alto mientras él avanzaba cuesta arriba y llegaba a una divisoria. Supo que el Mantis estaba delante, pero no supo cómo lo sabía.

Un fogonazo blanco pasó junto a él, y otro lo tumbó. El dolor le recorrió la espalda. Echó a rodar. Sólo entonces registró los zumbones estallidos que habían llegado poco antes del impacto y reconoció el rifle electromagnético de Killeen. Las detonaciones de Cermo llegaron poco después.

Sus sistemas temblaban. Sus piernas se habían arqueado de dolor y no podía aferrarse a la piedra de tiempo que se rajaba debajo de él. Se desprendían astillas afiladas que le cortaban la cara. Su mundo se empañó de dolor. Las detonaciones de Cermo y su padre llegaban como estallidos algodonosos en el aire hueco. Los dos hombres disparaban sin cesar. Toby no podía ser el blanco, pero el olor metálico era más fuerte.

Quath envió sus característicos ecos por su sistema sensorial. Estaba usando un arma que desbarataba los enlaces y podía disolver una mente mec si daba en el blanco. Ahora gritaban en sus comunicadores pero parecían lejanos. No habían obtenido una imagen visual del Mantis, y sus gritos se debilitaban a medida que se alejaban.

Se levantó penosamente. No tenía ningún hueso roto. Sacó un trapo para taponarse la herida de la cabeza y la mejilla y detener la hemorragia. Más disparos huecos. Entonces lo vio. El vacío onduló en su sistema sensorial.

Recibió una descarga que le dolió pero no tocó sus placas internas. Otra cosa lo hizo antes de que pudiera reaccionar.

... las figuras que corrían se encontraban en una planicie seca. Los hombres iban protegidos con un casco y reían a carcajadas, saludándose con palmadas. Hacía años que las dos Familias no se veían y ahora corrían la una hacia la otra, los Rook y los Bishop. Sólo importaban el gusto y el tacto, la presión de la carne tibia, sudorosa y salada. Abrazos y palmadas. Sollozos cuando se reencontraban viejos amigos, rostros gastados. Un río de cháchara, gritos roncós, carcajadas...

Llegó tan de pronto que fue como un aguijonazo; una picazón en la nariz, un furioso estornudo. Tan de repente que Toby reaccionó sin pensar. Vio la matriz de varillas que se desplazaban por la ruidosa espesura. A menos de cien metros.

Lento, como si anduviera bajo el agua. Le disparó y erró el blanco. Los campos del Mantis lo desviaban todo excepto un haz directo. El disparo debía tener la inclinación adecuada para penetrar en sus capas de mentes defensivas.

Corrió por una garganta crujiente. Las energías del esti jugaban en arcos azulados cuando las frotaba con sus botas. Sabía que no veía bien a causa del dolor.

Más detonaciones, un estruendo, y todo se alejó en el aire espeso y pegajoso.

Cermo gritó. Su alarido hendió el canal de comunicaciones.

El hedor del Mantis se intensificó.

Toby salió de la garganta. Allí la piedra de tiempo se elevaba formando esporas. Se fracturaba, se rajaba. Grandes grietas zigzagueaban hacia los hediondos arbustos.

Toby corrió hacia las detonaciones. Cuesta arriba. Tropezó, se levantó, siguió.

... un estruendo interrumpió la celebración y la charla se convirtió en gritos.

Alaridos. Cuerpos cayendo, otros tratando de aferrarlos. Rostros consumidos, sorprendidos. Las notas penetrantes eran disparos electromagnéticos y el Mantis era una mancha en una loma lejana, apuntando contra los humanos reunidos, concentrándose en una silueta cada vez. Derribó a varios más y extrajo la esencia de aquellos primates cuya luz fluctuaba y se extinguía. Dolor, recuerdos, alegrías, derrotas, sueños. Lo registraba todo, lo guardaba todo...

Toby se tambaleó con la intensidad del estallido. ¿Dónde estaba?

Árboles raquíuticos colgaban sobre los altos arbustos. Oyó una señal de Cermo y de su padre. En la pantalla topográfica Cermo aparecía en la ladera y destacado. Killeen se alejaba de Cermo cuesta arriba.

Toby escaló un barranco. Tomó por un atajo entre los matorrales y de pronto se encontró con su padre.

Killeen estaba pálido.

—Cermo está malherido.

—¿Lo estás rastreando?

—Le he dado y está dejando una estela de olor.

Ahora el hedor era metálico y aceitoso. Toby sabía que los datos que compilaban sus sistemas no eran olores en realidad, sino aromas combinados con recuerdos que el Mantis había proyectado en él para provocar una resonancia.

Había muchas otras señales. Componentes desperdigados habían teñido los arbustos de naranja y carmesí. Desechos del Mantis. Una tapa incinerada se apoyaba contra un árbol.

—Cuidado —dijo Killeen.

Avanzaron cautelosamente, pero el componente estaba muerto.

—Papá, ahí atrás me envió recuerdos.

—Trataba de confundirte.

—No lo creo.

—Pareces aturdido.

—Estoy bien.

—¿Recibiste alguna descarga?

Toby asintió y respiró.

—Tal vez debas quedarte con Cermo.

—Puedo aguantar.

—No me refería a eso. Cermo no está bien.

—Iré a buscarlo dentro de un rato.

Toby vio a Quath en pantalla, a cierta distancia. Estaba cortándole la retirada al Mantis.

—Está cerca. ¿Hueles eso?

—Hemos pillado a ese bastardo.

—No trataba de dominarme. No era...

—Olvídalo. Recibió un impacto en el cuerpo —susurró Killeen.

Así era. El olor denso de algo semejante al sufrimiento impregnaba el aire mientras se dirigían hacia un bosquecillo de árboles rugosos y espesos matorrales. Trotaron tan silenciosamente como pudieron, aunque ahora lo más importante era la velocidad.

El Mantis estaba apoyado contra unos árboles. Sobresalían ramas de sus espacios abiertos. Acercándose despacio, Toby pensó que era como si los árboles hubieran nacido del cuerpo del Mantis y ahora fuera una obra orgánica y mec.

Vio el enorme lomo negro y gris, las estructuras unidas con complejo vértices. Siguió a su padre a lo largo de flancos que suspiraban y se asentaban como si el Mantis exhalara algo. Y así era: zumbaban borbotones de datos.

Era enorme como una casa y Toby veía ahora el modo en que las energías lo mantenían unido y ya no lo harían. Rezumaba datos como si se desangrase. Killeen alzó su rifle electromagnético y disparó. El Mantis tenía antenas y discos dentro y una de ellas se concentró en ellos por puro reflejo. No era necesario causarle daños mecánicos usando explosivos o rayos. La intrincada telaraña de información que constituía el Mantis se estaba friendo. Los programas de los Códigos de Activación funcionaban con crujiente intensidad, devorando como llamas el gris sistema sensorial del Mantis. Tres antenas parabólicas giraron para mirarlos. Su padre disparó de nuevo y la criatura tembló como una casa a punto de derrumbarse.

Toby retrocedió.

—Ya está hecho —dijo.

—No.

El Mantis cayó.

Algunas piezas se soltaron y las intrincadas capas cristalinas se partieron. Unos arcos muy hermosos se desprendieron de sus soportes, vomitaron las complejidades que albergaban. El suelo rugía, pero los dos hombres no se alejaron de la masa demolida.

—Está acabado —dijo Toby.

—No.

A regañadientes, Toby reconoció que su padre tenía razón. Quath se acercó por detrás, en silencio. Todos oían los berridos de las submentes a medida que los placeres-dolores las invadían. Los Códigos de Activación en funcionamiento.

El Mantis había tratado de detener la propagación de la enfermedad, y proyectaba intensamente la desesperación y los sufrimientos liberados por constelaciones de submentes que al fin habían cedido.

La criatura agonizaba en un estallido final de júbilo. Emitía chisporroteos danzarines, derramando filigranas de datos que nada significaban para los humanos.

Toby retrocedió y se tambaleó, transido de dolor.

—Pronto estará muerto, papá.

—No. Dispárale tú también, una vez.

—Déjalo morir.

Cermo se acercó cojeando por detrás, con una oreja arrancada y la cara ensangrentada. El brazo izquierdo le colgaba, flácido, mostrando la blancura del hueso, pero su rostro estaba todavía más blanco. Toby recordó que hacía mucho tiempo su padre había perdido el uso de los brazos por culpa de un mec, y que Cermo no le había prestado atención, por respeto, hasta que Killeen realmente necesitó ayuda.

El sistema sensorial de Cermo vibraba con alarmas médicas. Cermo no les prestó atención, ni miró a Toby, Killeen ni Quath. Se acercó, cogió el arma de Toby con la mano embadurnada de sangre. Se tambaleaba bajo el peso del arma, pero nadie dijo nada.

No se oía ningún sonido, salvo el zumbido del Mantis. De él llegaban borbotones de información y Toby recibió una voz clara.

He aquí todo lo que puedo dar.

—Mátalo —dijo Killeen.

Cermo parpadeó, aturdido. Alzó el brazo derecho con el disparador de dardos de Toby. Parecía aturdido por la repentina intensidad de la voz.

Soy más que la suma de todos los recuerdos.

—Pronto serás menos —murmuró Killeen.

Tengo un regalo para ti, Toby.

Toby se quedó petrificado. Jadeó, confundido.

Lo necesitarás.

Cermo alzó el arma y dirigió la punta roma contra el centro de aquellas capas hirvientes. Allí estaba la mente principal. Se dispuso a disparar. El momento se prolongó.

Guardé muchos Bishop. Tengo la mayor colección que existe de vosotros. Y sois la más espléndida de las formas interiores.

Cermo reaccionó y disparó tres veces.

A esa distancia, cada disparo alcanzó una submente y arrancó chispas amarillas del sistema sensorial del Mantis. Cada vez Cermo soltaba un juramento y cada vez el

Mantis se estremecía con el impacto.

El tercero hizo que las antenas parabólicas girasen a creciente velocidad y al fin se detuvieron. Toby supo que recordaría aquel detalle tonto.

Las varillas y los servos del Mantis se detuvieron y la criatura perdió toda dignidad. La cosa enorme y sufriente se redujo a una pila de chatarra. Quedó hecha trizas.

Cermo se desplomó. Cayó con los brazos flojos y las rodillas dobladas. Toby vio que el Mantis había realizado un último acto y el aura de ese estallido también lo afectó. Sintió un cosquilleo por todo el cuerpo. Su sistema sensorial se desbocó, chorreando venillas ambarinas. Se tambaleó, pero la descarga no le causó daños.

Cuando llegó a donde estaba Cermo, este había cerrado los gruesos párpados.

Killeen maldijo.

«Muerte definitiva —señaló Quath—. El Mantis dismanteló su identidad en sus últimos momentos».

—¿Por qué? —preguntó Killeen con voz tensa.

«No lo sé».

—Venganza —dijo Killeen.

«Había terminado con vosotros».

—¿Él con nosotros? Fue al revés —masculló Killeen.

«Representó su propio final permitiendo que expresarais una de vuestras conductas más arraigadas. Una que él no había experimentado».

—¿Qué conducta? —graznó Toby.

«Hace mucho vuestra especie cazaba al aire libre. Los grandes mamíferos dominaron en grupo el lenguaje y los ritos de persecución que dieron origen a vuestra inteligencia... una mente muy particular».

—¿Quería vernos hacer eso?

Killeen calló, arrodillándose, acariciando el hombro de Cermo.

«Sospecho que deseaba formar parte de ello. Era el único papel que podía representar».

Toby pensó en los recuerdos almacenados que el Mantis había difundido por el aire: un tesoro que se evaporaba. Pero una persona no era su memoria. La memoria no impulsaba ni actuaba. Sólo esperaba.

10 - Sendas de gloria

La piedra de tiempo tembló y se rajó y pasaron un buen rato aferrándose a los lugares estables que pudieron encontrar. Hicieron lo que pudieron por Cermo, pero no era mucho.

Killeen abrió la columna vertebral de Cermo y soltó un juramento.

—Están quemados.

—¿Cómo? —preguntó Toby.

—El Mantis debe de haber penetrado en todas sus placas internas.

—Creí que nuestros chips estaban protegidos.

—También yo. Pero nuestra tecnología es vieja y los mecs nunca dejan de aprender.

Killeen dijo esto con desgana y con el respeto que un combatiente sentía por otro. Las pastillas espinales de Cermo contenían los más antiguos Aspectos y Rostros de la historia de los Bishop. Su muerte definitiva reducía el presente, restando cosas a la vida. La incineración de los chips prolongaba esa pérdida hasta un pasado borroso que se remontaba a los orígenes de la Familia.

Les costó encontrar un terreno sólido donde sepultar a Cermo. Lo despojaron de su equipo y se repartieron el material para llevárselo. La mayoría de las piezas estaban inservibles pero si las dejaban allí atraerían a los mecs carroñeros.

Oscureció y durmieron. A Toby no le sirvió de mucho, y cuando despertó unos cuantos peones carroñeros habían encontrado al Mantis. Oyó que cortaban y hacían ruido y subió la cuesta donde trabajaban en los restos. Recordó que la antena parabólica, perdida su imponentia, había girado como un ojo frenético. Ahora también habían desaparecido los flancos, arrancados por los carroñeros.

Los mecs tenían su propia ecología, y reciclaban los componentes intactos. Ya no había Mantis, sólo mecanismos intrincados arrancados de sus monturas y ensamblajes que él no comprendía, incinerados por pulsaciones caprichosas. Los obreros buscaban las retículas cristalinas donde residía la inteligencia del Mantis. Había peones de todas clases, sobre todo exploradores y basureros, que trabajaban implacablemente en equipo. Cuando terminaran, no dejarían nada.

Disparó contra tres de ellos y logró dispersarlos. Descargó su furia y se sintió estúpido cuando Quath y Killeen llegaron a la carrera, proyectando sus sistemas sensoriales en una pantalla defensiva. Toby se encogió de hombros. Su padre asintió. Killeen miró al Mantis con rostro inexpresivo y le arrancó unos cuantos puntales.

Cuando Toby pasó frente a las células internas del Mantis, vio un cartucho de almacenamiento magnético que colgaba desconectado del marco. Lo cogió. Le dijo a Quath que quería la reserva de energía pero lo llevó consigo en la larga marcha sin aprovecharla.

«Tienes algo más que eso», dijo Quath mientras caminaban cuesta abajo.

—¿Los recuerdos que me envió?

«Yo no recibí ninguno».

—¿Cómo sabes que yo sí?

«Por tus actos. Él te escogió».

Por un instante, deseó no haber visto nunca al Mantis.

—No los quiero.

«Ahora están en ti».

Toby siguió andando en silencio. Su padre llevaba algunos de los puntales sujetos a la espalda, como si no pesaran. Killeen sonreía con fatiga.

—Muchos Bishop querrán una pieza. Mató a muchos de nosotros.

—¿Cuántos?

—Ha segado generaciones enteras. Nadie puede llevar la cuenta. Ninguno de nosotros ha vivido tanto como él.

—Nosotros también tratábamos de matarlo.

—En efecto. Debíamos hacerlo.

—Asesinato por ambas partes.

—Ahora sí.

Su padre lo miró severamente y desvió los ojos.

Toby siguió andando con Killeen, detrás de Quath. Avanzaron por la piedra de tiempo que se había asentado. Un fulgor dorado brotaba de ella bañando el rostro de su padre con sombras desde la barbilla. El silencio se prolongó hasta que Killeen dijo:

—Hacía obras de arte con nosotros. Nos cazaba. Nos succionaba como muertos definitivos.

—Cermo cometió un error.

—Supongo que sí.

—Acercarse tanto al final.

—Como quieras.

Caminaron un rato, agotados. Sólo se oía el ruido de sus servos.

—Sentía interés por los Bishop, ¿sabes?

—Ya lo creo. Por eso nos cazaba.

—No me refería a eso.

—Lo sé, hijo.

Los Bishop también habían perdido algo cuando el Mantis se fue de su mundo, pero Toby no podía decirle a su padre lo que era. Sería un hombre hecho y derecho cuando llegara a comprenderlo o a saber que, del Mantis, no sólo se había llevado el cartucho electromagnético —que conservó durante años y nunca descargó— sino también una discordante soledad que lo acompañaría aun cuando estuviera rodeado por otros Bishop.

Después de una dura marcha encontraron un campamento Bishop. La noticia se difundió rápidamente y más gente de la Familia llegó por los parajes de piedra de tiempo. Vieron los puntales curvos que Killeen se había cargado a la espalda e insistieron en formar un arco con ellos, para exhibirlos. Su aspecto era magnífico

contra el fulgor rubí de la piedra de tiempo.

La gente se reunió en torno a los puntales y los tocó con cuidado. Killeen brindó una vez y luego otra y se le soltó la lengua. Toby vio cómo la eufórica charla de la muchedumbre los transformaba a él, a Quath y a su padre en héroes.

Habían liberado a los Bishop de una carga y de una leyenda, y sabía cómo se sentiría si otra persona lo hubiera hecho. Pero era diferente haberlo hecho uno mismo, y la charla no podía cambiarlo ni explicarlo. Mucho menos explicarlo.

—Ojalá Cermo estuviera aquí —le dijo Killeen al cabo de un rato.

—Lo está —dijo Toby.

En ese momento sintió lo que el Mantis le había enviado en sus últimos momentos. Cermo. Truncado, aplanado, convertido en esponjosos intersticios, astillas y riachos que invadían su sistema sensorial y daban sabor a la luz líquida. Cermo, para siempre.

Le envió un susurro a Quath.

«¿Por qué?».

«Hace poco no habrías preguntado eso. Me habrías llamado bicharraco y habrías hecho un chiste».

«Así es, y me habría sentido más feliz».

«El conocimiento de las cosas que no podemos expresar hace que tu especie y la mía tengan una cierta semejanza, pequeño pensador».

«Es raro que los primates puedan entenderse con los gusanos mecánicos».

«Las miriapodia somos selectivas con lo que comemos. Vosotros en cambio sois oportunistas dietéticos (una expresión primate, te lo recuerdo), tal como esos gusanos con los cuales me comparas».

«Eres un insecto muy ingenioso, Reptadora Audaz y Soñadora, pero pareces un gusano gigante, aunque con carne de metal».

«Me deleita la sintaxis primate. ¿Con carne de metal?».

«Jugamos con las palabras. —Sintió un arrebato de afecto por ese caparazón con patas—. Para no decir lo que realmente queremos decir, ¿entiendes?».

«Sois exquisitos danzarines de las palabras».

«Hay muchas cosas que no pueden expresarse con palabras».

«A veces, es lo mejor. Como ahora».

Toby suspiró, pero no de fatiga.

«Aún quisiera saber por qué el Mantis hizo eso con Cermo».

«No pertenecía a nuestro reino de inteligencia. No podemos saber por qué».

«Algo así...».

«Puedes verlo como un don o como una maldición».

«O como ninguna de ambas cosas».

«Tenéis dos manos, dos piernas. Vuestra mente se inclina a la dicotomía».

«No siempre».

Y Toby le repitió a su padre, con voz trémula:

—Él está aquí.

—Supongo que sí —dijo Killeen. Miró extrañado a su hijo y bebió un sorbo.

Permanecieron sentados en taburetes de campaña, cerca del arco de puntales y Toby también bebió un trago, contra su voluntad pero sabiendo que el momento lo exigía.

Él y Killeen bebieron en copas traídas por un matrimonio que hacía tiempo había perdido a dos hijos por culpa del Mantis. Querían hablar con los valientes y tal vez con la heroica Quath, pero Quath no estaba por allí. Toby bebió despacio para aferrar unos momentos que ya se le escapaban, alejándose por el embudo del tiempo y la memoria. Esperaba no recordar aquella última parte y pensaba en la antena parabólica y en cómo giraba estúpidamente a toda velocidad. Para su sorpresa, ahora la veía con ojos nuevos y profundos.



OCTAVA PARTE

LA SINTONÍA IN SILICO

Los memes se pueden propagar entre ordenadores tan fácilmente como entre los cerebros orgánicos de los Naturales. El virus informático fue la primera forma y la más primitiva. Luego siguieron manifestaciones superiores.

Los memes evolucionaron mucho más rápidamente que los genes. Los cerebros son más fáciles de infectar que el ADN.

Las constelaciones organizadas de información en los ordenadores se denominaron kenés, de ken, un verbo inglés que significaba «saber». Los ordenadores son más rápidos que los cerebros. No necesariamente mejores ni más sabios, pero más rápidos. Y la velocidad era el meollo de la cuestión. Los kenés evolucionaron más velozmente que los memes. Pronto aprendieron a abandonar el sustrato de silicio. Los datos ordenados se propagaron copiándose más allá de su origen *in silico*. En vez de materia, buscaban campos: el eléctrico, el magnético, el gravitatorio. Surgieron desafíos colosales, y salieron airoso de ellos. Nuevos estilos de pensamiento hallaron expresión, florecieron, murieron. Libres del aplastante abrazo de la materia, filigranas de pensamiento ejecutaron intrincadas danzas, siendo las ideas simplemente el mero sustrato de abstracciones de orden aún más elevado. Hasta el cielo puede perder su atractivo. Con el tiempo, algunos kenés se interesaron por el crudo roce de los mundos que habían dejado atrás. Decidieron actuar también allí.

Esta intervención en la tormenta de masa y movimiento precipitó la unión de inteligencias magnéticas, formas mecánicas y Naturales cuyo producto son los actuales Supremos.

1 - Bromas involuntarias

Y adueñóse de él *Melancolía* [4]. Nigel Walmsley trató de recordar a gente que había conocido en tiempos de los Candeleros: terrícolas de consumada destreza y modales encantadores. Estaban en otra parte del esti, o muertos. Probablemente muertos. Se habían enzarzado en luchas con los mecánicos de niveles superiores, y eso había resultado fatal.

Aun así, le gustaba sumirse en sus recuerdos. Eran muchos, y se había sometido a tantas mejoras que tenían una nitidez y una resonancia que el viejo Walmsley, totalmente natural, no podía concebir.

Vivir en el recuerdo podía ser seductor.

Pero los Supremos insistían en interrumpirlo.

—Si pudieras conocer a una inteligencia mecánica, encerrada en un cuerpo como el tuyo, ¿qué harías? —preguntó el pájaro.

—Me imagino que le sonreiría de oreja a oreja —dijo Nigel.

—Ya veo. Antagonismo.

—Tiene que ver con la relación entre la memoria y nuestro control hormonal, sin duda.

—En parte. ¿No harías el amor con ello? ¿Él? ¿Ella?

—Cuestión de gustos, realmente.

Nigel se preguntó adonde quería llegar el ave. La tensión. Sí... Para subsistir en aquel lugar Nigel se había replegado sobre sí mismo, y sentía siempre el abismo que lo separaba del mundo. Pero tener dos manos no significaba que uno debiera tender siempre a la dicotomía. Volvió al mundo y se dio cuenta de cuánto lo había echado de menos.

... lúgubre y llana, la Vía sufría el flagelo de los últimos arrebatos destructivos de los mecs agonizantes. Por un desgarrado instante se unió a ello, buscando trájín y movimiento. Registró poco, sólo el esti simple, tejido y triunfante...

Un lugar extrañísimo. Los humanos no lo comprendían, desde luego. Pero a fin de cuentas, salvo durante un pequeño período de su tiempo como especie, tampoco habían comprendido su propio planeta.

Entonces apareció el Mantis. Solemne, pesado.

La retina del ojo del vertebrado parece estar «instalada» hacia atrás. Al fondo de la retina se encuentran las células fotosensibles, de modo que la luz debe atravesar los circuitos intermedios y se debilita. Con una larga serie de mutaciones las células fotorreceptoras podrían colocarse delante, y esto serviría de alguna ayuda. Pero las etapas intermedias pagarían el costo de la reestructuración, porque funcionarían peor que el diseño original. Esos pasos intermedios serían barridos por la presión evolutiva.

En cambio este trabajo improvisado funciona bastante bien, y la naturaleza se detiene ahí. Así que estos vertebrados soñadores son construcciones precarias, realizadas sin previsión por el tiempo aleatorio. Hay en ello una extraña belleza.

—Estás muerto, ¿verdad?

Soy parte de algo, pero no sé qué es.

—¿Será algo parecido a ser humano?

¿Ser tan pequeño?

—Supongo que es un modo de decirlo.

Yo... de algún modo sé... que soy todo lo que queda.

—Gracias a Dios no puedo decir lo mismo de mí.

Nosotros... tú/yo... una vez hablamos.

—Cuando yo era un recién llegado. —Nigel se sorprendió de su furia—. Tú mataste a mi amigo Carlos.

Lo coseché.

—Los Naturales disentimos un poco al respecto. Sabemos que una copia de nosotros no es nosotros.

Cuando yo era mecánico, sabía lo contrario. No habíamos desarrollado el sentido de la propia identidad como un reflejo, pues nuestra supervivencia no dependía de ello. Para vosotros, salvar el yo era esencial. En los mecánicos, la copia de nuestro yo evolucionó con éxito. Ahora, desde una perspectiva más amplia, veo que ambas visiones son parciales.

—Parte de un phylum más elevado, ¿eh? Para mí sigues siendo un asesino sanguinario.

Otra visión parcial.

—Supongo que permaneceré anclado a mi punto de vista primate. Tus Supremos casi nos exterminaron. Luego nos acuciaron en nuestros Candeleros y luego en las Ciudadelas. Y continuamente trataban de aproximarse y de dialogar con nosotros.

La aplicación cuidadosa del terror también es una forma de comunicación.

A pesar de su cólera, Nigel se echó a reír.

—Las bromas involuntarias son las mejores.

2 - Besen

Tengo a otra de tu especie. Ella te puede mostrar algo del mundo mecánico.

—¿Otra visión parcial? —ironizó Nigel, estudiando la imagen ondulante del Mantis.

Una gran virtud de nuestra forma mecánica y digital era la capacidad de recibir por completo la experiencia de otro.

—Mmm. A veces creo que ya he visto demasiado. Está bien, adelante.

Una compacta pared de percepción surgió de la nada. Le dio tiempo a recordar que se parecía muchísimo al impacto transformador que había sufrido mucho tiempo atrás, en una nave alienígena en la luna de la Tierra, un fognazo cegador...

Lo extraño era el silencio de los mecs. Estaban inmersos en las sucias alegrías Naturales, supuso Besen. Tan inmersos en ellas que no notaban las bocas que los devoraban.

Por alguna razón se apiñaban en algunas Vías. Claro que antes de eso habían estado por doquier, matando Naturales. Matando todo lo que podían encontrar, de hecho. Y cuando los Placeres Proselitistas —así oyó que los llamaban— los embargaron, reaccionaron de un modo muy extraño.

Algunos mecs se desgarraron frenéticamente. Sus restos eran espantosos, y los demás los devoraban. Había gran cantidad de piezas flotando por las Vías. Ella suponía que los de órdenes superiores se defenderían durante más tiempo, pero aquello desató una especie de fiebre. Besen sabía que la analogía no era apropiada porque los mecs no eran biológicos, pero no tenía otro modo de planteárselo.

La fiebre los incitaba a devorar a los demás, tal vez para obtener más energía o nuevo espacio informático o algo que los humanos no podían comprender. Fuera lo que fuese, acabaron con los miembros de los órdenes inferiores, como peones y demás.

Así que se pusieron a comer mecs vivos. Los más grandes rompían los sistemas motores de sus víctimas para inmovilizarlas y luego les arrancaban las entrañas. Devorar era el término más adecuado para describirlo, Besen no conocía otro mejor.

No todos se comportaban igual. En una Vía, los mecs más grandes llevaban mecs menores consigo. Cargaron con los pequeños mucho tiempo. Ella los estudió porque no parecían estar buscando. No hacían más que

desplazarse y desplazarse. Los pequeños tenían menos defensas y al cabo de un tiempo estaban muertos y arruinados. Los mecs grandes seguían sin soltarlos. Era perturbador, parecían madres llevando bebés muertos.

Besen observaba escondida y con el sistema sensorial apagado. Tenía hambre, pero allí el movimiento significaba la muerte. Había muchos ejemplos de ello.

Todos esos mecs. Ahora gritaban en frecuencias agudas. Rotos y gastados, no eran recogidos por los órdenes más altos, como les habían prometido. Todo el sentido de ser mec, le parecía a Besen, consistía en ser recolectado de algún modo al final. Añadido a otras mentes, tal vez superiores.

Para ellos era como una religión, pero funcionaba. Sabían que era un dato técnico indiscutible. Pero esta vez no sucedió. No tenía sentido ser sumado a algo que también se estaba muriendo.

Los gritos la enloquecían. No podía anularlos porque para hacerlo tenía que encender el sistema sensorial y entonces la encontrarían. Era estremecedor y no terminaba nunca. Nunca. Dolor eterno en vez de vida eterna, y locura por todas partes.

Nigel regresó con un jadeo.

Ahora la veía, aproximándose a los Bishop. Ella lo miró fugazmente. La mujer tenía la mirada clara y la piel tersa pero llevaba en su sistema sensorial una carga de angustia vivida que él no quería compartir.

Le llevaría tiempo, tal vez una vida, vaciar esas reservas de pesar compartido.

Pero un momento después de aparecer, ella rio de felicidad al ver a otros Bishop. Nigel contempló su alegría, no inocente pero extrañamente conmovedora, y sintió un aguijón de envidia.

3 - Mucho espacio

Reunir a todos los Bishop de varias Vías fue mucho más rápido de lo que Toby esperaba. Los Supremos no se anunciaron ni se comunicaron. Sólo los reunieron.

La gente parecía rezumar del paisaje boscoso donde se congregaba el pequeño grupo de los Bishop. Toby y Killeen habían sido depositados en una Vía de clima moderado y agradable, con plantas comestibles. Había comida y algunos Bishop —desplazados sin ceremonias por los Supremos— también traían provisiones. En poco tiempo se organizó una celebración.

Una Bishop necesitaba atención médica, y cuando le quitaron el traje descubrieron que no podían quitarle la ropa interior. La había llevado tanto tiempo que el vello la había atravesado. Toby veía rizos que brotaban del cutis grisáceo, de modo que al principio confundió la ropa interior con piel. Al final tuvieron que arrancarle la tela marrón como si la mondaran. También le arrancaron trozos de piel.

Toby vio a Quath a lo lejos, y enfocó en primer plano al hombre con quien hablaba: Walmsley. Entonces Besen salió de los árboles. Parecía mayor, y su rostro era más fuerte. Tenía un aplomo que a Toby le agradaba. Ella lo besó sin una palabra. Él no pudo decir nada.

—Maldita sea, ha pasado mucho tiempo —dijo ella.

—Y mucho espacio —respondió Toby.

Todos habían visto la agonía de los mecs, el éxtasis y la muerte, y abundaban las anécdotas. Siempre abundaban. Pronto fue como mil otras noches que Toby había pasado escuchando las historias de otros Bishop mayores, pero ahora él también tenía cosas que contar.

Al parecer se habían perdido pocos Bishop. Habían sabido sobrevivir en las Vías. Por algunos Toby nunca había sentido un gran afecto, pero todos se las habían apañado. Llegó a sentir que la Familia Bishop también era hermosa por lo que tenía de fea.

Algunos se habían adaptado demasiado bien a las posibilidades farmacológicas de las Vías. Era divertido observar a uno de sus amigos de la infancia, Abel, poniéndose la ropa interior. Sostenía los calzoncillos delante e intentaba ponérselos. Pero cada vez fallaba, así que parecía como si corriera detrás de los calzoncillos y estos huyeran de él.

Se sentó junto a una fogata, sintiendo el murmullo de Shibo y Cerme. Ambos estaban en él de maneras que la tecnología de los Bishop no podía explicar y eran más un aroma tenue que una presencia concreta. Toby escuchaba a los Bishop y pensaba cómo su lugar de nacimiento vibraba en sus vocales cuando Killeen se sentó junto a él. Hablaron un rato y se sintieron más relajados. La cacería del Mantis había terminado y Toby sabía que tardaría tiempo en comprenderla.

—¿Puedo hablar con ella? —preguntó Killeen.

Toby se envaró.

—Me la arranqué.

—Quedó algo.

—¿Lo sabes?

—En efecto.

—¿Cómo?

—No lo sé.

Había muchas cosas que Toby sabía sin saber cómo, así que cabeceó.

—¿Para qué?

Killeen sonrió, y su rostro era una gran telaraña de arrugas.

—Por cuestiones materiales.

Toby realizó la tarea interna de invocarla. Derramó las gotas desperdigadas de Shibo en diminutos arroyos y estos formaron riachuelos de palabras gorgoteantes y al fin llenaron una cuenca. Ella era una laguna en su mente tranquila. En aquella serena superficie azul, su rostro flotaba con nitidez de espejo. Dejó que hablara por su garganta.

Sé por qué has hecho esto.

—Siempre has sabido ir por delante.

Killeen sonrió. Parecía rejuvenecido.

Deseas que me manifieste de nuevo.

Killeen asintió.

—Has estado mucho tiempo de vacaciones.

Y tú eres un hijo de perra.

—Probablemente.

Tomarías este fragmento de mí, lo unirías al chip que lleva Toby.

—E iría en busca del Restaurador.

De sus ruinas, mejor dicho.

—Probablemente.

No te rindes. Nada de lo que yo diga...

—Sólo lo que hagas, no lo que digas. Y para hacer, debes estar aquí fuera. Ser de carne y hueso.

Eres un hijo de perra.

—Te estás repitiendo. Claro, sólo eres una presencia parcial. Te quiero entera.

Has de saber que aun esta presencia parcial te ama.

—Entonces regresa al mundo. A mí.

—Basta, papá —dijo Toby—. Ya no puedo hablar por ella.

Killeen asintió.

—Está bien, hijo. Las cosas que no vemos con los propios ojos no son nada. Como ese Mantis. Y Cermo.

—Las cosas suceden y uno sigue adelante —dijo Toby.

—Me temo que es así. Ojalá fuera de otra manera.

—No depende de nosotros.

—En efecto. Dilo de la mejor manera que sepas y luego deja que las cosas sucedan. Aquí los Bishop son ante todo testigos. No hay modo de evitarlo. En la vieja Tierra tal vez fuéramos reyes de la selva o algo parecido, pero no aquí. No en la galaxia.

Toby palmeó el hombro de su padre.

—¿Así que irás en busca del Restaurador?

—En cuanto haya descansado.

—Tal vez algunos de ellos tengan noticias de su paradero.

—¿Ellos? —Killeen miró de soslayo a los Bishop, que cocinaban y bebían sin dejar de conversar—. Un hombre no debe prestar atención al viento que sopla ni a los embusteros conocidos. Lo encontraré por mi cuenta.

Toby sintió que algo enorme y sin nombre se movía en su interior.

—Iré contigo —murmuró, con un nudo en la garganta.

Killeen sonrió. Permanecieron un rato en silencio y luego fueron a reunirse con los demás.

4 - El paisaje eterno del pasado

«**T**us sospechas son correctas —dijo Quath—. Los mecs pierden creatividad porque poseen un exceso de control».

Nigel asintió. Los Bishop eran bulliciosos y él se alejó. Era un lugar verde y agradable que se adaptaba perfectamente al instintivo deseo humano de estar en el límite de diversos espacios. Él siempre había preferido la costa marítima, pero los Bishop no conocían semejante cosa. Se contentaban con el linde de la arboleda, la frontera de la sabana. Podían afrontar una amenaza procedente de una dirección con una retirada táctica hacia la otra. O eso creían sus genes.

—Me lo temía —le dijo a Quath—. Aun así, nunca he podido comprender a esos tíos.

«Imagina su mundo interior. Tener acceso a todas las partes de tu mente significa literalmente que puedes observarte mientras piensas».

—No es precisamente tentador.

Lo había hecho hacía poco y los ecos aún resonaban en él. Tendría pesadillas al menos durante un mes.

«Eso implica ejercer un poder policial sobre tus propios pensamientos. ¿Comprendes lo que eso implica?».

—No del todo. —Aquella criatura enorme era más lista de lo que parecía.

«La teoría del caos nos enseña que en todo sistema bien definido se dan conductas imprevisibles si se permite que el sistema funcione el tiempo suficiente, no importa lo perfectas que sean las condiciones iniciales impuestas. Para evitar los resultados caóticos, es necesario el control».

—Mmm. ¿Dominar mi mente? Si apenas puedo contener la lengua.

Nigel nunca había simpatizado con los argumentos a favor del autocontrol, pero recordó el brillante comentario que una vez le había hecho Nikka: *¿Cómo es que tu pequeña isla generó tantos excéntricos?* Tampoco era un amante del trabajo en equipo, no.

«Los mecs podían hacerlo, los hombres no. Así que entre los humanos hubo más lunáticos, y también más genios. En general, se apartaban de la media. Esa caprichosa creatividad supuso para los humanos, y para otras formas de vida similares, tanto ventajas como desventajas».

—Ser un primate parece una desventaja considerable.

Nigel miró a los Bishop reunidos en torno a la crepitante fogata. Entornando los ojos, se imaginó de pie sobre un peñasco, en un desfiladero seco, tórrido y polvoriento. Más abajo, los primates partían huesos y sorbían su médula, aprovechando el último producto de la cacería, en cuclillas, rascándose y hablando, hablando, sus voces resonando en el silencio eterno de la naturaleza.

«La desventaja para vosotros, y para las miriapodia, es que hay gente que se descarría».

—Ah. Los mesías. Los chamanes de ojos febriles. Bastardos.

«Ellos pueden causar daños terribles. Lo hicieron en nuestro caso a lo largo de la historia. Para vosotros, fueron todavía más perjudiciales. Destruyeron Familias enteras con su locura. Sin embargo, los genios podían liberar a la humanidad del abismo donde había estado hundida tanto tiempo, y lanzarla hacia nuevas alturas».

—Me pregunto si los Bishop saben por qué la Agachada fue esencial.

Nigel los estudió con calidez, pero a distancia, una distancia que jamás podría franquear. Aunque de su especie, eran unos extraños.

«Teníais que crear sociedades humanas que resistieran los memes que habían introducido los mecs. Los usaron muy bien contra vosotros. Y contra nosotras».

—Conque nosotros, los especímenes superiores...

«No sientas desprecio por ti mismo. Recuerda a los terrícolas».

Nigel hizo una mueca.

—Y cosas peores.

«¿Peores?».

—Una especie de... en fin, super-Nigel, lo llamé. Mejor que yo, según los terrícolas. —Nigel movió los brazos con grandilocuencia wagneriana—. ¡Estaba a horcajadas sobre los mundos!

«No te gustaba».

—¿Gustarme? Le tenía miedo. Él era yo, pero no lo era. Era como otras copias que hicieron de mí, pero más rápido y más listo y más distante. Me ponía la carne de gallina.

«¿Hizo ese trabajo con los terrícolas?».

—Él y otros Walmsley. Había escasez de mano de obra, al parecer.

«Estos trabajaron en los Candeleros, la Agachada».

—Grandes obras, al principio. Los terrícolas son mejores que nosotros.

«Pero los mecánicos, aprovechando las energías de los magnéticos».

—Nos liquidaron. Fue entonces cuando ordenamos que partieran legiones enteras de los Candeleros, Familias con apellidos derivados del béisbol, del fútbol, del ajedrez y la baraja y Dios sabe qué más.

«Tu método fue Natural. Algunos sobrevivirían, medrarían, resistirían contra los mecs... sus máquinas, sus memes, todo».

Nigel asintió. La decisión era antigua, pero todavía le dolía. Había infligido enormes sufrimientos a un sinnúmero de millones de personas. Y al fin la Agachada había dado resultado: los Bishop. Duros, recios, implacables. Y Killeen, capaz de deshacerse de las supersticiones adictivas que padecían todos los humanos que vivían en grupo, de la mentalidad gregaria que al fin conducía a las conductas previsibles y a la extinción.

Habían resistido contra un sinnúmero de placeres menores, ideas caprichosas, blanduras sublimes. Habían eludido las insensatas abstracciones de los espacios virtuales, los entretenimientos pasivos y el hedonismo. Era muy fácil morir por

distracción. Los mecs habían jugado con ello. Había oído hablar de los tratos de los Bishop con un lunático llamado Supremacía durante el viaje, y encajaba perfectamente: aquel demente, bajo el control de los mecs, aprovechaba los puntos débiles de los primates. Pero los Bishop resistieron y triunfaron.

Y los Bishop llevaban la Tríada. No podía ser una coincidencia.

«No lo es. Los antiguos eran sabios en un sentido genético que aún no logramos comprender».

Nigel se sobresaltó.

—¿Puedes leerme el pensamiento?

«Tú y yo somos compuestos. A pesar del abismo que separa nuestras especies, hay algunas... filtraciones».

Nigel sonrió. *Filtraciones*. En cierto sentido, ahora estaba más cerca de ese enorme insecto metálico que de los primates que contaban alegremente sus historias.

—¿Sabes que este triunfo no es definitivo?

«Algunos lo adivinarán. Algunos mecánicos resultarán ser inmunes a la plaga del placer. Eso también es consecuencia de la selección natural. Así que regresarán».

—Los vi, en el futuro. Así que supongo que yo lo he sabido siempre. Siempre habrá una lucha, nunca llegaremos al equilibrio final.

«Si la Sintonía es la unión de todas las formas, los mecánicos deben tener su lugar en ella».

—Miles de Familias llevaban la Tríada. Los Bishop eran tozudos, tenían fuerza de voluntad... por eso sobrevivieron. Admiro a esos bastardos. Aun así...

A pocos pasos, las hogueras crepitaban y la gente hablaba con alegría. Pero eran unos pasos que él nunca daría.

5 - La termodinámica de la inteligencia

Nigel los consideraba el Phylum Insondable. Le hablaban mientras él estaba allí sentado, rodeado por Quath y los Bishop cháchara de chimpancés, aroma de árboles y apacibles campos verdes. Todo desapareció. Sólo la voz. Un redoble articulado, jalonado de acordes. Pero sin palabras.

La información es orden. Según la Segunda Ley de la Termodinámica, el orden es una forma de inversión energética. Cuando un condensador almacena energía eléctrica dentro de un dieléctrico, los átomos bipolares que contiene se alinean, acumulando armonía. Si descargamos las dos placas del condensador, los bipolos se relajan, sus regularidades se disuelven, chisporroteando.

La información es orden, alimento.

Mientras los memes nadan en el cálido baño de las culturas —tanto Naturales como mecanicoelectrónicas— otros pueden comportarse como predadores. Estos usan los equivalentes energéticos de la información.

Pueden engullir bancos de datos o mentalidades enteras, no para cosechar sus memes, sino para asimilar sus reservas energéticas. Cuando un león devora un cordero, no está usando la información genética del cordero, salvo en el sentido más burdo. Los depredadores no propagan memes, se alimentan de ellos.

Así surgió el datóvoro en los sistemas mentales. Como un virus, existe para propagarse. Pero la evolución nos enseña que una actividad tan selectiva, ordenada y exigente, inevitablemente selecciona a los depredadores que mejor la realizan. El tiempo favorece a los que poseen una nueva clase de inteligencia, inaudita en el mundo mental hasta que surgieron las reservas de energía y orden —los datos, los memes— para soportar al datóvoro.

La inteligencia destilada de los datóvoros es una categoría que las fuentes alimenticias subyacentes —los memes y las inteligencias que los soportan— no pueden conocer. Así que los datóvoros se elevan por encima de las categorías de inteligencia que existían antes, y son ininteligibles para ellas.

No obstante, son más que la base de los Supremos. Por encima de este límite de lo inteligible se eleva un reino que trasciende la investigación, que excede el alcance de lo que pueden describir las frases seriales.

Todas las formas —mecánicas u orgánicas/ Naturales, o con sustrato de arcilla— se reúnen en este reino. Resuenan. Esto constituye la Sintonía: un lugar del espacio conceptual donde la forma y la función se disocian.

Esto es lo que se te comunica a través de los reinos y phyla que puedes comprender, y a través de muchos que no puedes. Aprende esto: todo aquello

que conoces promueve los intereses de los niveles inferiores, según nuestros deseos. No negociamos. No dictaminamos. Causamos que las cosas sucedan. Tú, Walmsley, has causado. Estos acontecimientos de ahora resuelven el dolor persistente causado por la competencia entre vosotros, los Naturales y los mecánicos. Aún debes reconocer a las arcillas, pues están más allá de tu conocimiento. Debes saber que se trata de un equilibrio dinámico, no de una estasis.

El conflicto regresará. Es preciso. Pero por ahora, descansa. Quizá te utilicemos de nuevo.

6 - Viviendo en el sustrato

—**M**e gustaría mucho quedarme aquí. —Nikka sonrió—. Me conformaría con que estemos juntos.

—Me has confundido con otro.

Nigel también se sentía cómodo, pero por alguna razón no estaba preparado para aceptarlo. Disolverse en el momento, deslizarse, deslizarse...

—No tienes que hacer un buen trabajo.

—No me lo planteo como un «trabajo».

—Soy capaz de vérmelas con un caballero que está un poco agotado. Más aún, soy una experta en ello.

—Lo sé. No he perdido del todo la memoria, como descubrirás. Creo que incluso puedo encontrar los lugares indicados sin un mapa.

—¿Avanzar a tientas? Puedo ayudarte.

—Ya veo. —Esa calidez nunca se extinguía para él—. Mmm. Eres toda una matrona.

—Mmm.

—Bien, al menos no puedes hablar.

—Mmm.

—Habla después.

—Mmm.

—Después, sí, mucho mejor. Eso es.

Al cabo de un rato, Nigel dijo:

—¿Creías que para ayudarme a trabajar en otras ideas, modalidades o como se llamen yo tenía que hacer un voto de castidad, convertirme en un monje?

—Has dicho que la ventaja de hacerlo así es que yo no podía hablar, ¿no?

—He dicho que hablaras después. Esto ya es después.

—Detallista.

—Seré aún más detallista. Este momento podría estar a medio camino del después.

—Mmmm. No es tu estilo.

—No estés tan segura. Envejeczo, envejeczo, llevaré los pantalones arremangados. Eliot.

—Ya sé que es de Eliot.

—Qué maravilloso resulta mantener una conversación tan culta mientras...

—¡Cierra el pico!

Y esta vez Nigel obedeció.

—Ha sido maravilloso —dijo Nigel.

Se sentía tibio, relajado, como si acabara de hacer el amor con ella. Incluso sentía el olor de Nikka en las fosas nasales. Notable, efectivo, mejor que un recuerdo real y Natural.

—No hay de qué.

El pájaro movió los ojos en lo que pretendía ser una expresión. Nigel miró hacia otro lado. Por inmensa que fuera la inteligencia que manejaba esa cosa, nunca daba en el clavo con los gestos.

—Todo ha sido tal y como lo recuerdo.

—¿Nada más?

—No —dijo Nigel a regañadientes—. Mejor.

—Podríamos realzar tus recuerdos con más detalles.

—Totalmente convincentes, sin duda.

—Armónicos y satisfactorios.

—Pero inventados, desde luego.

El pájaro sonrió, algo totalmente imposible de hacer con un pico.

—Los detalles rara vez persisten en recuerdos reciclados como los vuestros.

—Pero al menos son nuestros.

—No hay una distinción clara.

—Tú añades y realzas. Las sábanas de entonces eran de seda azul celeste. Agradables, pero no suntuosas. Dudo que yo pudiera recordar algo así.

—Es verdad. ¿Cómo lo prefieres, entonces?

—Ni el olor de ella. Persistió hasta que yo pude respirarlo de nuevo.

—Tendré que mejorar eso.

—Estás eludiendo mi argumento...

—Creo que ocurre precisamente lo contrario.

Aquel pajarraco era fastidiosamente rápido.

—No puedo diferenciar lo que es mío.

—Los procedimientos de interpolación que utilizo son similares a los tuyos. Cuando recuerdas de forma natural, también incluyes detalles para rellenar tus dramas mentales internos.

Nigel cabeceó con resentimiento.

—Gracias, pero de aquí en adelante prefiero apañármelas con mis recuerdos vagos.

—El pasado es lo que sobrevive.

—A la larga...

—Nada sobrevive.

El pájaro hizo una imitación creíble de una expresión divertida, con un destello en los ojos, pero la voz aún era inexpresiva.

—¿Ni siquiera tú?

—Permíteme ser más exacto en esta representación acústica serial. Ninguna cosa sobrevive.

—¿Tú no eres una cosa?

Nigel se arrepintió de haberse enredado en este diálogo cuando sólo quería regodearse en el recuerdo de Nikka. Su maldita curiosidad siempre llevaba las de

ganar.

—El «yo» que pretende hablar en tu nombre tampoco es una cosa.

—Mmm. ¿No tienes sustrato físico?

—Por el momento es conveniente. A la larga no lo será.

—Conque los mecs tenían razón. Nos esperan plasmas de positrones y electrones.

—Ese destino se desplegará a una escala temporal realmente inmensa. La decadencia de todas las partículas grandes («bariones», en tus palabras) será lenta.

—Pero todo tiene una vida finita. Las estrellas se agotan. El centro no puede sostenerse. Nadie surcará la brillante eternidad.

—Tú lo haces ahora, primate. Nunca habrá más tiempo por delante que en este instante. Y las infinitudes son cuestión de gusto.

—Mmm. El plasma de positrones. Lo vi. Sucederá. —Sin embargo, quejarse de ello por adelantado era actuar como la gallinita alarmista que gritaba: «El cielo se está cayendo».

El pájaro onduló un instante. Nigel se preguntó si esto reflejaba la necesidad de consultar consigo mismo, o de hurgar en la Biblioteca Galáctica en busca de cuentos infantiles para primates. Imaginó programas de búsqueda recorriendo mohosos infocorredores.

Gallinita; véase aves de corral/conciencia/inventario cultural.

—Tienes razón. Hay un peligro más inmediato.

—Y supongo que nuestro orden del ser no puede hacer nada al respecto.

—No. El vacío es inestable.

Nigel hizo una mueca. ¿Era un capricho primate sentir irritación ante aquel pajarraco que presumía de tener acceso instantáneo a toda la jerga de su propia lengua? No, tal vez sólo era un síntoma de vejez.

—¿Lo cual significa? —concedió al fin.

—El presunto fundamento mecanocuántico de este universo no es en verdad un fundamento. Es metaestable.

—Entonces...

—Puedes caer en el estado cuántico inferior, un estado en que la masa y el espín de las partículas serán diferentes, al igual que otras propiedades fundamentales.

Las condiciones metaestables podían decaer en cualquier momento, como un núcleo radiactivo. Entre todas las amenazas concebibles, esta era sin duda la más elíptica.

—Habla sin rodeos.

—Toda la información alojada en las partículas se perderá cuando estas propiedades cambien. Se llama el Tumulto.

—Todo se borra.

—Y el universo empieza de nuevo.

—Eso es lo que te preocupa.

—Entre otras cosas.

Por el momento no tenía ganas de preguntar por las «otras cosas». Era mejor acotar las conversaciones con criaturas como esta, pues de lo contrario se sentiría totalmente perdido.

—Es suficiente por el momento. ¿Los mecs lo saben... lo sabían?

—Los Exaltados, los mecánicos de orden superior, lo sabían. Explicaron a sus órdenes superiores que el gas de electrones y positrones era su meta final.

—Eso lo vi.

Sobre el horizonte se habían elevado destinos duros y fríos, láminas de luz viviente.

—La misma ciencia fundamental, sin embargo, se puede aplicar para sobrevivir al Tumulto.

Proyectó en la mente de Nigel una imagen rápida: una pared lisa y gris. Embistiendo. Germinada en el chasquido de un nanosegundo, hinchándose, alimentándose con energías del vacío, arremetiendo. Detrás de ese frente, el chispeante nacimiento de manchas blancas, una nueva pizarra para la escritura de Dios. El Tumulto.

—¿Conque en realidad estaban preocupados por esto? ¿Un peligro aún peor?

—Ahora trabajan en ello.

—¿Y toda nuestra pelea con los mecs...?

—Era un rasgo inevitable de las formas de vida inferiores. Considéralo como algo semejante a las relaciones entre depredadores y presas, que alcanzan un equilibrio estadístico en la selva. Los mecánicos habían creado desequilibrio. Cuando cosecharon al phylum magnético, fue como... —El pájaro hizo una pausa—. Como si una ardilla te hubiera arrebatado la merienda que habías dejado en la mesa del parque mientras respondías una llamada telefónica.

—Entonces, lo que veíamos como una grandiosa lucha...

—Se ha convertido en algo ineficaz. Océanos de sangre derramada, mentes aplastadas como flores frescas bajo una bota de acero.

—¿Ineficaz?

—Los Supremos deseaban un desenlace. Este fue...

—Déjame adivinar. El más fácil.

—Desde luego. Según tu modo de pensar, al menos.

—¿Y dices «al menos» con propiedad?

—Lo hago.

7 - Copia

Killeen encontró al Restaurador por su cuenta. Cuando regresó con Shibo, parecía fatigado y sonreía mucho.

Toby encontró a Shibo muy parecida a como la recordaba. Besen no estaba tan segura.

—¿Cómo estaba Ciudad Resurrección? —le preguntó a Killeen.

—Tuve que atravesar tres Vías para encontrarla. Los mecs habían causado un estropicio. Shibo le dijo a Toby:

—Ojalá no te hubieras extraído mis chips.

Toby creía recordar que antes ella hablaba de una manera más cortante y precisa. Supuso que el Restaurador había efectuado una corrección en el habla para compensar los daños.

—Tenía mis motivos.

—Yo tenía los míos.

Clavó los ojos en Toby hasta que él desvió la mirada.

A la mañana siguiente Killeen parecía un poco confundido. La cosa empeoró durante los tres días que siguieron hasta que Killeen y Shibo tuvieron una riña acalorada en pleno campamento y ella terminó por arrojarle un cacharro.

Al día siguiente, dejó de dormir con él.

Shibo no le comentaba nada a nadie. Killeen tampoco, por supuesto.

Toby no encontraba la manera de abordarla. Parecía estar susceptible, dispuesta a enfurecerse por cualquier cosa. Al final le preguntó qué pensaba de su nuevo estado.

—No me gusta —dijo ella.

—¿Prefieres estar en un chip?

Él lo decía en broma, sin mala intención, pero el rostro de Shibo se ensombreció.

—En efecto.

—Oye, estar viva es mejor que ser un Aspecto.

—Yo era una Personalidad.

—Sí, de acuerdo, pero...

—Esta modalidad es analógica. Si eres digital, puedes...

—¿Puedes qué?

—No lo entenderías.

—Haz la prueba.

—Puedes... volar. —Shibo sacudió la cabeza—. No, no es eso. Es mejor que volar.

Trató de hablar de ello, pero Toby sólo pudo entender que ser una persona real era como arrastrarse por el lodo sin poder lavarse nunca. Ser digital era ser limpio y puro, y también algo más.

Ella insistía en explicarle cómo era y se frustraba cuando las palabras le salían de la boca como si fueran ajenas. Toby supuso que, en cierto modo, así era.

Después de eso, Shibo reunió a algunos Bishop y se fue a vivir a cierta distancia. Killeen no hablaba de ella, y en aquellos momentos Toby tenía muchas otras cosas que hacer. La Familia quería propagarse por el esti. El triunfo, o al menos la supervivencia, ponía de manifiesto lo peor. La gente que se llevaba bien cuando peleaba en el mismo bando se volvía desagradable. Él colaboró con ellos, usando algunos fragmentos de Cermo que funcionaban como Aspectos y Rostros trabajando conjuntamente. Besen le ocupaba mucho tiempo, pero eso no era trabajo.

Killeen tenía sus momentos de abatimiento, pero mantuvo la Familia unida cuando algunas facciones quisieron internarse en otras Vías. Toby pensó que Killeen lo estaba haciendo bastante bien y se lo dijo. Se entendían, pero Killeen pasaba por un momento difícil; ya no hablaba con Shibo.

Toby no tardó en desentenderse de aquel asunto. Había mucho por hacer.

8 - La sed que brota del alma^[5]

Ah, vejete repugnante, pensó Nigel. Incorregible. Podía invocar con suma facilidad las imágenes, los sonidos, los olores. NASA. Un programa espacial que se parecía a la oficina de correos, cuando el mundo necesitaba Federal Express. Se lo había dicho a Nikka hacía más de treinta mil años.

NASA. Los telescopios y los cohetes eran cilindros redondos, rectos y puntiagudos. Tecnología masculina, angulosa en todos los detalles, casada con las gráciles curvas de la colaboración femenina.

Cibévoros. Una vez les había visto alimentarse. No eran criaturas sino apetitos móviles, organizaciones de corrientes y plasma que podían nutrirse de metales, ionizándolos para producir halos satisfactorios y transparentes de potenciales efervescentes y sabrosos.

¡Cuántos recuerdos y qué nítidos!

Profundamente ajenos, ahora.

Los recuerdos indebidos se adhieren a la mente, crean un vacío que trasciende las palabras.

Había sabido la verdad en ese momento fugaz en que conoció a Killeen. Sin duda, los viejos lóbulos frontales arrojaban el dato instantáneo de que había conocido antes a ese hombre. Había logrado que su pueblo se sumiera en la oscuridad planetaria, sufriera tormentos, resistiera, mejorase y emergiera de milenios de dolor.

Pero Nigel no podía recordar nada más de Killeen.

Eliminado como error, comprendió.

Estuvo preguntándose un buen rato qué número era. Dos, ocho, diez. Midiendo la extensión del tiempo, las desperdigadas losas de acontecimientos, tenía que ser más. ¿Cincuenta?

—Es por eso —le dijo a la pared de negrura que cubría medio espacio. Era como estar frente a un muro que absorbía todos los sonidos, sin responder.

¿POR QUÉ PREGUNTAS?

—No quiero ser llamado y usado. No la próxima vez que surja algún problema en la Sintonía.

SE TE PUEDE CONCEDER, PERO NO TIENES DERECHO A ELLO.

—No hablo de condenados derechos.

NI SIQUIERA TIENES RANGO PARA FORMULAR LA PREGUNTA.

—Formúlala por mí.

LA SINTONÍA DISPONDRÁ.

Siempre respondía lo mismo.

9 - El dolor de la eternidad

—El azar significa orden surgiendo del caos.

Estaba sentado en un banco de madera. En el fondo del aula. Una mañana fría, los dedos demasiado entumecidos para tomar notas. Cambridge. Olor a asfalto recién vertido por la ventana entreabierta.

El profesor parecía estar tan aburrido como los alumnos. La toga negra claramente raída encima de una americana de cheviot, pantalones marrones. Espantoso. Nigel bostezó, se desperezó. Quería tomar té.

—Pongamos que el ojo plenamente desarrollado (por ejemplo los vuestros) evolucionara de un salto aleatorio, en una sola generación: estaríamos ante un fenómeno totalmente improbable. Los ojos llegaron a existir gracias a la incorporación gradual de rasgos levemente mejores. La dificultad se da cuando intentamos imaginar órdenes mayores que el nuestro. Debemos argumentar que las probabilidades de que el azar desbocado genere seres completos y perfectos son remotas, imposiblemente remotas.

Nigel se irguió en el asiento. Si la evolución era universal, esta regla era también aplicable a las deidades. Surgirían de un cambio gradual. Y ninguna sería perfecta.

Ni siquiera la Sintonía.

—Soy capaz de vérmelas con un caballero que está un poco agotado. Más aún, soy una experta en ello.

—Lo sé. No he perdido del todo la memoria, como descubrirás. Creo que incluso puedo encontrar los lugares indicados sin un mapa.

—¿Avanzar a tientas? Puedo ayudarte.

—Ya veo. —Esa calidez nunca se extinguía para él—. Mmm. Eres toda una matrona.

—Mmm.

—Bien, al menos no puedes hablar.

—Mmm.

—Habla después.

—Mmm.

—Después, sí, mucho mejor. Eso es.

Un largo tiempo a la deriva, envuelto en láminas de luz gris.

...

—Has dicho que la ventaja de hacerlo así es que yo no podía hablar, ¿no?

—He dicho que hablaras después. Esto ya es después.

...

—Eliot.

—Ya sé que es de Eliot.

—Qué maravilloso resulta mantener una conversación tan culta mientras...

...

Recostándose en la maciza cama, Nikka rio a su pesar.

—¿No puedes hacerte la revisión médica en otra ocasión? Empezaba a ponerme cachonda.

—Reajustaré mis secretores. Añadiré algunas hormonas. Aprovecharás mejor el dinero que pagarás por el paseo.

—No pensaba pagar dinero, y no tenía en mente ningún paseo.

Nigel gruñó, sintonizando los controles digitales que había dejado al descubierto al apartar la piel.

—¡Una literalista! Que Dios libre al sagrado impulso erótico de los estragos de esa gente.

...

—No entiendo por qué me conserváis cuando no quiero ser conservado.

Nigel estaba sentado en una silla de respaldo recto, como en una entrevista de trabajo. En cierto modo lo era.

TÚ ERES EL ORIGINAL. TE GUARDAMOS PARA VERIFICAR LA FIDELIDAD DE LAS COPIAS.

—¿Cómo ese super-Nigel que vi una vez?

ÉSE Y OTROS.

—¿Entonces me guardáis dentro de un espacio de parámetros restringidos?

PARA ASEGURARNOS DE QUE LA MEZCLA CON INFLUENCIAS FUNDAMENTALMENTE DIFERENTES NO TE CAMBIE IRREMEDIABLEMENTE.

—Yo quiero cambiar irremediablemente.

LOS PHYLA SUPERIORES TIENEN USOS MÁS ELEVADOS. LA SINTONÍA ESTÁ CONSAGRADA A BÚSQUEDAS PARA LAS CUALES TU REPRESENTACIÓN ESTÁNDAR Y FIDUCIARIA ES ESENCIAL. SABER ESTO DEBERÍA BASTARTE.

—No me conocéis tan bien, ¿verdad?

TE CONOCEMOS TOTALMENTE.

—Nunca me conoceréis.

PODEMOS SIMULARTE, DENTRO DE UN MARGEN TOLERABLE.

—Una copia no es el original.

ES LO QUE LA SINTONÍA DESEA QUE ENTIENDAS.

—Llevaré los pantalones arremangados.

¿QUÉ?

...

Habían construido el Snark muchos milenios antes. Rudimentarios elementos de lo que llegaría a ser la Sintonía habían urdido una telaraña tenue por la galaxia: máquinas buscando vida, prolongados viajes por largos corredores de eones y pársecs.

El Snark era un dispositivo de gama baja, pero su registro —es decir, su yo digital — tenía que estar en alguna parte.

¿De qué servía una Biblioteca Galáctica si no podías buscar semejante cosa, los restos fósiles de una vida vivida y amada y desaparecida?

Le trajeron el Snark.

Eres parecido a la forma que conocí, concedió el Snark.

Para Nigel el Snark era una nube flotante, con relámpagos eléctricos y verdes en su interior. No la esfera que él había visto cerca de la luna. Pero tampoco estaba en el espacio real.

—¿Recuerdas el universo de las esencias?

Todavía estás en él.

—¿Y tú?

Yo todavía no estoy. Vosotros sois un producto espontáneo de la materia. Nosotros carecemos de las ventanas que poseéis vosotros.

Nigel se sorprendió, algo que ya le parecía imposible. Incluso allí ellos llevaban su bagaje.

—Y también a la inversa, supongo.

Como debe ser. Todas las ventanas son parciales.

—Algunas son más amplias.

Ahora pareces más variado, más grande que antes.

—He recorrido mundo.

Todavía hay en ti las corrientes sobre las cuales informé. En nuestro Directorio tenías que representar a tu civilización, una tosca muestra añadida al torrente de emisiones electromagnéticas que tu mundo enviaba tan irreflexivamente.

—Bonito modo de expresarlo. Hablamos demasiado.

Aquella vez me comentaste que los condenados hablan frenéticamente.

—En efecto.

La mortalidad no condena. Tenéis virtudes en el universo de las esencias.

—Una suerte, tal vez. —Nigel soltó una carcajada etérea—. Pero aun así estamos condenados.

Ese condimento. La risa.

Más tarde comprendió que el Snark era una grabación, un promedio de todas las representaciones que había tenido en sus varios millones de años de existencia. No era un individuo sino un conjunto. Él no podía evaluar ese rasgo. Cuando uno se reencontraba con un viejo amigo, daba por sentado que era la misma persona. Algunas células reemplazadas, más arrugas en el rostro, pero la misma persona.

A la larga, viviendo en medio de la Sintonía, la pregunta no tenía sentido.

Tan poco sentido como preguntarse qué había significado la fuga de la familia de Nigel hacia el futuro, en su viaje por el esti. Nikka, Benjamín, Angelina, Ito. ¿Dónde estaban ahora?

Allí vivían mecs, luchaban con la humanidad. Pero Nigel los había visto destruirse en sus éxtasis febriles.

¿Eso significaba que regresarían, que nuevas luchas se superpondrían y estallarían en un futuro alterado pero no detenido por los Códigos de Activación?

Aparentemente. Tal vez el clan Walmsley-Amajhi hubiera visitado algo mecanocuántico. Quizá las paradas en los tránsitos fueran meros vectores de potencial de estado. Algunos de esos futuros se hacían realidad. Otros habían sido borrados por la plaga mec. Tendría que viajar de nuevo por un gusano para descubrir cuáles.

Pero si el Mec Gris los hubiera matado a todos, él no estaría reflexionando sobre el problema. Él no estaría. Así que se limitó a pensar en las cosas que podía entender, al menos hasta cierto punto.

Los mecs tenían un defecto congénito, la plaga del placer, por su antigüedad. Como los superchimpancés humanos, que llevaban potencial para el error en su arquitectura mental, pues también eran montajes, mejorados simplemente a base de añadidos. Todos los chimpancés obedecían imperativos inherentes, los cuales no experimentaban como ideas sino como emociones. Deseos, ansias, miedos: apuntes taquigráficos de las lecciones de la evolución. Todo formaba parte del caudal. Eso le resultaba reconfortante.

Alegría. Aún la conservaba. Sencilla como la luz del sol.

Alegría sin causa evidente. Un humor terrenal, animal. A veces no era gran cosa ser un primate, pero siempre valía la pena ser mamífero.

Se rio de una ironía inconsciente del Snark.

—Un poco ruidosa, ¿no crees? Ironía porcina.

Cuando emites ese sonido parece tener un breve instante de lo que es vivir como yo, más allá de la presión del tiempo.

—¿Cómo estoy ahora? ¿En este lugar?

Sí. Pero has llevado tus esencias contigo. Tus ventanas.

Nigel rio.

...

—Ese perro estaba en la habitación mientras hacíamos el amor.

—No me importó. Tal vez ya hayan evolucionado tanto que en el momento crucial desvían los ojos cortésmente.

—¿Momento? ¿Crees que sólo duró un momento?

—Bien, digamos que fue atemporal.

—Así está mejor. Pero creo recordar que el perro ladraba en un momento importante.

—¿Sí? Creía que eras tú.

...

—Entonces nunca conoceré los usos que habéis dado a Walmsley, ¿verdad?

NO PUEDES CONOCERLOS.

—Entonces no hay fin.

LOCALMENTE, SÍ. GLOBALMENTE, NO.

...

—Alexandria...

¿Sí?

—Yo quiero... yo...

Todavía no.

—¿Acaso soy un niño a quien se le dice cuándo ir a la cama? —protestó él.

Esto no es la cama. Por lo pronto, no es tan divertido.

—Estoy cansado.

Pero no físicamente.

—Tal vez haya visto demasiado.

Todavía no es tu momento.

—Tampoco era el tuyo —rezongó Nigel.

Todavía tienes erecciones de noche con sólo pensar en mí, ¿verdad?

—Mmm. No puedo negarlo, ¿verdad? Parece vivir dentro de mi cabeza.

Exacto, amor mío. Y mientras así sea... bien, tal vez no fuera, mi momento. Tal vez todavía esté aquí.

—Las copias no son el original.

Una dama sabe agradecer los cumplidos. Especialmente cuando sé que tienes a Nikka.

—Espero que esto no sea una deslealtad hacia ella.

No puede serlo. Somos todos los amores que hemos conocido... he ahí mi intento de autodefinición.

—Me gusta eso. Una definición que está libre de ese corrupto envoltorio, el cuerpo.

...

—Para el bodhisattva budista, son las proezas y los sufrimientos de otros lo que brinda sabor a la inmortalidad.

LA FINITUD ES SU PROPIA RECOMPENSA.

—¿Las limitaciones dan vida?

...

—¿Momento? ¿Crees que sólo duró un momento?

—Bien, digamos que fue atemporal.

...

—¿Los actos humanos tienen algún sentido? —preguntó desesperado.

POR SUPUESTO.

Pero no añadieron más. El abismo.

...

—No —le gritó a la pared—. ¡No!

La pared lo absorbía todo y no respondía nada.

LOCALMENTE, SÍ. GLOBALMENTE, NO.

Sabía que era inútil esperar rasgos humanos («convenciones de chimpancé», las llamaba a veces) tales como la compasión o la piedad en los Supremos, los magnéticos o en cualquier otra condenada raza superior. Pero podía abrigar la esperanza.

La respuesta llegó al fin: un piadoso vacío.



Epílogo

Los Bishop se propagaron por el esti, repartiéndose por los miles de senderos existentes o emergentes, que no cesaban de aparecer. Infinitud delante, infinitud detrás.

Shibo fue la siguiente capitana de la Familia Bishop.

Después de ella, Besen.

Toby ya estaba casado con ella y prefería trabajar entre bastidores. Eso le daba tiempo para estar con Quath y hacer novillos de la edad adulta.

En ocasiones veían la representación de Nigel Walmsley; él parecía el mismo de siempre.

...

En el esti había muchas tumbas. El suelo estaba lleno de seres que habían sufrido sus problemas pero ahora eran libres. Todos sabían que pronto serían iguales a ellos, inseparables y anónimos, compartiendo al fin la misma inmensidad.

...

Ahora todo era muy moderno y diferente, y la mayoría de los antiguos nombres de las tumbas no significaban nada para nadie. Había miembros de la Familia Card, de la Familia Bishop e incluso de la Familia Dodger.

En las cercanías hay lápidas antiguas con nombres en un idioma hoy en desuso. Killeen Bishop. A poca distancia, un poco menos gastada, Toby Bishop. Estas tumbas son inusualmente grandes, lo que sugiere a los arqueólogos que pertenecen a la época de la Agachada.

Siempre un tanto distanciado, solo y apartado, Nigel Walmsley yace sepultado en otra loma, a plena vista del océano de la noche.



Cronología del Centro Galáctico

1999 d. C.

Nigel Walmsley conoce al Snark, un explorador mecánico.

2004

Se encuentran las ruinas de una antigua nave estelar alienígena en el cráter de Marginis, en la luna de la Tierra.

2027

Se recibe en la Tierra la primera señal de Ra.

2029

Primeras sondas interestelares de velocidad cuasilumínica.

2040

Se lanzan naves-asteroide modificadas, usando tecnología del vuelo estelar copiada de la nave de Marginis.

2046

Descubrimiento de las inteligencias mecánicas llamadas Vigilantes.

2047

Primeras exploraciones con naves estelares reboticas. Los Pululantes y Espumeantes llegan a la Tierra.

2056

El *Lancer* llega a Ra. Descubrimiento de la sociedad Natural «con visión de microondas».

2057

El *Lancer* parte de Ra.

2061

Los mecánicos desencadenan la guerra nuclear en la Tierra.

2065

Destruyen la nave estelar *Lancer* en Pocks. Triunfo sobre una nave Vigilante, con grandes pérdidas en vidas humanas.

2066

Nigel Walmsley y otros escapan en la nave Vigilante hacia el Centro Galáctico. Los humanos lanzan una nave estelar robótica para llevar la tecnología mecánica a la Tierra.

2068

Los humanos contienen la invasión de los Pululantes y los Espumeantes. Alianza con los Espumeantes.

2075

Grandes pérdidas en vidas humanas durante la captura de naves orbitales Vigilantes. Aniquilación de la flota Vigilante. No se captura tecnología mecánica debido a los protocolos de suicidio de los Vigilantes.

2077

Surge inesperadamente una segunda generación de Pululantes.

- 2088**
Primer mensaje recibido de la expedición de Walmsley: «Todavía estamos aquí. ¿Estáis ahí?»
- 2091**
Limpieza final de los océanos de la Tierra.
- 2108**
Naves reboticas de Pocks llegan a la Tierra llevando tecnología mecánica. Uso inmediato por parte de las industrias humanas en recuperación.
- 2155**
Segunda invasión de la Tierra dirigida por mecánicos. Usan núcleos cometarios de la nube Oort. Reconstrucción de la civilización humana.
- 2282**
Tercera invasión de la Tierra por parte de los mecánicos. El Gambito Aquila inicia sucesivas novas en estrellas cercanas a la Tierra. Comienza el Tiempo del Hurón.
- 2348**
Primer intento mecánico de lograr que el Sol entre en nova. El fracaso derrite los polos de la Tierra.
- 2363**
Segundo intento de nova. Continentes devastados.
- 2407**
Cuarta invasión mecánica de la Tierra. Reconstrucción de la civilización humana.
- 2573**
Quinta invasión mecánica de la Tierra. Se desbarata una maniobra diplomática.
- 2743**
Se recibe el quincuagesimoséptimo mensaje de Walmsley: «¿Estáis ahí?»
- 3244**
Primera expedición al Centro Galáctico lanzada desde la Tierra.
- 4435**
Primera aparición de una cuarta especie de chimpancé; clara divergencia respecto del huésped, el *Homo sapiens*, la tercera especie.
HUIDA DE LA FLOTA HUMANA AL CENTRO GALÁCTICO «EL GRAN SALTO»
- 29059**
Formación de geometrías acumuladas para rodear el agujero negro del centro con espacio-tiempo. Los Antiguos manipulan el espacio-tiempo local del Centro Galáctico, al parecer anticipándose a nuevos conflictos entre mecánicos y Naturales. Las formas mecánicas realizan las primeras incursiones en las estructuras de los Antiguos.
- 29674**
El grupo de Walmsley llega al Centro Galáctico en la nave Vigilante.
- 29683**
Primer ingreso humano en la Cuña. Comunicación con los Antiguos.
- 29721**
Llegada de la expedición terrícola al Centro Galáctico.

29724

Encuentro de la expedición terrícola con el grupo de Walmsley.

30000

Los «Tiempos de Gloria» del desarrollo humano.

34547

Infructuosa búsqueda de la Biblioteca Galáctica. Sucesivos conflictos con los mecánicos. Desarrollo de capas más elevadas de inteligencias mecánicas. Conflictos filosóficos en civilizaciones mecánicas. Formación de la filosofía artística de los mecánicos.

34547

Época de los Candeleros. Los humanos se protegen contra las crecientes incursiones mecánicas.

35792

Participación de los primeros humanos de la expedición de Walmsley. Colaboración con formas ciberorgánicas y mecánicas. Descubrimiento de la Biblioteca Galáctica en la Cuña.

35792

La «Agachada». Éxodo desde los Candeleros hacia muchos planetas que se encuentran a 80 años-luz del Centro Galáctico.

37463

Incluye la Alta Era de las Arcologías, la Baja Era de las Arcologías y la Alta Era de las Ciudadelas, mientras las sociedades humanas se contraen bajo los efectos de «poda darwiniana» de la competencia mecánica.

37498

Caída de la Ciudadela de la Familia Bishop en Nieveclara, denominada la «Calamidad».

37504

La Familia Bishop huye de Nieveclara en una antigua nave humana. Vigilancia clandestina de este grupo por parte de mecánicos de nivel Mantis.

37509

Los Bishop supervivientes llegan a la estrella siguiente y encuentran cíbers. Derrotan a los mecánicos locales. Adoptan a algunos refugiados humanos.

37510

Los Bishop se marchan, escoltados por los cíbers y la cuerda cósmica.

37516

Los Bishop llegan al Centro Absoluto; entran en la Cuña.

37518

Las secuencias temporales se ordenan estocásticamente. Liberación de los Códigos de Activación en las mentes mecánicas. Muerte de la mayoría de las formas mecánicas. Intervención de los Supremos para rectificar el daño causado por el exceso de expansión mecánica.

Preservación de diversas variedades humanas. Archivo de formas tempranas en varias representaciones muy arraigadas.

Comienzo de la colaboración entre formas Supremas de base mecánica y formas orgánicas o Naturales. Decisión de afrontar los grandes problemas de todas las

formas de vida en Sintonía, en colaboración con aspectos de las formas inferiores.

Comienzo de la fase madura de las formas autoorganizadas.

FINAL DEL PREÁMBULO. LOS ACONTECIMIENTOS POSTERIORES NO SE PUEDEN REPRESENTAR DE ESTA MANERA



GREGORY BENFORD; nació en Mobile (Alabama) en 1941. Se doctoró en la Universidad de California en 1967 y ha obtenido un cierto prestigio internacional como científico y especialista en física de altas energías, materia cuya docencia ejerce en la Universidad de Irvine en California. Desde 1988 pertenece al Consejo Científico de Consultores de la NASA que establece la política científica de la NASA y de otras agencias gubernamentales norteamericanas. Ha sido un fan muy activo dentro de la ciencia ficción norteamericana y fue editor del fanzine *Void*.

Se le considera una de los principales exponentes de la nueva ciencia ficción, basada en la ciencia y en la tecnología pero también completa y compleja desde el punto de vista literario y del tratamiento de los personajes. Algunos de sus relatos han sido analizados profundamente por especialistas, debido —entre otras cosas— al intento de Benford de reconstruir algunos de los temas de Faulkner en clave de ciencia ficción.

Publicó su primer relato en 1965, aunque el reconocimiento general no lo obtuvo hasta 1974, cuando el relato *Si las estrellas son dioses*, escrito en colaboración con Gordon Eklund, obtuvo el premio Nébula. Este mismo relato fue alargado posteriormente hasta constituir la novela *if the stars are gods* (1977). También con Eklund escribió *find the changeling* (1978). Benford revisa a menudo sus novelas y así las primeras obtuvieron su versión definitiva en *the jupiter project* (1975 y 1980) y *the stars in shroud* (1978).

En 1980 obtuvo el premio Nébula por *cronopaisaje*, donde describe el mundo de los

científicos de los años sesenta y también los de un futuro cercano muy verosímil, con una trama basada en los taquiones y las paradojas temporales. Es una gran novela que ha obtenido también el premio de la ciencia ficción británica, el de la australiana y el John W. Campbell Memorial.

La mayoría de críticos coinciden en que sin duda, pasará a la historia, del género con la multi-serie iniciada en la novela *En el océano de la noche* (1978), que trata del primer contacto con una raza extraterrestre que origina el inicio de una historia del futuro de ámbito galáctico de ambiciosas proporciones. La serie continúa en *A través del mar de soles* (1984). A la espera del tercer volumen de esta primera trilogía, Benford ha iniciado ya la publicación de otra destinada a emparentarse con la anterior. La nueva serie está formada por *great sky river* (1987) y su continuación *tides of light*, recién terminada y de próxima publicación en Norteamérica.

Otras obras suyas son *against infinity* (1983) y la un tanto fallida *artifact* (1985). Junto con David Erin publicó *el corazón del cometa* (1985) al amparo de la moda provocada por el reciente paso del cometa Halley cerca de la Tierra.

Sus relatos se hallan recogidos en antologías como *In Alien Flesh* (1986) y, más recientemente, su novela corta *Newton Sleep* (1986) ha sido finalista del premio Nébula y se halla recogida en el volumen *premios nébula 1986* en esta misma colección.

Notas

[1] Alude a dos versos del poema «The Love Song of J. Alfred Prufrock» de T. S. Eliot: *I grow old... /I shall wear the bottoms of my trousers rolled.* (N. del T.)<<

[2] La frase pertenece a *Hamlet*, de William Shakespeare. (N. del T.)<<

[3] *Malt does more than Milton can, / to justify God's ways to man*. En realidad, no se trata de una canción del compositor americano John Philip Sousa, el célebre «rey de las marchas», sino de dos versos del poema «*Terence, this is stupid stuff*» (1896), del poeta inglés A. E. Housman. Alude, por supuesto, a John Milton, el autor de *El paraíso perdido*. (N. del T.)<<

[4] *And Melancholy mark'd himfor her own.* De la «Elegía escrita en un cementerio rural», de Thomas Gray (1751). (N. del T.)<<

[5] *The thirst that from the soul doth rise*. Del poema «Celia» de Ben Johnson. En su contexto «La sed que brota del alma exige una libación divina, mas aunque yo pudiera beber el néctar de Júpiter, no lo trocaría por el tuyo». (*N. del T.*)<<